





**LAS**  
**RELACIONES INTERNACIONALES**  
**DEL IMPERIO BIZANTINO**  
**DURANTE LA EPOCA**  
**DE LAS GRANDES INVASIONES**



EL EMPERADOR SIEMPRE VICTORIOSO

(Véase la nota al final del volumen)

LAS  
RELACIONES INTERNACIONALES  
DEL IMPERIO BIZANTINO  
DURANTE LA EPOCA  
DE LAS GRANDES INVASIONES



**Héctor Herrera Cajas**

Profesor de las Universidades  
de Chile, Católica de Valparaíso, Católica de Chile  
y Nacional de Cuyo, Mendoza

1972

UNIVERSIDAD DE CHILE  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y EDUCACIÓN  
CENTRO DE ESTUDIOS BIZANTINOS Y NEOHELÉNICOS

© Héctor Herrera Cajas, 1972  
Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos  
Inscripción N° 40064

Se terminó de imprimir en los talleres de  
EDITORIAL UNIVERSITARIA  
San Francisco 454, Santiago-Chile  
en el mes de julio de 1972

1.000 ejemplares

Proyectó la edición *Mauricio Amster*

Pabellón Helénico  
Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile  
Casilla 147  
Santiago-Chile

# CONTENIDO

<i>Prefacio</i> . . . . .	9
---------------------------	---

## *Primera parte*

### ESTADO DE LA DIPLOMACIA DEL IMPERIO DE ORIENTE DURANTE EL SIGLO IV

1. Geopolítica de las fronteras del Imperio de Oriente . . . . .	16
2. La teoría del poder Imperial . . . . .	30
3. La responsabilidad del Imperio Cristiano . . . . .	41
4. Relaciones con las gentes <i>externae</i> . . . . .	48
a. Relaciones con Persia y pueblos de la frontera oriental . . . . .	49
b. Relaciones con los bárbaros de la frontera del Danubio . . . . .	61

## *Segunda parte*

### LA FRONTERA ORIENTAL. RELACIONES CON PERSIA, PUEBLOS DEL CÁUCASO Y ÁBABE

1. Durante el siglo v . . . . .	71
2. Hasta la Paz del 532 . . . . .	92

## *Tercera parte*

### LA FRONTERA "OCCIDENTAL"

1. Relaciones con los visigodos . . . . .	121
2. Un peligro para el Imperio: Atila . . . . .	127
3. El Imperio y el reino de los vándalos . . . . .	141
4. El problema ostrogodo . . . . .	152

<i>Conclusión</i> . . . . .	185
-----------------------------	-----

<i>Presentación de la bibliografía</i> . . . . .	200
Abreviaciones usadas . . . . .	205
Fuentes consultadas . . . . .	205
Literatura consultada . . . . .	211

<i>Listas cronológicas de Emperadores y Reyes</i> . . . . .	232
<i>Ilustraciones</i> . . . . .	233
<i>Referencias para los mapas</i> . . . . .	236

**MAPA 1.** Cuadro geográfico del Imperio Romano de Oriente. (En negro)

**MAPA 2.** Las relaciones del Imperio Romano de Oriente. (siglos IV y VI).  
(En color).



## PREFACIO

Desde Constantino a Justiniano hay una sucesión de generaciones que viven la transformación del mundo romano, hasta que éste queda convertido en un mundo occidental —el de los reinos romano-bárbaros— y un mundo oriental —el Imperio Bizantino—; dos mundos distintos y aun opuestos por numerosos rasgos importantes, pero que, a pesar de todo, insisten, cada cual a su manera, en los lazos que los vinculan con Roma.

Es éste el período que estudiaremos para descubrir cuál es el significado de la acción diplomática de Bizancio, que tiene en esos siglos la oportunidad de ejercitarse y perfeccionarse para una tarea milenaria. Pero no hay que olvidar que la diplomacia, además de su papel como arma política, cumple una importante función al legalizar situaciones que existen ya en el hecho, gracias a otros contactos; o bien, al promover tales contactos. Así, consideramos las misiones religiosas y los intercambios comerciales como factores de primer orden, al favorecer el conocimiento de los pueblos entre sí y la expansión de la influencia bizantina.

Debemos decir, en primer lugar, que no se debe buscar en las páginas de este trabajo una esquematización de las formas que revisten las relaciones internacionales durante este período, como lo hace Lohren en su interesante estudio del año 1884; ni como lo propone Ganshof en el tomo I de su *Historia de las Relaciones Internacionales*, bajo la dirección de Renouvin; ni aun como lo presenta Helm en un artículo completísimo, pero indigesto. Nuestra preocupación ha sido más histórica; es decir, hemos considerado indispensable seguir el curso cronológico de los sucesos, estableciendo las posibles relaciones entre las diferentes zonas en que se ejerce la actividad diplomática del Imperio, y teniendo presentes en el espíritu los diversos elementos que contribuyen a una mejor comprensión de los problemas y de las soluciones adoptadas. En una palabra, hemos tratado de recrear la historia de las relaciones internacionales del Imperio durante este período, en una obra unitaria, que supere el enfoque fragmentario con que éstas habían sido tratadas hasta el momento en estudios relativos a determinado reino, frontera, o pueblo.

Los resultados de nuestras investigaciones se presentan en tres partes. La Primera Parte se refiere, ante todo, a todos aquellos aspectos que puedan considerarse como los datos indispensables para una mejor comprensión de las actividades diplomáticas; y, en segundo lugar, a presentar las relaciones del Imperio con Persia y con los bárbaros durante el siglo IV y hasta la muerte de Teodosio el Grande. La Segunda Parte se dedica al estudio de las relaciones con Persia hasta la conclusión de la Paz de 532. En la Tercera Parte presentamos la historia circunstanciada de las relaciones con los hunos, los vándalos, y los ostrogodos, hasta el momento en que se inicia la política conquistadora de Justiniano, quien lograría restaurar momentáneamente el Imperio en torno al Mediterráneo.

Por último, esperamos haber establecido también, con suficiente claridad, hasta qué punto la actividad diplomática, unida a otras formas de relaciones exteriores, ha contribuido a salvar la *pars orientalis* de la destrucción que pudo haber significado la presión bárbara, aún si ésta no se hubiese conjugado voluntariamente con el poderío sasánida.

Si nos ha sido posible presentar este trabajo a la Universidad de Burdeos, se debe a la concurrencia de varios factores favorables. En primer lugar, a la amistad fraternal del profesor Rómulo Santana, doctor de esta misma Universidad, quien literalmente nos empujó a emprender esta tarea, y luego nos ayudó, sin escatimar esfuerzos, a resolver las dificultades que pudiesen surgir, prodigándonos sus consejos entusiastas. Una invitación del Servicio Alemán de Intercambio Académico (DAAD) para visitar Alemania, hace tres años, nos dio la oportunidad de tomar contacto con los profesores Altheim y Rubín, entre otros, quienes nos animaron a la realización del trabajo y nos dieron valiosos consejos. Durante este mismo viaje pudimos conversar con el profesor Lemerle y el profesor Guillemain, quien sería nuestro director de tesis; y ambos estimaron que el trabajo que habíamos iniciado, acerca de las relaciones internacionales del Imperio Bizantino en la época de las grandes invasiones, constituía un tema de investigación interesante, y que valía la pena proseguir. Sean, pues, ante todo, nuestros cordiales agradecimientos para estos profesores quienes, a veces con unas pocas palabras, han contribuido de modo tan considerable a la realización de nuestro trabajo.

A continuación, la obtención de una beca Fulbright nos permitió frecuentar diariamente, durante siete meses, la Biblioteca del Centro de Estudios Bizantinos de Dumbarton Oaks, en Washington D. C.; y, con ello, enriquecer considerablemente las bases de nuestra investigación. Nuestro trabajo permanecerá siempre ligado al recuerdo del

ambiente incomparable de Dumharton Oak.s; pero sin que podamos olvidar por ello aquel otro ambiente —ya desaparecido— de la que fuera la Biblioteca del antiguo Seminario Pontificio de Santiago de Chile, donde se desarrolló la mayor parte de nuestras primitivas investigaciones. Sin estas etapas de una investigación largamente madurada, nuestra tesis adolecería de muchas más limitaciones que las que tiene en la actual presentación.

La cordial acogida prestada por el Agregado Cultural de la Embajada de Francia en Chile, M. Pommier, nos permitió contarnos entre los becarios del gobierno francés durante el año 1967. Pudimos así disponer del tiempo necesario para completar nuestra investigación y darle la forma en que hoy la presentamos.

También debemos especial agradecimiento a las Universidades chilenas, donde prestamos nuestra colaboración desde algunos años. De modo especial, a la Universidad de Chile y en particular a su ex rector, el profesor Eugenio González Rojas; a la Universidad Católica de Valparaíso y a su ex rector, nuestro amigo el profesor Arturo Zavala R.; y a la Pontificia Universidad Católica de Chile. Estas Universidades, en las personas de sus respectivos representantes, han comprendido la importancia de estudios que aparentemente no se relacionan con la realidad cotidiana e inmediata, y han patrocinado nuestro viaje al extranjero, haciendo posible, en parte, nuestra permanencia allí. Igualmente queremos expresar nuestra gratitud a los profesores Salomon y Nourtier de Burdeoe y al Sr. Marandjian y familia de la misma ciudad.

Al aceptar patrocinar nuestra tesis, el profesor Guillemain nos ha demostrado una confianza por la cual le estaremos siempre profundamente agradecidos; y luego nos ha permitido llevar la investigación con una amplia libertad. A él debemos el poder presentar hoy este trabajo en la forma actual, resultado de sus valiosas sugerencias.

Ciertamente no habríamos emprendido jamás este trabajo de no haberse dado los cursos del profesor Malleros, quien presentó hace ya muchos años, por primera vez en Chile, la historia del Imperio Bizantino. A él —quien ha seguido de cerca nuestros estudios, quien ha alentado nuestras esperanzas y ha conocido nuestras pequeñas y grandes satisfacciones, a él, que fue nuestro maestro y se ha convertido en nuestro amigo— está dedicado este trabajo, en testimonio de gratitud y reconocimiento. Pero estamos seguros que, con la bondad que le caracteriza, nos permitirá asociar a esta dedicatoria otros nombres que sabemos le son igualmente queridos: el R. P. Jorge González, antiguo rector de la Universidad Católica de Valparaíso, quien desde hace años nos honra con su amistad entusiasta; y los nombres de mi madre y de mi esposa, cuyo afecto y colaboración

han sido ayuda inapreciable durante las largas horas que exige normalmente todo trabajo de largo aliento.

Finalmente, no podemos dejar de señalar cuán valioso nos ha sido para cultivar la serenidad y la esperanza que exigen los tiempos actuales la historia de esos siglos, en que el contacto continuo con los bárbaros de antaño nos ha confirmado en los valores de la cultura y del pensamiento, que encontraron su defensor en el Imperio Bizantino, y gracias a lo cual esos mismos bárbaros debieron cambiar de un modo tan feliz, encontrando su lugar en la historia.

*Burdeos, Pentecostés, 1968.*

*Valparaíso, Pascua de Resurrección, 1971*

Primera Parte

**Estado de la diplomacia del Imperio de  
Oriente durante el siglo IV**



EL ESTUDIO DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES del Imperio de Oriente en la época de las Grandes Invasiones requiere una presentación previa del estado de estas relaciones y problemas anexos en el período inmediatamente anterior. Así se podrá, por una parte, tener los antecedentes necesarios para una mejor comprensión de dichas relaciones que son, en gran medida, continuidad de formas y mantenimiento del espíritu que las caracterizaba en el s. IV, y, por otra, establecer las posibles modificaciones que ocurrieran o la afirmación de los principios y formas heredadas.

En esta primera parte —que viene a llenar el papel de una Introducción— creemos conveniente referirnos a los siguientes puntos: una descripción de las fronteras del Imperio de Oriente, con especial referencia a las zonas o puntos que presentaban problemas especiales para la defensa de los territorios imperiales y que generalmente corresponden también a las zonas de contactos múltiples: así las mismas rutas que pueden servir para operaciones militares pueden ser recorridas, en uno y otro sentido, por los comerciantes. El comercio internacional expande las perspectivas del Imperio, crea vínculos, pero también da preocupaciones.

Antes de describir las relaciones internacionales propiamente tales del Imperio, abordamos el estudio de la teoría del poder imperial, que nos parece indispensable para arrojar un poco de luz en el curso de estos acontecimientos e incidentes, que se ordenan y explican a partir de los principios incommovibles de la convicción ecuménica del Imperio. Las formas que revisten las relaciones diplomáticas están justamente informadas por este espíritu “imperialista”, que adquirió nuevos fundamentos con la conversión al Cristianismo, pero que también le asignó nuevas responsabilidades, algunas de las cuales con evidente incidencia internacional. El Cristianismo significó igualmente la renovación del viejo ideal de la *pax*, proyectado ahora a horizontes escatológicos, y que nos parece la clave de toda la política bizantina.

Por último, entramos a la presentación del juego diplomático del Imperio, tanto en su frontera oriental, con Persia, su secular adversario en la hegemonía de Siria, Asia Menor y la Transcaucasia, como en la frontera del Danubio, donde los godos se hacen cada día más amenazadores por efecto de la presión hunna, que comunica una singular comunidad a las relaciones que se mantienen con el Imperio Persa.

Las fronteras del Imperio son —cuando se puede— naturales; es decir, se aprovechan los accidentes geográficos, grandes ríos o cadenas montañosas, para facilitar el problema de su defensa<sup>1</sup>, pero, por sobre todo, son políticas, con todo lo que esto significa: zonas de administración, de planificación de las conquistas o de la defensa; de influencias de todo tipo, que se proyectan mucho más allá del *limes*<sup>2</sup>; en una palabra, no hay una frontera étnica o cultural; muy por el contrario, la frontera está abierta también a la penetración permanente de los bárbaros.

Conviene pues hablar del *limes*, más bien como de una amplia zona de influencias mutuas<sup>3</sup>, que, en algunos puntos y sectores especialmente peligrosos, tiende, por la fuerza de circunstancias adversas, a “cerrarse”, y que paulatinamente va solidificándose, a medida que cesa la fuerza expansiva del Imperio; desde tal momento, se crea un contraste marcado entre el mundo romano y el bárbaro, oposición que encontrará una primera solución en las invasiones de finales del s. IV y las del s. V, solución endémica que afectará especialmente, en los siglos siguientes a la *Pars Occidentalis* del Imperio.

Las dos zonas que plantearon mayores problemas para la defensa de la *Pars Orientalis* del Imperio —los Balkanes y el Cáucaso con sus estribaciones hacia Mesopotamia— se caracterizan por el complicado relieve, en que se alternan cadenas difíciles de superar, con valles encerrados, desfiladeros peligrosos con pasos estratégicos y ríos de alta montaña, a más de un clima cuyas temperaturas extremas

<sup>1</sup>POIDEBARD, A., *La Trace de Rome dans le Désert de Syrie* (París, 1934), p. 198, en relación al *limes* de Oriente, habla de un “*limes mixte (montagne, fleuve, ouvrages défensifs) imposé á l'organisation romaine*”.

<sup>2</sup>POIDEBARD, *op. cit.*, pp. 198-199: “La ligne constituait ainsi une zone vitale de la puissance politique et militaire de l'empire, un glacis animé et puissant en meme temps qu'une zone de surveillance douaniere. Zone active ou l'armée romaine trouvait ligne de retrait en cas d'attaque trop pressante, et zone de départ... en cas d'expédition. Pour remplir son role, elle avait été minutieusement organisée, comme routes, points d'eau, centres de culture et de piturages, systeme de défense des partisans...”.

<sup>3</sup>Sobre el concepto de *limes*, ver CHAPOT, V., *La Frontiere de l'Euphrate* (París, 1907), p. 245, que entrega la bibliografía anterior; HOMO, L., *La civilisation romaine* (París, 1930), pp. 114-116; HONIGMANN, E., *Neue Forschungen über den Syrischen Limes*, *Klio*, 1932, p. 136; POIDEBARD, *op. cit.*, p. 18; REMONDON, R., *La crise de l'Empire romain* (París, 1964), pp. 264-266; LEMOSSE, M., *Le régime des relations internationales dans le Haut-Empire Romain* (Paris, 1967), pp. 14 y 104.



están fuertemente marcadas según la estación, creando en invierno una barrera infranqueable, que no cede con los deshielos ni se hace más transitable en los meses tórridos; en suma, son apenas unos pocos meses los que permiten el tránsito por esas cumbres y pasos, así como algún establecimiento para la trashumancia estacional.

En este paisaje, tanto es posible que se instalen pueblos en bolsones casi totalmente aislados, que prácticamente parecen quedar al margen de las transformaciones culturales de sus vecinos —tanto más cuando no se encuentran rutas comerciales próximas— como bien puede ser simple lugar de escala o de paso para movimientos migratorios más amplios que, a menudo, revisten formas invasionales.

En consecuencia, tanto los Balkanes, como el Cáucaso y sus estribaciones, añaden a su complicada geografía un mosaico de pueblos aguerridos, algunos datando de los tiempos prehistóricos, que se aíslan o se superponen o se mezclan, y que, según sea su ubicación con respecto a las grandes rutas o a los accesos marítimos, quedan replegados en formas arcaicas o despliegan todos los talentos de su capacidad cultural<sup>4</sup>.

Como zona intermedia entre los Balkanes y el Cáucaso está la península de Crimea, con antiguas relaciones con el mundo greco-romano, y que presta valiosos servicios al Imperio, al ser un punto de observación privilegiado para descubrir los movimientos de los pueblos de las estepas, así como un activo centro comercial<sup>5</sup>.

De muy temprano se vio que la seguridad de los grandes centros del Imperio —y permítasenos referirnos en especial a la *Pars Orientalis*— Thessalónica, Constantinopla, Antioquía, Alejandría y de las grandes vías, tan importantes para mantener la estructura administrativa, la circulación económica y la estrategia en pie de eficiencia, exigía controlar los posibles puntos de penetración de los bárbaros en el territorio imperial para así poder detener a tiempo dichos movimientos.

Esto explica la constante preocupación por la defensa del Danubio y sus principales afluentes meridionales, dotando a toda esta red fluvial de una imponente flota, que, según la *Notitia Dignitatum*,

<sup>4</sup>Sobre el cuadro geográfico, ver PHILIPPSON, A., *Das byzantinische Reich als geographische Erscheinung* (Leiden, 1939), sobre todo págs. 31 y siguientes, para una presentación general de las fronteras. Como investigación paralela, sobre la división en zonas culturales a la cual se ha hecho referencia, ver MAC MULLEN, R., *Barbarian enclaves in the Northern Roman Empire*, L'Antiquité Classique, 1963, p. 560.

<sup>5</sup>OBOLENSKY, D., *The principles and methods of byzantine Diplomacy*, Actas del XIII C.E.B. (Beograd, 1963), r, p. 49; ZEILLER, J., *Les origines chrétiennes dans les provinces danubiennes de l'Empire Romain* (Paris, 1918), pp. 400-417; VASILIEV, A. A., *The Goths in the Crimea* (Cambridge, Mass., 1936), passim.

alcanzó a quince comandos autónomos<sup>6</sup>, así como el papel tan importante que juegan por siglos emplazamientos tales como Singidunum (Belgrado), por ejemplo, en donde, una vez cruzado el Danubio, comienzan las rutas, a través de las cadenas de los Balkanes, que llevan hacia el sur, hacia Thessalónica y Constantinopla.

Tal vez la más importante de estas rutas es la que por el valle del Margus (Morava), alcanza Naissus (Nisch), para después tomar por Sérđica (Sofía), a través de las Puertas Trajanas (Succi), en los montes Haemus (Balkanes), hasta Philippopolis, desde allí, siguiendo el curso del Hebrus (Maritza), llega a Adrianópolis y Constantinopla. Otra ruta es la que sigue el curso superior del Margus y, por Scupi, alcanza el A:xios (Vardar), que lleva, una vez que se franquean peligrosas gargantas, hasta la costa de Thessalónica; esta ruta tenía más de un desvío. También está la ruta que conectaba Sérđica con Amphipolis, por el río Strymon (Struma); esta ruta exigía superar el desfiladero del Rupel. Por último, existe la ruta que, bordeando la costa del Mar Negro, pasa por Odessa y alcanza la capital del Imperio de Oriente<sup>7</sup>.

Estas rutas que parten desde el Danubio hacia el sur —rutas de invasiones, por sobre todo— explican el vivo interés del Imperio por mantener la línea del Danubio, como la más adecuada para asegurar la defensa del mundo mediterráneo, deteniendo la invasión de los bárbaros en su punto de partida<sup>8</sup>; esta tarea, por supuesto, no sólo estaba encomendada a las guarniciones y al ejército imperial, sino

<sup>6</sup>COURTOIS, CH., *Les politiques navales de l'Empire romain*, R.H., 1939, pp. 251 y 259; GIGLI, G., *La flotta e la difesa del Basso Impero* (Roma, 1946), pp. 18-23.

<sup>7</sup>AMMIANUS MARCELLINUS, XXVI, 7, 12, indica que Aequitius, "Magister militum per Illyricum", para impedir el paso hacia Constantinopla de las tropas enviadas por el usurpador Procopio (a. 365), "obstruxit tres aditus angustissimos, per quos provinciae temptantur arctoeae, unum per Daciam Ripensem, alterum per Succos notissimum, tertium per Macedonas, quem appellant Acontisma". El primero corresponde, sin duda, a las *Puertas de Hierro*, el segundo a las *Puertas de Trajano* y el tercero se encuentra sobre la costa del Egeo, al oeste de Nestos; para todas estas rutas, ver BURY, J. B., *History of the Later Roman Empire* (London, 1923) I, pp. 264-271; CHARLESWORTH, M. P., *Les routes et le trafic commercial dans l'Empire Romain* (Paris, 1939), pp. 127-129; PHILIPPSON, op. cit., p. 33; LEMERLE, P., *Philippe et la Macédoine orientale a l'époque chrétienne et byzantine* (Paris, 1945), pp. 70-73 e *Invasions et migrations dans les Balkans depuis la fin de l'époque romaine jusqu'au VIIIe Siècle*, R.H., 1954, p. 273-277 y el mapa p. 275; también REMONDON, op. cit. mapa 5 en la p. 330; PERTUSI, A., *Bizancio e l'irradiazione della sua civiltà in Occidente nell'alto medioevo*, Atti delle Settimane di Studio sull'Alto Medioevo (Spoleto, 1954), pp. 38 y 88; SAINT-PAVLOWITCH, D., *Sauvetage Archéologique aux Portes-de-Fer*, Archéologia, 35, 1970, pp. 62-66.

<sup>8</sup>UBOLENSKY, *Loc. cit.*, p. 52.

que, muy a menudo, será labor que se confía a la habilidad diplomática.

Con todo, en más de una ocasión, la defensa de la frontera fue quebrada y las rutas recorridas victoriosamente por los bárbaros; en esos momentos, las grandes ciudades se fortificaban en sus murallas, que generalmente desanimaban a los bárbaros, ignorantes del arte de sitiar una ciudad<sup>9</sup>. En toda esta combinación defensiva, además de las ventajas excepcionales del emplazamiento, reside la fortaleza de Constantinopla, que, en el mismo s. IV, resistió el ataque de los bárbaros; segura en sus poderosas murallas, bien avituallada por mar, contando con el respaldo del Asia Menor para los ataques procedentes del norte y con el respaldo de las provincias europeas para los ataques de oriente, Constantinopla pronto confirmó el acierto de la elección de Constantino y comprobó que estaba en condiciones de hacerse cargo de una milenaria tarea de defensa y de creación cultural<sup>10</sup>.

El Cáucaso, por su parte, es la gran barrera que defiende la Transcaucasia —emplazamiento de las antiguas regiones históricas de Lázica, Iberia e Albania— Armenia, Mesopotamia y Asia Menor de los ataques e invasiones de los pueblos de las estepas. Con cumbres más elevadas que los Alpes, relieve escarpado e innumerables glaciares, sólo tiene uno pocos pasos transitables; dos de éstos han sido —durante siglos— la ruta obligada de invasiones que, al superar las defensas, alcanzan hasta el mismo Mediterráneo: se trata de las Puertas Caspias, en el desfiladero de Darband, sobre la costa del Caspio, y las Puertas del Cáucaso o de los Alanos, en el desfiladero de Dariel, sobre el río Terek; este último paso abre la ruta que, por el río Arazwi, conduce directamente a la región de Kakheti, esto es al corazón mismo de Iberia (Georgia)<sup>11</sup>.

<sup>9</sup>AMMIANUS, XXXI, 6, 4.

<sup>10</sup>RUNCIMAN, S., *La civilisation byzantine* (Paris, 1952), pp. 9-12 y 26-28; MAYER, R., *Byzantion. Konstantinupolis. Istanbul. Eine genetische Stadt-geographie* (Wien, 1943), pp. 217-219 y 234-237; REMONDON, *op. cit.*, pp. 294-298; TALBOT RICE, D., *Constantinople* (New York, 1965) sobre todo pp. 16-38.

<sup>11</sup>PROCOPIUS, VIII, 3, 3-4; 1, 1-10; MACOUDI, *Les Prairies d'Or*, XVII (t. II, pp. 2 y 43-45) "Entre le royaume des Alains et le Caucase, il y a un chatean et un pont construit sur une riviere considérable. Le chatean est appelé chatean des Alains...; étant bati sur un rocher inébranlable, il est impossible de s'en emparer et meme d'y arriver, a moins que ceux qui le gardent ne s'y pretent de bonne grace... aussi est-ce l'une des forteresses les plus renommées du monde pour leur situation inexpugnable". Ver LANGLOIS, nota a ATHANGELOS, *Histoire de Tiridate le Grand* (Paris, 1867) I, p. 115; MARQUART, *Eránsahr nach der Geographie des Ps. Moses Xorenac'i* (Berlin, 1901), pp. 99-101; LANG, D. M., *The Georgians* (New York, 1966), p. 72; STARK, F., *Rome on the Euphrates* (New York, 1967), pp. 194 y 198; una excelente fotografía del

“Los bosques del Cáucaso producían maderas excelentes, en el valle del Fasis crecía el lino y las telas de la región eran famosas. La región producía igualmente cera y resinas, lo que explica la prosperidad marítima de ciudades tales como Sinope, Amisos y Trebizonda. Los ríos tenían arenas auríferas y había minas de arcilla roja y de oro cerca de Caballa; dicho territorio ciertamente valía la pena ser anexado”<sup>12</sup>, pero era, de todo punto de vista, imposible incorporar todos esos territorios al Imperio, aun cuando se contase con el dominio del Mar Negro; por lo tanto, la política imperial se preocupó más bien de asegurar la defensa de los pasos, ayudando a los reyes locales o entrando en conversaciones directas con el Imperio persa, que soportaba el mismo problema.

Veamos ahora cual es el trazado de la frontera oriental, hacia mediados del s. iv, momento en el cual está próxima a estabilizarse por largo tiempo. Al parecer, la avanzada más septentrional, en la costa este del Mar Negro, era el estratégico puerto de Pithia (Bichvinta), en la Cólquida (Abkhazia)<sup>13</sup>; este puerto formaba parte de una línea defensiva, a la cual estaba encargada la defensa de la importante ruta comercial que se interna hacia oriente por el curso del río Fasis. De todos esos puertos, debidamente fortificados, era Trapezonte (Trebizonda) el más importante y puede decirse que representaba el punto extremo, por el norte, de una línea que se prolonga hasta el Mar Rojo, por el sur, constituyendo el eje de la frontera romana en oriente. Desde Trapezonte, cruzando los montes del Ponto, se alcanza las fuentes del Lycus y del Choruk y, un poco más al sur, se encuentra el Eufrates; un poco más hacia el occidente, están las fuentes del Halys, que permite entrar en contacto con Capadocia y la meseta del Asia Menor; o bien dirigiéndose hacia el oriente, se encuentra el curso superior del Araxes, que recorre la mayor parte de Armenia<sup>14</sup>. En este excepcional *carrefour* se haya ubicada Satala, ciudad por siglos en manos de Roma, y desde donde podía controlarse todo este nudo de rutas, tanto militares como comerciales<sup>15</sup>.

Siguiendo el curso del Eufrates, se alcanzaba Metilene y después Samosata, ambas importantes centros de la dominación romana en

---

desfiladero del Dariel, se encuentra en KURRY-LINDAHL, K., *Europe, a natural history* (New York, 1964), p. 109.

<sup>12</sup>CHARLESWORTH, *op. cit.*, p. 115.

<sup>13</sup>PROCOPIUS, VIII, 4, 4-5; LANG, *op. cit.*, p. 94.

<sup>14</sup>BREHIER, L., *Le Monde Byzantin* (Paris, 1948), 1, p. 5; GROUSSET, R., *Histoire de l'Arménie* (Paris, 1947), pp.13-25.

<sup>15</sup>La importancia de las rutas que conducen a Satala se ve confirmada por las continuas reparaciones que ellas experimentaron; ver STARK, *op. cit.*, p. 203 y también CHARLESWORTH, *op. cit.*, pp.116-117.

esas regiones. En todo este trecho, y en el restante curso superior del Eufrates, que se prolonga hasta Zeugma, el río corre casi siempre por profundas gargantas, de tal manera que constituye efectivo baluarte, sólo franqueable en un vado importante: Samosata, que conduce —tal como la ruta que pasa por Zeugma o las más meridionales de Hierápolis o de Callinicum— por una parte a Antioquía y, por otra, a Edessa, gran *carrefour* de la Osrhoene; Edessa esta unida con Nisibis y con Amida y Bezabdé, ambas sobre el Tigris; ésta última, punto extremo de la expansión imperial hacia Oriente.

En cuanto a “la región montañosa que ocupa la región entre el extremo oriental del Mar Negro y el curso medio del Tigris, no ofrecía una frontera natural entre los dos grandes Imperios... y esta condición geográfica favorecía un estado de guerra casi continuo. Si Armenia hubiese sido bastante fuerte para mantener su independencia frente a las dos grandes potencias, habría podido servir de estado *tampón*, pero era demasiado débil”<sup>16</sup>; con la partición de Armenia, a fines del s. IV, se dará un paso decisivo en la definición del trazado de la frontera de Oriente, incorporado al territorio imperial la zona que cae al oeste de una línea que coincide más o menos con el meridiano 41° E<sup>17</sup>.

Desde Bezabdé, la frontera toma hacia el suroeste, pasando por Singara e identificándose con el curso inferior del Ahorras (Khabour). En la confluencia del Ahorras con el Eufrates, se encuentra Cirsesium, que después de la conquista de Dura-Europos por los persas (c. 260 d. C.), en la ofensiva sasánida, pasó a ser el punto extremo del Imperio sobre el Eufrates<sup>18</sup>. En general, dadas las características del terreno, y la idiosincrasia de los pueblos que habitaban este “vasto territorio entre los dos ríos”, puede decirse —a pesar de las precisiones que aporta, por ejemplo Dillemann, para el trazado de la frontera en la Alta Mesopotamia— que nunca esta frontera tuvo una delimitación muy precisa<sup>19</sup>.

Al sur del Eufrates, comenzaba el incierto *limes* a través del desierto, donde es imposible pensar en una obra de defensa continua; el Imperio aprovechó los accidentes geográficos, montañas, oasis y pozos, para apoyar las plazas fuertes que defienden la importante

<sup>16</sup>CHRISTENSEN, A., *L'Iran sous les Sassanides* (Copenhague, 1936), p. 213.

<sup>17</sup>HONIGMAN, *Die Ostgrenze des byzantinischen Reiches* (Bruxelles, 1935), p. 9; GROUSSET, *op. cit.*, pp. 164-165, y *L'Empire du Levant* (Paris, 1949), pp. 70 s.

<sup>18</sup>STARK, *op. cit.*, pp. 246 y 345; CHAPOT, *op. cit.*, p. 297. Ver *Res gestae divi Saporis*, III, en GAGE, J., *La montée des Sassanides* (Paris, 1964), p. 286, ver también pp. 95 s.

<sup>19</sup>DEVRESSE, R. *Arabes-Perses et Arabes-Romains. Lakhmides et Ghassanides, vivre et penser*, 1942, p. 273.

*Strata Diocleciana*, que va de Sura, sobre el Eufrates, a Bostra, al pie del macizo del Gehel Hawran, pasando por Palmira y Damasco<sup>20</sup>. “Los puestos militares, que contituían la defensa, estaban situados a x o xx M. P. de intervalo (15 o 30 km.) y conectados entre sí por un sistema de señalización óptica. En esta línea regularmente dispuesta, se observan castillos más importantes que dividen la ruta cada xxx M. P. (45 km.)”<sup>21</sup>. Esta vía señalaba el límite del territorio del Imperio propiamente tal, es el llamado *limes interior*, ya que había también un *limes exterior*, cuyo trazado, tocando los pozos en el desierto, puede descubrirse entre 100 y 200 kms. al este del anterior, describiendo una gran línea curva, más o menos paralela al *limes interior*<sup>22</sup>. La zona intermedia era controlada por el Imperio, gracias a una amplia red de vías y pistas, que ofrecían una gran posibilidad de combinaciones para los movimientos de defensa del territorio imperial; pero este control se extendía aún más lejos, usando de las vías que se internan en el Desierto y que cumplen también un papel comercial importante<sup>23</sup>. Toda esta franja marginal estaba poblada por numerosas tribus árabes que reconocían una especie de protectorado romano y que, en tiempos de guerra, militan a su lado<sup>24</sup>.

Si la frontera oriental del Imperio demostró ser efectiva, en gran parte se debió a la red de fortalezas, inteligentemente ubicadas, que la cubrían, a tal punto que, bien puede decirse que “las armas importaban menos que los baluartes de piedra y los soldados que los albañiles”<sup>25</sup>.

El trazado de esta frontera marca también el fin del período expansivo de Roma; hasta el momento de enfrentarse con los Sasánidas, Roma fue de conquista en conquista, movida por su deseo de contar con una *weak periphery*, que no le produjese sobresaltos; así aconteció con Seleucia, así con Palmira, ignorando los mayores peligros que se escondían tras esos estados que servían, o podían haber servidos a su debido tiempo, de eficientes obstáculos frente a enemigos lejanos que con las conquistas llegaron a ser vecinos<sup>26</sup>.

<sup>20</sup>POIDEBARD, *op. cit.*, p. 198; HONIGMAN, *art. cit.*, p. 140.

<sup>21</sup>POIDEBARD, *Ibidem*; ejemplos de itinerarios, pp. 36 s.; acerca de la señalización óptica, ver pp. 31, 39 y 168.

<sup>22</sup>POIDEBARD, *op. cit.*, p. 119; HONIGMANN, *art. cit.*, pp. 137-138.

<sup>23</sup>POIDEBARD, *op. cit.*, p. 96.

<sup>24</sup>POIDEBARD, *op. cit.*, p. 127; DUSSAUD, R., *La Pénétration des Arabes en Syrie avant l'Islam* (París [1907] 1955), p. 148; Cf. ÁLTHEIM, F., *Niedergang der Alten Welt*, 11, pp. 96-97.

<sup>25</sup>CHAPOT, *op. cit.*, p. 385.

<sup>26</sup>STARK, *op. cit.*, pp. 68, 104, 235 y 240; también GAGE, *op. cit.*, p. 141.

Estas sucesivas anexiones territoriales de Roma —*redactio in provinci.am*— destacan características muy importantes en el estilo de la política exterior del Imperio. Lemosse indica que, aunque teóricamente pueda tratarse de situaciones muy distintas, de hecho hay poca diferencia, y que la elección entre mantener un reino vasallo o reducirlo a provincia dependerá, además de la voluntad imperial que imprime a la política sus propios rasgos, de criterios de economía —resultaba más económico mantener reinos vasallos que administrarlos directamente— o de eficacia —era más expedito controlar una provincia para disponer de sus recursos, etc., que obtenerlos de reinos vasallos—, que no resultaba siempre fácil conjugar. En general, la anexión resultaba inaplicable en las zonas marginales remotas, con dificultades de comunicación o reacias a la romanización como era, por ejemplo, la Transcaucasia<sup>27</sup>.

Pero la geografía no sólo concurre a explicar el sistema defensivo del Imperio, también ayuda a comprender la peculiar expresión que adoptan las operaciones militares en la frontera oriental; “había en estas extensas regiones medianeras tal cantidad de obstáculos, de trampas, que no se daba ningún paso decisivo, aun después de numerosas campañas”; “la protección de la frontera de Oriente se resume en buena medida en una serie interminable de escaramuzas, de asedios —sin resultado o con éxito tardío, al fin de estación— de entrevistas demorosas, de perfidias, de grandes y pequeñas astucias”<sup>28</sup>.

Parece conveniente dedicar también unas líneas para presentar, en general, la organización defensiva del Imperio de Oriente. Hacia fines del s. rv, después de las reformas que emprendió Teodosio con el objeto de reparar las tremendas pérdidas sufridas en Adrianópolis, la defensa aparece confiada a las siguientes fuerzas: cinco grandes secciones, en que estaba dividido el *comitatus*, comandada cada una por su respectivo *magister utriusque militi.ae*, formaban el cuerpo móvil del ejército; en cambio, los *limitanei* o *ripensis* estaban establecidos a lo largo de todas las fronteras del Imperio; en Egipto eran comandados por un *comes rei militaris*, en la Tebaida y Libia por *duces*, al igual que en las siete provincias de la frontera oriental —Palestina, Arabia, Fenicia, Siria, Osrhoene, Mesopotamia y Armenia— y en las cuatro del Danubio —Escitia, Dacia, Moesia I y Moesia II<sup>29</sup>.

<sup>27</sup>LEMOSSE, *op. cit.*, pp. 33-34, 83-86, 98 y 118.

<sup>28</sup>CHAPOT, *op. cit.*, pp. 207-208; cf. también DILLEMANN, L., *Haute Mésopotamie Orientale et Pays Adjacents* (Paris, 1962), p. 224.

<sup>29</sup>JONES, A. H. M., *The Later Roman Empire (284-602)* (Norman, Oklahoma, 1964), p. 609; ver también NISCHER E. V., *Die Zeit des differenzierten stehenden*

Por supuesto, estas tropas cuentan con un crecido número de bárbaros, reclutados individualmente y comandados por oficiales romanos; sabemos, por ejemplo, que en el ejército que Teodosio reunió para combatir al usurpador Eugenio había muchos bárbaros, presumiblemente godos<sup>30</sup>. En general, el porcentaje de bárbaros parece haber aumentado ostensiblemente después que el Emperador Valente aceptó la entrada masiva de godos al Imperio, pensando justamente fortalecer con ellos su ejército, pero, en verdad, provocando la adversidad que habría de ensañarse con Roma<sup>31</sup>.

También es posible observar, a lo largo de todo este siglo, el ascenso de algunos de estos bárbaros hasta ocupar los cargos más importantes del ejército imperial, lo que no podía sino fomentar la odiosidad entre los romanos postergados<sup>32</sup>.

Basado especialmente, en la *Notitia Dignitatum*, Jones ha calculado aproximadamente los efectivos del ejército imperial; para el Imperio de Oriente, el *comitatus* debe haber contado, por lo menos, con 104.000 hombres, y los *limitanei* alrededor de 250.000, siendo la frontera de Oriente, la que contaba con un más alto número, de acuerdo a su gran extensión, por supuesto, 115.000 hombres, al lado de los 64.000 que defendían la frontera del Danubio<sup>33</sup>.

El ejército tuvo que enfrentar prácticamente sólo las fuerzas de los bárbaros porque la población civil, en general, permaneció al margen de este tremendo conflicto, en que se estaba decidiendo el curso de los siglos futuros; esta falta de espíritu cívico minaba por igual todos los niveles de la población, pero se agravaba hacia las clases bajas, mucho más indiferentes al curso que tomase la historia y mucho menos comprometidas con los ideales del Imperio. Synesios, en su crítica descripción de la situación en que se debate el Imperio, a fines del s. IV, fustiga duramente esta apatía, que ocasionalmente será alterada por momentáneos ramalazos de antibarbarismo latente<sup>34</sup>.

Hemos señalado las rutas que, por los Balkanes, el Cáucaso, la Mesopotamia y Arabia, señalaban los puntos peligrosos en los límites

---

*Heeres*, en KROMAYER-VEITH, *Heerwesen und Kriegführung der Griechen und Römer*, Handbuch der Altertumswissenschaft, IV, 3.2 (München, 1928), pp. 568 s.

<sup>30</sup>SÓCRATES, v, 25; SOZOMENOS, VII, 24.

<sup>31</sup>Ver infra, p. M.

<sup>32</sup>Por ejemplo, AMMIANUS, XXIX, 1, 2; cf. STEIN, E. *Histoire du Bas-Empire* (Bruges [1928], 1959), 1, p. 194; JONES, *op. cit.*, pp. 142 s., 159 s., 619 s.; DEMOUGEOT, E., *De l'Unité a la division de l'Empire Romain. 395-410* (París, 1951), pp. 26-29.

<sup>33</sup>JONES, *op. cit.*, pp. 682-683; ver también Cuadro xv, pp. 1449-1450.

<sup>34</sup>SYNESIOS, *Discours sur la Royauté a l'Empereur Arcadius* (París, 1951) *passim*; ver JONES, *op. cit.*, pp. 1059-1061; HERRERA CAJAS, H., *Synesios de Cyrene, un crítico del Imperio*, Bizantion Nea Hellas (Santiago, 1970), pp. 108-123.



del Imperio y que exigían una constante defensa para impedir las invasiones. La visión quedaría trunca si olvidáramos que la mayoría de esas rutas eran también vías de comercio, y bien puede decirse que si Roma hizo tantos esfuerzos por mantener el control sobre zonas remotas, fue considerando el apreciable volumen del comercio allí efectuado<sup>35</sup>.

Por esto, nunca se insistirá bastante acerca del significado de la frontera, que no representa únicamente una zona de organización de la defensa, sino también una zona de contacto e influencias, en que juega destacado papel el comercio, como muy claramente ya lo vio Julio César<sup>36</sup>,

Al referirnos al comercio, no debemos olvidar lo que significa para ampliar el conocimiento del mundo por sobre las fronteras, para expandir el prestigio del Imperio, y como obliga por doble razón —económica y de prestigio— a defender las rutas que permiten mantener viva esas comunicaciones.

Pero si el Imperio quiere activar estas corrientes comerciales debe también favorecer a los comerciantes extranjeros que llegan hasta los emporios imperiales, garantizándoles algunos derechos, generalmente sobre la base de la reciprocidad<sup>37</sup>; de este modo, los comerciantes pasan a ser un grupo privilegiado que establece una conexión permanente entre el Imperio y el exterior, con indudable importancia en lo que se refiere a la ampliación del horizonte geográfico y al mejoramiento del conocimiento de los pueblos extranjeros, de sus costumbres y de sus valores; podría decirse que la comprensión internacional, antes que por otro conducto, comienza a funcionar por este medio, ya que la misma actividad misional es bastante más renuente, por lo menos en estos siglos, a una comprensión de los valores que se daban entre los pueblos paganos. Con todo, no debe olvidarse que, de acuerdo con la mentalidad de la época, se da una fuerte tendencia a lo legendario en la comunicación de estos conocimientos, la que es acentuada por la distancia, que juega un papel distorsionador de la realidad; no podía ser de otra manera cuando se se trataba de noticias de pueblos lejanos, con los que difícilmente se tenía contacto a no ser que se intentase un arriesgado viaje prolongado por semanas o meses, al paso de la cabalgadura y amenazada por

<sup>35</sup>CHARLESWORTH, *op. cit.*, p. 118.

<sup>36</sup>*De bello Gallico*, 1, 1; LEMERLE, *art. cit.*, p. 273. "Une frontière, d'ailleurs, n'est pas toujours une barrière: c'est, normalement, une zone de contact et d'échange". Ver también HIGOUNET, CH., *La Géohistoire en L'histoire et ses méthodes* (Paris, 1961), pp. 75-78.

<sup>37</sup>PARADISI, B., *Storia del Diritto internazionale nel Medio Evo* (Milano, 1940), I, pp. 226-227.

peligros sin cuenta, o sujeto a la aventura de una travesía por mares desconocidos y procelosos.

Uno de los productos que tenía más importancia en el tráfico de estos siglos era la seda que, junto con las especies, representaba el rubro mayor de la contribución oriental al comercio internacional del Imperio; poco a poco, el comercio de la seda pasó a ser un monopolio imperial porque era necesario disponer siempre de un stock que asegurase las necesidades de la administración y, a la vez, impedir que se hiciese un uso indiscriminado de las vestiduras de seda, que habían llegado a ser símbolo de la categoría de los altos funcionarios de la Corte; además en la liturgia eclesiástica también va imponiéndose su uso en consonancia con el despliegue de la Corte palatina; por último, recordemos que el Emperador acostumbraba distinguir a reyes, vasallos y jefes bárbaros enviándoles vestiduras de seda<sup>38</sup>.

Una de las zonas de gran importancia para el comercio con el Oriente fue la Alta Mesopotamia, lo que explica los conflictos de competencia que durante siglos enfrentaron a Roma y Persia en esas regiones y también la riqueza que se acumuló en esas ciudades<sup>39</sup>. Ammiano cuenta que en Batnae, ciudad entre Edessa y Zeugma, se afectuaba una gran feria en los primeros días de septiembre de cada año, a la cual concurría multitud de comerciantes interesados en los productos que, desde India, China y otras partes, llegaban por tierra y por mar<sup>40</sup>. Pero antes de llegar a Batnae, las mercaderías eran debidamente controladas a la entrada del territorio imperial, en Nisibis, ciudad que desde el tratado del 297, tenía el papel de *puerta* para el flujo comercial que venía de Oriente y que salía del Imperio en esa dirección; allí se cobraban los derechos de aduana y se controlaban las exportaciones para evitar que el Imperio se viese disminuido en materias vitales<sup>41</sup>.

Después del Tratado del 363, que cedió Nisibis al Imperio Persa, fue Callinicum —ciudad también famosa por su comercio— la que cumplió con este papel; es interesante hacer notar que en el rescripto

<sup>38</sup>LÓPEZ, R., *Silk Industry in the Byzantine Empire*, Speculum, 1945, pp. 1 y 21; cf. EBERSOLT, *Mélanges d'Histoire et d'Archéologie Byzantines* (París, 1917), pp. 51-52; HUDSON, G. F., *Europe and China. A Survey of their Relations from the Earliest Times to 1800* (London, 1931; Boston, 1961), pp. 118-119; SELIGMAN, C. G., *The Roman Orient and the Far East*, Antiquity, 1937, pp. 5-30; ver también HANNESTAD, K. *Los relations de Byzance avec la Transcaucasie et l'Asie Centrale aux 5e et 6e Siecles*, Byzantion, 1955-1957, p. 422.

<sup>39</sup>DILLEMANN, *op. cit.*, pp. 190-191.

<sup>40</sup>AMMIANUS, XIV, 3,3.

<sup>41</sup>PETRUS PATRICIUS, Frag. 14; cf. también MOMMSEN, *Le Droit Public Romain*, IV, 2 (Paris, 1891), p. 218, nota l.

imperial en que se ordena esto (CJ IV. 63; 4; a. 409), se da como razón para limitar el desplazamiento de los comerciantes extranjeros en el Imperio, la necesidad de evitar que recojan informaciones acerca de los secretos del Imperio<sup>42</sup>; por supuesto, que esta práctica de mantener espías, que bajo el disfraz de comerciantes o con otro pretexto, pasaban de un Imperio a otro, también era conocida en Roma desde antiguo<sup>43</sup>.

En cuanto a la frontera del Danubio, el comercio internacional estaba —desde el Tratado del 369 con Athanarico— autorizado sólo en dos ciudades fluviales<sup>44</sup>; en los años anteriores había estado totalmente interrumpido y los bárbaros habían sufrido duramente al verse sin mercado para vender sus productos<sup>45</sup>.

Roma, desde que entró en relaciones con el Oriente, se preocupó por eludir el control persa sobre dicho comercio, a la vez que asegurar su continuidad frente a las eventuales interrupciones de tiempo de guerra; de allí la preocupación por mantener abiertas otras rutas al margen del Imperio Persa. En estos siglos, además de las rutas caravaneras del Desierto, servidas por los árabes, y que explican la grandeza de Palmira, de Bostra y, en parte, de Petra, pero que también dependían del control persa<sup>46</sup>, adquiere especial importancia la ruta marítima por el Mar Rojo. Las estaciones terminales del comercio que provenía de India, Ceylan y Etiopía eran Aila y Clisma, en el Golfo de Suez, donde se encontraba la aduana imperial y residía un funcionario —llamado *logotheta* ya a fines del s. V— que disponía de sus propios barcos y viajaba anualmente a India para “buscar los productos tan apreciados en la Corte: aromas, especias, perlas, y piedras preciosas”<sup>47</sup>. Presumiblemente todas estas

<sup>42</sup>REINAUD, J. T., *Relations politiques et commerciales de l'Empire Romain avec l'Asie Orientale* (Paris, 1863), p. 286; PICANIOL, A., *L'Empire Chrétien* (Paris, 1947), p. 300; VASILIEV, A. A., *Justin the First* (Cambridge Mass., 1950), p. 359; JONES, *op. cit.*, pp. 827 y 1342, nota 7. En cuanto a Persia, las ciudades que eran sede oficial del comercio internacional eran Nisihis y Artaxata.

<sup>43</sup>PROCOPIUS, *Anécdota*, xxx, 12-13.

<sup>44</sup>PICANIOL, *op. cit.*, p. 156; JONES, *ibidem*; THOMPSON, E. A., *The Visigoths in the time of Ulfila* (Oxford, 1966), p. 38.

<sup>45</sup>AMMIANUS, xxvii, 5, 7.

<sup>46</sup>POIDEBARD, *op. cit.*, pp. 96 y 118; ver también ALTHEIM, *op. cit.*, I, pp. 150 s.

<sup>47</sup>MILLET, G., *Sur les sceaux des commerciaux byzantins*, en *Mélanges SCHLUMBERGER*, II (Paris, 124), p. 204; RUNCIMAN, S., *Byzantine Trade and industry* en *The Cambridge Economic History of Europe*, II (Cambridge, 1952), p. 89; ver también ÁBEL, F. M., *L'île de Jotabé*, *Revue Biblique*, 1938, p. 521, nota 2; “Mais il est inexact de réserver ce rôle à Clysmas, car restait aussi comme débouché des denrées indo-arabes”. STEIN, *op. cit.*, II., pp. 101-102. No pudimos consultar: PICULEVSKAJA, N. V., *Byzance sur la route des Indes. Histoire du commerce de Byzance avec l'Orient aux IVE-VIE Siècles* (Moscou, 1951).

actividades quedaban encargadas al cuidado del *comes commerciorum per Orientem et Aegyptum*, que dependía del *comes sacrarum largitionum*<sup>48</sup>.

En esta ruta marítima juega un papel destacado el reino de Axum (Etiopía), que servía de intermediario con oriente, al controlar las costas meridionales del Mar Rojo, especialmente una vez que fueron desplazados los árabes homeritas de esa misma zona; esta importancia va a ir acentuándose a lo largo de todo el s. v, hasta constituir prácticamente un monopolio comercial con India y Ceylan, que se prolongará hasta mediados del s. vi<sup>49</sup>, fecha hacia la cual comenzará a ser reemplazada por la ruta del norte, por la Transcaucasia y el Caspio, ruta que, a partir de la segunda mitad del s. vi, adquiere toda su importancia<sup>50</sup>.

El estado de guerra que alteraba continuamente las relaciones con Persia y creaba similares problemas con los bárbaros en la frontera del Danubio, explica también las restricciones y prohibiciones que se imponen al comercio internacional; con toda seguridad, los tratados que ponían fin a los conflictos deben haber consultado la normalización de las relaciones comerciales, que al fin y al cabo, producían pingües utilidades a todos, tal como lo hemos señalado respecto a los godos.

Disponemos de las constituciones que, a fines del s. iv, prohíben la exportación a territorio bárbaro de artículos que se consideraban vitales para el Imperio —vino, aceite, *liquamen*, oro— o que bien pueden servir para los fines bélicos del enemigo —hierro, bronce—<sup>51</sup>; y como, por esta misma época, se fue estableciendo una identificación entre *hostis* y *barbarus* —producto de la casi permanente acometida de los bárbaros contra el Imperio— fue natural que las prohibiciones de tiempos de guerra se extendiesen a todos los bárbaros sin distinción y en todo momento<sup>52</sup>.

Recién hemos señalado que al *opmes commerciorum per Orientem et Aegyptwn* correspondía velar por que se cumpliesen las disposiciones imperiales respecto al comercio internacional; igual papel corresponde al *comes commerciorum per M oesiam, Scythiam et*

<sup>48</sup>NOTITIA DIGNITATUM, *Or.* XXIII, 7.

<sup>49</sup>HANNESSTAD, *art. cit.*, p. 426; sobre la importancia del puerto de Adoulis, ver ÁNFRAY, F., *Les foullies archéologiques dévoilent l'histoire de l'Ethiope ancienne*, *Archéologia*, 19, 1967, p. 66/68.

<sup>50</sup>HANNESSTAD, *art. cit.*, pp. 428 s.; HUNSON, *op. cit.*, pp. 123 s.

<sup>51</sup>VISMARA, G., *Limitazioni al commercio internazionale nell' Impero Romano e nella Comunita cristiana medioevale*, en *Scritti in onore di C. FERRINI*, I (Milano, 1947), pp. 445/447; PIGANIOL, *op. cit.*, p. 300; JONES *op. cit.*, p. 327.

<sup>52</sup>VISMARA, *art. cit.*, p. 448.

*Pontum* y al *c. ce. per Illyricum*, ubicados justamente en las zonas que tienen mayores posibilidades de comercio con el extranjero<sup>53</sup>.

Para satisfacer el nivel de importaciones a que se había acostumbrado el Imperio, necesitaba echar mano casi exclusivamente al oro, ya que las exportaciones eran mínimas; a lo largo del s. IV, el antiguo problema del drenaje del oro se irá agudizando y si además se toma en cuenta las cantidades apreciables que quedaban inmovilizadas en los tesoros de particulares y de la Iglesia, y la dificultad cada vez mayor de obtenerlo de minas que quedasen fuera del territorio imperial, se comprende que se haya creado una grave problema al comercio internacional y que los emperadores hayan prohibido drásticamente su salida<sup>54</sup>. No olvidemos que el *tributo* pagado a los bárbaros agudizará aún más este problema.

Después del magistral estudio de Rostovtzeff sobre *The Economic and Social History of the Roman Empire* y los certeros capítulos dedicados por Jones al mismo tema, es fácil formarse una idea de los graves problemas que aquejaban al Imperio, y sin duda uno de los más insolubles es el agobio fiscal en que incurrió al someter a tributaciones cada vez más onerosas a los sectores económicamente productivos, con el objeto de disponer de recursos abundantes para mantener al ejército en forma.

Este era un viejo problema, al que ya aludió Tácito en forma lapidaria<sup>55</sup>, y que afectaba también al otro gran contendor: Persia, que tenía problemas más o menos similares; al respecto hay elocuentes textos conservados por los historiadores árabes<sup>56</sup>, que igualmente subrayan la importancia que adquiere el ejército para asegurar el prestigio de la monarquía y la paz del Imperio.

Jones, al concluir su capítulo final, dedicado a explicar la decadencia del Imperio, recoge la mayor parte de los elementos que entraron en juego en el resurgimiento de ese peculiar clima “senes-

<sup>53</sup>NOTITIA DIGNITATUM, *Or.* XIII, 8 y 9.

<sup>54</sup>RUNCINAM, *op. cit.*, p. 88; ANDREADES, A. M., *De la monnaie et de la puissance d'achat des métaux précieux dans l'Empire Byzantin*, en *Oeuvres*, I (Athènes, 1938), pp. 501/502.

<sup>55</sup>TACITUS, *Historia*, IV, 74: “Nam neque quies gentium sine armis, neque arma sine stipendiis, neque stipendia sine tributis haberi queunt”.

<sup>56</sup>THA'ALIBI, *Histoire des Rois des Perses* (Paris, 1900), p. 482, atribuye a Ardashir, fundador de la dinastía Sasánida, la frase siguiente: “Point de souverain sans soldats; point de soldats sans argent; point d'argent sans prospérité, et point de prospérité sans justice et bonne administration”. Este mismo pensamiento es atribuido a algunos reyes posteriores por TABARI, *Chronique*, II (Paris, 1869), p. 340; MACOUDI, *op. cit.* 11, p. 210; Cf. ALTHEIM, F., *Niedergang der alten Welt* (Frankfurt am Main, 1952), I, p. 35; BAYNES, N. H., *The Byzantine State en Byzantine Studies and Other Essays*, (London, 1960), p. 61.

cente” que caracteriza el fin de la Antigüedad, destacando el papel preponderante que tuvo la presión bárbara, tal como también lo había afirmado Altheim<sup>57</sup>,

“De las multifacéticas muestras de debilidad del Bajo Imperio Romano algunas procedían en gran medida de causas internas: tales, la progresiva malversación de la riqueza, la corrupción y extorsión de los funcionarios, la carencia de espíritu público y la apatía general de la población. Sin embargo, algunas de las debilidades más serias eran el resultado, directo o indirecto, de la presión bárbara. Sobre todo, la necesidad de mantener un abultado ejército tuvo efectos de largo alcance. Demandaba una tributación tan gravosa como para producir una decadencia progresiva de la agricultura, e indirectamente un decrecimiento de la población. La tarea de recolectar esta gravosa tributación demandaba una gran expansión de la administración, y esta expansión, a su vez, imponía un nuevo gravamen a la economía y hacía aún más difícil el control de la corrupción y extorsión administrativas. El peso abrumador de los impuestos contribuyó a la general apatía”<sup>58</sup>.

Es en este conjunto de factores de efecto insospechado y que se afectan mutuamente, donde se debe ubicar y comprender el ejercicio diplomático del Imperio<sup>59</sup>.

## 2.

### LA TEORIA DEL PODER IMPERIAL

Para poder comprender la especial entonación que reviste la historia de las relaciones internacionales del Imperio Romano, es necesario conceder toda su importancia a la teoría del poder imperial<sup>60</sup>; sin entender el significado del papel del emperador dentro de la cosmología romano-cristiana que se impone durante el s. IV<sup>61</sup>, resulta difícil

<sup>57</sup>ALTHEIM, *op. cit.*, I, pasim.

<sup>58</sup>JONES, *op. cit.*, p. 1067.

<sup>59</sup>Acerca del papel que juegan las fuerzas profundas (geografía, demografía, etc.), ver RENOUVIN, P., y DUROSELLE, J. B. *Introduction à l'Histoire des Relations Internationales* (Paris, 1964),

<sup>60</sup>Acerca de este punto, ver la obra, amplia y bien documentada de DVORNIK, F., *Early Christian and Byzantine Political Philosophy. Origins and Background* (Washington D.C., 1966), sobre todo el vol. n con una riquísima bibliografía, pp. 851/939.

<sup>61</sup>OSTROGORSKY, G., *The Byzantine Emperor and the hierarchical World Order*, Slavonic and East European Review, 1957/1958, pp. 1/14, resume y comenta las publicaciones más importantes sobre este tema, desde la aparición de las investigaciones de A. ALFOLDI (1934) y pone al día su valioso artículo *Die Byzantinische Staatenhierarchie*, Seminarium Kondakovianum, 1936, pp. 41/61.

penetrar en el espíritu de la política exterior romana y hizantina<sup>62</sup>, ya que será justamente este espíritu el que explique que las derrotas puedan considerarse victorias y las pérdidas territoriales, gracias a concesiones de la majestad imperial<sup>63</sup>.

Por esto, sería formarse una falsa imagen de esa historia, dejarse conmovir por la amplitud y densidad de los muchos problemas que se acumularon en esas décadas, concediéndoles una gravedad paralizante sobre el espíritu de los contemporáneos; por cierto, hubo momentos en que se vivió toda la fuerza desatada de los bárbaros y prendió el pánico hasta en los espíritus más recios<sup>64</sup>, pero como constante es otro el estilo que caracteriza oficialmente a la Corte y da la peculiar tonalidad *victoriosa* a las relaciones que se tienen con los bárbaros, hasta tal punto que bien se puede hablar de una *mística de la Victoria Augusta*<sup>65</sup>. Este es el espíritu que, por ejemplo, está trazado con enérgicos rasgos en el discurso pronunciado por Synesios de Cirene ante el emperador Arcadio, discurso que recoge el pensamiento tradicional acerca de la indiscutible superioridad de Roma y de su vocación imperial<sup>66</sup>.

Así pues, frente a la realidad triste y desalentadora de esos años, se alza inmovible la teoría del poder imperial sobre la cual se fundará la conciencia política bizantina y con tal fortaleza que, por más de un milenio, constituirá la justificación para sus pretensiones ideales a un papel histórico universal<sup>67</sup>.

<sup>62</sup>Se intenta caracterizar este espíritu en HERRERA, H., *Las relaciones internacionales del Imperio Bizantino*, Primera Semana Bizantina, 1958, pp. 21/38 utilizando especialmente las magistrales investigaciones de DÖLGER, F., *Byzanz und die europäische Staatenwelt* (Ettal, 1953), que reúne los estudios publicados entre 1933 y 1943; ver también OBOLENSKY, *art. cit.*, pp. 45/61 y las precisiones de MORAVCSIK, G., *Actas del XIII C.E.B.*, p. 301/311 y de ZAKYTHINOS, D., *Ibidem*, pp. 313/319.

<sup>63</sup>Por ejemplo, Felipe el Árabe, después de la onerosa paz de 244, tomó el título de "Parthicus" y de "Persicus Maximus": Cf. ZIEGLER, K. H., *Die Beziehungen zwischen Rom und dem Partherreich. Ein Beitrag zur Geschichte des Völkerrechts* (Wiesbaden, 1964), p. 142; Galliano celebró sus *decennalia* con "gentes simulatae, ut Gothi, Sarmatae, Franci, Persae". *SCRIPOTRES HISTORIAE AUGUSTAE, Gallienus*, VIII, 7; IX, 5. Ver también GAGE, J., *La théologie de la Victoire impériale*, R.H., 1933, pp. 22 y 29; PICARD, G., *Les Throphées romains*, (Paris, 1957), p. 461.

<sup>64</sup>Las oscilaciones espirituales de este período han sido cuidadosamente estudiadas por COURCELLE, P., *Histoire Littéraire des Grandes Invasions Germaniques* Paris, [1948] 1964).

<sup>65</sup>GAGE, *art. cit.*, *passim* y *La Victoire impériale dans l'Empire chrétien*, *Revue d'histoire et de philosophie religieuse*, 1933, pp. 370/400.

<sup>66</sup>SYNESIOS, *op. cit.*, *passim*.

<sup>67</sup>Sobre los antecedentes, ver la obra, rica en referencias, de CERFAUX, L. y

Esta teoría es también la que explica el uso permanente que se hace de la *ficción* en los problemas internacionales, para que siempre sea el Imperio el que tenga el papel director, como corresponde al poder instaurado por Dios para ejercer el gobierno y establecer el orden en la tierra<sup>68</sup>.

De entre los atributos correspondientes de la ideología imperial —eternidad, providencia, piedad, beneficencia, etc.— nos interesa destacar su *universalidad*<sup>69</sup>, por el aspecto conflictivo que presenta al enfrentarse con una realidad, muy a menudo, hostil. Por otra parte, no deben olvidarse los rasgos de elasticidad, flexibilidad y adaptación que, de acuerdo con las circunstancias, permiten a la política imperial sacar el mejor partido aun de las circunstancias más adversas; este aspecto realista es justamente una característica que ha sido subrayada en la política internacional de Roma y que la diplomacia imperial maneja como adecuado contrapeso a la teoría absoluta<sup>70</sup>.

---

TONDRIAU, J., *Le culte des Souverain dans la civilisation Gréco-romaine* (Tournai, 1957). Respecto de las limitaciones que aparecen desde fines del s. XII, ver ZAKYTHINOS, *art. cit.*, p. 317; Cf. ZIEGLER, *op. cit.*, p. 84.

<sup>68</sup>Respecto del papel de la *ficción*, ver GAGE, *La théologie de la Victoire impériale*, p. 30: "Il faudrait parler d'une politique mystique, imposée par la nécessité de sauver les fictions quasi théologiques sur lesquelles repose l'empereur". DÖLGER, *Bulgarisches Zartum Imd byzantinisches Kaisertum*, en *op. cit.*, p. 144; TREITINGER, O., *Die ostromische Kaiser-und Reichsidee nach ihrer Gestaltung im hofischen Zeremoniell*, (Darmstad [1934] 1964), pp. 166, 173, 191, y 202; PARADISI, *op. cit.* p. 208: "La finzione giuridica suppliva talvolta la mancanza di una realtà che fosse conforme alla tradizione gloriosa e alle idee che ne erano sorte". OSTROGORSKY, *art. cit.*, p. 8: "No one could show more contempt for facts when they contradicted theory than the Byzantins. When facts and heliefs contradicted each other heliefs prevailed". PICARD, *op. cit.*, p. 451; ENSSLIN, W., *The Emperor and the Imperial Administration*, en BAYNES, N. H., y MOSS, H., *Byzantium. An Introduction to East Roman Civilization*, p. 273; HERRERA, *art. cit.*, p. 26; GAGE, *L'Empereur et les rois*, R.H., 1959, p. 225; MORAVCSIK, *art. cit.*, pp. 304/305.

<sup>69</sup>Sobre los orígenes y las manifestaciones del concepto de "universalidad", ver DVORNIK, *op. cit.* 11, pp. 506/510; BAYNES, *Eusebius and the Christian Empire*, en BAYNES, *Byzantine Studies*, pp. 168/172, presenta los antecedentes helenísticos del concepto de universalidad y en *The Thought-World of East Rome*, *ibidem*, p. 33, los antecedentes hebreos; OSTROGORSKY, *art. cit.*, p. 5: "The Emperor and omnipotent ruler of Romans will be the leader of all the world and the guardian and protector of the Christian faith, because he is the only legitimate emperor on earth, being the Chosen of God and the sucesor of Roman Emperors. The idea that there may be only one single legitimate empire is the basic principle, the alfa and omega of all Byzantine political doctrines". OBOLENSKY, *art. cit.*, pp. 52/53; TOUMANOFF, *Christian Caucasia between Byzantium and Iran*, Traditio, 1954, p. p.119.

<sup>70</sup>PARADISI, *Dai "Foedera iniqua" alle "Crisobulle" byzantine*, *Studia et Documenta Historiae et Iuris*, 1954, p. 107, habla de la "estrema capacità di adattamento"



El acontecimiento más importante del s. IV, la conversión de Constantino y la paulatina cristianización del Imperio, no modificó la posición del Emperador, ya que “es evidente que hubiese sido imposible salvaguardar la institución imperial, si se le hubiese arrebatado la que constituía su fuerza principal: su carácter sobrehumano”<sup>71</sup>; por el contrario, sus pretensiones al dominio universal se vieron reforzadas al añadirse una nueva dimensión —la tarea evangelizadora— a la que siglos atrás le había propuesto Virgilio en los bien conocidos versos del Canto VI de la *Eneida*<sup>72</sup>.

De ahora en adelante, se identificará fácilmente la guerra contra los bárbaros o formas menos violentas de hegemonía imperial con la misión y conversión de los paganos, lo que producirá una apreciable expansión de la cristiandad oriental, pero también provocará serias dificultades a la Iglesia, ya que, muchas veces, se juzgará su obra evangelizadora como un medio más de la política imperialista de Bizancio<sup>73</sup>.

Si se acepta una mentalidad de esta naturaleza, puede comprenderse el sentido y también, en parte, la forma de las relaciones internacionales del Imperio, que quedaron registradas no sólo en los textos, sino también y de manera muy elocuente, en el arte oficial. El arte oficial se encarga de poner en relieve la indiscutible superioridad del Imperio, al exaltar la figura del Emperador, tal como realmente acontece en el ceremonial palatino —lleno de simbolismos— que rodea su persona, y al cual este arte está constantemente referido.

Grabar ha estudiado en detalle el *ciclo triunfal*, que se despliega

---

de la política internacional de Bizancio; HUSSEY, J. M., *The Byzantine World* (New York, [1957] 1961), p. 97: “...although the main principles of Bizantine diplomacy remained unchanged, there was a certain flexibility in their application, and policy was adapted to suit the needs of changing circumstances”. OBOLENSKY, *art. cit.*, p. 61: “As we look closer into the history of Bizantine diplomacy we may detect in its methods a curious duality: a mixture of conservation and elasticity, of overbearing pride and extreme heartedness, of aggressive Imperialism and politintl generosity”. MORAVCSIK, *art. cit.*, p. 304: “Das vielbesprochene, höchst charakterische Kennzeichen der byzantinischen Diplomatie war die staunenswerte Elastizität mit der sie die klaffenden Gegensätze zwischen seinen theoretischen Standpunkt und der jeweils entstandenen realen Lage praktisch zu überbrücken wusste”. ZAKYTHINOS, *art. cit.*, p. 317; LEMOSSE, *op. cit.*, pp. 58, 82/83, 113, 135, 155.

<sup>71</sup>BREHIER, L., en BREHIER-BATIFFOL, *Les Survivances du Culte Impérial Romain* (Paris, 1920), p. 36; ver también DÖLGER, *op. cit.*, pp. 141-142; VOCT, JOSEPH, *La Decadencia de Roma* (Madrid, 1968), p. 123 s.

<sup>72</sup>*Aeneidos Liber VI*, 851/853: “... tu regere imperio populos, Romane, memento/ (hae tibi erunt artes), pacisque imponere morem,/ parcere subiectis et debellare superbos”.

<sup>73</sup>OSTKOCORSKY, *Die byzantinische Staatenhierarchie*, pasim; OBOLENSKY, *art. cit.*, p. 506; GAGE, *La Victoire impériale dans l'Empire chrétien*, p. 393.

abundante, a la vez que ha subrayado la continuidad que hay entre los temas habituales del Imperio romano y la iconografía oficial de Bizancio. En primer lugar, se destaca el motivo de la victoria imperial, expresado de diferentes maneras, “el emperador hollando al vencido, el triunfador capturando y persiguiendo al bárbaro o matándolo con su lanza, el imperial jinete celebrando su triunfo, los vencidos trayendo sus presentes en señal de sumisión, las escenas de fiestas en el Hipódromo, la adoración y aclamación rituales del emperador por sus súbditos y sus enemigos vencidos”<sup>74</sup>.

Los retratos de los emperadores, en cuadros, bustos o estatuas, eran también objeto de especial veneración (*adoratio*) y, colocados en sitios oficiales, estaban destinados a evocar la omnipresencia de la autoridad imperial; con este fin, cada emperador enviaba su imagen a las autoridades provinciales y aun a los reyes extranjeros; esta costumbre, tomada, al parecer, de los monarcas helenísticos, se continuó hasta el s. VIII<sup>75</sup>.

Todas estas representaciones permitían la amplia adoración de la majestad imperial, ya que la adoración directa de la persona del Emperador iba quedando reservada, cada vez más, a un círculo selecto de privilegiados que tenían acceso a las ceremonias que se realizaban en el Palacio, en las iglesias de especial devoción de los emperadores o en el Hipódromo, ocasión en que el pueblo de la Capital tenía oportunidad de establecer un contacto más estrecho con su Emperador. Mediante las imágenes imperiales, se insistía pues en la veneración y adhesión que todos —próximos y lejanos, romanos y bárbaros— deben demostrar al Emperador. Bréhier cita un sermón atribuido a San Juan Crisóstomo, en el que “se encuentra un curioso paralelo entre la adoración que recibirá la cruz cuando aparezca en el cielo al final de los tiempos y la veneración de las imágenes imperiales. Así como todos, creyentes e incrédulos, estarán obligados a adorar la cruz, pero unos con amor y otros forzados, así cuando aparece la imagen del emperador cada cual se prosterna, tanto el ciudadano del imperio como el bárbaro. Pero, en tanto que uno adora a su soberano con confianza, el otro es obligado por necesidad y no obtiene ningún provecho con su

<sup>74</sup>GRABAR, A., *L'Empereur dans l'art byzantin* (Paris, 1936), p. 126 y en general, el capítulo completo, pp. 125/162; GAGE, *art. cit.*, pp. 375/378; TREITINGER, *op. cit.*, pp. 182 s.; DÖLGER, *op. cit.* pp. 13/16 DVORNIK, *op. cit.*, pp. 656/657.

<sup>75</sup>BREHIER, *op. cit.*, pp. 59-64 y Batiffol, *ibidem*, pp. 18/20; Cf. el estudio fundamental de KRUSE, H., *Studien zur offiziellen Geltung des Kaiserbildes im römischen Reiche* (Paderborn, 1934) especialmente pp. 23/34; ver también GRABAR, *op. cit.*, p. 150; TREITINGER, *op. cit.*, pp. 204 s.; DVORNIK, *op. cit.*, pp. 652/653; ver las numerosas ilustraciones de estos cuadros, expuestos entre las insignias de los funcionarios imperiales más importantes, en la NOTITIA DIGNITATUM, éd. SEECK, pp. 8, 11, 15, 19, 23, 27, etc.).

acción<sup>76</sup>. Con esto se afirma la universalidad del Imperio, al superarse la noción de frontera, que separara romanos de bárbaros, para insistir en la vocación universal que lo conduce a identificarse con el *orbis terrarum*, estableciéndose así el ansiado paralelismo entre el Reino de los Cielos y el Imperio Romano<sup>77</sup>.

Es interesante recordar también cuánto contribuyeron las monedas, especialmente las monedas de oro —de amplia circulación en el Mundo Antiguo— para fomentar y expandir la creencia en el poder universal de Roma; con las efigies de los emperadores en ejercicio, con un rico simbolismo y expresivas fórmulas latinas que duran hasta el s. VIII, la moneda era un “instrumento permanente de propaganda”<sup>78</sup>, y es indudable que igualmente lo siguió siendo en las regiones de oriente, aun después que las fórmulas latinas fueron traducidas al griego.

El proceso de crecimiento y complicación del ceremonial cortesano —que alcanzará su máximo esplendor en siglos posteriores y del cual quedará abundante descripción en el *Libro de las Ceremonias* del Emperador Constantino VII Porfirogénito— está en relación recíproca con el ceremonial eclesiástico, ya que así como éste recibirá la fuerte impronta del ceremonial imperial, así también la persona del Emperador, y por ende el mismo Imperio, reforzará su posición *sacrosanta*, al beneficiarse con conexiones y traslaciones afectivas, místicas y religiosas;<sup>79</sup> además no debe olvidarse que el ceremonial es, por sobre todo, un juego simbólico que generalmente tiende a captar y expresar realidades mayores, inaprehensibles directamente; en una palabra, el ceremonial imperial tiende a ser cósmico y, de allí, el rigor con que

<sup>76</sup>BREHIER, *op. cit.*, p. 61, ver también GRABAR, *op. cit.* pp. 147/148.

<sup>77</sup>GASQUET, A., *L'Empire byzantin et la monarchie Franque* (París, 1888), pp. VII/VII y 22/23; GAGE, *art. cit.*, p. 383; LEMERLE, *Le Style Byzantin*, (París, 1943) pp. 23/24; DVORNIK, *op. cit.*, pp. 680/681.

<sup>78</sup>BREHIER, L., *L'origine des Titres impériaux á Byzance*, B.Z., 1906, p. 175; GAGE, *art. cit.*, p. 383; PIGANIOL, *op. cit.*, p. 34; PARADISI, *L'“amacitia” internaizionale nell' alto Medio Evo*, Scritti in onore di C. FERRINI, II (Milano, 1947), pp. 191 y *art. cit.* en S.D.H.L., 1954, p. 116; LEMOSSE, *op. cit.*, pp. 168/169, hace notar que las monedas demuestran que, aún las ciudades libres y los reinos autónomos, “étaient liées á Rome par un lien qui... était initialement hegémonique”. Acerca de la imitación de monedas romanas en el reino de Axum, por ejemplo, ver DORESSE, *op. cit.*, I, p.136.

<sup>79</sup>TREITINGER, *op. cit.*, p. 32: “Hymnen und Akklamationen, mit denen der Kaiser bei allen festlichen Gelegenheiten begrüsst wird, überbieten sich ebenso in Versuchen, die kaiserliche Majestat aus der irdischweltlichen, gewöhnlich-memchlichen Sphäre zu entrücken und um direkte Beziehung zu Gott zu setzen, wie Zeremonien, die über ihre symbolischästhetischen Formen hinaufweisen zur eistigen Schau”.

está minuciosamente prescrito cada detalle porque todo está en relación con el Cosmo que reproduce o evoca.

Todas las grandes ceremonias contaban con numerosas aclamaciones, que, ya en el s. IV, han adquirido forma litúrgica. Estas aclamaciones —conservadas y ampliadas a lo largo de toda la historia bizantina— subrayan los atributos más preciados del Imperio: su carácter providencial, su universalidad, su victoria permanente, etc.<sup>80</sup>.

Los funcionarios imperiales, en cuanto representantes del Emperador, expresan su dignidad rodeándose ellos también de su correspondiente ceremonial y revistiéndose de los ornamentos que manifiesten, ante los ojos de todos, su rango. Algunas veces el Emperador concede asimismo a los reyes vasallos valiosos ornamentos palatinos, con lo cual dichos reyes quedan asimilados a lo altos funcionarios del Imperio, y, por eso, puede decirse con razón que la seda —preciada materia para la confección de esos ornamentos— fue, para el gobierno bizantino, también “un instrumento de acción diplomática importante”<sup>81</sup>.

Con todos estos antecedentes, podemos entrar en el estudio de las formas que revisten las relaciones internacionales oficiales del Imperio en esta época, las cuales siempre han estado revestidas de un ceremonial en el cual es fácil distinguir sus elementos religiosos; desde luego el arcaico ritual de los *fetiales*, cuidadosamente descrito por Tito Livio, y que estuvo en vigencia en los primeros siglos de la República<sup>82</sup>. Con el Imperio, el ceremonial se centró en la figura del emperador; recordemos, por ejemplo, la impresionante coronación de Tiridates, como rey de Armenia, por Nerón, que inauguró una serie de ceremonias similares, que destacaban la universalidad y superioridad del Imperio más que cualquiera otra<sup>83</sup>.

Sin alcanzar esta pompa, pero mucho más frecuentes son las recepciones de embajadas; tales ocasiones, importaba, por sobre todo, impresionar con la grandeza, poderío y riqueza incomparable del Imperio para conseguir la sumisión de los bárbaros, o, cuando se trataba con Persia, que no hubiese un boato inferior al que rodeaba al Gran Rey, como expresión también de similares pretensiones. Interesa hacer notar que parte de este ceremonial no se desprendió nunca totalmente de la idea de un Imperio siempre victorioso; a tal punto que hay un

<sup>80</sup>TREITINGER, *op. cit.*, p. 169.

<sup>81</sup>HANNSTAD, *art. cit.*, p. 422; TREITINGER, *op. cit.*, pp. 194 s.; LÓPEZ, *art. cit.*, p. 21; PARADISI, *art. cit.* en S.D.H.I., 1954, p. 105.

<sup>82</sup>TITO LIVIO, *Ab urbe condita*, I, 24; ver BELLINI, V., *Foedus et Sponsio dans l'évolution du droit intemational romain*, Revue historique de Droit francais et étranger, 1962, pp. 518/519.

<sup>83</sup>ZIEGLER, *op. cit.*, p. 74.

pensamiento que establece una relación íntima entre los vencidos, a quienes humilla públicamente la Majestad imperial, y los embajadores que se prosternan ante el Emperador en las solemnes recepciones<sup>84</sup>. Nos parece que aquí tenemos una expresión más del reencuentro entre arcaicas formas culturales del mundo romano —recubiertas por sucesivas capas de civilidad y racionalismo—, que ahora recuperaran parte de su vigencia, y formas primitivas del mundo bárbaro; este reencuentro, que se da también en otras manifestaciones de la cultura, facilitó el entendimiento entre formas aparentemente antagónicas y produjo, a la larga, una fructífera relación cultural<sup>85</sup>.

Teniendo esto presente, bien podemos hablar de la fuerza de tradiciones seculares, capaces de informar la política imperial y de prestar su estilo al mundo bizantino, sin desconocer, por supuesto, la hábil aceptación de innovaciones que van planteándose en consonancia con el curso de los acontecimientos, que nunca es tan ordenado y subordinado como la teoría lo quisiera.

Una de las características más acentuadas de esta época parece ser la actitud imperialista, paternalista<sup>86</sup> y, por ende, doméstica, y que —entre otras cosas— tiende a rebajar la visión matizada que se podía tener del extranjero (gracias a las múltiples relaciones que se han establecido en el curso de los siglos), a un mero esquema de tópicos clásicos, aplicado con muy poco cuidado de la precisión que exige la realidad; así el Imperio aparece rodeado de bárbaros, en irreductible antagonismo, que llega a tener significado cuasiteológico, lo que, sin duda, es un rasgo propio del pensamiento arcaico<sup>87</sup>.

De acuerdo con la imagen de un Emperador siempre victorioso, parece natural que todos los pueblos con los cuales se entra en contacto tengan que reducirse al nivel de vencidos y aceptar las condiciones que les impone Roma unilateralmente: tal es la concepción de la *deditio in fidem*<sup>88</sup>.

<sup>84</sup>TREITINGER, *op. cit.*, pp. 197 s.; Cf. GRABAR, *op. cit.*, p. 147.

<sup>85</sup>PARADISI, *Ibidem*, p. 3. "...quanto si svolse nel periodo imperiale, e specialmente il progressivo adeguamento delle forme e degli istituti romani alle corrispondenti forme ed istituti harharici, suggerisce la conclusione di un ritomo all'antico, quasi di un rifarsi ad una realta giuridica che il particolarismo cittadino semhrava avere definitivamente superato". Se alude a esta misma teoría en HERRERA, H., *Acerca del Duelo*, Anales de la Univ. Católica de Valparaíso, 1955, pp. 87 y 97, bajo el término de *re-encuentro*, tomando como punto de partida el pensamiento de FOCILLON, H., *Moyen Age. Survivances et Réveils*, (Montréal, 1945), p. 14.

<sup>86</sup>Cf. S, *ibidem*, p. 24.

<sup>87</sup>PICARD, *op. cit.*, pp. 475/476; GAGE, *art. cit.*, pp. 393, y 399, nota 3., SINOR, DENIS, *Los bárbaros*, Diógenes, v, 18, 1957, pp. 53/68.

<sup>88</sup>PARADISI, *L' amitié internationale. Les phases critiques de son ancienne histoire*, Recueil des Cours de l'Académie de Droit international de La Haye, 1951, p.

Del estudio de las relaciones internacionales de esta época, se desprende que paulatinamente y a la par que el Imperio pone fin a su etapa expansiva y tiende a *cerrarse* cada vez más, se van simplificando las formas de la política internacional. Esta simplificación corresponde a la necesidad de tratar con pueblos siempre más primitivos y en este trato, “es más bien el Imperio romano el que se rebajó al nivel de los pueblos de allende sus confines y no al contrario”<sup>89</sup>. De este modo, se recurrió a la forma más sencilla de todas, la *deditio*, asimilándola en parte al régimen de la clientela romana<sup>90</sup>; la *deditio* ahora usada —“cumplida no como un acto al cual se era obligado por las armas romanas sino, al contrario, como manifestación de una respetuosa amistad o de una petición de ayuda”<sup>91</sup>— viene a llenar las funciones cumplidas anteriormente por el *foedus iniquum*<sup>92</sup>, manteniéndose, por lo tanto, la base de desigualdad en estas relaciones; por supuesto que esta desigualdad, que expresa la inferioridad jurídica de los bárbaros respecto al Imperio, no tiene por qué significar también debilidad real; pero antes que llegue el momento aquel, en que ya no valgan derechos ni tratados, la *deditio* permitió “obtener los mismos resultados que el *foedus*, ofreciendo además ventajas indudables”<sup>93</sup>.

Roma entendía, al establecer este tipo de relaciones con los bárba-

---

370 y *art. cit.* en S.D.H.I., 1954, p. 86; no pudimos consultar del mismo autor, *Deditio in fidem*, Studi in onore di A. SOLMI, I (Milano, 1941), pp. 285 s.; ver también LEMOSSE, *op. cit.*, pp. 18, 125, 204, 210: “il apparait á l'évidence que l'autorité impériale a généralement entendu régir ses relations avec les peuples étrangers selon des regles établies et sanctionnées unilatéralement par elle meme”. Ya MOMMSEN, *op. cit.* v.1, 2, p. 207/208, había indicado que “sans doute le caractere synallagmatique des dispositions s'efface de plus en plus á mesure que la prédominance de Rome s'accroít, lorsqu'une dépendance légalment formulée vient se greffer sur l'amitié”. Cf. también, TOYNBEE, ARNOLD J. *Hannibal's Legacy*, I (London, 1965), pp. 398/401.

<sup>89</sup>PARADISI, *L'amitié internationale*, p. 369 y acerca de la simplificación de las formas, del mismo autor: *Storia del Diritto internazionale nel Medio Evo*, I, p. 213: “Dal I al VII e VIII sec. d. C. i trattati romano-barbarici si aggirano con una monotonia impressionante intorno a due o tres questioni, chi rivelano la grettezza spirituale dominante in quei rapporti che, d'altronde, erano el centro del gigantesco problema storico, che gradatamente si imponeva”; ver también LEMOSSE, *op. cit.*, p.125.

<sup>90</sup>PARADISI, *L'amitié internationale*, p. 372 y *art. cit.* en S.D.H.I., 1954, pp. 24 y 26; GAGE, *L'Empereur romain et les rois. Politique et protocole.*, R.H., 1959, p. 248, nota I.

<sup>91</sup>PARADISI, *art. cit.* en S.D.H.I., 1954, p. 39.

<sup>92</sup>Acerca de la distinción entre “foedus aequum” y “foedus iniquum”, ver MASI, A., *Foedus en Novissimo Digesto Italiano*, VII (Torino, 1961), p. 421; Cf. también LEMOSSE, *op. cit.*, p. 22.

<sup>93</sup>LEMOSSE, *op. cit.*, p. 26.

ros, que no entraba en alianza con ellos sino que solamente les acordaba algún tipo de beneficio por la ayuda militar que le prestaban<sup>94</sup>. Y, en verdad, aun con aquellos pueblos con los cuales el Imperio concluía una alianza, siempre se entendía que la autoridad imperial podía interpretar y poner término al tratado, fundada en su solo parecer<sup>95</sup>; en el fondo, Roma nunca abandonó del todo su ideal de hegemonía universal<sup>96</sup>.

Y es, justamente el concepto de la hegemonía el que permite concebir una realidad imperial más extensa que el territorio *limitado* del Imperio; en efecto, dentro de una concepción imperialista, fundada sobre principios providenciales, se entiende que jurídicamente el Imperio puede actuar sobre territorios que, por el momento, se encuentran fuera de su administración directa, pero que están llamados a formar parte de él en un futuro próximo o remoto, según convenga a la Majestad del Imperio, que es lo mismo que decir al cumplimiento de su tarea de unificación y pacificación universal<sup>97</sup>.

Por supuesto que esta hegemonía, esta *maiestas populi romanorum*, que había sido capaz de construir el Imperio, va a sufrir serios reveses, a medida que su poder decline, y, si bien en los siglos anteriores había podido imponer su superioridad, aun en aquellos casos en que las fórmulas de los tratados correspondían a un *foedus aequus*, ahora esta superioridad será un ideal acariciado, pero cada vez más remoto<sup>98</sup>.

<sup>94</sup>PARADISI, *L' "amicitia" internazionale nell' alto Medio Evo*, p. 211.

<sup>95</sup>AMMIANUS, xxv, 9, 11, no vacila en recordar que el *foedus* ha sido, y debe ser roto, cuando deja de ser ventajoso para Roma: "Id etiam memoriae nos veteres docent in extremis casibus icta cum dedecore foedera, postquam partea verbis iuravere conceptis, repetitione bellorum ilico disoluta; Cf. EUSEBIUS, *Vita Constantini*, IV, 5 y MOMMSEN, *op. cit.* VI, 2, p. 212.

<sup>96</sup>Acerca del concepto de hegemonía ver LEMOSSE, *op. cit.*, pp. 79/80, 104/105 y 109.

<sup>97</sup>OSTROGORSKY, *The Byzantine Emperor and the Hierarchical World Order*, p. 4; TOUMANOFF, C., *Christian Caucasia between Byzantium and Iran*, Traditio, 1954, considera las relaciones internacionales del Imperio Romano como una expresión más de su particular *monismo*; PARADISI, *art. cit.*, p. 191: "l'amicitia... si estendeva oltre l'unita imperiale e rappresentava piuttosto, anche formalmente, l' esistenza di una unita intemazionale che springeva i suoi margini al di lá dei limiti dell' 'Impero". En ese caso, la amistad parece cumplir su antiguo papel de ligar a los pueblos por sobre las diferencias étnicas u religiosas que pudiesen existir entre ellos. Ver también PARADISI, *art. cit.* en S.D.H.L., 1954, p. 102; LEMOSSE, *op. cit.*, p. 104.

<sup>98</sup>PARADISI, *L' "amicitia internazionale nell' alto Medio Evo*, p. 202: "...Roma spesso avera fato valere la propria superiorita effettiva anche in rapporti intemazionali formalmente stretti su un piede di parità. Ora invece la superiorita era, per lo piú, saltando una lustra alla quale, in compenso, l' Impero non intendeva mai rinnciare. Era l' esasperazione della forma, che non si poteva piú modelare su nn solido contenuto".

Con este tipo de relaciones se va estructurando “una especie de vasallaje internacional” alrededor del Emperador, el cual cobra cada vez mayor importancia, a medida que se desvanece la autoridad del Senado y de los grandes magistrados romanos, y éste es justamente un rasgo revelador de la nueva época que se abre<sup>99</sup>.

Dado que el *foedus* adquiere especial importancia, a partir del s. IV, en las relaciones que el Imperio establece con los bárbaros, conviene referirse brevemente a él. El *foedus* corresponde a una de las formas más antiguas y solemnes empleadas por los romanos en sus relaciones internacionales; Tito Livio nos ha dejado una cuidadosa descripción de los elementos que concurrían a su celebración<sup>100</sup>. Gran parte de ese ceremonial —por no decir todo— desapareció, pero el espíritu que lo animaba, y que había cumplido un importante papel en la constitución original de la potencia romana, subsistió; y, por eso, cuando se habla de pueblos federados en el Bajo Imperio, entendemos que se trata no sólo de una relación contractual y de prestaciones mutuas, sino también del establecimiento de “una relación de fusión más o menos íntima y de naturaleza constitucional”<sup>101</sup>; relación que en una perspectiva histórica mayor— debería dar origen a los reinos germano-romanos de la Europa occidental.

Pero antes que esto se produzca, y más particularmente en lo que toca a las relaciones internacionales del Imperio de Oriente, veremos que hubo que reconocer la existencia de ciertos pueblos bárbaros “inasimilables e invictos; extranjeros a la vida romana y a sus concepciones jurídicas”<sup>102</sup>, pero con los cuales fue necesario establecer un tipo de relación militar para que sirviesen de defensores del Imperio frente a otros bárbaros más lejanos y menos romanizados.

Ya desde Domiciano se ve claramente que Roma debe instaurar un nuevo trato con los pueblos limítrofes para defender las provincias de las presiones bárbaras crecientes: se comienza a concederles subsidios por la ayuda militar que prestan, antes que percibir de ellos un tributo. Esta nueva forma empleada en las relaciones internacionales va paulatinamente generalizándose y así llegamos a los *foederati* del

<sup>99</sup>PARADISI, *L' amitié internationale*, p. 371; acerca de este punto, ver la investigación fundamental de DÖLGER, *Die “Familie der Könige” im Mittelalter*, en *op. cit.*, pp. 34/69. Acerca del papel del Senado, ver LECRIVAIN, CH., *Le Sénat Romain depuis Diocletien á Rome et á Constantinople* (Paris, 1888), pp. 331 s.; JONES, *op. cit.*, pp. 329/330; ÜSTROGORSKY, *History of the Byzantine State*, p. 35.

<sup>100</sup>Ver supra nota 82.

<sup>101</sup>BELLINI, *art. cit.* p. 538; PARADISI, *art. cit.*, p. 337, nota 4 y p. 338; ver también VACCARI, P., *Dall' unità romana al mondo barbarico*, en *Miscellanea G. GALBIATI*, II (Milano, 1951) ‘ p. 149.

<sup>102</sup>LEMOSSE, *op. cit.*, p. 204.



Bajo Imperio<sup>103</sup>; por supuesto que “el emperador teóricamente queda en libertad para escoger el régimen jurídico consentido a la otra parte”<sup>104</sup>, pero la verdad es que en los diferentes *foedera* del s.IV encontramos que el Imperio es el que tiene que conceder subsidios<sup>105</sup>, hasta el extremo de dar la impresión de una debilidad mayor que la real y que lo hará aparecer como un botín aún más apetecible a las necesidades y ambiciones de los bárbaros.

### 3.

#### LA RESPONSABILIDAD DEL IMPERIO CRISTIANO

Ya hemos indicado la íntima conexión que se da en el pensamiento de Constantino y de sus contemporáneos acerca de la misión del Imperio y la misión de la Iglesia y como la conversión no alteró fundamentalmente ninguna de las concepciones política imperante; de hecho, la pretensión a la eternidad y universalidad alcanzará una consideración más elevada al proponerse el paralelismo entre el Imperio y el Reino de los Cielos<sup>106</sup>; otro punto que para nosotros tiene interés reside en el papel de *protector de la fe* que asume el Imperio, y que explica la participación activa que tendrá el gobierno en la formulación de los dogmas y en su imposición; de este modo, las persecuciones afectarán no sólo a los paganos, sino también a las comunidades cristianas que, en tal momento, no cuentan con el favor imperial; así se van constituyendo zonas en las que, al predominar una determinada formulación doctrinal, tiende a arraigarse una tenaz oposición a la Iglesia oficial del Imperio, oposición en la que cuenta además de la defensa de su credo un latente espíritu de regionalismo, que encuentra en esta oposición doctrinal un motivo para aglutinarse y un medio para enfrentar al Imperio, a tal punto que puede hablarse de un nacionalis-

<sup>103</sup>Acerca de los “foederati”, Cf. MASPERO, Φοιδεράτοι et Στρατιῶται dans *l'armées byzantine au Vle siècle*, B.z., especialmente pp. 97 y 109; PARADISI, *art. cit.* en S.D.H.I., 1954, pp. 86-88: “...La sostituzione del termine *symmachia* all'altro per indicare, in definitiva, quanto con *foedus* si esprimeva prima del VI secolo, conferma che il *foedus* aveva precedentemente indicato soltanto una *societas*, una collaborazione militare che niente aveva a che fare con l'alleanza eterna del tempo repubblicano”; STAUFFENBERG, Sen. voN, *Das Imperium und die Völkerwanderung* (München, s. f.), pp. 82 s.; OSTROGORSKY, *op. cit.*, p. 43; HALPHEN, L., *Les Barbares. Des Grandes Invasions aux Conquêtes Turques du Xle Siècle* (Paris, 1948), p. 25; REMONDON, *op. cit.*, pp. 284-285.

<sup>104</sup>LEMOSSE, *op. cit.*, p. 123.

<sup>105</sup>CHAPOT, *op. cit.*, p. 213 y nota 3; PARADISI, *art. cit.* en S.D.H.I., 1954, pp. 79-80 y 85; JONES, *op. cit.*, pp. 611 y 1252; LEMOSSE, *op. cit.*, pp. 117 s.

<sup>106</sup>TREITINGER, *op. cit.*, pp. 32 s. y 159 s.; ver supra notas 69 y 77, ver también, ENSSLIN, *art. cit.*, en BAYNES-MOSS, *Byzantium*, pp. 273 s.; VOCT, *op. cit.*, cap. u, 4.

mo fomentado por las iglesias locales<sup>107</sup>, además de las sublevaciones judías que van a adquirir un carácter endémico. Las persecuciones obligarán a sectores de la población, en algunos casos, a cruzar las fronteras para escapar del aniquilamiento y, en más de una oportunidad, la oposición religiosa verá con buenos ojos un entendimiento con enemigos del Imperio.

Pero junto a estos aspectos negativos de la política religiosa del Imperio, no debe olvidarse el apoyo que prestó a la expansión del Cristianismo también más allá de sus fronteras, aportando medios para la constitución de comunidades cristianas *in partibus infidelium*<sup>108</sup>. Que en tal apoyo haya habido, más de alguna vez, intereses ajenos a los estrictamente apostólicos, no puede ponerse en duda, ya que semejante actitud no repugna a la concepción de un Imperio consciente de su misión universal, como puede ser, por ejemplo, la intervención del emperador Constantino II en Etiopía a favor del arrianismo, en ese momento confesión oficial del Imperio, con el propósito de asegurarse también la ruta meridional hacia el Oriente<sup>109</sup>.

No es pues extraño que las Iglesias constituidas en el extranjero, y en conexión con la Iglesia oficial del Imperio, suscitasen sospechas más o menos vivas acerca del patriotismo de sus fieles, y que esta duda justifiquen buena parte de las persecuciones que sufren las Iglesias cristianas fuera del Imperio; el caso de la Iglesia en Persia es ejemplar al respecto, como veremos a continuación o bien la persecución ordenada por Athanarico contra los visigodos cristianos hacia el 370<sup>110</sup>.

Cuando se producían tales persecuciones, generalmente el Imperio entendía que le correspondía acoger los cristianos perseguidos y to-

<sup>107</sup>WOODWARD, E., *Christianity and Nationalism in the later Roman Empire* (London, 1916), *passim*; ver también THOUMIN, R., *Histoire de Syrie* (Lille, 1929); VACCARI, *art. cit.*, pp. 139-140; JONES, *op. cit.* pp. 965-968, reduce la importancia de esta relación; por el contrario, LICHTHEIM, M., *Autonomy versus Unity in the Christian East*, en *The Transformation of the Roman World* (Berkeley and Los Angeles, 1966), p. 146, concluye "In the East, the first phase of the Empire's dissolution was the reemergence of ancient peoples and cultures to whom Christianity had given a new identity and a new intolerance... It was the surge of the new faith which revitalized the indigenous cultures of Egypt and Syria and made them newly capable of an autonomy demanded by their conscience and supported by their past"; ver también THOMPSON, E. A., *The Visigoths in the time of Ulfila* (Oxford, 1966), p. 110.

<sup>108</sup>DVORNIK, *op. cit.*, p. 643; Cf. HUSSEY, *op. cit.*, p. 90; THOMPSON, *op. cit.*, p. XVII.

<sup>109</sup>PIGANIOL, *op. cit.*, p. 101; ENSSLIN, *art. cit.* en BAYNES-MOSS, *op. cit.*, p. 307.

<sup>110</sup>LABOURT, J., *Le Christianisme dans l'Empire Perse sous la Dynastie Sassanide (224-632)* (Paris, 1904), p. 44; CHAPOT, V., *Les destinées de l'hellénisme au delà de l'Euphrate* (Paris, 1904); THOMPSON, *op. cit.*, pp. 100-101.

mar su defensa oficial; esto daba origen a una negociación diplomática, de la cual podía surgir la guerra si no se encontraba adecuada rnlución.

Vemos pues que la acción de Imperio es aparentemente contradictoria: expulsa y recibe; ataca y defiende; pero, en el fondo, es expresión de una sola convicción, su providencial papel ecuménico. De acuerdo con esta concepción, la conversión es un paso más hacia el reconocimiento universal del Imperio cristiano; por eso, cuando se da la conversión de un rey —que generalmente lleva aparejada la de su pueblo— se entiende que se ha creado un vínculo espiritual de poderosa adhesión al Imperio, y que este vínculo abona naturalmente una relación política más estrecha, hasta llegar a establecer un parentesco espiritual entre el Emperador y dicho rey, como expresión de su incorporación a la órbita romana; también puede suceder que sea la relación política la que prelude una evangelización que vendrá a sellar la vinculación al Imperio.

\* \* \*

La expansión misional en el Imperio persa data desde los comienzos mismos del s. n, por lo menos, en la región de Adiabene, pero va a ser en el s. iv, que se va a tratar de organizar la cristiandad persa alrededor de la sede episcopal de Ctesiphon<sup>111</sup>, y, al parecer, ya entonces, los *Padres occidentales* intervienen en los problemas internos de la Iglesia persa<sup>112</sup>.

Sin duda, el centro eclesiástico que ejercía una influencia más poderosa sobre la cristiandad persa era Edessa, que establecía la conexión con el Patriarcado de Antioquía, del cual dependía la Iglesia persa<sup>113</sup>; hasta el Tratado del 363, fue Nisibis la ciudad que más influyó, en cuanto sede de la famosa *Escuela de los Persas*, donde se formaron los miembros más importantes del clero persa, llamados a reorganizar esa Iglesia después que se calmó la persecución que inició

<sup>111</sup>LABOURT, *op. cit.*, p. 20 s.; TISSERANT, E., *L'Eglise Nestorienne* (reed. Louvain, 1955) I, p. 148; véase también para este punto y los siguientes a MARROU, H. I., *Desde el Concilio de Nicea hasta la muerte de San Gregorio Magno en Nueva Historia de la Iglesia*, I (Madrid, 1964), cap. vii, La expansión del cristianismo fuera del Imperio Romano, pp. 319-327.

<sup>112</sup>SYNODICON ORIENTALE, éd. CHABOT, J. B. (Paris, 1902), pp. 289-292; esos *Padres Occidentales* podrían ser los Obispos de Antioquía, Aleppo, Edessa, Tella y Amida, quienes figurarán nominalmente más tarde en el Sínodo de Mar Isaac (410), ver p. 255.

<sup>113</sup>Cf. DUVAL, R., *Histoire politique, religieuse et littéraire d'Edesse jusqu'à la Première Croisade* (Paris, 1892); LABOURT, *op. cit.*, pp. 18 y 132; GAGE, *La Montée des Sassanides*, pp. 93-94.

Shapur II, hacia el 340, bajo la acusación, antes señalada, de inclinación al Imperio<sup>114</sup>.

Eusebio incluye en la *Vita Constantini*<sup>115</sup> una carta presumiblemente enviada al rey Shapur por dicho Emperador, en la que se pone como condición para autorizar ciertas transacciones comerciales, que cese la persecución a los cristianos. Este sería el primer ejemplo de una intervención imperial a favor de los cristianos, tema que va a dar contenido a muchos tratados de los tiempos posteriores.

Por supuesto, que en el Imperio también se dudaba de la fidelidad política de los maniqueos, y, desde tiempos de Diocleciano, se verá en los comerciantes árabes de Hira, convertidos al maniqueísmo, los agentes de Persia<sup>116</sup>.

Posiblemente la condición *de pagano* de Ammiano Marcelino, nuestra principal fuente para los años 353-378<sup>117</sup>, explica que no tengamos mayores referencias acerca de la persecución en Persia, problema que volverá a cobrar importancia en las relaciones diplomáticas al fin del siglo, momento para el cual disponemos de mayor cantidad de testimonios. De hecho, sabemos que la principal sede persa —la de Seleucia— permaneció vacante durante cuarenta años, entre el 348-388, es decir durante treinta años del reinado de Shapur II y durante el reinado de su hermano Ardashir II y de su hijo Shapur III, lo que es elocuente indicio de las dificultades en que vivía esa cristiandad<sup>118</sup>.

Durante el s. IV, el Imperio pudo contar también con la adhesión espiritual de Armenia y de algunos reinos del Cáucaso, donde el Cristianismo había echado raíces de tiempos antes<sup>119</sup>. “La realidad es que la joven Iglesia armenia fue una dependencia de la Iglesia de Cesárea de Capadocia, su iglesia madre. Los Obispos de Cesárea tuvieron desde el comienzo el derecho de conferir la dignidad episcopal a quien

<sup>114</sup>TISSERANT, *art. cit.*, pp. 150-155.

<sup>115</sup>EUSEBIUS, *Vita Constantini*, IV, 9-13. TISSERANT, *art. cit.*, p. 154 y PIGANIOL, *op. cit.*, pp. 56-57, aceptan la autenticidad de esta carta; ver también DVORNIK, *op. cit.*, p. 643.

<sup>116</sup>SESTON, W., *Le roi Sassanide Narses, les Arabes et le Manichéisme*, Mélanges R. DUSSAUD (Paris, 1939), I, p. 234.

<sup>117</sup>Cf. CAMUS, P. M., *Ammien Marcellin, témoin des courants culturels et religieux à la fin du IV e Siècle* (Paris, 1967), p. 247 y s.

<sup>118</sup>TISSERANT, *art. cit.*, p. 155.

<sup>119</sup>TOUMANOFF, *Christian Caucasia between Byzantium and Iran*, pp. 126 s.; VAILHE, S., *Formation de l'Eglise Arménienne*, Echos d'Orient, 1913, pp. 193 s.; JANIN, *Origines chrétiennes de la Géorgie*, Echos d'Orient, 1912, p. 289 s.; MARKWART, J., *Die Bekehrung Iberiens und die beiden ältesten Dokumente der iberischen Kirche*, Caucasia, 1931, pp. 111 s.; PEETERS, P., *Les débuts du christianisme en Géorgie cl'après les sources hagiographiques*, Analecta Bollandiana, 50, pp. 17 s.; LANG, *The Georgians*, p. 94.

escogían para ocupar el cargo de Obispo (jefe) de Armenia”<sup>120</sup>. Esta prerrogativa significó un control efectivo sobre la Iglesia armenia, junto con una marcada influencia griega, que se prolongó por el s. IV; esta situación, sin duda, tenía que provocar la reacción, más que del paganismo ancestral, de la religión persa que pretendía ejercer igual predominio sobre Armenia, como una garantía más para conseguir su adhesión política en la campaña de influencia entre los pueblos fronterizos con el Imperio romano.

La introducción del Cristianismo entre los axumitas (Etiopía) remonta a los comienzos del gobierno del emperador Ezana (entre 320-325)<sup>121</sup>, tiempo en el cual gozó de gran importancia en la Corte de Axum, un cautivo cristiano de Tiro, Frumentius, quien “favoreció, entre los mercaderes que frecuentaban Axum, a los que eran cristianos: les dio la posibilidad de reunirse para orar y les concedió aun terrenos para edificar las primeras iglesias”<sup>122</sup>. Tiempo después, Frumentius fue ordenado en Alejandría por San Athanasio y enviado como obispo de Axum (entre 341-346); de este modo, se estableció un fuerte vínculo con ese Patriarcado; por ese mismo tiempo, hay que ubicar la conversión del emperador Ezana, atestiguada por las cruces que aparecen en las monedas de oro de este monarca<sup>123</sup>.

Las oscilaciones confesionales por que atraviesa el Imperio a la muerte de Constantino el Grande, repercutieron también en esta avanzada de la cristiandad en África. El Emperador Constancio II, hacia el 356, entró en relaciones con Ezana, con el propósito de incorporar a la fe arriana la naciente cristiandad de Etiopía<sup>124</sup>.

San Athanasio, en su *Apología*, cita el documento que llevó Teófilo el indio, como embajador del Emperador al rey Ezana para pedirle que envíe a Frumentius a Egipto para que se instruya en la fe arriana, y sólo entonces sea adecuado pastor para la Iglesia de Etiopía; la preocupación del Emperador es que haya “una sola y misma fe” en identidad con la del Imperio Romano<sup>125</sup>. Ezana no aceptó esta proposición, y como la hora del arrianismo oficial iba a pasar pronto en el Imperio, la adhesión a la ortodoxia, significó para

<sup>120</sup>TOUMANOFF, *art. cit.*, p. 128.

<sup>121</sup>DORESSE, J., *L'Empire du Prete-lean, I, L'Ethiopie Antique* (Paris, 1957), p. 138 y también *Au pays de la Reine de Saba. L'Ethiopie antique et Moderne* (Paris, 1956), pp. 52 s. Cf. ALTHEIM, F., und STIEHL R., *Der Name 'Ezana*, en *Festschrift für W. EILERS* (Wiesbaden), pp. 301-30-1:.

<sup>122</sup>DORESSE, *op. cit.*, p. 138.

<sup>123</sup>DORESSE, *op. cit.*, p. 150; STEIN, *Histoire du Bas-Empire*, u, p.103.

<sup>124</sup>DORESSE, *op. cit.*, p. 152; PIGANIOL, *op. cit.*, p. 101.

<sup>125</sup>DORESSE, *op. cit.*, p. 152.

Etiopía una relación espiritual y política perdurable con Egipto y, por ende, con Bizancio.

Los comienzos del Cristianismo entre los árabes son recordados por Sócrates en su *Historia Eclesiástica*<sup>126</sup>; este acontecimiento ocurre con posterioridad al año 376; se trata de árabes que habían sido aliados (seguramente los mismos a que hace referencia Ammiano, como rindiendo homenaje a Juliano) y que, por esta fecha, se sublevaron contra los romanos, dirigidos por la reina Mauia, quien puso como condición para terminar las hostilidades que se le enviase a un santo anacoreta, sarraceno de nacimiento, llamado Moisés, para que fuera obispo de su pueblo. Moisés fue ordenado y consagrado en Alejandría y enviado a cumplir esta misión, que ofrecía al Imperio la posibilidad de establecer una relación espiritual con este grupo de árabes, en la esperanza que tal relación consolidara los términos de un mero tratado de paz.

Sabemos que el Cristianismo prendió efectivamente entre algunos grupos de árabes, que pasaron a ser aliados más o menos fieles del Imperio Romano, frente al Imperio Persa y a sus satélites, entre los cuales se contaron justamente árabes paganos y posteriormente de confesión adversa a la oficial del Imperio cristiano.

En cuanto a los germanos, el Cristianismo había sido predicado entre algunos grupos de godos, tanto en su forma ortodoxa, como en la audita y en la arriana, papel en el que se distinguió Ulfilas, quién predicó al norte del Danubio entre el 341 y el 348, fecha hacia la cual comenzó una “primera persecución que, después del martirio de algunos fieles, obligó a Ulfilas a cruzar el Danubio con el resto de su rebaño”<sup>127</sup>.

Hacia el 370, el jefe visigodo Athanarico ordenó una gran persecución que obligó a buscar refugio en territorio imperial a muchos cristianos, que, en tanto, habían vuelto a surgir entre los godos, pero, en general, puede decirse que “el arrianismo no llegó a ser para los godos una religión nacional sino mucho más tarde, después que los godos del Imperio Romano fueron agrupados en estados”<sup>128</sup>.

<sup>126</sup>SÓCRATES, IV, 36.

<sup>127</sup>ZEILLER, J., *Les origines chrétiennes dans les provinces danubiennes de l'Empire Romain* (Paris, 1918) p. 447 y también pp. 417-420 y 440-464; SÓCRATES, IV, 33; MANSION, J., *Les origines du christianisme chez les Gots*, Analecta Bollandiana, 1914, pp. 8-9 y 30; THOMPSON, *op. cit.*, p. 96; no pudimos consultar SCARDIGLI, P., *La conversione dei Goti al Cristianesimo*, Atti delle Settimane du Studio sull'Alto Medioevo (Spoleto, 1967). Acerca de los *auditas*, ver BAREILLE, G., en *Dict. de Théologie Catholique*, col. 2265-2267.

<sup>128</sup>MANSION, *art. cit.*, p. 26; acerca de esta persecución ver THOMPSON, *op. cit.*, pp. 99-102 y MARROU, *op. cit.*, pp. 325 s.

El arrianismo militante, que va a caracterizar a los godos desde fines de siglo, va a repercutir a lo largo de todo el período estudiado, al enfrentar a godos instalados masivamente dentro de las fronteras del Imperio, en calidad de *foederati*, con el Imperio que, por ese mismo tiempo (a. 380), ha adoptado oficialmente el símbolo niceno; la diferente confesión se agregará pues a la distinta política que representan para agudizar, en ciertos momentos, las relaciones del Imperio con los bárbaros.

\*

Al estudiar la política del Imperio cristiano, una de las ideas que, sin duda, más vale la pena destacar es que todo el afán conquistador, toda la acción misional, todas las exigencias que se imponía el Imperio, todas las tensiones que crispaban el alma de los contemporáneos, todo estaba resuelto y adquiriría sentido a la luz de una consideración escatológica de la historia; así, la política imperial preludiaba, con su pretensión de dar la paz a las naciones, la paz celestial. Hay, sin duda, una preocupación terrenal, cotidiana, conservar situaciones ganadas, crecer en prestigio y poder, imponer un orden, establecer la paz con todos los beneficios indiscutibles que ella depara a las naciones, y ciertamente un estudio de las relaciones internacionales del Imperio tiene que tener presente todo esto; pero hay más, y un más, sin lo cual se corre el riesgo de no llegar a una justa comprensión de un mundo que —por profundamente religioso— sacralizaba su historia para anticipar y asegurar su plena redención.

En esta perspectiva, adquiere todo su significado la *Pax Augusta*, la *Pax Christiana* y la *Pax Coelestis*. Bien sabemos cuánto hizo Augusto por convencer a sus contemporáneos de las ventajas de la Paz, que nuevamente se concedía a un mundo renovado<sup>129</sup>; el Imperio aparece en dicha concepción como la institución llamada a dar la paz a las naciones, idea que es recogida por el pensamiento cristiano y consagrada en el s. IV: el Imperio Romano ha sido constituido por

<sup>129</sup>Por ejemplo, Cf. HORACIO, *Carmen Saeculare*; Cf. HOMO, *La civilisation Romaine*, p. 107-109. Hay que recordar todo el fondo tradicional que liga con la mentalidad primitiva y arcaica, y que se reactualiza en los periodos de *regreso a las fuentes*. Ver BELLINI, *art. cit.*, p. 529: “la vraie pax ne peut... exister que si les deux groupes ne sont plus étrangers l'un á l'autre, c'est-á-dire quand il sont coordonnés dans une unité plus vaste et soumis aux memes principes sacramentales”. Evidentemente, esta descripción mantiene su validez respecto de los periodos *pacificadores* sucesivos. Cf. DÖLGER, *Bulgarische Zartum und byzantinisches Kaisertum*, en *Byzanz und die europäische Staatenwelt*, p.142.

Dios para que haya el ambiente adecuado al nacimiento del Príncipe de la Paz y para que, superadas las diferencias entre las naciones, pueda predicarse el Evangelio a todos los pueblos. El Imperio Cristiano es pues garantía de la paz y su misión es conformar un mundo pacífico, que anuncie la Parousía.

Este pensamiento —fundamento excepcional para una política con pretensiones universales— parecía, a veces, enfrentarse en su realización con las fuerzas desencadenadas del mismo Averno. ¿Qué otra cosa sino esto podían ser los bárbaros que se atrevían a enfrentar el Imperio? Frente a las fuerzas esclavizadoras de la barbarie y del mal, el Imperio es el único capaz de hacer libres a los hombres; aquí también se vincula una vieja tradición romana<sup>130</sup>, viva todavía en el s. rv<sup>131</sup>, con la enseñanza cristiana de la libertad espiritual de los hijos de Dios, para dar al Imperio Cristiano su más noble ideal.

#### 4.

#### RELACIONES CON LAS *gentes externae*

En este mismo s. iv, ya se ve claramente que el Imperio tendrá que adecuar su tería a una poderosa realidad adversa. Tanto el Imperio Persa como los pueblos bárbaros del norte y del noreste, ya no son más *gentes* sumisas, que imploran el perdón de Roma después de haber sido vencidas, y que aceptan cualquier tipo de tratado dictado por el emperador *siempre victorioso*; por el contrario, ahora es el Imperio el que, urgido por fatal adversidad, tiene que ceder ante los bárbaros concediendo tratados onerosos y aun humillantes, sin bien no desprovistos de acertadas cláusulas. Se pasa pues de la etapa del *con-vencimiento* en las relaciones exteriores del Imperio, a una etapa que podría llamarse de la *con-cesión*.

El tratado con Persia, a la muerte de Juliano (363), o el tratado de Teodosio con los godos (382) son buenos ejemplos del nuevo estilo que se impone en las relaciones internacionales; este estilo estará de todos modos —como lo hemos visto— permanentemente revestido de dignidad y aún más de irrenunciable autoridad, gracias a la ficción jurídica y a la convicción religiosa, amhas realzadas por la pompa palatina.

<sup>130</sup>TITO LIVIO, *Ah urbe condita*, xxxiii, 33, 5: “(Roma) bella gerat pro libertatem aliorum... ne quod toto orbe terrarum iniustum imperium sit”.

<sup>131</sup>AMMIANUS MARCELLINUS, xvii, 12, 15: “...aliena potestate eripi Sarmatae iussi (Constantius), ut semper Romanorum clientes...”, 20: “Atque ut restitutio libertatis (Sarmatorum) haberet dignitatis augmentum Zizaim regem eisdem praefecit”. Cf. PARADISI, *Dai “Foedera iniqua” alle “Crisobulle” bizantine en S. D. H. I.*, p. 77; PICARD, *Les Trophées romains*, p. 476.



a  
*Relaciones con Persia  
y pueblos de la frontera oriental*

No podemos pensar ni siquiera en resumir brevemente las relaciones que Roma, desde tiempos de la República, tuvo con Persia o con los estados helenísticos del Cercano Oriente<sup>132</sup>; bástenos señalar que el cambio de dinastía en Persia, a. 227, con la instauración de los sasánidas, significó un recrudecimiento de las hostilidades en la frontera oriental, bien comprensible por cierto, dado el acentuamiento del nacionalismo que cultivaron los sasánidas, al restaurar el espíritu que animaba a los aqueménidas de pretensión al imperio universal; también debe tenerse en cuenta la importancia que adquiere la religión mazdeísta que llega a ser la iglesia oficial del Imperio Persa y que, a partir de la conversión al Cristianismo del Imperio Romano, creará un motivo más de profunda hostilidad, que impedirá una verdadera colaboración para enfrentar *el* problema de los ubicuos bárbaros<sup>133</sup>. Con todo, “sólo si se comprenden las relaciones internacionales entre Roma y el nuevo Imperio Persa como una continuación orgánica de la actividad jurídica interestatal romano-pártica, se obtiene una imagen clara de los principios de la política oriental romana”<sup>134</sup>.

Por ejemplo, cuando Diocleciano —después de la victoria de Galerio que llevó la frontera romana, una vez más, hasta el Tigris y *el* lago Van<sup>135</sup>— el 298 concede la paz al gran rey Narsai, el embajador persa dijo que “*el* Imperio Romano y el Imperio Persa son dos luminarias que, tal como los ojos, deben iluminarse y destacarse mutuamente y no empeñarse en su recíproca aniquilación”<sup>136</sup>; pues

<sup>132</sup>Ver, por ejemplo, ZIEGLER, *Die Beziehungen zwischen Rom und dem Partherreich* (Wiesbaden, 1964); STARK, *Rome on the Euphrates* (New York, 1967).

<sup>133</sup>Ardashir, el fundador de la nueva dinastía, se hacía llamar “Rey de los reyes de Irán”, su sucesor, Shapur (241.-272) será “Shahanshah i Eran u Aneran”, es decir, *Rey de Reyes de los Iranianos y de los no-Iranianos* (Res Gestae Divi Saporis, I, en GAGE, *La Montée des Sassanides*, p. 284); ver también, CHRISTENSEN, *op. cit.*, p. 215; ALTHEIM, *Niedergang der alten Welt*, I, pp. 54-55. Acerca de las pretensiones imperialistas de la nueva dinastía que, “voulait reconquérir á l’Empire des Perses tout ce continent d’Asie que la mer Egée et le détroit de la Propontide séparaient d’Europe”, ver HERODIANUS, VI, 6-11, en GAGE, *op. cit.*, pp. 296-298 y 120 s.; ver también los versos atribuidos a Bahram V (420-438), en MACOUDI, *Les Prairies d’Or*, n, pp. 192-193. Acerca de la importancia que adquiere el clero mazdeísta, ver también GAGE, *op. cit.*, pp. 106-114.

<sup>134</sup>ZIEGLER, *op. cit.*, pp. 150-151 y también 148.

<sup>135</sup>CHRISTENSEN, *op. cit.*, p. 228.

<sup>136</sup>PETRUS PATRICIUS, *Frag.* 13, F.H.G., IV, p. 188; ver también ZIEGLER, *op. cit.*, p. 145; HELM, R., *Untersuchung über den auswärtigen diplomatischen Verkehr*

bien, este pensamiento es la expresión de seculares ideas al respecto; un lejano antecedente puede encontrarse en una conferencia celebrada sobre el Éufrates, entre Gaius César, en representación del Emperador Augusto, y Phraates v, donde se despliega todo un ceremonial que pone de manifiesto el pie de igualdad en que se consideraban ambas potencias. Velleius Paterculus, testigo de este acontecimiento, dice que en ese momento se reunían “duo... eminentissima imperiorum et hominum... capita”<sup>137</sup>.

Efectivamente, no se trata sólo de entender a Roma y Persia como dos grandes imperios vecinos, de igual dignidad; es más, son *los* dos grandes Imperios de la humanidad, los únicos adversarios dignos en un mundo de bárbaros, que merodean por doquier; así se entiende también en tiempos de Marco Aurelio, luego de las victorias del 166, al restablecerse la paz: conviene mantener la *amicitia* con Persia para poder enfrentar a germanos y sármatas en la frontera del Danubio<sup>138</sup>. Y la proyectada alianza matrimonial de Caracalla con la hija del Gran Rey, ¿no apunta acaso al mismo ideal de reunir en una gran unidad a todo el mundo civilizado, tal como lo había pretendido Alejandro el Grande, de quien Caracalla se sentía émulo?<sup>139</sup>.

En verdad, este pensamiento de sentirse compañeros en una tarea de defensa universal frente a la barbarie pudo desarrollarse, dada la similitud de problemas que acosaban a ambos Imperios, a partir de la misma amenaza bárbara que, más de una vez, los obligará a un entendimiento cuando presionaba muy fuerte en las fronteras del norte<sup>140</sup>. Pero, junto a esta circunstancia, fomentadora de relaciones pacíficas, desde fines del s. m, habrá una causa permanente de discordia: la progresiva cristianización de pueblos que formaban parte del Imperio Persa o que eran sus vasallos. Con la conversión de Constantino, la profesión religiosa devino asunto de estado, y Persia

---

*des römischen Reiches im Zeitalter der Spätantike*, Archiv für Urkundenforschung, 1932, p. 381, nota 1.

<sup>137</sup>VELLEIUS PATERCULUS, u, 101; Cf. ZIEGLER, *op. cit.*, pp. 54 y 83; STARK, *op. cit.*, p. 161.

<sup>138</sup>ZIEGLER, *op. cit.*, pp. 120-122.

<sup>139</sup>Acerca del recuerdo de Alejandro Magno, ver SCRIPTORES HISTORIAE AUGUSTAE, *Caracalla* 2, 1-2; *Severus Alexander*, 30, 3 y 50, 4; ver también ZIEGLER, *op. cit.*, p. 149; GAGE, *op. cit.*, pp. 67-68; STARK, *op. cit.*, p. 257; LEVEAU, PH., *L'idéologie politique de l'empereur Julien II l'Apostat* (Bordeaux, s. f.), pp. 175 e.

<sup>140</sup>Acerca de la persistencia de un pensamiento comunitario durante la época musulmana ver HUSSEY, *op. cit.*, p. 110; el texto citado, del S. X, es extremadamente interesante porque repite la figura de las *dos grandes luminarias del cielo*.

no pudo menos que inquietarse con la presencia de súbditos que espiritualmente estaban más cerca de Roma<sup>141</sup>.

Poco antes de la muerte de Constantino, las hostilidades se reinician en la frontera del Éufrates, con las incursiones de tribus árabes, manejadas por ambos imperios; esto, más la persecución a los cristianos iniciada por estos mismos años, movió a Constantino a preparar la guerra, posiblemente influyó en estas tensiones que se prolongarán por más de 40 años, la presencia en el Imperio Romano de un príncipe persa, hermano del rey Shapur II, que el 324 había buscado refugio en el Imperio<sup>142</sup>.

Los años que van de la muerte de Constantino el Grande a la campaña de Juliano, verán la ofensiva persa en Mesopotamia, matizada por algunas treguas, que generalmente están en consonancia con el apremio bárbaro que sufren ambos Imperios en las fronteras del norte. Esta constante preocupación significaba bien una momentánea disminución de la tensión en el Éufrates, bien una situación más grave para uno de ellos al encontrarse envuelto en un verdadero movimiento de pinzas, bien un despliegue de toda la habilidad diplomática para lograr este mismo movimiento<sup>143</sup>.

Durante una de estas treguas, a. 357-358<sup>144</sup>, hubo un cambio de correspondencia diplomática entre el Emperador Constantino y el gran rey Shapur, cuyo texto nos ha conservado Ammiano, y que vale la pena comentar, a pesar de toda la recreación literaria que pueda contener, ya que, en todo caso, nos permite penetrar en la mentalidad romana del s. IV<sup>145</sup>.

En primer lugar, Shapur piensa que las conversaciones en pro de la paz manifiestan una seria quiebra del poderío del Imperio Romano, el cual, de otra manera, no se habría inclinado por las negociaciones, y, por lo mismo, cree del caso poner duras condiciones.

La carta enviada a Constancio tiene el siguiente exordio: "Rex

<sup>141</sup>LABOURT, *op. cit.*, p. 44; el texto de Afraat citado en pp. 47-48, evidentemente permite tales temores: "Leur empire des romains ne sera pas vaincu; n'en doute pas, car le héros qui a nom Jésus vient avec sa puissance, et son armure soutient toute l'année de l'empire... Son signe s'est multiplié dans leur pays. Ils ont revêtu son annure et ils sont invincibles". Cf. STEIN, *op. cit.*, I, p. 137; TOUMANOFF, *art. cit.*, p. 124; MARROU, *op. cit.*, p. 320.

<sup>142</sup>PICANIOL, *op. cit.*, p. 141.

<sup>143</sup>ENSSLIN, *Die weltgeschichtliche Bedeutung der Kämpfe zwischen Rom und Persien*. Neue Jahrbücher für Wissenschaft und Jugendbildung, 1928, pp. 406-408; HANNESTAD, *art. cit.*, p. 455; OSTROGORSKY, *History of the Byzantine State*, p. 47; THOMPSON, *op. cit.*, pp. 16-17.

<sup>144</sup>Ver STEIN, *op. cit.*, I, pp. 154-155; PICANIOL, *op. cit.*, p. 100.

<sup>145</sup>AMMIANUS MARCELLINUS, XVII, 5.

regum Shapur, particeps siderum, frater Solis et Lunae, Constantio Caesari fratri meo salutem pluriman dico”; la respuesta, el siguiente: “Victor terra marique Constantio, semper Augustus, fratri meo Sapori regi salutem pluriman dico”<sup>146</sup>.

Por ambas partes, vemos que se reconoce una *fraternidad*, que parece ser más constante que la amistad, en estos momentos justamente suspendida, y que el Emperador Constancio ofrece a Shapur: “gratulator ut futurus (si velis) amicus”. Esta relación familiar de carácter espiritual tiende a expresar toda una coordinación universal, y descansa sobre una ficción —la *fraternidad* de los soberanos—, lo que la toma inmovible; de esta manera, se encuentra por sobre las peripecias e incidentes históricos; su valor es trascendente, ya que, en el fondo, se funda en una imagen cósmica de orden y belleza ideal, todavía más acentuada por la mutua experiencia del contorno bárbaro.

Esta *fraternidad* posibilita formas de relación internacional entre las cuales ocupa un primer lugar, justamente la *amicitia*; puede ser que los *hermanos* sean *amigos*: será un paso más hacia el ideal; pero puede suceder que no lo sean por el momento, y, sin embargo, la relación de fraternidad subsiste y prepara la amistad<sup>147</sup>. Se comprende entonces que ambos soberanos se designen mutuamente *frater*; que Shapur, que se siente ofendido y con ofensa que tiene el peso de siglos

<sup>146</sup>Acerca del uso de los mismos símbolos en las monedas, ver PARADISI, *art. cit.* en S.D.H.I., 1954, p. 117.

<sup>147</sup>Contra: PARADISI, *L’amicitia internazionale nell’alto Medio Evo*, p. 190: “Che poi i rapporti di paternità e di filiazione o di fratellanza tra i parenti non fossero che una espressione più intensa del titolo di *amicus populi romani*, è certo”. En realidad, coincidimos con la opinión de PARADISI en lo relativo a la génesis de todos estos lazos de parentesco espiritual (*Ibidem*, pp. 185-186), pero creemos que hubo un momento en que los lazos de parentesco espiritual fueron el elemento permanente y la *amicitia* el elemento accidental. De aquí que se hayan considerado los primeros más fundamentales que la segunda, como tratamos de demostrar en el texto. Ese momento corresponde a la consolidación de la teoría universalista, fortificada en la adversidad, y que aún no está cerrada a la realidad, como le sucedería algunos siglos más tarde, cuando un príncipe no-cristiano no podría ser *hermano* del Emperador, sino solamente su *amigo*; ver DÖLGER, *Die “Familie der Könige” im Mittelalter* en DÖLGER. *op. cit.*, pp. 34-69; también PARADISI, *art. cit.*, pp. 198°199 al comentar a CONSTANTINUS PORPHYROGENITUS, *De administrando Imperio*, 13, dice: “Roma antica, seguendo la sua vocazione verso un’espansione sempre maggiore, aveva ‘Superato l’unità etnica e, pur riservando ad essa una dignità particolare, aveva gettato con gli altri popoli il ponte dell’amicitia ed iniziato in tal modo la costruzione della comunità internazionale ed insieme del suo Impero. La Nuova Roma si era chiusa verso l’estero in modo definitivo...”; Cf. TAMASIA, *L’af fratellamento*, p. 44.

de imperialismo romano, no llame *amicus* al Emperador Constancio y que éste, que anda tras la paz, le ofrezca su *amicitia*.

Constancio termina su respuesta indicando que no debe tomarse la falta de acometividad romana como *inertia* sino que es *modestia*; de allí que “pugnas interdum excepisse potius quam intulisse”. Queda, pues, bien en claro que Roma ha adoptado más bien un papel defensivo que será sólo momentáneamente pospuesto en tiempos de Juliano, con su funesta campaña del 363.

Por último, vale la pena indicar la digna salida que encuentra Constancio para dejar a salvo su majestad, en estas conversaciones que han conducido al cambio de correspondencia; sin rechazarlas de plano, las relega a una mera intervención oficiosa con un “me inconsulto”<sup>148</sup>.

La campaña de Juliano se abrió con gran optimismo; la fama de las virtudes del Emperador le ganó la admiración y adhesión de cantidad de pueblos, que enviaron sus embajadores al Emperador —en esos momentos en Constantinopla— para pedirle la paz, ofrecerle presentes y rendirle tributos, *annua sollemnia*<sup>149</sup>; ya en campaña, recibió a los príncipes árabes que, junto con rendirle tributo, lo adoraron “tanquam mundi nationumque suarum dominum”<sup>150</sup>.

El fin de la campaña fue un desastre que no sólo terminó con la muerte del Emperador sino también en una discutida paz, que se vio obligado a aceptar Joviano, el nuevo emperador, ese mismo año 363.

Ammiano ha dejado un detallado relato de estos tristes acontecimientos, de los cuales fue testigo presencial<sup>151</sup>. Las condiciones “difficiles et perplexas” que impuso el gran rey para otorgar la paz fueron las siguientes: devolución de cinco de las nueve satrapías armenias que estaban en manos de los romanos desde el Tratado de Diocleciano, con quince plazas fuertes y las ciudades fortificadas y de indiscutible importancia estratégica y comercial de Nisibis, Singara y Castra Maurorum; de todos estos lugares, difícilmente pudo Joviano obtener que los habitantes tuviesen permiso para emigrar a territorio romano; además se comprometió a no prestar auxilio al rey Arsaces de Armenia, “amicus nobis semper et fido”, dice Ammiano<sup>152</sup>. La paz se juró por treinta años —“foederata itaque

<sup>148</sup>AMMIANUS MARCELLINUS, XVII, 5, 12.

<sup>149</sup>AMMIANUS MARCELLINUS, XXII, 7, 9.10; PARADISI, *art. cit.* en S.D.H.I., 1954, p. 79, sostiene que “questa commendazione era una *deditio in fidem*”.

<sup>150</sup>AMMIANUS MARCELLINUS, XXIII, 3, 8.

<sup>151</sup>AMMIANUS MARCELLINUS, XXV, 7, 5-14.

<sup>152</sup>Acerca de la nueva frontera, ver HONIGMANN, *Die Ostgrenze des byzantinischen Reiches von 363 bis 1071*, pp.5 s., con las correcciones señaladas por

pace annorum triginta, eaque iuris iurandi religionibus consecrata"<sup>153</sup> — y se cambiaron rehenes para asegurar su mantenimiento.

Josué el Estilita, al narrar estos acontecimientos, agrega el siguiente detalle: "Joviano (...) cedió a los persas la posesión de Nisibis por ciento veinte años, después de los cuales debían devolverla a sus dueños"<sup>154</sup>; Juan Lydus añade que se acordó una suma anual para concurrir a la defensa de la fortaleza de Iuroipaach o Darband, en las Puertas Caspias<sup>155</sup>. Vale la pena retener también que el juramento se pidió no sólo al Emperador sino también a un grupo de "sus más distinguidos generales" {primates}, y que esta paz a la vez un *foedus*<sup>156</sup>, lo que quiere decir que restablecida la *amicitia* se vio también la posibilidad de establecer una colaboración frente al enemigo común, los bárbaros del norte. El paso citado de Juan Lydus y el acuerdo, a que alude Josué el Estilita, podrían dar contenido a este tratado: "Entre los romanos y los persas existía además un tratado según el cual, en caso que unos u otros tuviesen necesidad de ayuda en sus guerras contra los bárbaros, se comprometían a

---

DILLEMANN, *Haute Mésopotamie Orientale et Pays Adjacents*, pp. 226-234 y mapa en p. 227. Acerca de la situación de Armenia ver BAYNES, *Rome and Armenia in the Fourth Century*, en BAYNES, *Byzantine Studies*, pp. 197-198; BURY, *op. cit.* (1923), 1, p. 93 y nota 3; GROUSSET, *Histoire de l'Arménie*, p. 140; TOUMANOFF, *Iberia on the Eve of Bagratid Rule*, Le Muséon, 1952, p. 23, piensa que, en ese mismo tratado, Roma cedió su suzeranía sobre Iberia; Cf. CHRISTENSEN, *op. cit.*, p. 233. De hecho, esta cesión no se hizo sino con el tratado que decidió la partición de Armenia (387). Acerca del punto concerniente a la cesión de 15 *castella*; Cf. el detallado estudio de DILLEMANN, *op. cit.*, p. 218, quien concluye que "Les territoires au-dela du Tigre étaient perdus depuis longtemps et ne valaient pas la peine d'être mentionnés. En somme pour une grande part, les Romains renonçaient a des droits théoriques qui leur venaient du traité de 297". De hecho, la cesión de Nisibis aparece como el punto más importante de toda aquella modificación territorial, según la transmite la historiografía contemporánea; ver, por ej., SÓCRATES, 111, 22; también en los historiadores posteriores, por ejemplo, MALALAS, *Chronographis*, C.S.H.B., t. xv, p. 336; TABARI, *Chronique*, II, p. 98.

<sup>153</sup>Acerca de la constitución de un *ritus gentinum* que reemplaza la forma tradicional del *foedus*, adoptando las formas propias de cada pueblo, ver PARADISI, *Dai "Foedera iniqua" alle "Crisobulle" bizantine*, en S.D.H.I., 1954, p. 74.

<sup>154</sup>JOSUE LE STYLITE, *Chronique*, p. xv; Cf. TABARI, *op. cit.*, 11, p. 98; contra: STEIN, *op. cit.*, 11, p. 64, nota 4.

<sup>155</sup>LYDUS, *De Magistratibus*, 111, 52; Cf. MARQUARD (MARKWART), *J Ērānšahr nach der Geographie des Ps. Moses Xorenac'i*, pp. 99-100; STEIN, *op. cit.*, 1, 171; CHRISTENSEN, *op. cit.*, pp. 233-234.

<sup>156</sup>AMMIANUS MARCELLINUS, xxv, 7, 14; 8, 4; Cf. traducción de ROLFE, J. C. en *The Loeb Classical Library*, t. 11, p. 533. El *foedus* debe asimilarse aquí a la *societas*, es decir, a una simple colaboración militar; ver PARADISI, *art. cit.*, p. 88.

auxiliarse mutuamente, proporcionándose trescientos hombres de selección con armas y caballos o trescientos *státeros* por cada hombre, a elección de la parte que sufriese la necesidad”<sup>157</sup>.

Esta paz ha merecido variados comentarios desde el inicial juicio adverso de Ammiano<sup>158</sup> hasta el igualmente peyorativo y reciente de Jones, que la describe como “un tratado altamente desventajoso”<sup>159</sup>; pero pocos han visto tan acertadamente como Dillemann el verdadero contenido y alcance de ella: “El año 358, Shapur n había exigido por ultimátum la restitución de los territorios al este del Eufrates; en esta perspectiva, las exigencias del 363 parecen moderadas. La experiencia de los cinco últimos años le habían hecho comprender que los persas no podían instalarse en el Eufrates Medio sin peligro. Al mismo tiempo, los romanos acababan de comprobar que les era imposible conquistar la Baja Mesopotamia. En ambos casos, los ejércitos alcanzaban una región vital del adversario al fin de una línea de comunicación desmesuradamente prolongada. Shapur II y Joviano tuvieron la sabiduría de renunciar simultáneamente a las conquistas y el tratado fue negociado sobre el principio de las compensaciones, partiendo de la situación creada por Septimio Severo. Los romanos guardaron la Mesopotamia en su conjunto, perdiendo la región situada entre Bezabdé, Nisibis y Singara, por donde amenazaban a su vecino. En compensación guardaron la Sofena donde su influencia era antigua, aunque hubiese sido adquirida por *fraude*. No considerando la pérdida sentimental de Nisibis, los romanos no habían hecho un mal negocio”<sup>160</sup>.

El próximo episodio que pondrá a prueba las relaciones entre Roma y Persia se radicará en la zona norte de esta frontera, zona que corresponde al reino de Armenia y a los reinos del Cáucaso, donde se ejercía por igual la influencia de ambos Imperios<sup>161</sup>

Acabamos de ver que el rey Arsaces de Armenia, según una cláusula del tratado del 363, quedó sin el apoyo de Roma frente a las pretensiones y venganza de los persas, que pronto se materializaron en la conquista de ese país<sup>162</sup>. El Emperador Valente —además del respecto debido al citado tratado— no se sintió capaz de tomar cartas en este asunto, que tocaba tan directamente la seguridad y prestigio del Imperio, hasta solucionar —o creer solucionado— el problema

<sup>157</sup>JOSUE LE STYLITE, *Chronique*, p. xv.

<sup>158</sup>AMMIANUS MARCELLINUS, XXVII, 12,1

<sup>159</sup>JONES, *op. cit.*, p. 138.

<sup>160</sup>DILLEMANN, *op. cit.*, p. 223. Acerca de las consecuencias de este tratado, ver DEVREESE, *Arabes-Perses et Arabes-Romains*, p. 372.

<sup>161</sup>AMMIANUS MARCELLINUS, XXVII, 12.

<sup>162</sup>AMMIANUS MARCELLINUS, XXV, 7, 12; ver BAYNES, *art. cit.*, pp. 200-201.

gótico<sup>163</sup>; así recién el 371 hacía instalar a Pap, hijo del asesinado rey Arsaces, como rey de Armenia. “Desgraciadamente el acuerdo entre la monarquía y el patriarcado, entre la dinastía y los señores feudales, entre Armenia y Roma, triple condición del resurgimiento armenio, iba a ser de corta duración”<sup>164</sup> y Pap caería asesinado a manos de los romanos<sup>165</sup>.

A su muerte (a. 375), los señores armenios tuvieron que reconocer que la situación de su patria era de lo más precaria<sup>166</sup>, así como el Gran Rey, y tal vez también el Emperador, que Armenia era una permanente fuente de disturbios, “perpetuam aerumnarum causam”<sup>167</sup>. Fue imponiéndose pues la idea de la necesidad de encontrar una solución definitiva para el caso de Armenia, para no aumentar los problemas que afectaban a ambos Imperios, que ya tenían bastante con la amenazadora presencia de los bárbaros en sus fronteras del norte, y que esta solución definitiva consistía en la división de su territorio.

En el hecho, una participación, con respectivo protectorado romano y persa en cada zona, ya se había impuesto, por estos mismos años, en Iberia, a pesar de que ese reino había sido considerado, desde el tratado del 298, un “país de protectorado romano”<sup>168</sup>; en las negociaciones que ahora se abren para solucionar el caso armenio, Persia jugará con la situación de Iberia para tratar de imponer su punto de vista<sup>169</sup>.

Los romanos fueron tentados con la idea de la división y así unos embajadores, que habían ido a Persia portadores de un verdadero ultimátum respecto a la necesaria integridad de Armenia, a pesar de las terminantes indicaciones en contra, fueron ganados a la idea indicada y aceptaron unas “regiones in eadem Armenia exiguas”, que a continuación fueron oficialmente ofrecidas por el alto embajador persa al Emperador Valente<sup>170</sup>; pero Valente se mantuvo en su posición, la división y subsecuente anexión de la parte oriental de los persas significaba la imposición de la religión mazdeísta, contra la voluntad del pueblo armenio, que profesaba el Cristianismo desde

<sup>163</sup>SOLARI, A., *Il non intervento nel conflitto tra la Persia e Valente*, Klio, 1933, pp. 114.120.

<sup>164</sup>GROUSSET, *op. cit.*, p. 148; ver también PARADISI, *art. cit.*, en S.D.H.I., 1954, p. 99.

<sup>165</sup>AMMIANUS MARCELLINUS, xxx, I; ver BAYNES, *art. cit.*, pp. 200-204; GROUSSET, *op. cit.*, pp. 143-152.

<sup>166</sup>FAUSTUS DE BYZANCE, iv, 5, 33.

<sup>167</sup>AMMIANUS MARCELLINUS, xxx, 2, 2.

<sup>168</sup>PEETERS, *art. cit.*, p. 26.

<sup>169</sup>AMMIANUS MARCELLINUS, xxx, 2, 2.

<sup>170</sup>AMMIANUS MARCELLINUS, xxx, 2, 5.



generaciones atrás, aunque de manera bien peculiar por cierto; tal vez, así puede entenderse el paso de Ammiano: “quod rex iustus et suo contentus, ut iactitabat (Sapor) sceleste concupiscat Armeniam, ad arbitrium suum vivere cultoribus eius permissis”<sup>171</sup>. Para garantizar la independencia del país y la tranquilidad en esa parte de la frontera, Valente se comprometió a prestar ayuda financiera para la defensa de Armenia<sup>172</sup> y, por último, a iniciar una campaña de apoyo.

La insurrección de godos en Tracia obligó a postergar estos proyectos para correr a la defensa de esas provincias, desde donde el ataque a los centros vitales de la administración imperial era inminente, no sin antes tratar de darle alguna solución al “status Armeniae”<sup>173</sup>.

La situación de Armenia continuó confusa; las veleidades de la belicosa nobleza feudal no eran lo más adecuado para mantener la unidad y fortalecer la monarquía. Toumanoff describe acertadamente esta tensión, que sumada a otras que igualmente afectaban *Caucasia*, iban a procovar funestas desintegraciones: “Mientras la corona en Iberia, como en Armenia gravitó, en sus esfuerzos para consolidar su poder, hacia el autocrático y burocrático Imperio Romano, sus vasallos principescos fueron impulsados en la dirección opuesta, atraídos por el feudal y aristocrático reino de los Sasánidas, con cuya alianza esperaban conservar sus derechos dinásticos”<sup>174</sup>.

La muerte del general Manuel Mamikonian (a. 385), que había impuesto una relativa tranquilidad al país, gobernándolo con firmeza, como regente del joven rey Arsaces, hijo de Pap, va a desatar nuevamente las luchas civiles, que conducirán a la división de Armenia<sup>175</sup>. “Con razón, puede decirse que Armenia misma provocó su propia división; el Emperador y el Gran Rey sólo dieron su aprobación a un *fait accompli* de una manzana de la discordia autodividida”<sup>176</sup>.

Creemos interesante presentar con más detalles esta división, que pone en evidencia la compleja problemática que afectaba a ambos Imperios en este tiempo: tanto uno como otro han experimentado ya el ataque implacable de los pueblos bárbaros del norte —en el caso de Persia, los hephtalitas—, que les exige movilizar todas sus fuerzas para contenerlos; uno y otro han sabido de las promesas y defecciones

<sup>171</sup>AMMIANUS MARCELLINUS, xxx, 2, 4; ver GROUSSET, *op. cit.*, p. 153.

<sup>172</sup>FAUSTUS DE BYZANCE, iv, 5, 34.

<sup>173</sup>AMMIANUS MARCELLINUS, xxxi, 7, 1; Cf., EUNAPIUS SARDIANUS, *Frag.* 42 en F.H.G., iv, p. 32.

<sup>174</sup>TOUMANOFF, *art. cit.*, p. 25 y *Christian Caucasia between Byzantium and Iran*, p. 124; GROUSSET, *op. cit.*, pp. 137-138 y 154-155; PASDERMADJIAN, H., *Histoire de l'Arménie*, pp. 122 y 136.

<sup>175</sup>FAUSTUS DE BYZANCE, iv, 6, 1; BAYNES, *art. cit.*, p. 207.

<sup>176</sup>TOUMANOFF, *Studies in Christian Caucasian History* (Washington, 1963), p. 151.

de los armenios, que parecen nunca contentos con la situación dada; ninguno quiere tampoco renunciar del todo a alguna forma de hegemonía, en que va más de un punto de honor después de tanta empresa y honra comprometida, y ambos Imperios sufren —Persia desde la muerte del poderoso Shapur (a. 379), sucedido por débiles reyes acosados por impetuosa nobleza— también problemas internos.

Los años posteriores a la firme actitud de Valente han sido de los más críticos que ha vivido el Imperio, y ya no se piensa más en una defensa “á outrance” de Armenia. El año 383 Teodosio envió una embajada presidida por Sporacius y en cuya comitiva iba el joven vándalo Estilicón<sup>177</sup>. Al año siguiente, una embajada persa llegó a Constantinopla para anunciar el advenimiento de un nuevo rey, Shapur III, que se inclinaba igualmente a la paz<sup>178</sup>. Una nueva embajada se presenta el 386, que prepara el camino para la enviada al año siguiente por el Imperio. Esta última embajada, presidida ahora por Estilicón, finiquitará la división de Armenia en la paz de Ekeleac, en vez de recurrir a las armas para apoyar a los dos reyes que se disputaban el país y que, de hecho, serán los que continuarán gobernando bajo la hegemonía romana y persa en sus respectivas partes<sup>179</sup>.

Al parecer, la repetición de estos incidentes había llegado a producir un estado de cansancio entre los generales romanos, que aconsejaron la paz, paz que en estos momentos convenía sobremanera a Teodosio para enfrentar al usurpador Máximo<sup>180</sup>.

La división fue bastante desproporcionada: la parte que quedó bajo hegemonía romana se extendía al occidente de una línea que corría al este de Martyropolis y de Elegeia (Erzérum), y equivalía aproximadamente a un quinto de la superficie total de Armenia; pero estratégicamente ésta era una zona de gran importancia para el Impe-

<sup>177</sup>LYDUS, *De magistratibus*, III, 53; ver MARQUARD, *op. cit.*, pp. 103-104; DEMOUGEOT, E., *De l'unité à la division de l'Empire romain, 395-410* (Paris, 1951), p. 131.

<sup>178</sup>SÓCRATES, v, 12. Acerca de estas embajadas, ver DOISE, J., *Le partage de l'Arménie sous Théodose Ier.*, Revue des Etudes Anciennes, 1945, pp. 274-277, quien sostiene que es en ese momento que se decide la partición de Armenia; ver también ASLAN, *Etudes historiques sur le Peuple Arménien*, p. 199; contra: TOUMANOFF, *op. cit.*, p. 152, nota 6. Una descripción poética de esta embajada y de la ceremonia para sellar la paz, se encuentra en CLAUDIANUS, *De laudibus Stiliconis*, I, 51-63.

<sup>179</sup>FAUSTUS DE BYZANCE, IV, 6, 1; MOISÉS DE KHORENE, III, 42; *Narratio de rebus Armeniae* (éd. GARITIE, Louvain, 1952), 4, 21 y la nota respectiva en p. 64; ver ASDOURIAN, P., *Die politischen Beziehungen zwischen Armenien und Rom von 190 v. Chr. bis 428 n. Chr.* (Freiburg i. d. Schweiz, 1911), pp. 165-166; GROUSSET, *op. cit.*, pp. 164-165; TOUMANOFF, *Christian Caucasia between Byzantium and Iran*, p. 131, nota 80; MECERIAN, *Histoire et institution de l'Eglise arménienne* (Beyrouth, 1965), p. 47.

<sup>180</sup>BAYNES, *art. cit.*, p. 207 y también C.M.H., I, p. 240.

rio porque “llenaba la profunda entrada entre el Eufrates superior y el Tigris superior”<sup>181</sup>.

En cuanto a la situación en que se encontró el rey Arsaces III respecto a los romanos, las fuentes armenias no trepidan en calificarla de servil<sup>182</sup>. La realidad que encerraba el reconocimiento de la soberanía de Arsaces va a revelarse muy pronto, cuando a su muerte (a. 389), el Emperador no le designe sucesor sino nombre tan sólo un gobernador, el *comes Armeniae*, para que administre el país, que, de hecho, fue reducido a provincia del Imperio<sup>183</sup>. Esta medida desagradó profundamente, como es natural, a los indomables señores armenios, que en su mayoría hicieron sumisión al rey Cosroes, que gobernaba en la otra parte, bajo control persa<sup>184</sup>.

La división de Armenia será una de las tantas quejas que tendrán los armenios contra el Imperio y que irán envenenando una relación que deberían haber tenido unidad y fortalecimiento progresivo para enfrentar la amenaza oriental en sus distintas manifestaciones<sup>185</sup>. Con la anexión de esta parte de Armenia, la frontera oriental del Imperio vino a coincidir con una línea bastante recta que iba desde la costa oriental del Mar Negro hasta Circesium, en la confluencia del Ahorras con el Eufrates, para desde allí internarse en el desierto de Arabia hasta tocar las costas del Mar Rojo.

Teodosio comprendió que era necesario tomar inmediatas medidas que aseguraran la defensa de este nuevo sector de la frontera: de allí la fundación de Theodosiopolis, en el emplazamiento de la antigua Elegeia, lugar importantísimo para controlar el paso desde el valle del Araxes hacia el curso superior del Eufrates, Satala y todas las vías que allí confluyen<sup>186</sup>; también el reforzamiento de las unidades mili-

<sup>181</sup>JONES, *op. cit.*, p. 158; FAUSTUS DE BYZANCE, IV, 6, 1; *Narratio de Rebus Armeniae* (ed. cit.), p. 64; HONIGMANN, *op. cit.*, p. 9; GROUSSET, *Loc. cit.*; BOHLING, A., *Armenien und Byzanz, Aus der byzantinischen Arbeit der D.D.R.*, 1957, p. 181. Acerca del emplazamiento de Martyropolis (Maïpherqat), sobre el Nymphios (Bahtan-Sou), ver PROCOPIUS, I, 21, 6; ver también REMONDON, *op. cit.*, mapa 2, p. 326.

<sup>182</sup>Ver GARITTE, ed. *Narratio de Rebus Armeniae*, p. 71.

<sup>183</sup>MOISÉS DE KHORENE, III, 46; PROCOPIUS, *De Aedificiis*, III, 1, 14-15; TOUMANOFF, *art. cit.*, p. 135 y también pp. 152 y 193.

<sup>184</sup>MOISÉS DE KHORENE, III, 48.

<sup>185</sup>TOURBENIZE, E., *Histoire politique et religieuse de l'Arménie* (Paris, 1900), p. 69-70; ASLAN, *op. cit.*, p. 199; GROUSSET, *op. cit.*, p. 165 y también *L'Empire du Levant* (Paris, 1949), 71; PASDERMADJIAN, *op. cit.*, p.122.

<sup>186</sup>*Narratio de Rebus Armeniae*, 9 y la nota respectiva en pp. 68-69; GARITTE atribuye esta fundación a Teodosio el Grande; ver también TOUMANOFF, *Christian Caucasia between Byzantium and Iran*, p. 131. Durante largo tiempo, con la sola excepción de CHAPOT, *La frontiere de 'f:Eufrate*, p. 361, se atribuía esta

tares en esta zona: La *Notitia Dignitatum* señala cinco *alae* además de una *cohors*, formadas por Teodosio, y puestas bajo la disposición del *dux Armeniae*. De estas *alae*, hay tres cuya ubicación se puede intentar proponer: *ala Theodosiana apud Auaxam*, *ala felix Theodosiana*, *Siluanis*, *ala prima felix Theodosiana*, *Pithiae*<sup>187</sup>. La posible sede para la primera sería justamente Theodosiopolis, recién fundada y con delicado papel por su proximidad a las fuentes del Araxes (apud Auxam = apud Araxam?); la segunda en las cercanías del discutido emplazamiento de Tigranocerta (Silvan?)<sup>188</sup>, controlando el paso de Quolp, en el Taurus; por lo tanto, también en uno de los puntos claves de la nueva frontera, y próxima a la ciudad de Martyropolis<sup>189</sup>. En cuanto a la tercera, se encontraba en el extremo norte de la frontera, más allá del Phasis, en el puerto de Pithia<sup>190</sup>. Como vemos, la política imperial —gracias a secular experiencia— conocía perfectamente los puntos claves de la nueva frontera y cuidó de ellos<sup>191</sup>.

Paralelamente a la solución del problema armenio, se solucionó también el caso de Iberia, donde se había prolongado —contra el parecer de Persia— una división entre dos reyes-clientes de ambos Imperios<sup>192</sup>: ahora, y tal vez en el mismo tratado en que se acordó la división de Armenia, se restableció la unidad de Iberia y se puso la totalidad de ese reino bajo la dependencia de Persia. El equilibrio de influencias en el Cáucaso se estableció al pasar a depender el reino de Lázica del Emperador Romano, quien enviaba los símbolos del poder a cada nuevo rey de Lázica, es decir, procedía a su investidura; indirectamente también se extendió la suzeranía romana al pequeño reino de Suania, vecino septentrional de Lázica, cuyo rey recibió la investidura de manos del rey de Lázica, pero con aprobación del Emperador<sup>193</sup>.

fundación a Teodosio II y todavía, por ejemplo, lo hace STARK, *Rome on the Euphrates*, p. 363.

<sup>187</sup>NOTITIA DIGNITATUM, *Or.* XXXVIII, 18, 19 y 32; ver JONES, *op. cit.*, pp. 1430 y 1447, cuadro XI.

<sup>188</sup>Ver STARK, *op. cit.*, pp. 74-76 y nota 74. Cf. DILLEMANN, *Haute Mésopotamie-Orientale et Pays Adjacents*, pp. 38, 236 y mapa en la p. 235.

<sup>189</sup>PROCOPIUS, *De Aedificiis*, m, 3, 3-4; ver DILLEMANN, *op. cit.*, pp. 38 y 235-236.

<sup>190</sup>PROCOPIUS, *vm*, 4.5; ver LANG, *op. cit.*, p. 94.

<sup>191</sup>Cf. DILLEMANN, *op. cit.*, p. 240.

<sup>192</sup>AMMIANUS MARCELLINUS, xxvii, 12, 17-18; xxx, 2, 2; ver también BAYNES, *Rome and Armenia in the Fourth Century*, p. 202. La situación de Armenia y de Iberia estaba íntimamente ligada a la planificación de las influencias y de la hegemonía de ambos Imperios en la Transcaucasia.

<sup>193</sup>TOUMANOFF, *Iberia on the Eve of the Bagratid Rule*, p. 24 y nota 5 en p. 25 y también *Studies in the Christian Caucasian History*, p. 361. Acerca de

Es posible que también en esta ocasión se haya acordado no tomar parte en las habituales querellas de las tribus árabes para evitar que un conflicto local provocase un estado de beligerancia generalizado<sup>194</sup>. Por esta fecha, ya se da una agrupación de árabes pro-persas, alrededor de Hira<sup>195</sup>.

Concluamos este punto indicando que este tratado, llamado a tener una larga vigencia, y generador de cordiales relaciones entre ambos Imperios —alteradas tan sólo por ocasionales persecuciones religiosas, no desprovistas de significado político—, confirma el reconocimiento mutuo de Persia y Roma “como potencias independientes, de igual jerarquía, que se respetan mutuamente y portadoras del orden internacional”<sup>196</sup>.

b.

*Relaciones con los  
bárbaros de la frontera del Danubio*

La revisión de las relaciones sostenidas con los godos en la frontera del Danubio, durante el s. iv, acusa, en general, el problema que presenta para el Imperio —fuertemente centralizado y legalista— tener que tratar con pueblos primitivos, con débil sentido de la organización política y de sus compromisos, lo que dejaba siempre todo tratado sujeto a la incertidumbre, a la vez que la solución encontrada con un grupo de bárbaros nada aseguraba respecto a los demás posiblemente más numerosos y fieros<sup>197</sup>.

El año 323 el ejército de Constantino el Grande derrotó a los godos al norte del Danubio y, les concedió el status de *foederati*, comprometiéndolos, mediante el pago de subsidios anuales, a la defensa de la frontera del Danubio contra el ataque de otros bárbaros<sup>198</sup>.

El año 332, aprovechándose de un conflicto entre los visigodos y los sármatas, y prestando apoyo a estos últimos, Constantino derrotó a los godos y concluyó con la federación que no le parecía ahora necesaria<sup>199</sup>.

---

los reinos de Lazica y de Suania, MENANDRI PROTECTORIS, *Frag.* 11 (F.H.G. IV, pp. 216-217).

<sup>194</sup>MALCHI, *Frag.* 1 (F.H.G. IV, p. 112).

<sup>195</sup>DUSSAUD, *La Pénétration des Arabes en Syrie avant l'Islam*, pp. 63-69.

<sup>196</sup>ZIEGLER, *op. cit.*, p. 148; NÖLDEKE, TH., *Etudes historiques sur la Perse Ancienne* (París, 1896), p. 136; ver también, GAGE, *La Montées des Sassanides*, p. 118.

<sup>197</sup>Ver LÖHREN, A., *Beitriige zur Geschichte des gesandtschaftlichen Verkehrs im Mittelalter.* 1 (Marburg, 1884), p. 8; VERNADSKY, G., *Der sarmatische Hintergrund der germanischen Völkerwanderung*, Saeculum, 1951, p. 358.

<sup>198</sup>THOMPSON, *The Visigoths in the time of Ulfila*, p. 10.

<sup>199</sup>ANONYMUS VALESIANUS, *Pars Prior*, 31-32, Cf. EUSEBIL, *Vita Constantini*, IV, 5; THOMPSON, *op. cit.*, p. 12.

Tenemos referencia a una embajada enviada al Emperador Constantio, el 341, y en la cual participó Ulfilas, entonces por sus treinta años; es en esta oportunidad que Ulfilas fue ordenado obispo<sup>200</sup>; posteriormente fue renovado el tratado de federación<sup>201</sup>, ya que, a la muerte del Emperador Juliano —último representante de la familia de Constantino—, los godos estimaron disuelto el *foedus*, que consideraban como un vínculo contraído con la familia de Constantino<sup>202</sup>, y llamados a tomar partido en la guerra civil por la sucesión imperial, apoyaron a Procopio, quien, al ser derrotado, iba a ser designado usurpador; en consecuencia, frente al Emperador Valente, pasaron por rebeldes al Imperio y tanto más culpables cuanto se entendía que estaban ligados al Imperio por tratados de prolongada paz<sup>203</sup>.

Las repetidas campañas de este Emperador terminaron por atemorizar a los bárbaros, quienes además experimentaban los efectos del estricto bloqueo económico impuesto por el Imperio a partir del estado de guerra<sup>204</sup>; enviaron pues embajada tras embajada para suplicar el perdón y restaurar la paz<sup>205</sup>. Al fin, el Emperador Valente aceptó conceder la paz y envió a Víctor, *magister militum equitum* y a Arintheus *magister militum peditum* para que comprobaran los ofrecimientos de los godos, les hicieran saber las condiciones que se les imponía y escogieran un lugar adecuado para jurar la paz. Entonces se presentó un problema inesperado: Athanarico, el rey godo, dijo que estaba ligado por juramento sagrado y la voluntad de su padre, para que no pisase el suelo romano. Por otra parte, resultaba inapropiado y hasta indigno que el Emperador tuviese que cruzar el Danubio para ir a jurar la paz en suelo bárbaro, atento al problema personal que tenía Athanarico. Se acordó, por lo tanto, que la reunión se efectuase en el centro del río, en sendas harcas, para jurar la paz<sup>206</sup>.

No deja de ser sorprendente esta narración; si bien es cierto que en otras oportunidades se había recurrido a un ceremonial similar para indicar la paridad que existía entre los contractantes, no lo es menos

<sup>200</sup>ZEILLER, *Les origines chrétiennes dans les provinces danubiennes de l'Empire Romain*, p. 444; THOMPSON, *op. cit.*, p. XIV-XVII.

<sup>201</sup>THOMPSON, *op. cit.*, p. 17.

<sup>202</sup>REMONDON, *Le Crise de l'Empire Romain.*, p. 173.

<sup>203</sup>AMMIANUS MARCELLINUS, XXVII, 5, 1; Cf. EUNAPIUS SARDIANUS, *Frag.* 37 (F.H.G., IV, p. 28).

<sup>204</sup>THOMPSON, *op. cit.*, pp. 19 y 38.

<sup>205</sup>AMMIANUS MARCELLINUS, XXVII, 5, 7.

<sup>206</sup>AMMIANUS MARCELLINUS, XXVII, 5, 9.

que, en dichos casos, se trataba con el Imperio Persa<sup>207</sup> y no con un jefe bárbaro, designado como *iudex*, por Amiano<sup>208</sup>

Al parecer, podría entenderse que, en estos momentos, se siente una verdadera distinción entre el *suelo romano* y el *suelo bárbaro*, distinción importante porque significaría que el Imperio reconoce que efectivamente tiene límites<sup>209</sup>, más allá de los cuales la Majestad Imperial sólo puede penetrar conquistadoramente, pero no de otra manera, so pena de degradarse. Todavía más, ni siquiera con el tratado que se jura se entiende que ese territorio pasa a ser parte dependiente del Imperio; sigue siendo territorio de un pueblo bárbaro aliado.

Podría también pensarse que el Emperador se sintió molesto por las dificultades presentadas por Athanarico para ingresar al territorio imperial; al fin y al cabo, a nadie gustaba que los bárbaros invadiesen el Imperio, pero tampoco podía agrandar que lo menospreciasen —como podría entenderse en este voto— considerando que vivir en suelo bárbaro bastaba para realizar los ideales de un hombre; si se ha dado un pensamiento como éste, bien podemos suponer que el Emperador se negó a entrar en territorio bárbaro diciendo que, para él, ése era territorio denigratorio.

En resumen: conciencia de un *limes* diferenciador y conciencia de un territorio *limitado*, más que reconocimiento de una paridad que no habría por donde fundar, dada la actitud suplicante de los bárbaros<sup>210</sup>. Ya hemos recordado que una de las consecuencias de este tratado fue el restablecimiento de las relaciones comerciales con los bárbaros, limitadas a dos ciudades sobre el Danubio y cuidadosamente controladas y nuevamente se suspendió la federación en vigencia<sup>211</sup>.

Llegamos ahora al momento en que el Imperio tuvo que hacer frente a la avanzada del gran movimiento de pueblos que provocó la presencia, en los territorios septentrionales del Mar Negro, de los hunos, que irrumpieron con la fuerza de una repentina tempestad, que destruye y arrasa todo a su paso<sup>212</sup>. La defensa gótica se vino al suelo y

<sup>207</sup>Ver ZIEGLER, *op. cit.*, pp. 54 y 71.

<sup>208</sup>Sobre el significado de *iudex*, ver THOMPSON, *op. cit.*, pp. 44 s.

<sup>209</sup>Acerca de la fortificación del *limes* en ese tiempo, ver AMMIANUS MARCELLINUS, XXIX, 6, 2. Acerca de la distinción entre romanos y bárbaros, ver VISMARA, *Limitazioni al commercio internazionale nell'Impero Romano*, p. 445, nota 4; ver también, Mac MULLEN, *Barbarian Endaves in the Northern Roman Empire*, p. 552, quien señala que el deseo de establecer una frontera permanente entre el mundo romano y el no-romano vendría del gobierno de Adriano.

<sup>210</sup>Acerca de una situación aparentemente similar, ver AMMIANUS MARCELLINUS, XXX, 3, 4-6 y el comentario de PARADISI, *art. cit.*, p. 81.

<sup>211</sup>Ver PIGANIOL, *op. cit.*, p. 156; JONES, *op. cit.*, pp. 827 y 1342, nota 7.

<sup>212</sup>AMMIANUS MARCELLINUS, XXX, 3, 2 y 8; EUNAPIUS SARDIANUS, *Frag.* 42 (F.H.G.), IV, p. 31); SÓCRATES, IV, 34; Orosius, VII, 33; IORDANIS, *Getica*, XXIV; ver VASI-

una gran parte de este pueblo decidió buscar refugio al otro lado del Danubio, en la fértil Tracia, es decir en territorio imperial.

Amontonados a orillas del Danubio —en impresionante cantidad— enviaron sus portavoces al Emperador Valente para pedirle humildemente que los recibiera en el Imperio, para lo cual prometían vivir pacíficamente y proporcionar tropas auxiliares si había necesidad<sup>213</sup>.

El Emperador les concedió permiso para cruzar el Danubio y habitar en Tracia, en vista de los argumentos que se dieron: la posibilidad de fortalecer el ejército fronterizo con nuevos contingentes, que fueran defensas más terribles que las de los romanos<sup>214</sup>; también la posibilidad de aumentar el tesoro con los impuestos correspondientes a las eximiciones militares (*aurum tironicum*) que, en este caso, se podría conceder a las provincias<sup>215</sup>, y tal vez, considerando que muchos de estos bárbaros ya eran cristianos<sup>216</sup>.

Así, con más alegría que temor, y sin medir mucho las consecuencias, se realizó la instalación masiva de godos dentro de los límites del Imperio, entendiéndose que su condición estaba regida por los principios del *foedus iniquum*, ya que habían sido recibidos en virtud de una *deditio in fidem*, y estaban sujetos a los compromisos de los *socii*<sup>217</sup>.

En pocos años, la presencia de los hunos había producido una modificación notable en las relaciones entre los godos y el Imperio, pero el Imperio poco provecho obtuvo de esta obligada adhesión de los bárbaros<sup>218</sup>; su *liumanitas* oficial era, muy a menudo, desmentida por el inhumano trato a que se sometía a los bárbaros por parte de funcionarios romanos inescrupulosos; así fue como se provocó la gran sublevación que —reforzada por los ostrogodos que habían ingresado por su cuenta al Imperio— conduce al desastre de Adrianópolis (a. 378)<sup>219</sup>.

Ammiano cuenta que, cuando ya se estaba preparado para la batalla —que justamente Valente quería dar pronto para no tener que compartir la victoria con Graciano, su colega de Occidente—, Friti-

---

LIEV, *History of the Byzantine State*, I, p. 86; MC GOVERN, *The Early Empires of Central Asia* (Chapel Hill, 1939), pp. 368 s.; JONES, *op. cit.*, pp. 152-154.

<sup>213</sup>AMMIANUS MARCELLINUS, XXXI, 4, 1; EUNAPIUS SARDIANUS, *Loc. cit.*

<sup>214</sup>SÓCRATES, IV, 34; Cf., EUNAPIUS SARDIANUS, *Frag.* 43 (F.H.G., IV, p. 33).

<sup>215</sup>AMMIANUS MARCELLINUS, XXXI, 4, 4-5; acerca del *aurum tironicum*, ver JONES, *op. cit.*, pp. 149 y 615.

<sup>216</sup>MC GOVERN, *op. cit.*, p. 369; ver también ZEILLER, *op. cit.*, pp. 452-453.

<sup>217</sup>CF. PROCOPIUS, VIII, 5, 13-14; ver también PARADISI, *art. cit.*, S.D.H.I., 1954, pp. 88-90. "Federati... furono dunque coloro che avevano conchiuso con l'impero della convenzioni militari et avevano percio con esso el "commilitium"."

<sup>218</sup>AMMIANUS MARCELLINUS, XXXI, 4, 12.

<sup>219</sup>Ver bibliografía en nota 212.



gern, el jefe visigodo, envió un legado —se trataba de un presbítero cristiano— junto con otros bárbaros, portador de una carta en la que pedía para sí y para los suyos que se les concediera asentarse definitivamente en Tracia, así como todo el ganado y frutos de esa provincia; el legado traía además una carta confidencial en la cual el jefe bárbaro reconocía su incapacidad para contener a su pueblo sin el concurso periódico del ejército imperial y el mismo temor que inspira el nombre del Emperador. Esta embajada fue despedida sin avanzar en su misión porque pareció sospechosa <sup>220</sup>.

Enfrentados ambos ejércitos, una vez más se presentan legados para pedir la paz; pero el Emperador no los quiso recibir porque los consideró de poco rango y pidió que, si querían confirmar la paz, le enviasen jefes de categoría. Todas estas dilaciones tenían como objeto ganar tiempo para que la caballería ostrogoda, que, a las órdenes de Alatheus y de Saphrax, andaba merodeando por los alrededores, alcanzase a llegar y prestar su concurso decisivo en la batalla. Todavía los godos iban a prolongar la situación con el despacho de un heraldo (*caduceator*), quien, a nombre del mismo Fritigern, pide que se le envíen algunos personajes nobles como rehenes para proceder a concertar la paz sin temor a sus hombres. Cuando, por último, se decidió quien tendría este papel y se le envió al campo enemigo, ya había pasado suficiente tiempo para que la caballería ostrogoda, junto con una banda de alanos, pudiese llegar a reforzar las fuerzas de Fritigern y así poder dar la batalla, cuyos funestos resultados conocemos <sup>221</sup>.

Después de intentar apoderarse de Adrianópolis, los godos, apoyados con contingentes hunos, marcharon sobre Constantinopla, la que fue defendida en campo abierto por una feroz tropa de árabes; el valioso concurso de esta tropa que había sido enviada por la reina Mauia, de acuerdo al tratado contraído después de la consagración de Moisés como *episcopus Sarracenorum*, aminoró la pretensión de los bárbaros <sup>222</sup>; como además los godos habían comprobado su incapacidad para rendir ciudades amurralladas y debidamente defendidas, a la vista de los imponentes muros de Constantinopla desistieron de rendirla y se retiraron <sup>223</sup>.

Poco después, el *magister militum per Orientem* dio secretamente orden a todos los oficiales romanos para proceder, en un día indicado, a la masacre de todos los godos incorporados al ejército imperial. Ammiano concluye este punto, y, con él, su historia, con las siguientes

<sup>220</sup>AMMIANUS MARCELLINUS, XXXI, 12, 8-9.

<sup>221</sup>AMMIANUS MARCELLINUS, XXXI, 12, 12-17.

<sup>222</sup>SÓCRATES, V, 1; Cf. EUNAPIUS SARDIANUS. *Frag.* 42 (F.H.G., IV, pp. 32-33); AMMIANUS MARCELLINUS, XXXI, 16.

<sup>223</sup>AMMIANUS MARCELLINUS, XXXI, 16, 7; 6, 4.

palabras: “quo consilio prudenti sine strepitu vel mora completo, orientales provicias discriminibus ereptae sunt magnis”<sup>224</sup>.

Efectivamente, con esta masacre y otras que habrá en los años siguientes, gran parte del Imperio de Oriente quedará libre de las incursiones de los godos, que, en cambio, afectaran de manera tan profunda a la *Pars occidentalis* del Imperio.

Frente a la grave situación creada en los Balkanes, tuvo que venir el Emperador Graciano a poner orden, y el 380 pudo establecer la paz con Alatheus y Saphrax; “mediante este tratado les concedió el derecho para instalarse en ciertas partes de la Panonia como federados del Imperio y se comprometió a proporcionarles víveres. Graciano concluyó este tratado sin duda con el consentimiento de Teodosio y tal vez de acuerdo con su consejo”<sup>225</sup>. Teodosio mismo concluye inmediatamente después un *foedus* con Athanarico, quien se ha visto obligado a entrar en territorio romano e iba a morir en pocos días más en Constantinopla; sus hombres iban a ser una ayuda eficaz para rechazar una invasión de skiros, carpadacios y hunos, más allá del Danubio, el 381<sup>226</sup>.

Con los godos de Fritigern se logró por fin establecer la paz el 3 de octubre del 382; gracias a los buenos oficios de Saturnino, un *magister militum* “obtuvieron establecimientos en territorios de la diócesis de Tracia situados al norte de los Balkanes; el Emperador garantizó una total autonomía, la exención de impuestos y el pago de altos sueldos, como medio para comprometerlos a servir en el ejército bajo la dirección de sus propios jefes, a título de federados”<sup>227</sup>.

Jones señala con precisión la novedad e importancia de este tratado, en comparación con los anteriores acuerdos tenidos con los bárbaros: hasta ese momento, “los bárbaros habían servido en crecidas cantidades en el ejército romano, pero bajo oficiales y disciplinas romanos. Refugiados y prisioneros bárbaros habían sido establecidos en las provincias, pero, o habían sido instalados en pequeños grupos como *laeti* bajo prefectos romanos, o concedidos individualmente a los propietarios. Contingentes bárbaros, enviados por reyes extranjeros, habían combatidos codo a codo con el ejército romano en campañas individuales, pero, una vez concluida la guerra, habían retornado a sus patrias. Ahora a un pueblo extranjero de considerable número —se dice que los godos contribuyeron con un contingente de 20.000 hombres a las fuerzas de Teodosio en el 393— se le dio un hogar dentro del Imperio, pero prometiéndole sin embargo conservar su cohe-

<sup>224</sup>AMMIANUS MARCELLINUS, XXXI, 16, 8.

<sup>225</sup>STEIN, *op. cit.*, I, p. 193.

<sup>226</sup>JORDANIS, *Getica*, cap. XXVIII; Cf. PIGANIOL, *op. cit.*, p. 213.

<sup>227</sup>STEIN, *op. cit.*, I, p. 194; Cf. ZOSIMUS, *Historia nova*, IV, 40.

sión militar y política”<sup>228</sup>. En resumen, “a partir de esta fecha, hubo un pueblo godo en medio de las poblaciones romanas, un Estado godo en medio del Estado romano”<sup>229</sup>.

La audaz medida de Teodosio apuntaba a la única solución posible para el problema gótico y bárbaro en general, como lo comprobarían los próximos acontecimientos de la historia de Occidente; el entendimiento con los bárbaros, la convivencia, vino a ser un imperativo histórico ineludible. Pero, en estos momentos, esta medida iba a solucionar muy poco porque atendía tan solo a la vanguardia —por así decirlo— de un extenso movimiento de pueblos, todos igualmente insaciables y aventureros; porque no contaba con el respaldo de la opinión pública más respetada del Imperio, totalmente reacia a tal tipo de convivencia que repugnaba a los principios tradicionales de la superioridad romana; y porque no contaría con las posibilidades de ejercer una real hegemonía sobre los bárbaros, quienes, acosados pronto por problemas de fondo, reiniciarían sus correrías y depredaciones; en suma, la política de Teodosio el Grande servirá más que nada para que se conserve su recuerdo entre los godos, como el Emperador que había sido “amator pacis generisque Gothomm”<sup>289</sup>.

<sup>228</sup>JONES, *op. cit.*, p. 157.

<sup>229</sup>MANSION, *art. cit.*, p. 5; ver también PIGANIOL, *op. cit.*, p. 214; Cf. MAC MULLEN, *art. cit.*, p. 560.

<sup>230</sup>IORDANIS, *Getica*, XXIX, 146.



Segunda Parte

**La frontera oriental.**

**Relaciones con Persia,  
pueblos del Cáucaso y árabes**



Solucionado el problema de la competencia en Armenia entre Bizancio y Persia, los últimos años del s. IV y los primeros del siglo siguiente transcurrieron en gran paz; las relaciones entre ambos Imperios se hicieron más intensas y testimonian verdadera cordialidad; así fue como el cristianismo pudo propagarse y echar raíces en el Imperio Persa, contando con la protección oficial del Gran Rey, Yazdigird I (399-420)<sup>1</sup>.

Procopio menciona un hecho que, si bien no es único en la historia de estas relaciones, es con todo insólito, y que ofrece un buen ejemplo de la concordia y de la mutua consideración existente entre ambos monarcas. Cuando el Emperador Arcadio conoció que se aproximaba el fin de sus días (hacia el 408) y que su heredero —el futuro Teodosio II, por entonces de 7 años— se encontraría en un mundo revuelto, en el cual podría ser fácil presa de ambiciosos, que aun podrían poner en peligro la continuidad de la dinastía, recurrió al feliz expediente de designar al Rey de los Reyes, Yazdigird I, tutor de su hijo<sup>2</sup>. Yazdigird tomó muy a pecho su responsabilidad y, cuidadoso de la educación del imperial infante, envió a un tal Antíoco, reputado por su sabiduría, para que le sirviese de pedagogo, junto con una carta al Senado de Constantinopla en la que amenazaba con la guerra si se conspiraba contra Teodosio<sup>3</sup>.

La existencia de tal disposición testamentaria de Arcadio ha sido largamente discutida<sup>4</sup>; nos inclinamos por su veracidad, ya que nos

<sup>1</sup>*Chronik von Arbela*, xv, SACHAU, E., p. 83: "Bei uns aher überall tiefer Friede und die Wurzeln des Christentums verbreiteten sich zu fremden Viilkem und setzten sich fest". Ver también VAILHE, S. *Formation de l'Eglise de Perse*, Echos d'Orient, 1910, pp. 269-276.

<sup>2</sup>PROCOPIUS, I, 2, 1-10.

<sup>3</sup>THEOPHANIS, *Chronographia*, col. 222; ANASTASII BIBLIOTHECARI, *Historia Ecclesiastica*, col. 1224; MICHEL LE SYRIEN, *Chronique*, VIII, I, p. 2; *Chronicon anonymum ad A. C. 1234 pertinens*, p. 136.

<sup>4</sup>LANGLOIS, V., *Chronique de Michel le Grand* (Venise, 1868), p. 145, nota 4, discute la veracidad de esta tutela; por el contrario, BURY, J. B., *A history of the Later Roman Empire* (London, 1889), I, p. 305, la sostiene: "The fact that Procopius mentions it with no expression of amazement shows that it did not strike all men, who hreethed in the atmosphere of the time, with surprise". Ver también ed. 1923, n. p. 2; HAURY, J., *Byzantinische Zeitschrift*, xv (1906), pp. 291-294, en una reseña de SAUERBREI, P., *König Jazdegerd, der Sünder, der Vormund des byzantinischen Kaisers Theodosius des Kleinen* (Gotha, 1905), acepta la verosimilitud del relato, haciendo notar que el argumento *ex silentio* de los historiadores eclesiásticos contemporáneos no tiene importancia porque

parecen convincentes los argumentos dados por Haury y el sensato juicio de Bury; además, la principal objeción —a saber que un pagano fuese elegido para tutor del Emperador cristiano— se ve contrarrestada por la permanente aptitud a la *fraternidad*, con la que se establece un vínculo de parentesco espiritual entre el Emperador y el Gran Rey<sup>5</sup>; sería pues esta *fraternidad* la que permitiría un gesto de esta naturaleza. En fin, y esto es lo más importante, la consecuencia de este gesto diplomático de Arcadio, aunque no se hubiera expresado en una tutoría real, se dejará sentir en la paz que reinó durante los doce próximos años.

Pero todavía hay otro punto a favor; en el mismo año 408, y por una posible dificultad surgida a propósito de las relaciones comerciales<sup>6</sup>, Yazdigird estuvo a punto de declarar la guerra y tal vez hubo más de un encuentro armado en la zona fronteriza<sup>7</sup>. Pero las preocupaciones de Arcadio por arreglar el problema de la sucesión y la manifiesta buena voluntad de Yazdigird —como se verá a continuación— condujeron a una pronta paz, de la que es testimonio, sin duda, el rescripto imperial del año 409 (CJ IV, 63, 4), que indica las ciudades fronterizas en que se permite el comercio internacional<sup>8</sup>.

Proyectada sobre esta situación contemporánea, adquiere más veracidad la decisión atribuida al Emperador Arcadio y más peso también el tenor de la carta de Yazdigird al Senado de Constantinopla, en que amenaza con la guerra —una guerra bien real por cierto— si no se respetan los derechos de su protegido, Teodosio II; esta amenaza evidentemente surtió efecto ya que Teodosio pudo crecer tranquilo.

---

“manchen Byzantinern war es wohl peinlich, dass ein Perser in Konstantinopel eine so wichtige Rolle spielte, und so sind sie mit Stillschweigen darüber weggegangen oder haben, wie Agathias (IV, 26), die Sache als unwahrscheinlich hingestellt”, p. 294. El mismo año, 1906, GUTERBOCK, K., publicaba: *Byzanz und Persien, in ihren diplomatisch-völkerrechtlichen Beziehungen im Zeitalter Justinians. Ein Beitrag zur Geschichte des Völkerrechts* (Berlín, 1906) donde señala la inverosimilitud de toda esta historia, p. 28, tal como VAN ROOIJEN, J. W., *De Theodosii II moribus et rebus politicis* (Diss. Lugduno-Batava, 1912), p. 101, quien considera increíble que un Emperador cristiano hubiese elegido como tutor para su hijo a un rey pagano. CHRISTENSEN, A., *L'Iran sous les Sassanides* (Copenhague, 1936), p. 265, considera esta tutela como “un signe de politesse qui n'aura guère eu d'importance réelle”.

<sup>5</sup>Ver Primera Parte, p. 52, nota 147.

<sup>6</sup>VAN ROOIJEN, *op. cit.*, p. 102.

<sup>7</sup>SOZOMENUS, XIV, 4. MOISES DE KHORENE, *Histoire d'Arménie*, III, 52.

<sup>8</sup>Ver Primera Parte, p. 26, n. 42.



En las relaciones diplomáticas de estos años, se destaca la figura de Marouthas, obispo de Marthyrópolis (Ma'ipherqat), ciudad fronteriza un poco al norte de Tigris<sup>9</sup>. En dos oportunidades, por lo menos, lo vemos llegando ante Yazdigird como enviado de los emperadores Arcadio y Teodosio II sucesivamente<sup>10</sup>, para conseguir la solución de conflictos internos de la Iglesia persa que, por una parte, no podían dejar indiferentes a los *Padres occidentales*, es decir a los obispos de las distintas sedes que estaban en relación con la cristiandad persa, ni tampoco al Emperador, consciente de su papel de defensor de la fe; estos conflictos, por otra parte, podían llegar a provocar un estado de tensión peligrosa entre ambas potencias; con toda razón, pues las fuentes designan a Marouthas como “mediador de la paz y de la concordia entre Oriente y Occidente”<sup>11</sup>.

Marouthas se ganó la benevolencia del Gran Rey, gracias al tino con que supo llevar estos asuntos, pero también por sus dotes tau-matúrgicas<sup>12</sup>; esta benevolencia, duramente criticada por los magos y los partidarios de una política persa exclusiva<sup>13</sup>, fue la que permitió a la Iglesia persa organizarse bajo la autoridad del obispo de Seleucia-Ctésiphon, Mar Isaac, y reunirse en un importante Sínodo, el año 410, bajo el patrocinio del Gran Rey, en el que se decidió que el obispo de Seleucia-Ctésiphon sería el *catholicos* de toda la Iglesia persa, la que adhería dogmáticamente al Credo de Nicea, de acuerdo a las instrucciones de los *Padres occidentales*, que había llevado Marouthas<sup>14</sup>.

Con el establecimiento del Cristianismo, como religión oficialmente permitida en el Imperio Persa, desaparecería uno de los motivos más a propósito para crear discordia entre ambos Imperios. Persia, en la persona de su rey, parecía ahora favorablemente inclinada al Cristianismo y hasta pudo pensarse que Yazdigird sería un nuevo Constantino<sup>15</sup>; pero, como veremos a continuación, tal política no podía menos que provocar enconada reacción.

<sup>9</sup>*Synodicon Orientale* (éd. CHABOT, Paris, 1902, pp. 255-293. SÓCRATES, VII, 8; MICHEL LE SYRIEN, VIII, 1; *Histoire Nestorienne*, I, 66.

<sup>10</sup>LABOURT, J., *Le Christianisme dans l'Empire Perse sous la Dynastie Sassanide* (Paris, 1904), p. 88, n. 5.

<sup>11</sup>*Synodicon Orientale*, pp. 255, 261 y 293.

<sup>12</sup>SÓCRATES, VII, 8; ver también, *Histoire Nestorienne*, I, 66. GULDENPENNIG, A., *Geschichte des Ostromischen Reiches unter der Kaisern Arcadius und Theodosius II* (Halle, 1885) p. 180; LABOURT, *op. cit.*, p. 87.

<sup>13</sup>TABARI, *Chronique* (ed. ZOTENBERG, Paris, 1869), u, p. 203 (ed. NOLDECKE, 1879, p. 72); MAQDISI, *Le Livre de la Création et de l'Histoire* (ed. HUART, Paris, 1903), m, p. 166; FIRDOUSI, *Le livre des Rois* (ed. MOHL, Paris, 1877), v, pp. 395. 396.

<sup>14</sup>Synode de Mar Isaac (A.D. 410), Canon XII, en *Synodicon Orientale*, p. 266.

<sup>15</sup>SÓCRATES, VII, 8.

Estas cordiales relaciones se prolongaron durante los siguientes años del gobierno de Yazdigird, en los que vemos otra misión diplomática encargada también a obispos-embajadores; lo interesante de este caso es que no solo el embajador romano fue un obispo sino también el embajador persa. En efecto, el año 417, Mar Jahbalaha, *catholicos* de Persia, partía en embajada ante el Emperador bizantino “por la paz y la reconciliación de estos dos Imperios que son los firmes pilares del Universo”<sup>16</sup>. En respuesta a esta embajada, que habla tan bien del prestigio del *catholicos*, de la singular benevolencia de Yazdigird y de su inclinación a la paz, partió el obispo de Amida, Acacio, quién representó a Teodosio II ante el Gran Rey, en una legación que se efectuó a fines del año 419<sup>17</sup>, es decir, poco antes que estas cordiales relaciones sufrieran una violenta interrupción, que vino inmediatamente después de la muerte del influyente Jahbalaha y en los últimos meses de la vida de Yazdigird.

La oposición de los magos a la expansión del Cristianismo, que ponía en peligro su prestigio y minaba la cultura ancestral, encontró en la imprudente acción de un obispo —la destrucción de una pira— motivo suficiente para desatar la persecución, la que con la entronización de Bahram V (420-438), se hizo general<sup>18</sup>.

Muy pronto las ciudades fronterizas a Persia vieron llegar crecido número de fugitivos cristianos, que con sus relatos excitaban la

<sup>16</sup>*Synodicon Orientale*, p. 276 s.; *Chron. Arbela*, XVI, p. 84; *Histoire Nestorienne*, I, 71; NAU F., *Etude sur les parties inédites de la Chronique ecclésiastique attribuée a Denys de Tellmahré*, Revue de l'Orient Chrétien, 1897, p. 63; LABOURT, *op. cit.*, pp. 91-92 y 100; CHRISTENSEN, *op. cit.*, p. 266.

<sup>17</sup>*Synodicon Orientale*, pp. 276 s.; Cf. *Histoire Nestorienne*, I, 71; LABOURT, *op. cit.*, pp. 100-101; VAILHE, *art. cit.* p. 275. La tradición persa transmitida por la historiografía árabe, conserva el recuerdo de una embajada enviada por Teodosio II a Yazdigird I “con numerosos presentes, para concluir con él un tratado de paz”; véase TABARI, II, p. 112, (ed. NOLDECKE, p. 90); FIRDOUSI, V, p. 414; THA'ALIBI, *Histoire des Rois des Perses* (ed. ZOTENBERG, Paris, 1900) p. 546.

<sup>18</sup>THEODORET, V, 39, indica que la persecución comenzó bajo Yazdigird I y que el acto del obispo fue evidentemente inoportuno; es un juicio interesante, sobre todo expresado por un eclesiástico —Teodoreto era Obispo de Cyro— que ve la imprudencia de un hombre que pone en crisis las relaciones tan dificultosamente concentradas a lo largo de una generación; ver también CYRILLE DE SCYTHOPOLIS, *Vie de Saint Euthyme*, trad. de FESTUGIERE, p. 72, (ed. SCHWARTZ, p. 18). SÓCRATES, VII, 18, sostiene que la persecución comenzó con el reinado de Bahram V; también AGATHIAS, IV, 26.; Cf. también: MARCELLINUS COMES, *Chronicon*, ad a. C. 420; MICHEL LE SYRIEN, VIII, 3 y 5. *Histoire Nestorienne*, I, 72 y 74; MOUSES DASXURANC I, *The History of the Caucasian Albanians* (trad. DOWSETT, London, 1961) p. 65. LABOURT, *op. cit.*, pp. 104-118; MECERIAN, J., *Histoire et institutions de l'Eglise arménienne*, (Beyrouth, 1965) p. 53.

piedad de los bizantinos y creaban ambiente para medidas de represalia<sup>19</sup>.

A partir de este momento, la incomprensión religiosa, abultada por la oposición cultural, de manera directa o indirecta va a contribuir a limitar las posibilidades de adelantar en una conveniente colaboración entre ambos Imperios, fundada tanto en el mutuo reconocimiento de su dignidad, como en la similitud de los problemas que los acosan. La persecución volvía a plantear con toda odiosidad la oposición espiritual que separaba a unos de otros y además —dentro de Persia— arrojaba a los cristianos necesariamente en brazos de Bizancio, lo que no podía sino agravar más la situación, como se vio cuando se presentó una embajada del Gran Rey a pedir la entrega de los fugitivos.

Por entonces otra dificultad había venido a enturbiar aún más las relaciones con Persia: mineros romanos, contratados por los persas, prácticamente eran mantenidos cautivos, tal vez pensando presionar con esto para la entrega de los tráfugas; además alguna de las habituales tropelías que amenazaban a los mercaderes contribuía también a hacer más tensa la situación<sup>20</sup>. En verdad, parece que en Persia predominaba en esos momentos una actitud antirromana, decidida a tomar todas las medidas, por violentas que fueran, para detener la infiltración occidental.

El Emperador Teodosio II, haciéndose eco de un pensamiento generalizado y, sin duda, fuertemente influido por su hermana Pulqueria, mujer de gran personalidad y profundamente cristiana<sup>21</sup>, rechazó la entrega de los fugitivos y prefirió enfrentar la guerra que esta medida acarrearía<sup>22</sup>.

Aunque las operaciones militares van a centrarse en la Alta Mesopotamia, ambos gobiernos van a preocuparse por abrir otro frente, que sirva —cada uno lo espera respecto al otro— para debilitar al adversario; justamente sabemos que, por esta misma fecha, el Emperador Teodosio II exigió al rey de Iberia que le diese a su hijo como rehén para garantizar su neutralidad frente a Persia<sup>23</sup>, medida que

<sup>19</sup>*Vie de Saint Euthyme, loc. cit.*, ver también, CHRISTENSEN, *op. cit.*, pp. 275-276.

<sup>20</sup>SÓCRATES, VII, 18; MICHEL LE SYRIEN, VIII, 5; BAR-HEBRAEUS, p. 67.

<sup>21</sup>SOZOMENOS, IX, 1; Cf. también GULDENPENNIG, *op. cit.*, 241 s.; TEEGTEN, ADA B., *The life and times of the Empress Pulcheria* (London, 1907), pp. 113 s.; DIEHL, *Figures byzantines*, I, pp. 28 s.

<sup>22</sup>THEOPHNES, col. 231; ver también STEIN, E., *Histoire du Bas-Empire*, I, pp. 280-281.

<sup>23</sup>*Histoire de la Géogé* (trad. BROSSET. St. Pétersbourg, 1849) I, p. 136; ver también ZACHARIAS, m, 4; MICHEL LE SYRIEN, vm, 12; *Chronicon Psuedo-Dionysianum vulgo dictum*, p. 160; LANG, D. M., *The Georgians*, p. 98.

posiblemente procedía del conocimiento —o natural sospecha— de la política persa entre los pueblos del Cáucaso.

En la frontera siria, los persas movilizaron a las tribus árabes con las que mantenían una permanente relación<sup>24</sup>, y los bizantinos pudieron contar, por su parte, con el inesperado refuerzo de un jefe árabe dependiente del Gran Rey; este jefe, llamado Aspebetos, al comienzo de la persecución, aunque era pagano, ayudó a muchos cristianos persas a cruzar la frontera; pero temeroso del castigo que podría recibir por su proceder, emigró con toda su gente hacia el territorio romano. “Anatolio, entonces *magister militum per Orientem* los acogió, los hizo entrar en alianza con los romanos y encargó a Aspebetos la *phylarquía* de los sarracenos aliados de Roma, en Arabia”<sup>25</sup>.

Durante la campaña que, en general, favoreció a las armas bizantinas, hubo más de un hecho interesante; por ejemplo, si es verdadero un episodio relatado por Malalas: la *monomachia* que ofreció el mismo Gran Rey al *magister militum per Orientem* para concertar la paz. El campeón de los romanos, Areobindo —jefe de un destacamento de godos federados— venció y el Gran Rey acordó la paz<sup>26</sup>. Es posible que este episodio haya tenido lugar, aunque sin la importancia decisiva que le asigna Malalas.

En cuanto a los relatos acerca de las embajadas, mediante las cuales se estableció la paz, resulta bastante más difícil conciliados. Según Sócrates, el Emperador, que tenía verdaderos deseos de hacer la paz, envió a Helión con los poderes necesarios para abrir negociaciones con los persas; éstas se llevaron a cabo entre Dara y Nisibis. Helión escogió a un asesor del general Ardaburios, Maximiano, conocido por su elocuencia, para presentar las proposiciones de paz ante el Gran Rey, y Maximiano supo hacerlo con tal convicción que Bahram accedió a la paz<sup>27</sup>.

Según Procopio, fue el general Anatolio, el enviado como embajador por Teodosio, y su misión también fue fructuosa<sup>28</sup>. Tenemos además la alusión a otra embajada que ocurre en este mismo año 422, y que habría sido favorablemente recibida, puesto que el em-

<sup>24</sup>SÓCRATES, VII, 18; *Chronicon Pseudo-Dionysianum v.d.*, p. 145.

<sup>25</sup>*Vie de Saint Euthyme*, p. 71-72, (ed. SCHWARTZ, p. 18) ver también DEVRESSE, R., *Arabes-Perses et Arabes-Romains*, (Vivre et Penser, 1942) pp. 268-269.

<sup>26</sup>JOHANNIS MALALAE, *Chronographia* (C.S.H.B., xv) p. 364; ver también, HERRERA, H., *Acerca del Duelo* (Anales Univ. Católica de Valparaíso, 1955), pp. 98-99.

<sup>27</sup>SÓCRATES, VII, 20; THEOPHANES, col. 234; ANASTASIUS BIBLIOTH., col. 1224 s. Ver también LABOURT, *op. cit.*, pp. 118-121.

<sup>28</sup>PROCOPIUS, I, 2, 12-15.

bajador se atrevió a interceder con éxito ante el Gran Rey, por la libertad de un diácono, que ya llevaba dos años en prisión<sup>29</sup>.

Que esta corta guerra haya dado lugar a tantas referencias a embajadas puede significar, por lo menos, que había un espíritu de buena disposición por ambas partes, ya que todos los relatos coinciden en la favorable acogida que encontraron los embajadores bizantinos por parte del Gran Rey. Cabe hacer notar que la inclinación a la paz de Bahram más que obedecer a un auténtico sentimiento o a una aceptación de los cristianos, posiblemente procedía del peligro que entonces se cernía sobre el horizonte estepario de Persia, donde los movimientos de los bárbaros eran cada día más amenazadores<sup>30</sup>.

Las cláusulas del tratado que se suscribe comprendían, desde luego, el cese de las persecuciones y el reconocimiento de la libertad de cultos por parte de ambos Imperios; en verdad, las persecuciones iban a continuar en Persia y sobre todo en Armenia, aunque sin la intensidad que habían tenido en los últimos dos años, y en cuanto a la libertad concedida por Bizancio para que los magos cumplieran con sus prácticas religiosas, fue sólo una compensación teórica porque la religión mazdeísta nunca tuvo importancia dentro del Imperio<sup>31</sup>. Por especial indicación del Gran Rey, se acordó no construir ninguna nueva fortaleza en la zona fronteriza<sup>32</sup>.

Otra cláusula importante se refería a no aceptar las veleidades de los *federados* sarracenos que militaban junto a ambos Imperios; en una palabra, se trataba de mantener un *statu quo* en las tribus del Desierto para equilibrar las fuerzas de una y otra parte<sup>33</sup>; pero la natural belicosidad de los árabes del Desierto hará muy difícil que pueda respetarse este principio. Con todo, por esta fecha ya se perfilan claramente las agrupaciones de tribus árabes que quedarán dentro de la órbita bizantina o de la persa<sup>34</sup>.

<sup>29</sup>THEODORET, v, 39; MICHEL LE SYRIEN, VIII, 4. Ver también, MARCELLINUS COMES, a. C. 422. Un relato legendario de una de estas embajadas bizantinas enviadas a Bahram v, se encuentra en FIRDOUSI, VI, pp. 2 s.

<sup>30</sup>MARQUART, J., Eransahr (Berlin, 1901) pp. 50 s.; MC GOVERN, W. M., *The Early Empires of Central Asia* (Chapel Hill, 1939), p. 409 s.; RUBIN, B., *Das Zeitalter Justinians*, (Berlín, 1960) I, p. 253; FRYE, R., *The Heritage of Persia* (N. York, 1966) pp. 254-255.

<sup>31</sup>*Chron, Arbela*, XVI, p. 83, "Durch diesen Krieg einigten sich die beiden Parteien, dass sie ihren Reichen volle Glaubensfreiheit gewiihren wollten". Cf. también, MICHEL LE SYRIEN, VIII, 5.

<sup>32</sup>PROCOPIUS, I, 2, 15.

<sup>33</sup>MALCHUS, *Frag.* I (F.H.G., IV, p. 113),

<sup>34</sup>THA'ALIBI, *op. cit.*, p. 555, Bahram "nomma Mondhir roi de la région comprise entre Hira et le Hidjaz". TABARI, II, p. 105 (éd. NOLDECKE, pp. 78 s.), recuerda las relaciones cordiales entre los reyes de la Persia, especialmente Yazdigird I, y los reyes de Hira.

Por último, y como va a ser habitual en estos tratados, por parte de los persas se insistió en la contribución anual con que debía concurrir Bizancio para la defensa de los pasos del Cáucaso<sup>35</sup>.

Apenas dos años después, la Iglesia persa se reunía en el Sínodo de Marhakta para pedir al *catholicos* Dadiso que continuase en su cargo; en esta oportunidad no hubo representantes de los *Padres occidentales* y no sólo eso, sino además se definió: “Que los Orientales no puedan quejarse de su patriarca ante los patriarcas occidentales. Que toda causa que no pueda resolverse en presencia del *catholicos* sea reservada al tribunal de Cristo”<sup>36</sup>. Al desligarse oficialmente de la tutela de la Iglesia Imperial, la Iglesia persa quiere evitar que se la siga considerando como una dependencia de Occidente, comprometida con los intereses de los enemigos del Gran Rey<sup>37</sup>.

Desde los primeros años del reinado de Yazdigird II (439-457), se vio que las relaciones con Persia iban a entrar otra vez en una etapa de tensión peligrosa, y esto justamente en momentos en que el Imperio enfrentaba una difícil situación provocada por la amenazadora presencia de los hunos y por la invasión de los vándalos. Las persecuciones contra los cristianos se hicieron más violentas tanto en Persia como en Armenia y nuevamente se dio el caso de los muchos cristianos que buscaban refugio en el Imperio y el atraso de Bizancio en el pago de la contribución acordada para la defensa de los pasos del Cáucaso fueron pretexto suficiente para que Yazdigird II iniciase repentinamente la guerra, hacia el año 441<sup>38</sup>

<sup>35</sup>Según TABARI, u, pp. 125/126, los bizantinos aceptaron pagar un tributo; NOLDECKE, TH., *Etudes Historiques sur la Perse Ancienne* (Paris, 1896), p. 161, “De quelque faon que l'on ait pu choisir le prétexte et les expressions, les deux partis y voyaient en réalité le paiement d'un tribut, honte á laquelle les Romains devaient se soustraire aussitot que cela leur devenait possible”. Ver también, VAN ROOIJEN, *op. cit.*, pp. 102/107; BUSSELL, F. W., *The Roman Empire* (London, 1910), II, p. 351; BROOKS, E. W., I, p. 464.

<sup>36</sup>*Synodicon Orientale*, pp. 295/296; *Chron. Arbela*, xvi, p. 84: “Auf dieser bestimmten die Vater die hohe Suprematie des Patriarchen von Ktesiphon über alle Bischöfe, gleich der Suprematie des Petrus über die Apostel”. Cf. también, VAILHE, *art. cit.* pp. 275/276.

<sup>37</sup>LABOURT, *op. cit.*, pp. 123/125; VAILHE, *art. cit.* pp. 269 s.; BARDY, G., *Les Eglises de Perse et d'Arménie au Véme siècle*, H.E., I, p. 326. Cf., también GNOUSSET, R., *Histoire de l'Arménie*, p. 184.

<sup>38</sup>Acerca de la persecución en Persia, ver LABOURT, *op. cit.*, pp. 127 s.; en Armenia, GROUSSET, *op. cit.*, p. 189; TER-MIKELIAN, A., *Die armenische Kirche in ihren Beziehungen zur byzantinischen* (Leipzig, 1892), p. 42. Sobre el comienzo de la guerra, ver TABARI, II, p. 127, “Aprés quelques temps, le roi de Roum refusa de payer le tribut. Yezdedjerd envoya Mihr Narsi avec une armée contre lui, de meme qu'avait fait son pere, pour ramener le roi de Roum a la soumission”.

La crítica situación en que se encontraba el Imperio obligó a Teodosio II a conseguir una tregua; sus generales Anatolio y Aspar lograron que las operaciones militares se suspendieran por un año<sup>39</sup>. Las campañas que Yazdigird II preparaba contra los heptalitas, que presionaban en la frontera noreste de Persia, lo inclinaron a concertar una paz definitiva, en la cual se estipuló nuevamente que ninguna de las dos potencias edificaría fortalezas en la región fronteriza y que el Imperio concurriría con una cierta suma para la defensa de los pasos del Cáucaso, a lo que estaba comprometido al parecer, desde el tratado del año 363<sup>40</sup>. Como se ve, la diplomacia bizantina encontró en el vital problema que significaba para Persia defender los importantes desfiladeros del Cáucaso de la formidable acometida de los bárbaros, un resorte inapreciable para jugar a su gusto en un hábil, pero peligroso tira y afloja.

La situación religiosa no se trató y, de hecho, Yazdigird II continuó más encarnizadamente la persecución en Armenia, que desde el año 428, fecha en que había sido depuesto su último rey, estaba gobernada por un *marzpan* o gobernador militar persa. Yazdigird estaba convencido que el único camino para someter definitivamente a Armenia era horrar el nombre de Cristo de su territorio y, en cambio, fomentar el mazdeísmo como el medio más eficaz para integrarla a Persia<sup>41</sup>.

A partir de esta fecha, el pueblo armenio ve aumentar sus calamidades; en la Persarmenia, las grandes persecuciones religiosas y correspondientes sublevaciones armenias, que naturalmente exigen una mayor represalia, se escalonan a lo largo de la segunda mitad

---

MOISES DE KHORENE, III, 67, "Jezdedjerd... méconnaissant la paix des qu'il fut sur le trone, fond sur l'armée grecque qui était ii Medzpin..." (trad. LANGLOIS, p. 172). La fundación de Teodosiópolis, atribuida a Teodosio II, no corresponde ni a la preocupación de este Emperador por mantener la paz, ni a las cláusulas del Tratado de 422 (PROCOPIUS, I, 2, 15) y, por el contrario, corresponde a la política de fortificación de la nueva frontera (ver Primera Parte, p. 59 y n. 186) emprendida por Teodosio el Grande, y explica también la insistencia del Gran Rey por la inclusión de esta cláusula en dicho Tratado.

<sup>39</sup>MARCELLINUS COMES, A. D., 441, "Persae, Sarraceni, Zanni, Isauri, Hunni finibus suis egressi, Romanorum sola vastaverunt. Missi sunt contra hos Anatolius et Aspar magistri militiae, pacem cum eis unius anni fecerunt". Ver también, VAN ROOIJEN, *op. cit.*, p. 107; ASLAN, *Etudes Historiques sur le peuple Arménien*, pp. 243 s.

<sup>40</sup>MC GOVERN, *op. cit.*, pp. 409/411; BROOKS, *loc. cit.*, p. 466; Cf. PROCOPIUS, *De Aedificiis*, II, I, 5; ver también Primera Parte, p. 54, nota 155.

<sup>41</sup>MOISES DE KHORENE, m, 64; GROUSSET, *op. cit.*, pp. 182 s.; TOURBENIZE, F., *Histoire politique et religieuse de l'Arménie* (Paris, 1900), p. 70; TOUMANOFF, C., *Studies in Christian Caucasian History* (Wash. D.C., 1963), pp. 133 y 152 s.

del s. v, a partir del mismo año 450: el año 470, el año 482 y alrededor del año 492<sup>42</sup>

En la Armenia romana también se plantea una oposición religiosa con Bizancio, particularmente enconada a partir del Concilio de Calcedonia (a. D. 451), que anatematizó a los monofisitas, credo en el cual se contaban los armenios<sup>43</sup>; además el Imperio está decidido a lograr la integración de las minorías étnicas o religiosas, que no hacen sino crear disturbios dentro de su constitución no del todo sólida. Los armenios sostienen que estrechar alianza con el Imperio es correr el riesgo de una integración paulatina que no pueden menos que rechazar profundamente, ya que en ellos es vivísimo el sentimiento de nacionalidad; por eso, si en momentos de especial peligro, piden ayuda al Imperio, lo hacen como un último recurso, y el Imperio esto lo sabe: la alianza de los armenios no da ninguna garantía; en cualquier momento puede aflorar el fiero sentimiento de independencia, cultivado en cada príncipe y señor local.

Por otra parte, Bizancio se enfrentará, durante esta segunda mitad del s. V, con los problemas que le presentan vándalos y ostrogodos en Occidente; estos problemas le exigirán tener constantemente movilizadas sus fuerzas en esa dirección; además este mismo período ve amontonarse problemas internos de diversa índole, movimientos nacionalistas que amenazan con trizar el no bien cimentado mosaico étnico del Imperio; divisiones religiosas —las querellas cristológicas— más enconadas que las mismas luchas políticas; sismos, inundaciones, malas cosechas y pestes contribuían a agravar la situación. No serán, pues, años propicios para abrir campaña contra Persia; por el contrario, la tranquilidad de la frontera oriental era un gran alivio en medio de esta constelación de fuerzas adversas, que amenazaban la existencia misma del Imperio. Esta tranquilidad aparecía aún más posible porque se estaba al tanto del peligro permanente que significaba para Persia la presencia de los hephthalitas, lo que hacía poco probable que quisiese iniciar hostilidades con Bizancio para no verse en la necesidad de sostener operaciones en dos frentes<sup>44</sup>.

La paz que reinará en la frontera común de ambos Imperios procede, pues de los problemas que afectan a Bizancio y a Persia

<sup>42</sup>GROUSSET, *op. cit.*, pp. 198, 214, 217 y 229/231. CHAMICH, M., *History of Armenia* (trad. AVDALL, Calcutta, 1827), I, pp. 259 y 327. TOURBENIZE, *op. cit.*, pp. 80 s.; CHRISTENSEN, *op. cit.*, p. 283; PASDERMADJIAN, H., *Histoire de l'Arménie* (París, 1949), pp. 134 s.

<sup>43</sup>CHAMICH, *op. cit.*, I, p. 265; BROOKS, *loc. cit.*, pp. 467 s.; ASLAN, K., *op. cit.*, p. 244, n. 2; Cf., GRILLMEIER-BACHT, *Das Konzil von Chalkedon* (Würzburg, 1951), especialmente, t. II, cap. 5.

<sup>44</sup>Mc GOVERN, *loc. cit.* Acerca de los problemas occidentales, ver infra: Tercera parte, *passim*.



en sus fronteras occidentales y orientales respectivamente; la comprensión de la política internacional de este período exige tener presente el estado del mundo desde Africa a la Bactriana y desde el Danubio al Océano Indico, y en este complejo cuadro, se destacan los pueblos de la estepa, añadiendo todavía un rasgo más de unidad a este período.

Ahora podemos comprender por qué el Imperio Bizantino, a pesar de haber recibido en repetidas ocasiones la solicitud de ayuda del patriarca y de los príncipes armenios, que recurrían al Emperador en su calidad de amparador de los cristianos, prefirió mantenerse al margen de esos conflictos<sup>45</sup>. La no-intervención bizantina en los problemas de la Persarmenia obedece al deseo de mantener la paz con Persia, pero también a que sabía que el apoyo que prestase a los armenios sería, en último término, para favorecer a los armenios y no para consolidar el Imperio, que era lo único que verdaderamente tenía sentido dentro de su concepción política universalista, a la que los armenios estaban decididos a no plegarse.

Una comprobación más de esta política bizantina la tenemos en la decisión del Emperador Zenón, tomada a continuación de la revuelta del usurpador Illus; como castigo por la complicidad de los príncipes armenios, privó a estos príncipes de gran parte de sus derechos soberanos, que se les había conservado desde la abolición de la monarquía en tiempo de Teodosio el Grande, entre ellos el derecho a la sucesión hereditaria de los principados; desde este momento (a. D. 488), los príncipes de la Armenia romana dejan de ser tales para pasar a ser meros funcionarios nombrados a voluntad por el gobierno imperial<sup>46</sup>. Si Bizancio estaba dispuesto a enfrentar el natural resentimiento que esta medida iba a producir, quiere decir que, de acuerdo con los principios de la política imperial, importaba mucho más establecer la uniformidad administrativa y lograr la integración de la voluble minoría en el marco general del Imperio.

Por último, ¿será necesario indicar que la política internacional de Bizancio no siempre es tan respetuosa de los tratados, como pareciera desprenderse de las relaciones con Persia, a propósito de Armenia? La no-intervención en la Persarmenia podría, a lo mejor,

<sup>45</sup>Ver la bibliografía citada en nota 42; LAZARE DE PHARBE, *Histoire de l'Arménie* (trad. GHESARIAN, Paris, 1869), 64, p. 338, "Aucun étranger ne nous est venu en aide, ni les Huns ni les Romains, ni aucun autre allié..."; MOUSES DASKURANCI, *op. cit.*, p. 66; ELISEE VARTABED, *Histoire de Vartan et de la Guerre des Arméniens* (trad. LANGLOIS, Paris, 1869), m, 51.

<sup>46</sup>PROCOPIUS, *De Aedificiis*, m, 1, 26; GROUSSET, *op. cit.*, pp. 233/234; STEIN, *op. cit.*, u, p. 18; TOUMANOFF, *op. cit.*, p. 173.

ser esgrimida como poderoso argumento por el gobierno imperial cuando se le acuse de abierta intervención entre otros pueblos del Cáucaso, según exijan las circunstancias y la visión geopolítica de la Nueva Roma.

Durante el gobierno del Emperador Marciano (450-457), la presión bárbara en el Cáucaso y en la frontera esteparia de Persia aumenta; Yazdigird n, el año 454, sufre una gran derrota a manos de los hephthalitas, y desde ese momento estos bárbaros adquieren una extraordinaria importancia en la política persa, hasta el extremo de imponerle tributo oneroso en más de una ocasión<sup>47</sup>. Esta violenta manifestación del poderío bárbaro no podía dejar indiferente a Marciano, que acababa de enfrentar las últimas bravatas de Atila, y por eso vemos que la diplomacia bizantina se activa en el Cáucaso, región que cobra ahora especial significado en la política exterior del Imperio. A estos años corresponde una inscripción que recordaba que el Emperador Marciano había concurrido con una elevada suma a la reconstrucción de las obras de defensa en uno de los lugares claves de los desfiladeros del Cáucaso<sup>48</sup>; el Emperador ha considerado que, en ese momento, el cumplimiento de la cláusula del Tratado del año 363, renovada cada vez que se presentaba la ocasión, acerca de la común defensa de los pasos del Cáucaso, se imponía, dada la precaria situación por la cual atravesaba su oficial amigo, tradicional enemigo y natural defensor contra los bárbaros del Oriente, el Imperio Persa.

Marciano vio también la conveniencia de acentuar la autoridad imperial entre los reinos vasallos de esa remota región, de acuerdo con su concepción oficial de la dignidad imperial<sup>49</sup>, y con el propósito evidente de poseer un conocimiento más directo de los acontecimientos de esa frontera del Imperio y así poder tomar a tiempo las medidas que las circunstancias aconsejaran.

Los pueblos del Cáucaso venían recibiendo desde hacía siglos las influencias de romanos y de persas, y haciendo de ellas una selección bastante difícil de comprender; con todo el cristianismo que

<sup>47</sup>MC GOVERN, *op. cit.*, pp. 411/414.

<sup>48</sup>MARQUART, *op. cit.*, p. 105; se trata de una inscripción descubierta por los árabes durante la restauración de las murallas de este lugar en 716, y que dice: "Marciano, Emperador autócrata, construyó la ciudad y esta torre con muchos talentos de su tesoro".

<sup>49</sup>Marciano fue el primero, o uno de los primeros emperadores que se refirió claramente a su poder divino en sus edictos. Cf., ENSSLIN, W., *Das Gottesgnadentum des autokratischen Kaisertums der frühbyzantinischen Zeit* (Studi Bizantini e Neoellenici, 1939), pp. 154 s., y *Kaiser und Kaiser von Gottesgnaden* (München. 1943), p. 84.

había prendido en algunos de ellos, ya en el siglo anterior, parecía ser una garantía para la adhesión al Imperio y su política.

Desde tiempo de Teodosio el Grande, y posiblemente del mismo momento en que se acordó la división de Armenia y la suzeranía de Persia sobre toda Iberia, el Imperio pasó a ejercer su suzeranía sobre el reino de Lázica, ya que su rey debía consultar al Emperador cada vez que debía proceder a la investidura del régulo de Suania, pequeño reino en la frontera noreste de Lázica, en pleno Cáucaso, lo que significaba que Suania se encontraba indirectamente bajo suzeranía bizantina<sup>50</sup>.

Hacia el año 456, se sospechó que el rey Gubazes I de Lázica pretendía acabar con esta dependencia, apoyándose en Persia, lo que no podía menos que exigir una inmediata campaña para asegurar la fidelidad de Lázica<sup>51</sup>. Priscus, que es nuestra fuente directa para estos acontecimientos, anota que el Gran Rey no estaba en condiciones de prestar ayuda a los lazi y que además había sido comprometido por una reciente embajada de Marciano para autorizar el paso de las fuerzas bizantinas por la Persarmenia, con lo cual se evitaba el riesgo de una expedición marítima. En consecuencia, Gubazes tuvo que aceptar la decisión imperial, que le fue comunicada por un embajador de gran categoría y habilidad, el *magister officiorum* Euphemius, y abdicar en su hijo; poco después recibió la orden de presentarse a la Corte para rendir informe de todo lo sucedido. Gubazes se resistía a este viaje porque temía por su vida y sólo aceptó realizarlo cuando recibió de otro embajador bizantino, Dionisios, quien ya antes había sido legado en Lázica, la seguridad de que se respetaría su persona, para lo cual Dionisios empeñó su fe<sup>52</sup>.

El antiguo rey aparecía pues rebajado al nivel de un funcionario imperial que debe informar en la Corte cada vez que es convocado para ello<sup>53</sup>; la autoridad sobre Lázica se intensifica, de acuerdo con la concepción imperial de Marciano, y Gubazes, que posteriormente fue repuesto en el trono, tuvo que someterse a un nuevo estatuto de control mucho más efectivo, como que años después, alrededor de 465, debe hacer una nueva visita a la Corte, oportunidad en la cual se presentó vestido a la persa, queriendo dar a entender posi-

<sup>50</sup>MENANDRI PROTECTORIS, *Frag.* 11 (F.H.G., IV, pp. 216/217); ver también *Histoire de la Géorgie* (trad. BROSSET), pp. 83/84.

<sup>51</sup>MANVELICHVILI, A., *Histoire de Géorgie* (Paris, 1951), p. 96; TOUMANOFF, *op. cit.*, p. 363.

<sup>52</sup>PRISCI, *Frag.* 25 (F.H.G., IV, p. 102), Cf., también *Frag.* 26 (p. 103).

<sup>53</sup>Cf., MOMMSEN, TH., *Le Droit Public Romain* (trad. GIRARD, Paris, 1891), VII, pp. 420 s.

blemente con eso que no estaba totalmente entregado al mundo bizantino<sup>54</sup>.

Durante más de un decenio (456-468), Lázica pasará a ser el centro de operaciones de la actividad diplomática en el Cáucaso. Y verdaderamente la política bizantina de estos años parece haber planeado con una audacia y previsión admirables, ya que, como veremos a continuación, se trataba además de afirmar la autoridad en los antiguos reinos vasallos, de evitar que quedase exclusivamente en manos de los persas el control de los peligrosos bárbaros, que era como quedar a merced de los persas en el caso de un eventual ataque, caso en el cual Persia podría dirigir a su gusto los movimientos de los bárbaros; se trataba también de tomar contacto y conciliarse pueblos bárbaros del norte del Cáucaso. En la incertidumbre de los planes y en la desconfianza de la amistad de los persas, se imponía el control de las regiones inmediatamente adyacentes a los peligrosos pasos, por lo menos, con el objeto de ahogar cualquier intento de invasión en sus mismos inicios y antes que alcanzase las provincias orientales del Imperio.

En tiempo del Emperador León (457-474) y durante una de las tantas campañas que sostuvo Firuz (459-484) contra ataques de los hephthalitas, el Gran Rey preguntó al rey bárbaro por la razón de la ofensiva, ya que estaban recibiendo el tributo persa acordado; la respuesta fue clara: “El Emperador de los romanos nos ha prometido por medio de sus legados darnos un tributo doble, si rompemos nuestra alianza con vosotros; por esto nos hemos preparado para la guerra; si queréis que confirmemos la alianza con vosotros dados tanto como los romanos, o si no, aceptad la guerra”<sup>55</sup>. A este testimonio bastante impreciso, pero muy revelador de las actividades diplomáticas de Bizancio, puede añadirse otro que ocurre hacia el año 463, cuando se presenta ante el Emperador una embajada enviada

<sup>54</sup>PRISCI, *Frag.* 34 (p. 107); Cf., BROOKS, *loc. cit.*, p. 469, y TOUMANOFF, *op. cit.*, p. 363 y n. 19, quienes creen que no hubo sino un sólo viaje a Constantinopla, hacia el 466. Nosotros creemos que Dionisio, después de su segunda intervención en los asuntos de Lázica (a. C. 456) y dado su conocimiento de la situación y su prestigio frente a Gubazes, fue designado por el gobierno imperial como legado *a latere*, o en condiciones similares; esto explicaría también el que acompañase a Gubazes durante el viaje del 465.

<sup>55</sup>ZACHARIAE RHETORI, *Historia Ecclesiastica* (trad. BROOKS, Louvain, 1924), VII, 3 (11, p. 14); esta campaña está fechada en “anno Anastasii XIII”, que corresponde al año 504; o sea, algunos años después de la muerte de Firuz (459.434). Sin embargo, creemos pertinente citar esta fuente porque entrega un testimonio interesante acerca de la diplomacia bizantina entre los hephthalitas; en este caso, el agente parece ser “Eustathius, vir mercator apamenus astutus...”. Cf., también PRISCI, *Frag.* 31 (p. 105); MICHEL LE SYRIEN, IX, 7; BAR-HEBRAEUS, *op. cit.*, p. 71.

por los hunos saraguros, que vienen a ser la rompiente de una de las tantas marejadas que se producen de cuando en cuando en la estepa. Esta embajada fue muy bien recibida por el Emperador y regresó portadora de regalos y, sin duda, con el compromiso de una acción mancomunada con el Imperio<sup>56</sup>. El prestigio del Imperio en estos años traspasaba las fronteras y competía con el del Imperio Persa en la atracción de los bárbaros.

Si bien Firuz había conseguido el trono de Persia con la ayuda de los hephthalitas, a partir del año 464 se vio envuelto en frecuentes guerras con sus antiguos aliados. Coincidiendo con la iniciación de estas campañas, sabemos que Firuz envió una embajada al Emperador León para insistir en la necesidad de concertar la defensa frente a los bárbaros y solucionar pacíficamente algunos problemas que andaban pendientes. Los embajadores se quejaban de los muchos persas que se refugiaban en el Imperio —seguramente se trataba de cristianos— y pedían su extradición. En segundo lugar, reclamaban por la prohibición que se había impuesto a los magos, que habitaban en territorio romano, para practicar su religión. Presentaron también la queja por el incumplimiento de la cláusula referente a la contribución en la defensa de los pasos del Cáucaso, en particular de la fortaleza de Iuroipaach, en el desfiladero de Darband, insistiendo en la importancia estratégica de esta colaboración, tal como en la que pedían para llevar adelante la guerra contra los hephthalitas<sup>57</sup>.

El gobierno imperial contestó que enviaría cuanto antes a sus embajadores para que discutieran estos últimos puntos con el Gran Rey y que, por de pronto, no había fugitivos en territorio romano y que los magos no estaban impedidos en el ejercicio de su religión y anticipaban su posición adversa respecto a la contribución para la defensa de los pasos del Cáucaso y de los hephthalitas<sup>58</sup>. En verdad, no quedaba duda acerca de la crítica situación por la que pasaba Persia, y Bizancio apreciaba muy bien la garantía que representaba para la tranquilidad de su frontera oriental que Persia tuviese que emplear sus fuerzas en enfrentar a los hephthalitas.

El embajador escogido para ir a Persia fue un personaje de gran categoría, Constancio, que había sido tres veces *Praefectus urbi* y también honrado con el consulado; Constancio tuvo que esperar largo tiempo en Edessa que llegase la orden de admisión que, en

<sup>56</sup>PRISCI, *Frag.* 30 (pp. 104/105); PROCOPIUS, VIII, 11, 23/24; ver también MARQUART, *op. cit.*, p. 99.

<sup>57</sup>ZACHARIAE RHETORI, *op. cit.*, vu, 3; Prisci, *Frag.* 31 (p. 105); JOHANNIS LYDI, *De magistratibus*, m, 52; ver MARQUART, *op. cit.*, pp. 99/103.

<sup>58</sup>PRISCUS, *Ibidem*.

cada caso, debía expedir el Gran Rey<sup>59</sup>. El lejano frente de operaciones en que se encontraba Firuz explica esta demora, tanto como la cuidadosa preparación que exigía la recepción de una embajada, en que se estudiaba minuciosamente el itinerario y ceremonial, no sólo para atender según la calidad de los embajadores sino principalmente para evitar que el embajador y su séquito pudiesen informarse, ver u oír más de lo que el gobierno quería que supiesen.

Cuando llegó el permiso de admisión, la embajada inició un largo viaje hasta Gurgan, ciudad próxima al extremo suroriental del Mar Caspio, donde fue recibida por Firuz. Pasados algunos días, en que no faltaron los fastuosos agasajos protocolares, la embajada fue despedida sin que se adelantara nada en la negociación iniciada<sup>60</sup>. Es de suponer que Constancio llevaba precisas instrucciones para no comprometer al Imperio en la contribución demandada, pues Bizancio estaba seguro de poder conseguir la adhesión de esos bárbaros, tal como había sucedido recientemente con los saraguros, y por lo tanto, el embajador sólo debería tratar de alargar las negociaciones y bien sabemos que diferir siempre ha sido un término muy propio de las actividades diplomáticas.

Una posible comprobación de la política imperial entre los hunos la encontramos, muy poco después, en el año 468, cuando un conglomerado de saraguros, acatuos y otros pueblos acometen las fortalezas persas en las Puertas Caspias, para luego devastar la Iberia y alcanzar hasta la Persarmenia; en esa oportunidad, los persas enviaron nuevamente una embajada para pedir dinero u hombres para la defensa de los pasos, insistiendo en el argumento de siempre: que la ayuda a Persia para defenderse de los bárbaros era igualmente una garantía para la tranquilidad de Bizancio. Pero ya hemos visto que el gobierno imperial entendía de otra manera esta política y por eso volvió a negar los recursos solicitados, alegando que a cada uno correspondía defender lo suyo y preocuparse de sus fortalezas<sup>61</sup>; además hacia esta misma fecha, la situación en Occidente se agravaba para el Imperio, a tal punto que éste tuvo que desentenderse de la política oriental.

El mismo año 468 surgió un incidente en el extremo norte de la frontera oriental, incidente que, por un momento, enfrentó a los ejércitos de ambos Imperios. Un diferendo entre el pequeño reino de Suania con su suzerano el rey de Lázica, va a permitir a Persia conquistar —recuperar decían— algunas plazas fuertes colindantes a la frontera con Iberia. Suania, al verse atacada en su frontera meri-

<sup>59</sup>PRISCI, *Frag.* 30/33 (pp. 105/106); THEOPHANES, *col.* 303/306.

<sup>60</sup>PRISCI, *Frag.* 33.

<sup>61</sup>PRISCI, *Frag.* 37 (pp.107/108).

dional por dos frentes, pide ayuda al Emperador, tanto para que solucione su diferendo con Lázica, en su calidad de supremo árbitro, como para que la defienda de Persia. El Emperador León concedió la ayuda, pero no era tarea fácil movilizar un ejército en esas remotas y aisladas regiones, de manera que las operaciones fueron mínimas, tanto más que los persas debieron retirar sus tropas para hacer frente a una de las periódicas incursiones de los hephthalitas<sup>62</sup>.

Pero ya hemos dicho que Bizancio no iba a poder sacar ventaja de esta situación: el peligro de los vándalos en el Mediterráneo exigirá concentrar todas las fuerzas en esa dirección; además los persas pronto hicieron saber que habían obtenido una resonante victoria sobre los hephthalitas. En consecuencia no quedaba sino dejar toda esta región en manos de los persas; así no sólo Suania sino también Lázica pasaron a la dependencia del Gran Rey, situación que se mantuvo hasta tiempos del emperador Justino I, en que Lázica retornó a la órbita bizantina<sup>63</sup>.

Abandonar la hegemonía de estos pueblos del Cáucaso en manos del secular adversario, no debe haber parecido, en esos momentos, una renuncia grave de la concepción política del Imperio, ya que el Imperio Persa —a pesar de las victorias que pudiese obtener sobre los hunos— enfrentaba una amenaza permanente en su frontera norte y, por lo tanto, no podía constituir un peligro mayor para Bizancio anexando esas lejanas dependencias, que, de hecho, resultaban tan difíciles de defender.

En los próximos años se observa un desplazamiento hacia el sur de la preocupación de la política imperial y cuando el año 470 los armenios recurran al Emperador León para que éste los apoye en una de sus periódicas insurrecciones frente a los persas, sólo conseguirán que el Imperio aceptase a los que buscaban refugio en su territorio<sup>64</sup>.

A pesar del estado de paz con Persia, el Imperio sentía la necesidad de disponer de rutas comerciales distintas de las controladas por los sasánidas para mantener activo el comercio con India y el Lejano Oriente, pero a la vez se sentía incapaz de controlar las rutas caravaneras que cruzaban la península arábiga o la ruta marítima por el Mar Rojo, dado el crecimiento del reino de Axum; en esta situación, se decide por ir delegando responsabilidades en manos de hombres —de aventureros, si se quiere— que hayan demostrado suficiente energía y capacidad para imponer cierto control en parte

<sup>62</sup>PRISCI, *Frag.* 41 (p. 109 y nota de MÜLLER).

<sup>63</sup>PRISCI, *Ibidem.* Cf., MENANDRI, *Frag.* 11 (p. 217). Ver *infra*, pp. 100 s.

<sup>64</sup>ASLAN, *op. cit.*, p. 248 y n. l.

de esas regiones siempre difíciles de gobernar. Es el caso de Amorkesos, un árabe vasallo de los persas, quien, hacia el 470, emigra en dirección al occidente y en poco tiempo conquista un vasto territorio en la Arabia Petra, llegando a apoderarse de la isla Jotaba, la estación aduanera del Imperio para el tráfico comercial que conducía al puerto de Alla, a Petra y las ciudades de Siria y del Mar de Levante. El año 473 Amorkesos envió como embajador ante el emperador León a Pedro, obispo justamente de Jotaba, para obtener del Emperador el reconocimiento de sus conquistas, es decir el título de *phylarca*, que le permitiría ejercer legalmente el poder bajo la alta suzeranía del Imperio.

El Emperador pidió que Amorkesos se presentase a la Corte para concluir el acuerdo. Malchus, que nos ha conservado todos estos detalles, narra los agasajos con que fue recibido el árabe en la capital y la concesión que le hizo el Emperador de la *phylarquía* sobre los árabes de los territorios conquistados, con todos los derechos inherentes; por supuesto, la isla de Jotaba también quedó en manos de Amorkesos. La visita de Amorkesos a Constantinopla parece que causó viva reacción entre muchos de los altos funcionarios y dignatarios del Imperio, que difícilmente podían comprender la razón de las múltiples muestras de amistad con que lo honró el Emperador<sup>65</sup>.

En enero del año siguiente, moría el Emperador León y Zenón, su sucesor, entre los primeros actos de su gobierno, conseguía establecer la paz con los vándalos, quedando como único gran problema bárbaro la presencia de los ostrogodos en los Balkanes. En la frontera oriental hubo algunos años de tranquilidad, que coincidieron con una nueva derrota de Firuz frente a los hephthalitas, pero, hacia el final de su reinado, y por causas diferentes, vuelve a notarse agitación en la frontera. Efectivamente, a partir del año 482, hay noticias que la Alta Mesopotamia fue afectada por “una falta de lluvia y una escasez de víveres. La multitud de tribus del sur se ha juntado allí, y, a causa de la muchedumbre y de la cantidad de bestias, han destruido y devastado las aldeas de la llanura y de la montaña y aún se han atrevido a capturar bestias y personas en el territorio de los romanos”<sup>66</sup>. A consecuencia de estas tropelías y de las efectuadas por los árabes dependientes del Imperio en territorio persa, hubo concentración de ejércitos por ambos lados; con todo, a nivel

<sup>65</sup>MALCHI, *Frag. I* (F.H.G., Iv, pp. 112/113); ver ABEL, F. M., *L'île de Jotabé*, Revue Biblique, 1938, pp. 510-538 passim; contra la presencia de agentes aduaneros imperiales en la isla de Jotaba, Cf., STEIN, *op. cit.*, 11, p. 91, n. 5; ver también BURY, *op. cit.* (1923) ‘ 11, p. 8; DEVRESSE, *art. cit.*, pp. 260/270.

<sup>66</sup>BAR CAUMA, *Deuxième lettre á Mar Acacius*, en *Synodicon Orientale*, p. 532; ver DEVRESSE, *art. cit.*, p. 270.



oficial, predominaba el buen sentido y los deseos de dar una pronta solución pacífica a estos desórdenes. Las conversaciones se tuvieron en Nisibis, y en ellas jugó importante papel el obispo Bar Cauma, quien fue delegado especialmente por Firuz para que participara en la comisión bilateral que debía estudiar y decidir acerca de los problemas surgidos en la frontera. Estos estudios todavía se prolongaban en el año 484, a pesar de las dificultades que presentaban los nómades, a quienes era casi imposible controlar<sup>67</sup>.

Por esta misma fecha, el rey Firuz había desencadenado nuevamente una persecución contra los cristianos en Persia; el *catholicos* de Seleucia-Ctésiphon, Bahai, confió en que la intercesión del Emperador Zenón ante el Gran Rey podría aliviar la persecución y le envió una carta, la que fue interceptada y presentada a Firuz, quien hizo martirizar al *catholicos*, después de la promulgación del *Henotikón* (a. 482); evidentemente en estos momentos el monofisismo de la iglesia persa ya no era ninguna garantía para el Gran Rey; esto explica la persecución que aflige a la iglesia persa y su subsiguiente adhesión al nestorianismo, puesto que nuevamente se planteó la necesidad de profesar un dogma diferente al de Bizancio<sup>68</sup>. Posiblemente esta política tendiente a establecer una nítida diferenciación religiosa con Bizancio —de la cual la persecución era su expresión violenta— tiene que ver también con la insurrección que estalla el año 482 en Armenia y que se prolonga hasta la muerte de Firuz, a comienzos del verano del año 484, a manos de los hephthalitas, contra los cuales había iniciado una indigna campaña<sup>69</sup>.

La situación en Persia fue extremadamente crítica; el nuevo rey, Balash, se vio obligado a hacer una serie de concesiones a los reinos del Cáucaso; Persarmenia prácticamente consiguió la autonomía y la persecución contra los cristianos cesó en todas partes; el nuevo *catholicos* de Persia fue enviado en embajada ante el Emperador Zenón —elocuente signo de la reanudación de relaciones entre la Iglesia y el Trono, si bien Acacius, el nuevo *catholicos* estaba por el nestorianismo; en una embajada anterior, posiblemente apenas instalado en el trono, Balash había pedido a Zenón que contribuyese con su ayuda financiera para hacer frente al subido tributo que habían impuesto los hephthalitas, pero Zenón tenía valiosos argumentos para negar tal contribución; en primer lugar, la revuelta

<sup>67</sup>BAR CAUMA, *loc. cit.*, ibídem y también pp. 536/537; ver también LABOURT, *op. cit.*, p. 146.

<sup>68</sup>*Histoire Sestorienne*, II, 1; TISSERANT, E., *art. cit.*, pp. 161/162; LABOURT, *op. cit.*, pp. 134 s.

<sup>69</sup>TABARI, n, pp. 139/B2 (éd. NOELDEKE, p. 126); FIRDOUSI, *op. cit.*, pp. 73/79; MACOUDI, *Les Prairies d'Or* (ed. BARBIER DE MEYNARD, Paris, 1914), II, p. 195.

de sus generales Illus y Leoncio, y, en segundo, los impuestos que Persia obtenía de la ciudad de Nisibis, según el Gobierno imperial, ya injustamente en manos de los persas, como que se había cumplido el plazo que había fijado el Tratado del año 363 para dominio persa y que equivalían de sobra a la suma demandada<sup>70</sup>.

La nueva política persa en el Cáucaso, va a permitir que se manifieste nuevamente la tensión entre los monarcas, quienes tienden a adherirse al Imperio, en el que ven un respaldo para el afianzamiento de sus derechos, y la nobleza feudal que gravita hacia Persia, donde encuentra una ubicación muchísimo más fácil que el centralizado mundo bizantino. Es el caso del rey de Iberia, Vakhtang I Gorgasal, monarca enérgico con agitada y legendaria historia, que inició un acercamiento con Bizancio, que se manifestó en la elevación del obispado de Mtskheta (cerca de Tiflis) al rango de *catholicos* de Iberia —y cuyo primer titular fue consagrado en Antioquía, por especial indicación de Constantinopla—, y en el matrimonio del rey con la princesa Helena, una pariente del Emperador, todo lo cual aconteció entre los años 485 y 488; es muy posible que, en esta oportunidad, Vakhtang haya recibido también algún tipo de investidura, por lo menos a título honorífico<sup>71</sup>.

El año 488, el mismo año que Zenón acababa con la sublevación de Illus y podía proceder a una tarea de reconstitución interna, en la tranquilidad que le daba además la recientemente concertada paz con Teodorico el Grande, llegó al trono de Persia, Kawadh, hijo de Firuz, quien, después de la derrota de su padre, había permanecido durante dos años como rehén en manos del rey de los hephthalitas<sup>72</sup>. Fácil es imaginarse cuán diferente era en esos momentos la situación de los dos Imperios: Persia saliendo apenas de una crisis, cuya recuperación le costaba muy cara; Bizancio llegando a un estado de equilibrio, centrado en las provincias que deberían constituir su patrimonio secular.

Kawadh, al igual que sus predecesores, tuvo necesidad del concurso bizantino para hacer frente a los bárbaros. En los primeros meses del año 491, “envió embajadores, con un magnífico elefante, para honrar al Emperador y con la esperanza de conseguir el envío

<sup>70</sup>JOSUE LE STYLITE, *Chronique* (ed. MARTIN, Leipzig, 1876), p. xx. Sobre la embajada de Acacias, ver TISSERANT, *art. cit.*, p. 164. Ver también CHRISTENSEN, *op. cit.*, p. 290; MC GOVERN, *op. cit.*, p. 413.

<sup>71</sup>TOUMANOFF, *op. cit.*, pp. 362/370 y también *Christian Caucasia between Byzantium and Iran* (Traditio, N. York, 1954), pp. 165/169; ver también JANIN, *Origines chrétiennes de “la Géorgie”* (Echos d’Orient, 1912), pp. 289/299, Cf. *Histoire de la Géorgie* (tr. BROSSET), pp. 166 s., 174 s., y 191 s.

<sup>72</sup>CHRISTENSEN, A., *Le regne du roi Kawadh I* (Copenhague, 1925), pp. 92 s. y *L’Iran sous les Sassanides*, p. 290.

de dinero; pero antes que sus embajadores hubiesen llegado a Antioquía, de Siria, murió el Emperador Zenón y lo sucedió Anastasio. No bien el embajador hubo notificado a Kawadh el cambio que acaba de ocurrir en el Imperio Romano, Kawadh le ordenó partir inmediatamente para exigir el oro acostumbrado o, en caso de negativa, declarar la guerra<sup>73</sup>.

Anastasio apeló al mismo argumento que Zenón para rechazar la petición: “Nada ha enviado Zenón; nada enviaré yo antes que me hayas devuelto Nisibis”. Además había que contar con la insurrección de los isaurios, que por algunos años creará un problema interno al Imperio, y le exigirá preocupación, empeño y fondos; pero esta insurrección estará equilibrada por la que surge en la Persarmenia, insurrección que, sin embargo, no fue apoyada por el Emperador para no dar motivo a una declaración de guerra por parte de los persas y por la poca garantía que ofrecía la alianza de los señores armenios<sup>74</sup>.

La prolongación de la insurrección isauria, que sólo pudo ser quebrada en el año 498, animó a Kawadh a insistir nuevamente ante el Emperador Anastasio a fin de que diese cumplimiento a la discutida contribución bizantina para la defensa de los pasos del Cáucaso. Anastasio, sin negarse totalmente, puso una condición que evidentemente tenía que resultar chocante al Gran Rey: “Si lo solicitáis como préstamo, os lo concederé; pero si lo exigís basado en la costumbre, no descuidaré mis tropas muy ocupadas en la guerra contra los isaurios para volar en socorro de los persas<sup>75</sup>”. Por este mismo tiempo, la interesada adhesión de Kawadh a la herejía mazdakita culminó en su deposición y prisión por la nobleza persa; habiendo logrado escapar, buscó refugio entre los hephthalitas con cuya ayuda pudo recuperar el trono dos años después (a. 499). El apoyo hephthalita debió ser altamente recompensado y Kawadh se encontró sin poder responder debidamente a este compromiso y nuevamente tuvo que recurrir al Emperador Anastasio; en vista de las negativas anteriores, ahora no apeló a tratado alguno, sino que simplemente solicitó un préstamo, según lo había indicado Anastasio pocos años antes; pero, en estas circunstancias, el gobierno imperial estimó que era la gran oportunidad para provocar el rompimiento definitivo entre los hephthalitas y los persas, y negó el préstamo<sup>76</sup>.

<sup>73</sup>JOSUE LE STYLITE, p. XXI; ZACHARIAE RHETORI *op. cit.*, VIII, 5 (II, p. 52).

<sup>74</sup>JOSUE LE STYLITE, p. XXII; CHRISTENSEN, *Le regne du roi Kawadh*, p. 110.

<sup>75</sup>JOSUE LE STYLITE, p. XXIII; Cf., MICHEL LE SYRIEN, IX, 11.

<sup>76</sup>TABARI, II, p. 149; MAQDISI, *op. cit.*, 111, p. 171; PROCOPIUS, I, 6, 10/12; JOSUE LE STYLITE, p. XXIV; THA'ALIBI, *op. cit.*, p. 592; LYDUS, *op. cit.*, III, 53. Ver también CHRISTENSEN, *op. cit.*, pp. 110 s., STEIN, *op. cit.* 11, p. 93; HOFMANN, K., *Zur Kritik der byzantinischen Quellen für die Romerkriege Kobad'S I* (Schweinfurt, 1877), p. 40.

Bizancio, al finalizar el siglo, se sentía seguro respecto a su situación internacional; recientemente se había ordenado la situación de Italia, dentro del espíritu de *ordine nuovo* que preconizaba Anastasio, y que consistió en ofrecer, al igual que a los isaurios, la posibilidad de una convivencia armónica dentro del Imperio y bajo la tuición elevada y justa del Emperador<sup>77</sup>; recientemente también se había reprimido enérgicamente una insurrección de las tribus árabes, que coincidiendo con los años de confusión que vivió Persia a partir del 497, habían comenzado sus correrías, alcanzando hasta Siria, y a las cuales se habían sumado tribus de árabes-romanos, entre ellas la de los ghassánidas, que en los años anteriores habían emigrado desde el sur de la Península y se movía en la zona fronteriza del Imperio. Esta represión victoriosa, que tuvo lugar a lo largo del año 498, redujo al estado de tributarios a los ghassánidas y devolvió a la administración imperial la isla de Jotaba, de tanta importancia para la restauración económica del Imperio, en que estaba empeñado Anastasio, interesando nuevamente a Bizancio en esa región<sup>78</sup>.

## 2.

### HASTA LA PAZ DEL 532

Tal vez conviene detener aquí un momento nuestra narración para ver cuál era el estado de la frontera oriental hacia el año 500, justamente en vísperas de la guerra del año 502, que vendrá a poner fin a un largo estado de paz con Persia, que databa oficialmente del Tratado del año 442, y que abrirá un período de hostilidades nefasto. Geográficamente la frontera no había tenido modificaciones respecto del trazado acordado en los Tratados de los años 363 y 387, pero en cambio había muchas diferencias en la zona de dependencias y en el ámbito de influencias. El Imperio ha visto limitada su hegemonía en la región del Cáucaso, con la pérdida de la suzeranía sobre Lázica y Suania, lo que dio a Persia una salida al Mar Negro, que —dicho sea de paso— Persia no estaba en condiciones de aprovechar por ese tiempo; también su prestigio ha disminuido en parte, a causa de su falta de apoyo a las sublevaciones en la Persamenia y de las medidas tomadas contra los príncipes de la Armenia romana.

En cambio, más allá de sus fronteras, ha sido capaz de entrar en relaciones con pueblos bárbaros para animarlos en la guerra contra Persia, e igualmente ha sido capaz de influir sobre el rey de Iberia

<sup>77</sup>LAMMA, P., *La politica dell'imperatore Anastasia I, 491-518* (Rivista Storica Italiana, 1940), pp. 173 s.

<sup>78</sup>Cf. JOSUE LE STYLITE, p. XXIV; SHAHID, I., *Ghassan*, Encycl. de l'Islam (Leyden-Paris, 1965), 11, p. 1044; ABEL, *art. cit.*, pp. 527/528; DEVRESSE, *art. cit.*, p. 274.

para atraerlo a su órbita, con lo cual Persia no puede sacar mucho provecho de su expansión en la Transcaucasia.

En cuanto a la parte sur de esta misma frontera, ha visto la constitución de importantes agrupaciones árabes, sujetos al Imperio y no siempre fáciles de controlar, pero que, además del papel económico que cumplen, sirven para contrapesar a las tribus árabes dependientes de Persia. Al parecer en esta zona, Bizancio también es capaz de ejercer sus influencias más allá de su frontera, tanto más que ésta es la zona en que se efectúa un mayor comercio con el Oriente, y que tiene muy presente la necesidad de contar con rutas seguras, al margen del Imperio de los sasánidas.

El relativo estado de paz de esta frontera ha sido, en verdad, una bendición para la política bizantina que ha tenido tantos problemas durante todo el siglo en los territorios europeos y occidentales del Imperio; pero, por lo mismo, ha habido una despreocupación por esta zona descuidando en parte la defensa militar, disminuyendo la influencia cultural y entrando en conflicto con las nuevas Iglesias, todo lo cual ha debilitado sus posibilidades de dominio en ella, como se verá justamente en los acontecimientos que siguen y que no se esperaban.

La negativa de Anastasio a conceder el préstamo que pedía Kawadh contribuyó a aumentar la odiosidad que había en Persia contra Bizancio, ya que se imputaba a su política —para lo cual no faltaba más de algún fundamento— las desgracias que los hephthalitas y otros bárbaros habían desparramado sobre Persia. En agosto del año 502, Kawadh inició sorpresivamente la guerra con una campaña dirigida contra la Persarmenia, donde se apoderó de Teodosiópolis; a continuación tomó hacia el sur para poner sitio a Amida<sup>79</sup>. Las victorias de Kawadh no se explican tan sólo por la sorpresiva campaña; la diversidad étnica, las diferencias religiosas, las enemistades personales afloraron en estos momentos, facilitando la tarea del enemigo; debe tenerse en cuenta también la penosa situación que afligía a la Alta Mesopotamia desde hacía años, pero que se había agravado de manera trágica en los últimos años: las pestes, sismos, hambrunas, produjeron una impresionante mortalidad y los males alcanzaron hasta Antioquía<sup>80</sup>.

En el ejército de Kawadh se contaban contingentes hunos y, por

<sup>79</sup>ZACHARIAE RHETORIS, *op. cit.*, vn, 3 (11, p. 15); MICHEL LE SYRIEN, p. 156; JOSUE LE STYLITE, pp. XLII/XLIII; EUSTATHLL EPIPHANENSIS, *Frag.* 6 y 7, (F.H.G., iv, p. 142); PROCOPIUS, I, 7 y *De Aedificiis*, 111, 5; JOHANNIS MALALAE *Chronographia* (C.S.H.B., xv), p. 398; NAU, *art. cit.*, p. 463. Cf., MERTEN, E., *De bello persico ab Anastasio gesto* (Leipzig, 1905), pp. 158/162.

<sup>80</sup>JOSUE LE STYLITE, p. xxx.

supuesto, árabes; estos últimos, bajo la dirección del rey de Hira, Na'aman, jugaron un papel importante en la campaña, hasta que encontraron su digno contendor en los Ghassánidas, dirigidos por Tha'labah, con quienes se acababa de establecer un tratado de alianza, que hizo de Tha'labah un *phylarca* y concedió “subsidios anuales, *annonae foederaticae*, para que proporcionasen contingentes de tropas a caballo al ejército bizantino”. A partir de este momento, los Ghassánidas constituyen el más importante estado-cliente del Imperio en la frontera del Desierto. En la misma oportunidad se había concertado un acuerdo con los árabes de Kindah, que se encontraban más al interior en la Península y que jugaban importante papel en el control de las rutas comerciales<sup>81</sup>.

Desde los primeros momentos de la apertura de hostilidades, el Emperador, junto con activar la diplomacia entre los árabes, envió a Rufino, como embajador ante Kawadh con oro suficiente como para convencerlo de retirarse del territorio romano. Rufino dejó el oro en Cesárea de Capadocia y fue a encontrar al Gran Rey, que sitiaba Amida, pero Kawadh estaba entusiasmado con la facilidad de la conquista y nada quiso oír; aún más, retuvo cautivo a Rufino hasta después de la caída de Amida (enero del 503) y entonces lo puso en libertad para que volviese a contar al Emperador cuál era la situación. Evidentemente el éxito de estos primeros meses hizo pensar a Kawadh que podía poner condiciones más duras antes de dar la paz<sup>82</sup>.

Anastasio organizó un gran ejército, que entró en campaña en la primavera de ese mismo año; al *magister militum per Orientem*, Areobindo, que se hizo cargo de la defensa de Edessa, le cupo iniciar negociaciones con el Gran Rey, quien primero exigió 10.000 libras de oro y el compromiso de una contribución anual, de acuerdo con la secular cláusula, que parecía haber adquirido, al menos para los persas, por el peso de la costumbre, la fuerza de una ley. A la vuelta de algunos días, las pretensiones de Kawadh disminuyeron: “Dadme rehenes y aseguradme que, cuando levante el sitio, no me perseguiréis; devolvedme los hombres que me habéis hecho prisioneros... con el oro que me habéis prometido (2.000 libras de oro) y me alejaré de la ciudad”. Areobindo le dio al conde Basilio como rehén, a catorce hombres que se le habían capturado y se comprometió a entregarle, en un plazo de doce días, dos mil libras de oro”. Pero la desconfianza de los romanos en la palabra de Kawadh, así como la confianza que tenían en la defensa milagrosa de Edessa, hicieron que no prosperara

<sup>81</sup>SHAHID, *art. cit.* ibídem y *Ghassan and Byzantium: A new terminus a quo* (Der Islam, 33), pp. 245/249; Ver JOSUE LE STYLITE, p. L; NONNOSI, *Fragmenta* (F.H.G., IV, p. 179); DEVRESSE, *art. cit.*, p. 275.

<sup>82</sup>JOSUE LE STYLITE, pp. XLIV y XLVIII; Cf., STEIN, *op. cit.*, 11, p. 94.

este acuerdo. Kawadh avanzó hasta los bordes del Eufrates, desde donde dirigió una embajada al Emperador; por entonces, había sido nombrado un nuevo general en jefe, Celer, quien va a darle más empuje a la ofensiva romana en el próximo año 504. Un buen indicio del nuevo giro que están tomando las operaciones, lo tenemos en breves noticias que se leen en la *Crónica* de Josue el Estilita, narración contemporánea que constituye nuestra principal fuente para esta guerra: “Adid, árabe tributario de los Persas, se entregó con su ejército y se sometió a los Romanos... Moucheleq, armenio, súbdito de los Persas, se entregó con todo su ejército y se sometió a los Romanos”<sup>83</sup>.

Para demostrar Kawadh sus buenas disposiciones para la paz, puso en libertad a todos los prisioneros de categoría que tenía y aun envió el cadáver del duque Olympius, que había muerto mientras cumplía una embajada del Emperador; “Lo envió en una caja sellada para comprobar que Olympius había muerto de muerte natural, tal como podían también confirmarlo sus servidores y los que habían venido con él». Sin embargo, no faltaron astucias por ambos lados; por ejemplo, cuando los persas obtuvieron permiso para llevar alimentos a los famélicos defensores de la sitiada Amida, aunque con el propósito de hacerles llegar armas; por su parte, los bizantinos, que se habían comprometido por juramento a no atacar el destacamento de avituallamiento, tuvieron buen cuidado de dejar a uno de sus oficiales al margen de este juramento; este oficial y su tropa sorprendieron a los persas y acabaron con su plan.

Cuando apretó el frío, comenzó la deserción de soldados romanos y Celer tuvo que acceder a un armisticio, que diera tiempo suficiente para estudiar las condiciones de la paz e informar debidamente al Emperador y al Gran Rey; como primera medida consiguió que los persas entregaran Amida, previo pago de 1.000 libras de oro<sup>84</sup>.

Mientras se estaba en esta tregua, los árabes de ambos bandos continuaron por su cuenta con las degradaciones y tuvieron que ser duramente reprimidos por las autoridades militares de ambos ejércitos para evitar que estas correrías pusieran en peligro las negociaciones diplomáticas; con razón, Josué el Estilita pudo afirmar que “esta guerra fue para los árabes de ambos bandos una fuente de provecho”<sup>85</sup>.

El curso de las operaciones había demostrado la imprescindible necesidad de contar con una plaza fuerte poderosa, próxima a la fron-

<sup>83</sup>JOSUE LE STYLITE, p. LXIII; acerca de Areobindo, p. XLIX/LVI; sobre Celer, pp. LVII s. Cf., PROCOPIUS, I, 8, 19; 9, 24; 10, 15.

<sup>84</sup>JOSUE LE STYLITE, pp. LXVI/LXVIII.

<sup>85</sup>p. LXVI; ver también p. LXXII.

tera, que enfrentada a Nisibis, la contrapese, sirva de baluarte para las ciudades de la Alta Mesopotamia y de centro de aprovisionamiento para los ejércitos en campaña; con estos objetivos bien precisos, decidió el Emperador la fortificación de Daras, la que se inició de inmediato, vale decir en plena tregua y con gran impulso; así en menos de tres años, en lugar del antiguo villorrio se alzaba el imponente fuerte de Anastasiópolis, con sus amplios graneros y cisternas; también se fortificó Theodosiópolis, en el lugar por donde había comenzado la invasión, y otras ciudades fronterizas, en parte apoyando las iniciativas tomadas por los mismos habitantes, como fue el caso de Birtha, sobre el Eufrates, donde el obispo de la ciudad había iniciado la obra de fortificación<sup>86</sup>. Por supuesto todas estas actividades fueron muy mal vistas por los persas, que las consideraban una abierta violación a las disposiciones de los tratados anteriores, punto que evidentemente era discutible, ya que por estar abiertas las negociaciones, podría considerarse caducados los antiguos tratados hasta tanto no se suscribiese uno nuevo, y aun más los persas mismos no habían demostrado mayor respeto de sus antiguos compromisos, como se había visto con el plazo para la devolución de Nisibis.

Al año siguiente, Celer llegó a Edessa en abril con el propósito de dirigirse a la frontera para proseguir las conversaciones, y allí recibió la noticia de la muerte del general en jefe persa —con quien se había tenido hasta ese momento las negociaciones—, junto con la petición de esperar hasta que fuese designado un nuevo general en jefe, lo que sólo aconteció cinco meses después.

Reiniciada las negociaciones en la zona fronteriza de Daras, se cambiaron rehenes para garantizar las conversaciones, las que avanzaron penosamente porque continuaba la suspicacia por ambos lados; por fin, pudo arribarse a un acuerdo, gracias a la buena voluntad de Celer. “Se redactaron las condiciones recíprocas y se fijó el tiempo durante el cual no se haría la guerra. Todo el ejército se estremeció de alegría al saber que la paz había sido concluida”<sup>87</sup>.

<sup>86</sup>Acerca de Dara: ZACHARIAE RHETORIS, *op. cit.*, VII, 6 (II, pp. 23/25); PROCOPIUS, I, 10, 13 y *De Aedificiis*, 11, 1; m, 5; 4/5; THEOPHANES, col. 354; *Chronicon Paschale*, col. 851; ver también COLLINET, P., *Une “ville neuve” byzantine en 507: la fondation de Dara (Anastasiopolis) en Mésopotamie* (Mélanges Schlumberger, Paris, 1924), I, pp. 55/60; HONIGMANN, E., *Die Ostgrenze des byzantinischen Reiches von 363 bis 1071* (Bruxelles, 1935), p. 10; SOLARI, A., *La política estera oriental durante l'impero di Giustino* (Atti della Accademia Nazionale dei Lincei. Rendiconti. Roma, 1948), p. 351. Sobre Theodosiopolis: PAOCORNS, I, 10, 18/19; sobre Birtha: JOSUE LE STYLITE, p. LXXIII; ver también DEVREESE, *art. cit.*, p. 276; VASILIEV, A. A., *Justin the First* (Cambridge, Mass., 1950), pp. 275/276.

<sup>87</sup>JOSUE LE STYLITE, p. LXXVII; ZACHARIAE RHETORIS, *op. cit.*, VII, 5(II, p. 23).



En realidad, el acuerdo estableció una tregua por siete años, durante la cual el Emperador pagaría anualmente 550 libras de oro a los persas; también Persia se comprometía a no tomar represalias contra los armenios que habían apoyado a los bizantinos y les garantizaba el libre ejercicio del culto cristiano<sup>88</sup>. Cabe preguntarse por los motivos que indujeron a ambas partes para llegar a este acuerdo, que aparece como una muestra de concesión de Bizancio, en momentos en que el curso de las operaciones estaba favoreciéndolo, y en que, por otra parte, se sabía que Kawadh volvía a verse envuelto en uno de los periódicos conflictos con los hephthalitas; es cierto que también el Imperio había tenido que sufrir la presencia de los bárbaros en los Balkanes una vez más: las incursiones de los búlgaros, que, en los últimos años del s. V y en los primeros del s. VI, habían dado serias preocupaciones al Imperio y habían exigido el refuerzo del *Largo Muro* que defendía la Capital<sup>89</sup>.

De hecho podría pensarse en un retorno al *statu quo* correspondiente al momento de iniciar Kawadh la guerra, pero las fortificaciones emprendidas por el Imperio en la zona fronteriza alteraban ese *statu quo*, ya que difícilmente podría decirse que contravenían los tratados anteriores, que —según nuestro entender— estaban caducos, aunque los persas continuaran apelando a ellos. Desde este punto de vista, no podría entenderse la anualidad acordada por Bizancio como la prolongación de la contribución establecida en la cláusula acerca de los pasos del Cáucaso en los tratados anteriores, tanto más cuando había sido rechazada apenas pocos años antes por el mismo Anastasio. Parece entonces muy verosímil pensar que este pago tendía a aplacar las quejas presentadas por los persas a causa de la alteración del *statu quo* inicial con la construcción de las fortificaciones mencionadas. Pero también podría pensarse que si el Emperador estuvo dispuesto a eximir de impuestos a las ciudades afligidas por la guerra y los males que desde hacía años las afectaban, “para poner fin a las enemistades y consolidar la paz”, bien podría comprometerse con este mismo objeto a pagar dichas anualidades a Persia<sup>90</sup>. En verdad, la capacidad de resistencia de la Alta Mesopotamia había sido puesta a prueba hasta un extremo alarmante y es posible que

<sup>88</sup>PROCOPIUS, I, 9, 24; JOH. LYDUS, m, 53 (p. 246); JOH. MALALAE, *op. cit.*, p. 399; ver también TOURBENIZE, *op. cit.*, p. 86; MERTEN, *op. cit.*, p. 196; STEIN, *op. cit.*, II, p. 99 y n. 5.

<sup>89</sup>GROUSSET, *op. cit.*, p. 231, cree que la diplomacia bizantina “suscita alors contre la Perse une diversion de Huns qui pénétrèrent en Transcaucasie par les Portes Caspiennes, ici le défilé de Dariel, ce qui détermine Kawadh a conduire un armistice de sept ans (505 ou 506)”; ver también STEIN, *op. cit.* II, pp. 97/98; RUBIN, *op. cit.*, I, p. 256. Acerca de los búlgaros: BURY, *op. cit.* (1923), I, p. 435.

<sup>90</sup>JOSUE LE STYLITE, pp. LXVIII y LXXVI.

el Emperador, encarnación de la *pietas* y de la *providentia* entre otras virtudes, y en este caso muy bien encarnadas en un emperador que andaba por los 75 años, haya insistido en conseguir la paz para permitir la recuperación económica de la región. Este deseo de “consolidar la paz” en una visión realista del Imperio, de sus problemas y de sus problemas y de su historia, podría fundamentarse con dos datos más: Procopio nos cuenta que en uno de los pasos del Cáucaso —tal vez en las Puertas del Caspio— se había hecho fuerte un jefe huno, Ambazouces, con quien había tomado contacto la diplomacia bizantina, y que hacia el fin de su vida ofreció vender su posesión a Anastasio. Pero el Emperador no se dejó tentar por este ofrecimiento porque tuvo muy presente razones de mucho peso: “que le sería imposible mantener una guarnición en un lugar totalmente improductivo y que no tenía en los alrededores ningún pueblo sujeto a los romanos”. El otro dato lo entrega Josué el Estilita: Anastasio envió al Gran Rey durante las negociaciones, como muestra de su amistad, dos servicios de mesa totalmente de oro<sup>91</sup>.

*Pietas* y *providentia* son, dentro del pensamiento imperial, el fundamento de la *concordia*. Dentro de esta perspectiva, la exención de impuestos, las fortificaciones fronterizas y las anualidades prometidas forman parte de un mismo pensamiento y de una misma política.

La guerra había confirmado que había un verdadero límite entre ambos Imperios, un límite capaz de resistir los golpes de fortuna de las operaciones militares y más allá del cual toda conquista se revela efímera; la estabilización de la frontera, desde la muerte del Emperador Juliano, había demostrado por más de un siglo que *ésa* era la frontera y que todo intento por modificarla ostensiblemente está condenado al fracaso; lo ha comprobado Kawadh que no ha podido conservar sus conquistas iniciales y debe replegarse; Anastasio no quiere prudentemente tener que comprobarlo a su vez y por eso prefiere detener la campaña y “comprar la paz”<sup>92</sup>.

Los siete años de la tregua pasaron sin que se volviese a tocar el problema de la frontera entre ambos Imperios y se continuó viviendo en paz en los próximos años, con amplia disposición para superar los problemas que se presenten. Y, en este caso, fue el Imperio Bizantino el que dio motivos y Persia la que trató de hacer primar la *amicitia*. Por supuesto los problemas a que aludimos no se dieron en la zona de la Alta Mesopotamia, donde ninguno de los dos Imperios tenía interés en plantearlos, sino en los *epicentros secundarios de contraste*: el Cáucaso y Arabia.

<sup>91</sup>PROCOPIUS, I, 10, 9/12; JOSUE LE STYLITE, p. LXVIII.

<sup>92</sup>Cf., DILLEMANN, L., *Haute Mésopotamie Orientale et Pays adjacents* (París, 1962), p. 223.

Hacia el año 513, hubo sublevaciones en la Armenia romana, que posiblemente comprometieron también a la Persarmenia, de tal manera que, al sometimiento de la primera, correspondió una acción diplomática del Imperio entre la segunda para tratar de atraérsela, aprovechando el espíritu sedicioso contra Persia que se había propalado<sup>93</sup>. Una violenta incursión de hunos sabiros, que puede ubicarse hacia el 515 y que alcanzó hasta la Capadocia, hizo pensar que podía haber entrado en juego la política persa y obligó a reprimir todo intento de anexión territorial en la Persarmenia y a preocuparse fundamentalmente en fortificar la frontera.

El problema mazdakita en Persia, que se prolonga hasta el año 523, y el posterior cuidado de Kawadh por arreglar la sucesión del trono a favor de su hijo menor, Khusraw, va a explicar la política pacifista que sigue Persia en estos años, limitándose sólo a presentar sus quejas por la política de expansión bizantina, que va a inaugurarse con el Imperio de Justino, o a presentar sus demandas por el pago de las anualidades acordadas en el último tratado del año 507 y que los persas asimilaron a la antigua cláusula de la contribución para la defensa de los pasos del Cáucaso<sup>94</sup>.

Justino fue elevado al Imperio, en julio del 518, a la muerte del octogenario Anastasio, y gobernará hasta su muerte en el 527, con la colaboración de su sobrino y sucesor, Justiniano. Con Justiniano se restablece la ortodoxia en el Imperio y se inicia la represión de los monofisitas, muchos de los cuales se verán obligados a refugiarse más allá de sus fronteras, justamente entre los árabes, entre los cuales había prendido el monofisismo. Pocos pretextos necesitaban los árabes para iniciar sus correrías; los lakmidas de Hira, bajo la conducción de Moundhir, con o sin la aprobación del Gran Rey, alrededor del año 519, saquearon parte de la Alta Mesopotamia e hicieron prisioneros a dos generales romanos con sus tropas; por su parte, los ghassánidas irrumpieron en el territorio persa por la región de Nisibis. Estas correrías podrían haber comprometido la paz entre los Imperios, pero no fue así; ambos gobiernos prefirieron desentenderse de lo que podía considerarse problemas locales y rencillas de tribus<sup>95</sup>.

El rescate de los dos generales y sus hombres llevará tiempo; su libertad la conseguirá una embajada enviada el año 523 directamente a Moundhir. Pero antes de tratar este punto, que abrirá la poli-

<sup>93</sup>MICHEL LE SYRIEN, IX, 11; también MICHEL LE GRAND, *Chronique* (trad. LANGLOIS, Venise, 1868), p. 175.

<sup>94</sup>JOH. MALALAE, *op. cit.*, pp. 405/406; LAMMA, *art. cit.*, p. 189; GROUSSET, *op. cit.*, pp. 231/232.

<sup>95</sup>ZACHARIAE RHET, *op. cit.*, VIII, 5 (11, p. 53); MICHEL LE SYRIEN, IX, 14; NONNOSUS, *Frag.*, p. 179; ver VASILIEV, *op. cit.*, p. 277.

tica bizantina a toda una vasta perspectiva en la Arabia del sur, veamos el cambio que se está produciendo en la zona del Cáucaso. Recordemos brevemente cuál era la situación en esos reinos: a partir del año 468, prácticamente toda la región había quedado bajo suzeranía persa, al tener Bizancio que abandonar la defensa de Lázica y Suania por los problemas occidentales que entonces apremiaban. Después de la muerte de Firuz (484), Persia se vio obligada a suavizar su dominio en el Cáucaso y así se inició en Iberia un *rapprochement* con Bizancio, que se irá acentuando en los años siguientes hasta exigir a Persia una expedición militar, hacia el año 518, con el objeto de demostrar su autoridad lo que generalmente implicaba también tomar medidas contra el cristianismo que había vuelto a vigorizarse en los últimos años, y que nunca dejaba de aparecer como vehículo de la penetración bizantina.

En esta situación era natural que el rey de Iberia, Vakhtang I Gorgasal, solicitase el apoyo del Emperador Justino; pero la ubicación geográfica de Iberia —sin fronteras comunes con el Imperio— impedía proporcionar cualquier tipo de ayuda, a no ser que se quisiese decididamente romper la paz. Es muy posible que en estas condiciones y deseoso el Imperio de recuperar su influencia en el Cáucaso, haya activado su diplomacia en el reino de Lázica con el objeto de atraerlo nuevamente a su dependencia y desde allí tomar pie para activar su política en el Cáucaso. Así podría ayudar, en primer lugar, a Iberia, y tener un control directo sobre el paso del Dariel, uno de los más importantes del Cáucaso, para evitar, en parte, que se repitan hechos como la reciente desastrosa incursión de sabiros que llevó la desolación hasta Capadocia (515)<sup>96</sup>.

La muerte del rey de Lázica, Zamnaxes, en el año 522, quien había gobernado como vasallo del Gran Rey, ofreció la oportunidad para que se precisara esta política. Su hijo, Tzath, seguramente ganado por la diplomacia bizantina, en vez de acudir al Gran Rey para que confirmara su gobierno, se dirigió a Constantinopla para que el Emperador lo proclamase rey de Lázica y restableciese así la relación que había ligado a este reino con el Imperio<sup>97</sup>. Antes de detenernos en la presentación más detallada que merece este acontecimiento, veamos qué significó para Iberia que el Imperio volviese a contar con la adhesión de Lázica; evidentemente si el Gobierno imperial había

<sup>96</sup>STEIN, *op. cit.*, II, p. 267; VASILIEV, *op. cit.*, p. 269; SOLARI, *art. cit.*, p. 269; LAMMA, P., *Ricerche sulla Storia e la Cultura del VI Secolo*, (Brescia, 1950), p. 21.

<sup>97</sup>JOH. MALALAE, *op. cit.*, pp. 412 s.; *Chronicon Paschale*, col. 859 s.; THEOPHANES, col. 394; ÁNASTASIUS BIBL., col. 1252; JEAN DE NIKIOU, *Chronique* (ed. ZOTENBERG, Paris, 1883), p. 386.

decidido enfrentar a Persia —como nadie dudaba que tendría que suceder— por la competencia en Lázica, bien podía también prestar su apoyo a Iberia, reino que podía considerarse maduro, después de largos años de influencia bizantina, para incorporarlo a la órbita imperial, como otro reino dependiente; además era una oportunidad más para que el Emperador demostrase que no olvidaba su papel de defensor de la cristiandad. Dos expediciones fueron planeadas sucesivamente, formadas por destacamentos hunos, pagados con el oro bizantino, y bajo dirección de generales romanos; la primera no alcanzó a tomar cuerpo y la segunda, usando a Lázica como centro de operaciones, entró en territorio ibero, pero sólo para tener que retirarse muy pronto, ante la presencia de un imponente ejército persa, que hizo huir también al rey Vakhtang I con su familia hacia Lázica, para seguir después a Constantinopla (522). Vakhtang, que andaba entonces por los 80 y tantos años, iba a morir al poco tiempo, y el Imperio no intentaría una nueva campaña en Iberia, reino que fue incorporado de pleno al Imperio Persa<sup>98</sup>. Una campaña mal organizada desbarató en un momento el trabajo de una generación que había estado preparando el *rapprochement*. Con todo, la zona de influencias de ambos Imperios volvió a equilibrarse en el Cáucaso, al restablecerse la dependencia de Lázica e indirectamente de Suania al Imperio bizantino, tal como se había dado por más de un siglo, entre el año 363 y el 468.

La razón oficial que se dará para justificar el viaje de Tzath a Constantinopla será su deseo de convertirse al cristianismo; es bastante natural que, en 50 años de dependencia persa, la familia real de Lázica es hubiese convertido al mazdeísmo. Pero la conversión del joven rey implicaría también una *conversión política*: efectivamente después que fue bautizado, teniendo como padrino al mismo Emperador, se le dio por esposa a la noble Valeriana, hija de un patricio y alto funcionario de la Corte y se procedió a la ceremonia de la investidura real. Por el sacramento del bautismo, Tzath se había incorporado a la gran familia de la Iglesia, por su matrimonio había entrado a la clase privilegiada de la nobleza imperial; podía, pues, el Emperador, depositario temporal del gobierno universal de Dios, considerarlo digno de recibir de sus manos, en delegación, parte de ese poder para ejercerlo en el gobierno de Lázica<sup>99</sup>.

La investidura de reyes dependientes del Imperio se efectuaba de acuerdo a un ceremonial que databa de siglos y que tendía a destacar la superioridad del Emperador; así la diadema —símbolo del poder

<sup>98</sup> PROCOPIUS, I, 12, 1/13; TOUMANOFF, *art. cit.*, p. 166, n. 252 y *op. cit.*, p. 370.

<sup>99</sup> Fuentes citadas en la nota 97. Ver también DÖLGER, F., *Byzanz und die europäische Staatenwelt*, (Ettal, 1953), p. 44, n. 16.

real— es impuesta a Tzath por Justino, el único que con autoridad recibida de Dios, puede concederle el poder y, por lo mismo, quitárselo: he aquí la señal clara de dependencia que expresa la ceremonia de la coronación; también es revestido de una túnica blanca y de un manto de seda blanca (*clámide*), cuya *tabula* —gran cuadrado de tela cosido a la altura del pecho— era bordado en oro, al igual que en el manto púrpura del Emperador, y en esta *tabula* estaba bordada la imagen del Emperador Justino<sup>100</sup>. Este manto de ceremonia es el que Tzath deberá usar cada vez que presida un acto oficial en su reino y entonces, será patente a todos que es rey porque representa al Emperador que está presente en en efígie; de esta manera, si alguien se atreviese a ofender al rey, ofendería también al Emperador, y, por el contrario, la fidelidad y servicios prestados al rey equivalen a actos meritorios realizados para la mayor gloria del Imperio<sup>101</sup>.

La suzeranía que ahora se implanta en Lázica tendrá características mucho más acusadas de dominio que en el período anterior de dependencia, ya que la relación tradicional consistía en que “los lazi eran súbditos de los romanos, pero no estaban sometidos a tributo ni al acatamiento de sus órdenes; sólo al morir su rey, el Emperador de los romanos enviaba los símbolos del poder al sucesor”. En estas condiciones las obligaciones de los lazi se reducían a defender por su cuenta las fronteras amenazadas por los hunos “sin recibir dinero ni tropas romanas ni tener que militar en el ejército romano”. Por otra parte, disfrutaban del comercio marítimo con los romanos.

La tendencia a la centralización imperial que tendrá su mayor expresión con Justiniano, la creciente tensión en las relaciones internacionales de la frontera oriental y la experiencia de la poca garantía de fidelidad que ofrecen los pueblos del Cáucaso, todo esto explica las nuevas características de la suzeranía que se implantan en

<sup>100</sup>JOH. MALALAE, *op. cit.*, p. 413. Ver también TOUMANOFF, *op. cit.*, p. 134; EBERSOLT, J., *Mélanges d'Histoire et d'Archéologie Byzantines* (Paris, 1917), pp. 55 s. Para un testimonio iconográfico con las características de esta clámide sirve la hoja del díptico conservado en el Museo del Bargello, Florencia, y que presumiblemente representa a la emperatriz Ariadna; véase, p. ej., GRABAR, A., *La Edad de Oro de Justiniano. Desde la muerte de Teodosio hasta el Islam* (El Universo de las Formas), Madrid, 1966, p. 276. Véase las ilustraciones al final de este volumen.

<sup>101</sup>KRUSE, H., *Studien zur offiziellen Geltung des Kaiserbildes im römischen Reiche* (Paderhorn, 1934), p. 111; TREITINGER, O., *Die oströmische Kaiser und Reichsidee nach ihrer Gestaltung im höfischen Zeremoniell* (Jena, 1938), pp. 204/205; GAGE, J., *L'empereur romain et les rois. Politique et protocole* (R.H./1959), p. 256.

Lázica. Ahora “el rey sólo guarda la apariencia del poder, mientras que los romanos se han apoderado del ejercicio del poder, y así el rey ha llegado a ser un sirviente temeroso del general que da las órdenes”. Este general comanda una numerosa tropa de ocupación, que, por supuesto, no escatimaba las tropelías. A esta situación político-militar, se sumaba el nuevo trato económico: imposiciones comerciales, fijación de precios y monopolio en favor de Bizancio<sup>102</sup>. Es comprensible que estas medidas, en lugar de contribuir al estrechamiento de relaciones, sólo hayan servido para distanciar a Lázica de Bizancio hasta el punto de provocar el rompimiento en el curso de las guerras de Justiniano.

Inmediatamente después de tener conocimientos en Persia del nuevo giro que había tomado la política bizantina en el Cáucaso, al recuperar la suzeranía sobre Lázica y prestar apoyo al rey de Iberia, junto con enviar su ejército a Iberia para restablecer su autoridad —como efectivamente aconteció—, Kawadh envió una embajada al emperador Justino para presentarle su formal reclamo por la hostil medida de proclamar rey a Tzath, con lo que había incurrido en una abierta intromisión en la esfera propia de la política persa, al aparecer respaldando la insubordinación de uno de sus súbditos. La respuesta del Emperador redujo todo el asunto a la conversión de Tzath y frente a esto el Emperador asume la responsabilidad, pero elude totalmente la investidura real de Tzath y el consiguiente cambio de dependencia de Lázica<sup>103</sup>. Al fin y al cabo, la invasión de Lázica desde Persia era muy difícil de realizar; se trataba de defender bien algunos pocos sitios estratégicamente ubicados y cualquier ejército viniendo de Iberia quedaba detenido, como se había visto recientemente por las fuerzas persas que hicieron huir al rey Vakhtang I; además se sabía que la situación interna de Persia estaba agitada por problemas religiosos y se confiaba en los contactos diplomáticos que se habían establecido con los hunos del norte del Cáucaso para asegurarse una posición preponderante.

En efecto, poco después, Kawadh creyó que podía contar con un importante grupo de hunos sabiros para causar algunos desastres en territorio romano, sin saber que el jefe bárbaro, Zilgibi, se encontraba comprometido por el oro bizantino, a tal punto que ya se había jurado una alianza. Con todo parecía que esta vez la diplomacia imperial llevaba las de perder, puesto que el huno, no haciendo ningún caso de su juramento, puso su poderoso ejército al servicio de los persas; pero

<sup>102</sup>PROCOPIUS, II, 15.

<sup>103</sup>JOH. MALALAE, *op. cit.*, p. 414; *Chronicon Paschale*, col. 860 s., ANASTASIUS BIBL., col. 1253; JEAN DE NIKIOU, *op. cit.*, pp. 386-387.

en un caso como este Bizancio tenía muchos más recursos; se despachó inmediatamente una amistosa carta al Gran Rey en la que se le ofrecía solucionar pacíficamente las dificultades que había entre ambos Imperios y se le descubría la perfidia y perjurio del rey de los hunos, actitud que bien podría repetirse en poco tiempo más, y la carta termina diciendo que conviene que ambos, “como hermanos que son, cultiven la amistad y no sufran a causas de estos perros”<sup>104</sup>

El Gobierno imperial tenía razón al decir que estos bárbaros no tenían interés particular en favorecer a uno u otro de los Imperios; sólo les interesaba aprovecharse de la falta de guerreros y, a la larga, hacerse de una situación fuerte, desde donde atacar y saquear por igual a persas y bizantinos. Fuera de una momentánea alianza, que tan inciertamente pudiese establecerse, eran enemigos por igual de los dos Imperios. Pero este sensato pensamiento surgía sólo cuando uno de ellos o cuando ambos estaban enfrentados a una crítica situación. En este caso, Kawadh obtuvo de boca del mismo rey huno la confirmación de lo comunicado por Justino y, airado, lo mató y por la noche hizo asesinar a la mayor parte de sus hombres. Después de esta experiencia que le comprobaba lo difícil que era ganar en iniciativa a los bizantinos y lo arriesgado que era aliarse con los bárbaros, Kawadh decidió enviar sus embajadores para restaurar la amistad con el Imperio, amistad que en esos momentos, le resultaba especialmente necesaria<sup>105</sup>.

Pero antes de estudiar estas importantes negociaciones diplomáticas que ocupan los últimos años del Imperio de Justino, es necesario retomar el curso de los acontecimientos en las relaciones con los árabes y en el ámbito de influencias meridionales que alcanzaba hasta el reino de Etiopía. El año 523 una embajada imperial fue enviada al rey lakhmida de los árabes-persas, Moundhir, con el objeto de negociar la libertad de dos generales bizantinos y sus tropas, quienes —como hemos dicho— ya llevaban cuatro años prisioneros, y de interceder por los cristianos perseguidos, a la vez que solucionar conflictos con algunos de los árabe-romanos en la frontera común. La embajada fue confiada a Abraham, miembro de una familia de diplomáticos especializados en asuntos meridionales y, en particular, árabes; forman parte de ella también: Sergio, obispo de Sergiópolis (Resafa), personaje que posiblemente tenía conocidos e influencia entre los árabes, por la especial devoción que éstos tenían a San Sergio; Isaac, un presbítero, y Juan, subdiácono, que se han unido al embajador imperial para representar el sentir de los cristianos ortodoxos de Persia; por

<sup>104</sup>JOH. MALALAE, *op. cit.*, pp. 414-415; *Chronicon Paschale*, col. 862; THEOPHANES, col. 390; JEAN DE NIKIOU, *op. cit.*, pp. 387-388.

<sup>105</sup>Fuentes de la nota anterior.



último, Simeón obispo de Beth-Arsham, representante de los monofisitas en Persia, cuya incorporación a la embajada plantea un interesante problema, ya que los monofisitas eran perseguidos en el Imperio y muchos habían tenido que refugiarse más allá de las fronteras, hasta donde los había seguido la represión imperial, que tenía por signo de hostilidad la protección que se prestase a los herejes, que de hecho eran asimilados a los enemigos políticos del Imperio. Los monofisitas habían encontrado algún apoyo dentro del reino de los lakhmidas, gracias a la protección que les prestó uno de los influyentes jefes árabes del reino, Hajjaj, que era cristiano, y que también participará en las conversaciones a que dio lugar esta embajada. Si los monofisitas contaban dentro del reino, lo mejor para que prosperara la embajada era conciliárselos, para lo cual no sólo bastaban algunas promesas sino también garantizarles que no se insistiría ante el lakhmida Moundhir en su expulsión o extradición. Es comprensible, pues, que se haya dado algún tipo de colaboración y que, a esta altura, ya se vea la conveniencia y, en ciertos casos, necesidad de poder contar con los monofisitas para llevar adelante la política imperial de influencias entre los árabes, especialmente en el sur de la península, que tanto importaba para mantener los contactos comerciales con oriente<sup>106</sup>. La embajada imperial estaba confiada en su totalidad, como se ve, a eclesiásticos, dado que también Abraham era sacerdote; sin duda, el conocimiento de lenguas, de la mentalidad de los árabes, de los problemas de la región, y el tipo mismo de los negocios encargados explican esta selección, que condujo a feliz término la embajada.

Al parecer las reuniones más importantes no se realizaron en Hira, la capital de los lakhmidas, sino en Ramla, una localidad a diez días de viaje al sureste de Hira, donde se encontraba Moundhir; fue allí que el rey lakhmida recibió, mientras se estaba en las conversaciones con los embajadores bizantinos, en presencia de los representantes del Gran Rey y del *catholicos* nestoriano de Persia, una embajada del rey himyarita —es decir de los árabes homeritas— del Yemen, Dhu-Nowas, quien en los últimos años se había apoderado del poder, expulsando a los etíopes, que habían extendido su poder hasta esas regiones, en los primeros años del s. VI.

Los etíopes habían favorecido las misiones cristianas enviadas a esas regiones desde el Imperio en tiempos del Emperador Anastasio,

<sup>106</sup>La investigación fundamental sobre la embajada a Moundhir es SHAHID, I., *Byzantino-Arabica: the Conference of Ramla, A. D. 524* (Journal of Near Eastern Studies, Chicago, 1964), pp. 115-131. NONNOSI, *Fragmenta* (F.H.G., IV, p. 179). Ver también SOLARI, *art. cit.*, pp. 352-353; DEVREESE, *art. cit.*, pp. 277-280; STEIN, *op. cit.*, pp. 265-266; VASILIEV, *op. cit.*, pp. 278-283; RUBIN, B., *op. cit.*, 1, pp. 272-273.

y el cristianismo se había visto también acrecentado con la llegada de monofisitas refugiados, a partir del gobierno de Justino; ahora bien, Dhu-Nowas, que practicaba el judaísmo, inició una persecución contra los cristianos, que aparecían como los aliados de los conquistadores etíopes y al parecer también como represalia por las persecuciones que sufrían los judíos en el Imperio, ya que en la persecución fueron igualmente incluidos los comerciantes bizantinos que frecuentaban la región; esta extralimitación repercutió gravemente en el comercio con Oriente y, por lo tanto, hubo una razón más para provocar la ira del rey de Etiopía y evidentemente de Bizancio.

La persecución emprendida por Dhu-Nowas culminó con la masacre de los cristianos de la ciudad de Nedjran (24 de octubre de 523). La embajada himyarita que llega a Ramla es portadora justamente de una carta en que se narra esta persecución y se invita a Moundhir a tomar las mismas medidas; al mismo tiempo enviaba otra carta del mismo tenor al Gran Rey Kawadh<sup>107</sup>. Indudablemente no se trataba sólo de celo religioso; Dhu-Nowas comprendía que para poder afirmar su reino tenía que contar con un apoyo capaz de equilibrar la fuerza de Etiopía y tras ella del Imperio Bizantino, y esa fuerza únicamente la podía proporcionar Persia y el reino de los Lakhmidas; la existencia del reino himyarita del Yemen y de su rey judío dependía, en último término, de la alianza que consiguiese en Persia. De esta manera, un problema surgido en el extremo sur de la península de Arabia iba a poner en movimiento todas las relaciones que por una u otra razón conectaban al reino de Axum con Bizancio, a través de la Alejandría monofisita, para constituir un frente común contra Dhu-Nowas e impedir que se consolidase el otro bloque: Persia-Hirayemen, lo que habría significado que todo el comercio con el Oriente habría quedado bajo el control de Persia y sus aliados.

Se comprende pues que el conocimiento de lo ocurrido en el Yemen haya causado consternación, por más de un motivo, entre los embajadores bizantinos y que, a su regreso, inmediatamente se haya activado por todos los medios la política internacional de Bizancio. Las circunstancias probaron ser desfavorables para la política de Dhu-Nowas; Moundhir había aceptado las proposiciones de Bizancio, tanto por conveniencia particular, como por respecto a las indicaciones del Gran Rey, puesto que Kawadh estaba empeñado en una política de paz con

<sup>107</sup>MICHEL LE SYRIEN, IX, 18; JEAN DE NIKIOU, *op. cit.*, pp. 391 s.; ZACHARIAE RHET, *op. cit.*, VIII, 3 (u, pp. 43-50); TABARI, II, pp. 175-178 (ed. NOELDEKE, pp. 177-187). Ver SHAHID, *art. cit.*, pp. 115-116 n. 1; 120-128 y *The Book of the Himyarites. Authorship and authenticity* (Le Muséon, 1963), pp. 349-362; también VASILIEV, *op. cit.*, p. 278, n. 34 y 292-293; DEVRESSE, *art. cit.*, pp. 279-280; DORESSE, J., *L'Empire du Pretre-Jean* (Paris, 1967), I, pp. 159-165.

el Imperio para asegurar sus planes de sucesión en Persia, y así el rey himyarita se encontró aislado frente a una poderosa coalición de fuerzas espirituales y materiales. Los monofisitas, al ver reducidas sus posibilidades en el sur de Arabia, hicieron campaña dentro del Imperio para que se prestase ayuda a esa cristiandad en peligro, campaña que encontró interesado eco en el gobierno. Justino decidió prestar su colaboración al Negus de Etiopía, Ella Atsbéha (Caleb), haciéndole llegar una animosa carta por intermedio del Patriarca de Alejandría, y luego enviando una flota de sesenta naves, reunidas de los distintos puertos del Mar Rojo donde había guarniciones y comerciantes bizantinos, para transportar un poderoso ejército etíope que acabó con el reino himyarita del Yemen<sup>108</sup>.

La no intervención persa en el asunto de los himyaritas correspondía a la política de Kawadh, por entonces ya en su cuadragésimo año de reinado, quien estaba decidido a poner fin a la guerra que oficialmente se arrastraba con el Imperio, puesto que se vivía en la continuación de la tregua del año 507, para lo cual había que suprimir todas las posibles causas de guerra<sup>109</sup>, que se habían presentado en los últimos años; esto explica que las reclamaciones por la anexión de Lázica al Imperio no hayan sido más enérgicas y que no se haya aprovechado la excelente oportunidad que ofrecía Dhu-Nowas para formar una coalición meridional, de indudables repercusiones en la vida económica de Bizancio.

Una embajada fue enviada al Emperador Justino, portadora de una carta, que merece transcribirse en el texto que nos ha conservado Procopio: “Bien sabes las injusticias que hemos recibido de parte de los romanos; con todo, he considerado apropiado abandonar totalmente todos los cargos porque estoy convencido que los más victoriosos de todos los hombres serán los que, teniendo el derecho de su lado, voluntariamente se dejan superar y vencer por sus amigos. Un favor en cambio te pido por esto, que, no sólo a nosotros, sino también a cada uno de nuestros súbditos, nos estrechará con los vínculos familiares y de benevolencia que de él procede, y que nos brindará en plenitud los bienes de la paz: te propongo que, a mi hijo Khusraw, que será mi sucesor en el trono, hagas tu hijo adoptivo”.

En Bizancio, se estaba al tanto de las dificultades que tenía Kawadh en Persia, se sabía de su inclinación a la paz, más aún se apreciaba sus muestras de amistad, pero no se esperaba una proposición de esta na-

<sup>108</sup>PROCOPIUS, I, 20, 1; DEVRESSE, *art. cit.*, p. 280; SHAHID, *Byzantino-Árabica*, p. 129.

<sup>109</sup>PROCOPIUS, I, 11, 6; Cf. JOH. MALALAE, *op. cit.*, p. 478.

<sup>110</sup>PROCOPIUS, I, 11, 7.9; Cf. THEOPHANES, col. 391; VASILIEV, *op. cit.*, p. 266; SOLARI, *art. cit.*, pp. 354-355.

turalaleza; y así, mientras unos, con el Emperador a la cabeza, se regocijaban con la imagen del prestigio que esta petición significaba y se preparaban para pasar rápidamente a la adopción de Khusraw, viviendo ya los días de festejo, a que daría oportunidad la visita del príncipe a Constantinopla; otros, los menos, meditaban acerca de lo que pudiese encerrar tan extraordinario ofrecimiento. Mientras, para los primeros, parecía que otra época de tiempos promisoros se anunciaba a la humanidad, que gozosa vería como se instauraba la paz para felicidad de los dos Imperios, sostenes del universo; para los segundos, se trataba de un peligroso paso que podía tener desastrosas consecuencias.

Cuando ya se estaba dispuesto a responder al Gran Rey que se procedería gustoso a la adopción de Khusraw, de acuerdo a las normas del derecho romano, un miembro del Consistorio, el cuestor Proclus, hombre justo e incorruptible, avanzó sus temores acerca de las consecuencias de esta decisión. Khusraw, de acuerdo al derecho romano y al derecho de los bárbaros, pasaría a ser el heredero legítimo de Justino y, a la larga, podría reclamar como herencia el Imperio, puesto que Justino no tenía descendencia directa y su sobrino Justiniano era todavía sólo su presunto heredero.

Nuevas cartas de Kawadh, urgiendo que se despacharan embajadores principales para confirmar la paz y precisar los términos de la adopción de su hijo, dieron más fundamentos al argumento de Proclus de que los persas tramaban apoderarse del Imperio Romano. Mientras se preparaba la embajada, se respondió a Kawadh que se elegiría a los más nobles romanos para llevar las condiciones de la paz y de la adopción. Los embajadores designados fueron un sobrino del difunto emperador Anastasio, Hypatius, patricio y *magister militum per Orkntem*, y Rufino, distinguido patricio, ya conocido de Kawadh; respecto a la adopción de Khusraw, las instrucciones eran que sería adoptado de acuerdo a las costumbres de los bárbaros, es decir por las armas y no por escritura<sup>111</sup>. Como se ve había primado el parecer de Proclus, quien representa la más pura posición legalista y tradicionalista de Roma, reacia a novedades y soberbia frente a los bárbaros. En verdad, el argumento que dio Proclus tenía sólo un valor relati-

<sup>111</sup>PROCOPIUS, I, 11, 10-24; THEOPHANES, col. 391; ver GUTERBOCK, *op. cit.*, pp. 30-31; CHRISTENSEN, *op. cit.*, p. 350; STEIN, *op. cit.*, n, p. 268; SOLARI, *art. cit.*, pp. 355-356, quien duda de la aceptación por parte del Emperador de la adopción de Khusraw, independientemente del argumento de Proclo. Acerca del significado de la *adopción por las armas*, ver TAMASSIA, G., *L'Affratellamento. Studio storico-giuridico* (Torino, 1886), p. 33, n. 1; GAUDENZI, A., *Sui rapporti tra l'Italia e l'Impero d'Oriente fragli anni 476 e 554 d. C.* (Bologna, 1886), p. 14-17; GASQUET, A., *L'Empire Byzantin et la Monarchie Franque* (Paris, 1888), pp. 156-158; VASILIEV, *op. cit.*, pp. 267-268.

vo, ya que si bien contaba el factor dinástico en la sucesión imperial, no menos cierto era que en cada caso se procedía a una elección, que, según las circunstancias, podía primar sobre los derechos de herencia; además si se corría el riesgo de ofender gravemente al Gran Rey y a su heredero hasta el punto de llegar a una guerra, igualmente podría defenderse con las armas la pretensión de un rey extranjero de llegar a ser emperador romano; por lo tanto, nos parece que más que estar en juego una problemática sucesión imperial, lo que, en este caso, se impuso fue la actitud hostil frente al extranjero, que es una de las características de la mentalidad romana imperialista, y más fuerte sin duda que las elaboradas tendencias hacia una comprensión internacional. El triunfo de este pensamiento, según el cual los persas eran asimilados sin más a cualquier otro pueblo bárbaro, prelude el triunfo de la ideología imperialista de Justiniano.

La reunión se efectuó en la frontera, en un punto próximo a Nisibis y que parece haber sido el sitio habitual de las conferencias de diplomáticos; los embajadores persas eran igualmente de las más altas categoría, y se tenía tal confianza en el feliz curso de las negociaciones en el príncipe avanzó hasta el Tigris, esperando seguir a Constantinopla en cuanto se llegase al acuerdo previsto. Pero eran muchos los problemas que había que solucionar; muchos de ellos tenían viejas raíces y habían perturbado profundamente las relaciones entre ambos Imperios como para que, aun contando con la mejor buena voluntad, se pudiese llegar rápidamente a un acuerdo. Plantear un problema acarreaba otro; y cuando el jefe de la delegación persa, Seoses, dijo que Lázica, que desde antiguo era un reino vasallo de Persia, había sido arrebatada por los romanos y mantenida injustamente, los embajadores bizantinos no pudieron ocultar su indignación, ya que se entendía que Lázica había sido recuperada por el Imperio, después de unos años que había estado bajo dominio persa, y se creía que este asunto no se plantearía.

De este modo, cuando vino el momento de tratar la adopción había ya un ambiente de mordacidad, discordia y antagonismo y, por eso, al indicar los embajadores bizantinos que Khusraw sería adoptado, según corresponde a un bárbaro, por las armas, los persas no pudieron soportar este tratamiento que los colocaba al mismo nivel que el de los pueblos bárbaros, recién incorporado a la historia; resultaba imposible aceptar que Khusraw fuese tratado igual que un jefe ostrogodo, un tal Teodorico que había sido adoptado por las armas por el Emperador Zenón, o más recientemente el godo Eutharic adoptado de igual manera por Justino. La entrevista terminó en un clima de enconada hostilidad y podemos suponer cuán ofendido tiene que haberse sentido Kawadh y más aún Khusraw, que quedaba con su viaje preparado a

Constantinopla; es muy posible que este desagradable incidente se haya grabado orpfundamente en el espíritu del príncipe y que su posterior política como Gran Rey de Persia frente a Bizancio tenga que ver con este desaire<sup>112</sup>.

A partir de este momento, el estado de guerra en que oficialmente se encontraron los Imperios volvió a hacerse realidad; en tanto, pasar tan rápidamente de los sueños de una paz promisoría a la triste realidad de la guerra causó cierta consternación en ambos Imperios; los sendos procesos seguidos a los respectivos jefes de la embajadas son una prueba indudable que, por ambas partes, se confiaba en asegurar, a su manera, la paz. En el caso de Seoses es más comprensible su desgracia: su misión había fracasado; el plan de Kawadh de asegurar el trono a su hijo Khusraw se veía debilitado; el príncipe se había puesto en ridículo... Pero la desgracia de Hypatius es bastante incomprensible; únicamente el repudio a la guerra que se anunciaba parece explicar esta medida como una excusa del gobierno imperial, que hace recaer en su embajador la responsabilidad de las hostilidades. Hypatius fue agraciado poco después y repuesto en su cargo de *magister militum per Orientem*, lo que da más peso a la idea de que su acusación y pena fue meramente política; por entonces ya se estaba de lleno en guerra; las operaciones militares se habían abierto en el curso del año 526, y formarán parte de la herencia que recibirá Justiniano al hacerse cargo, al año siguiente, del Imperio<sup>113</sup>.

Los inicios del gobierno del nuevo Emperador (a partir de agosto del 527), a pesar de la guerra con Persia, van a recoger los frutos de una extensa acción diplomática ejercida sobre los pueblos bárbaros, a los que se destaca las ventajas de la amistad imperial y se gana para formar filas bajo la dirección de la política imperial. Es indudable que, pese a su rudeza y cortedad de miras, estos pueblos bárbaros tenían que darse cuenta que, con su incorporación al Imperio, su acción adquiriría un respaldo y una efectividad que no sólo les aseguraba su existencia sino también acrecentaba sus posibilidades: aislados no pasaban de ser más que uno de los tantos bárbaros que pululaban en las fronteras imperiales, llevando una vida primitiva, acosados por sus congéneres, condenados al anonimato y tal vez a la extinción. Por supuesto que, junto a los sentimientos de adhesión al Imperio, a la Iglesia y a la cultura antigua, se dan violentos rechazos, marcados de crímenes y traiciones.

Entre los hunos del Cáucaso, dividido entre sí y trabajados continuamente por la diplomacia persa y bizantina, se conquistó la alianza

<sup>112</sup>PROCOPIUS, I, 11, 25-30; STEIN, *op. cit.*, n, p. 269; SOLARI, *art. cit.*, p. 357.

<sup>113</sup>PROCOPIUS, I, 11, 31-39,

de un importante grupo, por entonces gobernado por una reina viuda, Boa, a quien el Emperador envía ricos presentes —vasos finamente labrados en plata— y buena cantidad de dinero. En una sangrienta batalla, ganada por las tropas de la reina contra los hunos, fue hecho prisionero un reyezuelo bárbaro, que fue enviado a Constantinopla, donde fue condenado a muerte para escarmiento de otros bárbaros que no acatasen al Imperio<sup>114</sup>.

La vigilancia de las fronteras septentrionales aconsejaba cuidar Crimea; el control de los movimientos de los pueblos de las estepas encontraba en Crimea su mejor atalaya, además de ser un emporio renombrado desde siglos atrás. El Imperio tenía, pues, que estar muy interesado en reforzar sus conexiones con Crimea y seguramente sus agentes no habían dejado de activarse en esa región; testimonio de su éxito es la visita a Constantinopla de uno de los reyes hunos de Crimea, Grod, quien fue bautizado, teniendo al mismo Justiniano por padrino, colmado de regalos y enviado de nuevo a su tierra para que allí custodiase los intereses imperiales, y en particular la ciudad de Bosporus (Kertsch). El proselitismo del recién convertido Grod provocó malestar entre sus hombres y hubo una violenta sublevación contra el rey y el Imperio. Justiniano tuvo que organizar una gran expedición para asegurar el prestigio del Imperio y decidió fortificar la península con una cadena de fuertes desde Quersoneso hasta Bosporus<sup>115</sup>.

En el sur, se vio la conveniencia de intensificar las relaciones con los árabes para equilibrar las fuerzas del rey lakhmida, que había entrado en la guerra con un gran entusiasmo y fortuna. Se escogió a uno de los *phylarcas* dependientes: Arethas, hijo de Jabalah, y, el año 529, se le instauró como rey del mayor número de tribus que pudo coordinarse, para que constituyesen un cuerpo con comando único y así pudiesen servir mejor a los intereses del Imperio. A otro árabe, Abu-Karib, posiblemente un hermano de Arethas, que era jefe de tribus al sur de Palestina, se le elevó a la dignidad de *phylarca*; Abu-Karib va a ser un efectivo aliado en la represión de la devastadora sublevación de samaritanos que causó conmoción en el Imperio el año 529, y que tuvo repercusiones en el campo internacional, ya que

<sup>114</sup>JOH. MALALAE, *op. cit.*, pp. 430-431; JEAN DE NIKIOU, *op. cit.*, p. 390; ANASTASIUS BIBL., col. 1254.

<sup>115</sup>Fuentes de la nota anterior. También MICHEL LE SYRIEN, IX, 21; NAU, *art. cit.*, p. 475; ZEILLER, J., *Origines chrétiennes dans les provinces danubiennes de l'Empire Romain* (Paris, 1918), pp. 564-565 y 576 s.; BURY, *op. cit.* (1923), II, p. 311-313; VASILIEV, A. A., *The Goths in the Crimea* (Cambridge, Mass., 1936), pp. 72-73. Otro ejemplo de un huno cuyo padrino fue Justiniano, y que más tarde fue *magister militum per Illyricum* ver en JOH. MALALAE, *op. cit.*, p. 437.

Kawadh consideró esta revuelta como un signo de debilidad del Imperio y contaba con el apoyo de esta resentida minoría para reforzar las operaciones militares, dejando para otra oportunidad los propósitos de paz con el Imperio<sup>116</sup>. Pero estas alianzas no bastaban; Justiniano tenía interés en establecer una gran coalición de pueblos, que yendo desde el Cáucaso al Océano Indico, presentase un inmenso frente a Persia para agotarla militarmente; por otra parte, las necesidades comerciales del Imperio exigían el control de la rota del sur sea para un uso directo, sea para contar con el servicio de intermediarios bien dispuestos. Se entiende que la diplomacia imperial haya tenido que penetrar en la Península, llegar al Yemen, alcanzar Etiopía. Alrededor del año 530, Justiniano envió al reino de Axum, como embajador a Juliano, para que, apelando a la comunidad de religión, comprometiese al rey Ella Atsbéha en la guerra contra Persia; por de pronto era importante intensificar el tráfico de la seda para poder evitar totalmente los mercados persas; y, en segundo lugar, que influyese ante los himyaritas, que, en ese momento, dependían de Etiopía, para que solucionasen un problema que tenían con los árabes de Kindah y así pudiese tomar forma la gran coalición meridional contra Persia: Juliano pasó a continuación al Yemen para entrevistarse con el virrey etíope y precisar los términos del acuerdo<sup>117</sup>. El jefe de los árabes de Kindah, Qals, fue contemporáneamente ligado a la política imperial, a la cual debía el haber recuperado su poder, por una alianza que concertó el embajador Abraham, a quien vimos años atrás presidiendo la delegación a Hira y a Ramla. Las veleidades de estos aliados de ocasión explican que se haya puesto como condición a Qais la entrega como rehén de su hijo Mawia, quien fue llevado a Constantinopla<sup>118</sup>.

Toda esta bien montada operación no condujo a nada porque vino una sublevación en el Yemen contra la soberanía etíope y en el mer-

<sup>116</sup>PROCOPIUS, I, 17, 46-47; Cf., *Chronicon anonymum ad a. C. 1234 pertinens*, p. 152. Ver DEVRESSE, *art. cit.*, pp. 382-383; GOUBERT, P., *Le Probleme Ghassanide a la veille de l'Islam*, Actas del Vie. C.E.B., Paris, 1948, I, p. 383; SHAHID, I, *Procopius on the Ghassanids*, Journal of the American Oriental Society, 1957, pp. 79-87. Acerca de la insurrección de los Samaritanos, ver JOH. MALALAE, *op. cit.*, pp. 447-450; THEOPHANES, col. 411; MICHEL LE SYRIEN, IX, 21; JEAN DE NIKIOU, *op. cit.*, p. 398; *Histoire nestorienne*, II, 23.

<sup>117</sup>JOH. MALALAE, *op. cit.*, pp. 457-458; PROCOPIUS, I, 20, 9-13; THEOPHANES, col. 490. Ver HOLMES, W. G., *The Age of Justinian and Theodora* (London, 1912), II, pp. 410-411; VASILIEV, *Justin the First*, pp. 284-290; STEIN, *op. cit.*, II, p. 298; HAHNESTAD, K., *Les relations de Byzance avec la Transcaucasie et l'Asie Centrale aux Se et 6e siècles*, Byzantion, 1957, pp. 426-430; DORESSE, *op. cit.*, I, pp. 174-176.

<sup>118</sup>PROCOPIUS, I, 20, 9-13; NONNOSI, *Fragmenta* (F.H.G.), IV, p. 178; ver DEVRESSE, *art. cit.*, p. 285.



cado de Oriente los persas tomaron la delantera. Pero, por entonces, ya se habían producido varios contactos diplomáticos directos entre los Imperios para tratar de poner fin a la guerra; nos referiremos a ellos a continuación.

A mediados del año 529, con un retardo de dos años, bien comprensible por lo demás, es enviado el general Hermógenes a la corte de Ctésiphon para llevar los saludos y regalos del nuevo Emperador Justiniano a su *hermano Kawadh*, con el cual momentáneamente estaba en guerra... Evidentemente esta apelación a la cortesía encerraba un deseo de abrir conversaciones que condujesen a la paz. Kawadh recibió con muestras de gran amistad a Hermógenes, le ofreció regalos como era costumbre y le entregó una carta con su respuesta, la cual estaba redactada en los siguientes términos: “Kawadh, rey de reyes, sol de oriente, a Flavio Justiniano, César, luna de occidente. Investigando en los antiguos documentos de los archivos de nuestro reino, hemos comprobado que efectivamente somos hermanos y que si alguno de nosotros tuviese necesidad de hombres o de dinero, el otro se los suministrará. Por nuestra parte, hemos mantenido hasta el día de hoy inviolable este compromiso... pero hoy nuestro tesoro está agotado y nada hemos conseguido de los emperadores Anastasio y Justino; por esta razón, nos hemos visto en la necesidad de tomar las armas y entrar en vuestro territorio como enemigos. Ya que sois cristianos demostrad vuestra piedad ahorrando vuestros hombres y no vuestras riquezas. Si pensáis de otro modo preparaos para la guerra; sin embargo y para que no parezca que os robamos la victoria os concedemos una tregua de un año”<sup>119</sup>.

Como se ve, el Gran Rey seguía insistiendo en la validez de la discutida cláusula de la contribución romana a la defensa de los pasos del Cáucaso, y haciendo del presunto incumplimiento un *casus belli*; con todo, la carta apela a la tradicional *fraternidad*, que liga a ambos soberanos, como fundamento para las relaciones pacíficas que deberían primar, pero, teniendo buen cuidado de destacar en el protocolo inicial la mayor dignidad del Gran Rey —sol de oriente— respecto a su hermano —luna de occidente—; por supuesto que este protocolo no podía menos que herir el sentimiento de superioridad imperial de Bizancio.

Una nueva embajada, encargada nuevamente a Hermógenes y al patricio Rufino, llegó hasta Daras, desde donde se hizo anunciar al Gran Rey; pero Kawadh postergaba el permiso, esperando, sin duda, conseguir una mejor situación para hacer valer sus condiciones de paz; efectivamente los movimientos de tropas anunciaban que se pre-

<sup>119</sup>JOH. MALALAE, *op. cit.*, pp. 447-450; STEIN, *op. cit.*, 11, p. 287.

paraba una gran batalla, la que fue ganada por el nuevo *magister militum per Orientem*, Belisario; entonces Kawadh ordenó recibir la embajada. Rufino presentó la posición del Imperio: los persas habían invadido el Imperio sin tener causa justa, y esto cuando los posibles motivos de discordia estaban arreglados; convenía, pues, que el Gran Rey se inclinara a la paz. Muy diferentes, por cierto, era la manera de ver las cosas de Kawadh; según él, Bizancio seguía gozando de tranquilidad en su territorio oriental, gracias a la defensa que mantenían los persas en los pasos del Cáucaso, y, con todo, el Imperio se negaba a contribuir a esos gastos; en segundo lugar, estaba la ofensa que significaba la fortificación de Daras, que obligaba a Persia a tener un ejército en ese lugar de la frontera; en ninguno de estos dos asuntos había habido satisfacción hasta el momento; las causas de la guerra, por lo tanto, permanecen en pie. Es interesante, por último, señalar que en esta oportunidad Kawadh puso como condición para llegar a un acuerdo que se diera satisfacción a una de las dos quejas formuladas<sup>120</sup>. Rufino, que estaba autorizado para llegar a un acuerdo, aceptó una de estas alternativas con el compromiso que el Emperador ratificaría el tratado tal como Kawadh lo hizo. Rufino regresó con el texto del tratado y una carta de Kawadh, en la cual el Gran Rey expresaba su alegría por la paz y anunciaba la ruina de los enemigos comunes<sup>121</sup>.

La sublevación de samaritanos, a que hemos aludido anteriormente, pesó en el ánimo de Kawadh, quien estimó que la balanza se inclinaba a su favor y que, por lo tanto, sus condiciones de paz podrían ser más severas. Una nueva embajada de Hermógenes no adelantó nada y cuando regresó Rufino con el tratado ratificado por el Emperador, Kawadh presentó nuevas quejas: una mina de oro, que se encontraba en la frontera de Persamenia y que dependía del Gran Rey, ahora había pasado a manos de los romanos; una fortaleza en la misma frontera también debía ser devuelta...<sup>122</sup>. Evidentemente Kawadh quería rechazar el tratado anterior y poner a Bizancio en una situación incómoda, y, en último término reanudar la guerra, alegando la mala voluntad de los bizantinos para llegar a una cordial y aceptable solución de los problemas surgidos.

Justiniano, por entonces, tenía verdadero interés en acabar con la guerra persa. La ejecución de los planes de su política occidental requería la paz en la frontera oriental del Imperio y para conseguirlo Justiniano estaba dispuesto a una política de concesiones, siempre

<sup>120</sup>PROCOPIUS, I, 16, 1-10; 8; JOH. MALALAE, *op. cit.*, pp. 452-453; THEOPHANES, col. 415.

<sup>121</sup>JOH. MALALAE, *op. cit.*, pp. 454-455.

<sup>122</sup>THEOPHANES, col. 418; PROCOPIUS, I, 15, 18, 27-29; 21, 1; JOH. MALALAE, *op. cit.*, pp. 455-456.

se quedase a salvo el prestigio imperial; así cuando recibe, por intermedio del rey lakhmida de Hira, una embajada a cargo de un diácono llamado Sergio, que trataba de reanudar las conversaciones, puesto que el viejo Kawadh notaba que estaba llegando al fin de su existencia y que no sería fácil para su heredero afirmarse en el trono, Justiniano decidió enviar nuevamente a Rufino, al frente de una embajada; pero mientras la embajada esperaba el permiso para entrar a Persia, en septiembre del 531, murió Kawadh, después de un largo reinado de 43 años<sup>123</sup>.

Khusraw decidió llevar adelante las negociaciones y envió su autorización a los embajadores bizantinos para que se presentasen en la Corte; pero, ahora, los embajadores se sintieron impedidos para proseguir la embajada ante un nuevo rey sin antes recibir órdenes del Emperador. Justiniano encontró que ahora era la oportunidad de equilibrar su posición para llegar a la deseada paz en pie de igualdad; por de pronto, no se reconoció a Khusraw como rey de Persia y, en consecuencia se suspendió la embajada, concediendo sólo una tregua de tres meses garantizada por el intercambio de rehenes. En tanto, una incursión de sabiros en territorio romano provocó nuevas tensiones entre los Imperios y únicamente cuando Khusraw declaró formalmente que no tenía ninguna parte en la incursión, Justiniano accedió a despachar la embajada que debía concluir la paz<sup>124</sup>.

La embajada fue presidida por Rufino y formaban parte de ella Hermógenes, Alejandro y Tomás, todos los cuales jugaron un importante papel en las largas conversaciones que ocuparon los primeros meses del año 532; varios eran los puntos en debate: la fortificación de Daras, la contribución para la defensa de los pasos del Cáucaso, la suzeranía sobre los reinos vasallos, la restitución de los puntos conquistados, el tratamiento protocolar en la correspondencia entre ambos soberanos.

Se acordó que Bizancio pagaría 11.000 libras de oro por una vez. Pero quedaba un punto pendiente: las fortalezas que los persas habían conquistados en la frontera de Lázica cuando el rey de Iberia tuvo que huir a ese país, y que se negaban a devolver. Rufino no quiso correr con la responsabilidad de dejarlas en manos de los persas y se acordó suspender las conversaciones por setenta días para que Rufino alcanzase a ir a consultar a Justiniano, quien, en aras de la paz, aceptó la exigencia persa y Rufino retornó dentro del plazo indicado. En Nisibis se procedió a entregar el oro al Gran Rey; entonces llegó un co-

<sup>123</sup>JOH. MALALAE, *op. cit.*, pp. 466-467; ver DEVRESSE, *art. cit.*, p. 286; PROCOPIUS, I, 21, 19-20.

<sup>124</sup>JOH. MALALAE, *op. cit.*, pp. 471-472; ZACHARIAE RHETORIS, *op. cit.*, VIII, 5 (II, p. 56), IX, 6 (II, pp. 67-68); NAU, *art. cit.*, p. 474.

reio imperial con una carta de Justiniano en la cual, después de haberlo meditado más, comunicaba su decisión de no aceptar que las dichas fortalezas quedasen en manos persas. Khusraw desistió entonces del tratado de paz y el fiel Rufino tuvo que hacer valer todo su prestigio ante el Gran Rey para que éste devolviese el dinero y no iniciase inmediatamente la guerra<sup>125</sup>.

Pero Justiniano le había ya tomado el gusto a la paz y Khusraw al oro. En septiembre del mismo año, 532, Rufino y Hermógenes fueron a encontrar nuevamente al Gran Rey y, sobre el proyecto ya largamente estudiado, rápidamente se estableció una paz, a la cual no se le fijó plazo de vigencia<sup>126</sup>.

Los puntos acordados fueron los siguientes: 1° Daras dejaría de ser la sede del general bizantino del ejército de Mesopotamia; sólo en ese caso no se insistiría en su desmantelamiento; la residencia del *dux Mesopotamiae* sería nuevamente Constantina, a unos 140 km. de la frontera; 2° Las conquistas hechas por ambos ejércitos, desde que la guerra fue iniciada en tiempo de Justino, serían devueltas y también los prisioneros; por el lado de los bizantinos, la fortalezas de Bolus y Pharangium, esta segunda especialmente valiosa para los persas porque controlaba una mina de oro en la frontera de Persarmenia. Por el lado de los persas, Khusraw accedió a devolver las fortalezas que habían tomado en la frontera de Lázica. 3° Se restableció el equilibrio de influencias en el Cáucaso, reconociendo la suzeranía de Bizancio sobre Lázica y la de Persia sobre Iberia; en cuanto a los refugiados iberos, se les garantizaba que no se tomaría ninguna medida contra ellos y que podían regresar cuando quisieran a su patria. 4° El Imperio entregaba 11.000 libras de oro, elevada cantidad con la cual se esperaba poner punto final a las continuas demandas de los persas; esta suma oficialmente correspondía a la compensación que había exigido Kawadh por la mantención de las fortificaciones de Daras; por lo tanto, debe entenderse que el Imperio hizo primar su punto de vista respecto a la defensa de los pasos del Cáucaso: la contribución acordada en el Tratado del 363 ya no tenía vigencia alguna y cada estado debía cargar con los costos de su respectiva defensa. 5° El Emperador y el Gran Rey, de acuerdo con las antiguas costumbres, se seguirían

<sup>125</sup>PROCOPIUS, I, 22, 1-14.

<sup>126</sup>PROCOPIUS, I, 22, 16-17: οὕτω τοίνυν τὴν τε ἀπέραντον καλουμένην εἰρήνην ἐσπέισαντο; Cf., I, 22, 3; ver HIGGINS, M., *International Relations at the Close of the Sixth Century*. The Catholic Historical Review, 1941, p. 286 "(Justinian) took care, however, not to make an agreement for any fixed term of years, the ordinary practice, but *without limit*, i. e., abrogable at the will of either party". Otro ejemplo de este tipo de paz es aquella de Zenón con Genserico (a. 474), PROCOPIUS, III, 7, 26; Cf., DUICHEV, I., *Una particularidad de los primeros tratados de paz de Bizancio* (Moscú, 1959, en ruso) passim.

llamando *hermanos* y se tratarían como tales; este aspecto protocolar tenía especial importancia para Khusraw, quien con este reconocimiento tenía un argumento más para afirmar su poder frente a los intentos sediciosos que pudieran ocurrir. Ajeno a este reconocimiento fraternal, figuraba con valor meramente simbólico que ambos soberanos se prestarían ayuda en la guerra y en la paz, con hombres o con dinero, según fuese la necesidad<sup>127</sup>.

Después de una guerra con varias campañas importantes y con un gran despliegue diplomático por parte del Imperio, el presente tratado confirmaba la secular frontera con sus respectivas zonas de influencias; por supuesto, que la confianza que ambos imperios tenían en la adhesión de los pueblos de esas zonas era muy precaria, pero, como sea, servían de equilibrio y aun de desahogo para los momentos en que aumentaba peligrosamente la tensión internacional. Justamente en relación con estas zonas de influencia, un punto escapó a la atención de los diplomáticos: no se dijo una palabra sobre los árabes, y, por eso, cuando pocos años después Khusraw quiera tener un pretexto para iniciar las hostilidades, lo encontrará fácilmente en las continuas disputas por pastos y aguadas de las tribus del Desierto<sup>128</sup>. Sin embargo, con los siete años que iba a durar esta paz, Justiniano tuvo el tiempo preciso para consolidar sus ansiadas conquistas en Occidente y restaurar así, al menos temporalmente, la grandeza y unidad del Imperio.

<sup>127</sup>PROCOPIUS, I, 22, 3-6 y 16-19; JOH. MALALAE, *op. cit.*, pp. 477 s.; MARCELLINUS COMES, A.D. 533; MENANDRI PROTECTORIS, *Frag.* II (F.H.G., IV, p. 217); ZACHARIAS RHETORIS, *op. cit.*, IX, 5 y 7 (II, p. 66 y 68-69); HOLMES, *op. cit.*, 11, p. 415; STEIN, *op. cit.*, n, pp. 294-295; ROUSSEL, P., *Un monument d'Hiéropolis-Bambyke relatif à la paix "perpétuelle" de 532 ap. l. C.*, Mélanges Dussaud (Paris, 1939), I, p. 372; "En mentionnant la somme versée à Chosroés, notre inscription souligne sans doute le sacrifice consenti par Justinien pour assurer la paix et la sécurité aux cités. C'est une libéralité faite aux Perses dans l'intérêt des population soumises à Byzance; ce n'est pas la reconnaissance humiliée d'un tribut dû à un vainqueur"; TOUMANOFF, *Studies in Christian Caucasian History*, p. 371, n. 57; ver también JANIN, *art. cit.*, p. 298. Finalmente, no creemos que la paz de 532, que renueva la *amicitia* con Persia, fuese a la vez una alianza, porque —como se ha dicho en el texto— atribuimos a las indicaciones de Malalas sólo un valor protocolar.

<sup>128</sup>PROCOPIUS, II, 1, 1-15; Cf. *Vie de Saint Euthyme*, p. 131; DEVREESE, *art. cit.*, pp. 286-287; STEIN, *op. cit.*, u, p. 363; PARADISI, B., *Storia del Diritto internazionale nel Medio Evo* (Milano, 1940), I, p. 204, n. 240.



Tercera Parte

**La frontera “occidental”.**

**Relaciones con los visigodos, hunos,  
vándalos y ostrogodos**





Más de una vez hemos señalado que la política imperial frente a Persia estuvo condicionada, entre otras cosas, por la situación que se presentaba en las fronteras septentrionales y occidentales, europeas y africanas del Imperio. Pues bien, la historia de las relaciones con los pueblos bárbaros en el extenso y variado frente occidental, posee rasgos muy distintos a los que caracterizan las relaciones con Persia.

El Imperio de los Sasánidas es una poderosa realidad permanentemente presente; desde comienzos del s. m hasta comienzos del s. VII, será el gran adversario de Roma, primero, y de Bizancio, después, en el control e influencia de los territorios y pueblos del Cercano Oriente, desde las nevadas cumbres del Cáucaso hasta los tórridos desiertos de Arabia. Este enfrentamiento secular produjo por lo menos, el mutuo reconocimiento del poder de cada una de ambas potencias; poder que se mantenía a pesar de las derrotas que pudieran experimentar en el curso de los ocasionales conflictos; poder al que no afectaban las incursiones de los bárbaros en las fronteras ni las revoluciones internas; pues todo, a la larga, era superado y ambos Imperios parecía que podían sortear todos los obstáculos y continuar cumpliendo su papel de ser *las dos grandes luminarias del mundo*. El reconocimiento de rasgos similares en el antagonista afirmó la idea de una *fraternidad* que estaba por sobre las contingencia históricas y que debería unir a ambos Imperios en una común tarea de defensa frente a la barbarie. En una palabra, las relaciones con Persia corresponden a las de dos grandes potencias que se han acostumbrado a una convivencia más o menos amistosa, según sea el temperamento de sus monarcas, el juego de las circunstancias y el mayor o menor predominio de los factores perturbadores.

Si, en cambio, nos volvemos hacia Occidente, veremos que la política que el Imperio tuvo que asumir frente a los pueblos bárbaros obedece a principios muy distintos y trata de conseguir resultados también diferentes. En primer lugar, hay una realidad igualmente poderosa: los bárbaros con los cuales se entra en relaciones han invadido el Imperio; no se trata de una potencia que se encuentre fuera del Imperio y con la cual pueda establecerse un equilibrio; los bárbaros están dentro del Imperio y se trata de establecer con ellos algún arreglo. Pero la instalación de pueblos bárbaros ha venido a acentuar las tendencias particularistas de muchos sectores del Imperio y sobre todo a apresurar el proceso de distanciamiento entre la *pars*

*orientalis* y la *pars occidentalis* del Imperio<sup>1</sup>. Toda la política bizantina de esta época trabajará enfrentada no sólo a la fuerza desintegradora de los bárbaros sino al gran contratiempo histórico de un mundo que retorna a sus orígenes, y de unitario deviene parcelado.

En segundo lugar, la política que se planea frente a estos pueblos bárbaros tiende a ser generalmente de corta vigencia; la movilidad de los bárbaros, la sucesión de unos pueblos por otros, hace difícil la continuidad de una línea política, y, con todo, la hubo: El Imperio no renunciaba a su autoridad en las distintas provincias ocupadas, tan sólo y temporariamente delegada su administración en manos de los respectivos reyes bárbaros, generalmente asimilados a los altos funcionarios imperiales; pero, antes de llegar a tal relación más o menos estable, la diplomacia bizantina tuvo oportunidad para desplegar toda su capacidad y arte en múltiples situaciones que poco tenían que ver una con otra.

Pero si frente a Persia se trataba de defender una frontera histórica y de mantener vivos los contactos espirituales y materiales con pueblos de más allá de la frontera, en el caso de los bárbaros se trataba de defender territorios vitales para la existencia del Imperio, amenazado en sus mismos centros. Se comprende entonces que el juego diplomático haya tenido notables oscilaciones según sea la presión a que se encontraba sometido el Imperio o más particularmente la capital, Constantinopla.

Las relaciones que se tienen con los visigodos en los últimos años del s. IV ilustran estas reflexiones y son una adecuada introducción para comprender la política de Bizancio frente a los bárbaros y respecto a la *pars occidentalis* del Imperio durante el tiempo que corre hasta la inauguración de la política imperialista de Justiniano. Antes del tal momento, el Imperio se conservará, en gran parte, gracias a la diplomacia y con la diplomacia se preparará la reconquista de los reinos bárbaros de Occidente, a favor de un Imperio centrado en la ciudad de Constantino.

La misteriosa muerte del joven Emperador Valentino II (mayo del 392), dejó a su colega de Oriente, Teodosio, como único emperador; Teodosio dispuso la repartición del Imperio entre sus dos hijos, la que se hizo efectiva a su muerte, en los primeros días del año 395. El Emperador también dispuso que el general Estilicón, a quién hemos

<sup>1</sup>MAZZARINO, S., *Stilicone. La Crisi imperiale dopo Teodosio* (Roma, 1942), p. 78: "In questa alternativa diplomatica varia, ma sempre conseguente e determinata dalle circostanze, un motivo apparentemente nuovo, ma in realtà già implicito nella storia culturale e politica dello imperio era apparso dominante: il distacco netto fra Oriente e Occidente, distacco di fatto e non di diritto, ma appunto per questo piú notevole e grave di conseguenze".

visto participar en una embajada ante el Gran Rey, y que estaba casado con una sobrina de Teodosio, pasase a ser el encargado de la defensa de la totalidad del Imperio que, en esos momentos, se pensaba *divisis tantum sedibus*: para hacer más efectiva tal misión Estilicón mantendrá la totalidad del ejército bajo sus órdenes y estará presto a concurrir al punto del Imperio donde su presencia sea necesaria para acabar con una sublevación o para reprimir a los bárbaros<sup>2</sup>.

Pero la posibilidad de la *concordia fratrum* pronto se vio debilitada: a las fuerzas profundas que están minando la unidad del Imperio y que harán de la *unanimitas* una mera fórmula protocolar desprovista de contenido real, se añade en estos momentos la política encontrada de los sucesivos ministros del Emperador Arcadio con la política de Estilicón, quien ha tomado bajo su tuición a Honorio y aspiraba a hacer sentir su dirección también en la parte oriental del Imperio. Evidentemente el prefecto del pretorio de Oriente, Rufino, con gran influencia sobre Arcadio, tenía que ver con malos ojos la posición predominante en que se encontraba Estilicón; una violenta incursión de visigodos, al parecer irritados por la suspensión o demora en la entrega de la *annona foederatica*, los llevó hasta las afueras de Constantinopla, conducidos por Alarico. Posiblemente en este asunto no era ajeno Rufino, quien quería disponer de una fuerza poderosa y, a su entender, más fácil de manejar para enfrentar a Estilicón<sup>3</sup>. A partir de este momento y por varios años, los visigodos mezclarán su historia a la historia del conflicto entre ambas *partes imperii*, agravando con correrías y depredaciones la oposición que se incubaba en ambas Cortes.

<sup>2</sup>OLYMPIODORI, *Excerpta*, en C.S.H.B., t. II, p. 448; CLAUDIANUS, *Laud. Stiliconis*, I, 51-53; *De tertio Consulatu Honorii*, 155-158 y *Laus Serenae*, 104-107; ZOSIMI, *Historia Nova*, v, 4; OROSIIUS, VII, 7, 36-38; Ver BAYNES, *Stilicho and the barbarian invasions*, en BAYNES, *Byzantine Studies*, pp. 330-333; GRUMEL, V., *L'Illyricum de la mort de Valentinien Ier. (375) à la mort de Stilicon (408)*, Revue des Etudes Byzantines, 1952, pp. 21-27; STRAUB, J., *Parvens Principum. Stilichos Reichspolitik und das Testament des Kaisers Theodosius*, La Nouvelle Clio, 1952, pp. 94-115.

<sup>3</sup>Acerca de la "concordia fratrum", ver DEMOUGEOT, E., *Note sur la politique orientale de Stilicon, de 405 à 407*, Byzantion, 1950, pp. 28-29. Acerca de la enemistad entre Estilicón y Rufino, ver EUNAPII SARD., *Frag.* 62 (F.H.G., IV, p. 42; ZOSIMI, *op. cit.*, v, 5; HODGKIN, Th., *Italy and her Invaders* (Oxford, 1892-1896), I, p. 648; SEECK, O., *Geschichte des Untergangs der antiken Welt* (Stuttgart, 1920-1921), v, pp. 267 s.; PIGANIOL, A., *L'Empire Chrétien (235-395)* (Paris, 1947), pp. 260-261. Acerca de la política de Rufino con los visigodos: CLAUDIANUS, *In Ruffinum*, I, 305-315; II, 22-53; *ibid.* 7; SÓCRATES, VI, 1; MARCELLINUS COMES, A.D. 39; JORDANIS, *Romana*, 319, *Getica* X X IX; Cf. BURY, J. B. (1889), I, p. 64; (1923), I, pp. 109-110; Lot, F., *La fin du Monde Antique et le début du Moyen Age* (Paris, 1951), p. 67.

Rufino consiguió orientar hacia el noroeste a los bárbaros, al mismo tiempo que Estilicón con el ejército imperial acudía en defensa de Arcadio. Estilicón estuvo a punto de infligir una definitiva derrota a Alarico y rubricar así su papel de efectivo defensor del Imperio; fue entonces cuando Rufino decidió robarle la victoria de entre las manos, convencido de que Estilicón pretendía extender su poder sobre todo el Imperio; consiguió, pues, que el Emperador Arcadio le enviase una inmediata orden para que pusiese bajo su disposición el ejército de Oriente y para que abandone el territorio de la *pars orientalis* donde había entrado sin su permiso. Estilicón, que no quiso incurrir en la guerra civil, obedeció y Alarico vio que inesperadamente se levantaba el cerco<sup>4</sup>.

La atrevida maniobra le costó la vida a Rufino, quien fue asesinado al momento de revistar las tropas devueltas por Estilicón en las afueras de Constantinopla. Su sucesor, Eutropio, *prae positus sacri cubiculi* continuó con la misma política de oposición a las posibilidades de engrandecimiento de Estilicón, para lo cual no dudó tampoco en favorecer a los Godos. A comienzo del año siguiente (396), en tanto que el ejército de Oriente estaba ocupado en rechazar una devastadora irrupción de hunos, que, superado los pasos del Cáucaso, había alcanzado hasta Antioquía, Alarico inició con sus hombres la invasión de Grecia; nueva oportunidad para que Estilicón ahora sólo con las tropas de Occidente, intervenga en los asuntos de Oriente. En estas circunstancias, “Eutropio tuvo un gesto de audacia: simplemente hacer la paz con este enemigo y hacer de él un amigo. Ofreció, pues, a Alarico condiciones muy ventajosas. Lo comprometió al servicio del gobierno de Constantinopla y le hizo dar el título tan ansiado por Alarico, de *magíster militum* con el Illyricum por base. Promovido de esta manera, Alarico ya no era un enemigo del Imperio, sino un general romano a las órdenes de Arcadio. Se comunicó esto a Estilicón y ya no le fue posible continuar la guerra sin hacerla al mismo tiempo contra el emperador. Estilicón no tuvo más que retirarse”<sup>5</sup>.

<sup>4</sup>CLAUDIANUS, *In Rufinum*, II, 152-160; JOHANNES ANTIOCHENUS, *Frag.*, 190 (F.H.G., IV, p. 610); ver HODGKIN, *op. cit.*, I, p. 657; BAYNES, *art. cit.*, p. 333; GRUMEL, *art. cit.*, p. 30, n. 3, p. 33: “L'ordre d'Arcadius, lancé en pleine bataille, signifiait la suppression de l'unité de commandement des forces militaires, et pis encore, la fin de la solidarité dans la défense du monde romain, chacune des deux “partes imperii” gaudant sa propre armée pour la protection de ses seules frontières. C'était là a n'en pas douter, un notable affaiblissement de la puissance de l'empire et de sa force de résistance devant la pression croissante des barbares”.

<sup>5</sup>GRUMEL, *art. cit.*, p. 36; Cf. MAZZARINO, *op. cit.*, 262; sobre Eutropio, ver

Por este tiempo, toma cuerpo en Bizancio un fuerte sentimiento tradicionalista, destinado a prestigiar la dignidad del Emperador, a recuperar las antiguas virtudes, a rechazar abiertamente la infiltración bárbara, tanto o más peligrosa que la invasión armada; su gran sostenedor será el prefecto Aureliano y su portavoz, Synésios de Cyrene; también participaba de esta posición el Patriarca, Juan Crisóstomo, quien no podía aceptar las pretensiones de libertad religiosa que pedía el general godo Gainas para sí y para sus hombres, todos arrianos.

La respuesta del Patriarca a la petición de Gainas, formulada ante el Emperador, y en la que apelaba a los servicios que él y sus hombres habían prestado al Imperio (habían combatido bajo Teodosio a los usurpadores y recientemente a los hunos) es un buen indicio del espíritu de superioridad con que se seguía mirando a los bárbaros: “Las recompensas que has recibido exceden con mucho a los servicios que has prestado; has sido hecho general de los ejércitos y revestido con ornamentos consulares. Conviene que consideres lo que eras antes y lo que eres ahora... Compara el ropaje que usabas antes de cruzar el Danubio con las ropas que ahora os cubren...”<sup>6</sup>.

La animadversión frente a los bárbaros culminó en una gran masacre de godos en la Capital, donde se consideraban señores después de haber depuesto a Eutropio, a mediados del 400; Gainas se vio obligado a buscar refugio al norte del Danubio, donde fue capturado por los hunos, cuyo rey lo hizo decapitar y envió la cabeza como presente al Emperador Arcadio<sup>7</sup>. Alarico, sin duda, se dio cuenta que los tiempos habían cambiado y posiblemente con la sugereencia del gobierno imperial avanzó hacia Italia; Bizancio confiaba en que tanto él como Estilicón se desgastarían en mutuos choques y

---

CLAUDIANUS, *In Eutropium*, passim; acerca de las negociaciones con Alarico, n. 214-220 y *De bello Getico*, 536-542; HODGKIN, *op. cit.*, I, p. 661; Cf. Lot, *Les invasions germaniques* (Paris, 1935), p. 66; contra, TORRES M., *El estado visigótico*, Anuario de Historia del Derecho Español, 1926, pp. 383-384.

<sup>6</sup>THEODORETI CYRENSIS, *Historia ecclesiastica*, v, 32; Cf. ZEILLER, *Les origines chrétiennes dans les provinces danubiennes de l'Empire Romain* (Paris, 1918), p.525. SYNESIOS DE CYRENE, *Discours sur la Royauté à l'empereur Arcadius* (trad. LACOMBRAGE, Paris, 1951), passim.

<sup>7</sup>EUNAPII SARD., *Frag.* 75 (F.H.G., IV, p. 47); Cf., HODGKIN, *op. cit.*, I, pp. 694-696; S., *Historia Nova*, v, 22.; SÓCRATES, VI, 6; VILLARI, *Le invasioni barbariche in Italia* (Milano, 1928), p. 65: “questo fu il più notevole avvenimento nella vita di Arcadio, giacchè Constantinopoli fu così libera dai harhari”. ALTHEIM, F., *Attila et les Huns* (Paris, 1952), p. 109; GRUMEL, *art. cit.*, p. 38.

que así los godos ya no constituirían mayor peligro para las provincias de los Balkanes y Estilicón vería reducida sus posibilidades de interferir en Oriente. Aunque todo no resultó como se había previsto, ya que, a la vuelta de un tiempo, Estilicón dispondrá de los visigodos para enviarlos de nuevo a los Balkanes, con Alarico ahora como *magister militum per Illyricum* a cargo de Occidente, de hecho se había conseguido deshacerse del grave problema que presentaban los godos. Sin embargo, los visigodos en cuanto pudieran volverían a caer sobre Italia, cuyas ventajas no podían compararse con la triste situación de las provincias danubianas, por tanto tiempo agotadas por la guerra<sup>3</sup>.

Los inicios mismos del s. v ven acentuarse los rasgos característicos de la historia de las décadas siguientes: la *pars Orientis*, libre del peligro gótico gracias a un visigodo rebrote tradicionalista, en paz casi permanente con Persia, podrá enfrentar a los hunos y afianzar su existencia dentro de los marcos que serán los propios de su milenaria historia. La *pars Occidentis*, en cambio, verá la instalación masiva de los bárbaros en sus provincias y la constitución de los varios reinos, que reemplazarán la unidad imperial. El oriente grecorromano se aleja cada vez más de un occidente cada vez más bárbaro, que sólo podrá ser, como siglos antes, campo para las conquistas de un emperador, que decida ser otra vez *semper invictus*.

Los capítulos que siguen muestran la participación que cupo a la diplomacia bizantina en asegurar su historia frente al peligro que siguieron presentando los bárbaros a lo largo de todo el siglo y las medidas que tomó cuando, de diplomacia defensiva, pudo pasar a ofensiva para tratar de dar nuevo lustre al nombre del Imperio entre los reinos bárbaros de Occidente, preparando así el ambiente para la subsiguiente reconquista militar que emprenderá Justiniano, dentro del más puro espíritu imperial romano, pero bastante al margen de las líneas históricas de Bizancio, que estaba llamado a ser el Imperio Romano de Oriente, como ya se vio al alborear este s. v.

<sup>3</sup>OLYMPIODORI, *Frag.* 3 (F.H.G., Iv, p. 58); ZOSIMI, *op. cit.*, I, 26; CLAUDIANUS, *De Bello Getico*, 90-98, 278-280; OROSIUS, VII, 37: "Taceo de Alarico rege cum Gothis suis saepe victo saepe concluso semperque dimisso". SOZOMENI, *Historia ecclesiastica*, IX, 4; HODGKIN, *op. cit.*, I, caps. XV-XVII; VILLARI, *op. cit.*, pp. 66-79; GRUMEL, *art. cit.*, pp. 39 s.; BERTOLINI, O., "Gothia" e "Romania", *Ati delle Settimane di Studio sull'Alto Medioevo* (Spoleto, 1956), p. 16: "Alarico... mirava non a distruggere l'Impero, ma ad inserirsi nella lotta combattuta tra la corte di Bisanzio e quella occidentale dominata da Stilicone, schierandosi ora dall'una ora dall'altra parte, per ottonere in compenso una sistemazione propria e del proprio popolo, sempre sulla base di un *foedus* con l'Impero, nell'ambito della *Romania*".

Durante los últimos años del s. IV, los hunos consiguieron imponerse en las estepas del sur de Rusia como únicos señores, ya sea expulsando a algunos de los pueblos anteriores, ya sometiénolos a su poder; de esta manera, el Imperio de Oriente, desde los comienzos mismos del s. V, tuvo en su frontera del Danubio, por vecinos a los hunos. Por supuesto que, para esta fecha, ya han cruzado en más de una oportunidad el río, algunas veces por propia iniciativa, en ánimo de invasores y aumentando así la confusión y penurias que afligen a los Balkanes por estos años; otras veces, para formar parte de los ejércitos imperiales siempre necesitados de hombres<sup>9</sup>.

Recién hemos visto cuál fue el fin del general godo, Gainas, a manos de los hunos del norte del Danubio; el rey Uldis quiso con toda seguridad congraciarse con el Emperador de Bizancio al enviarle la cabeza del sedicioso Gainas; de hecho, Uldis y sus hombres pasaron a ser *foederati* del Imperio y prestaron valiosa ayuda sobre todo a la *pars occidentalis* frente a las hordas de Radagaiso (405), que ellos mismos habían obligado a emigrar, tal como sucederá a muchos otros pueblos germanos por este mismo tiempo, de los cuales los vándalos, suevos y alanos serán los más conocidos<sup>10</sup>.

Pero aunque de esta manera los hunos ya habían conquistado un extenso territorio, su espíritu bélico y su estilo depredatorio no se agotaba tan fácilmente; por otra parte, poco cuidado prestaban a los tratados, que siempre les parecían la solución a una campaña y nada más; así se explica la persistencia de las mismas dificultades a lo largo de las relaciones con los hunos, puesto que cada cierto tiempo volvían a presentarlas, a abrir campaña y a exigir una solución más ventajosa y se explica también que el Imperio haya intentado medidas que no se pensarían en otros casos, en que las relaciones parecían que estaban acomodadas a una práctica internacional más respetuosa de los tratados.

Hacia el año 408, las provincias del Bajo Danubio sufren una nueva incursión de hunos y de skiros, conducidos por Uldis. El *magíster militum per Thracias* tuvo que entrar en conversaciones con el rey bárbaro para conseguir su retirada y le ofreció una cierta suma; Uldis exigió una muchísimo mayor y justificó su demanda

<sup>9</sup>ME GOVERN, *The Early Empires of Central Asia* (Chapel Hill, 1939), p. 375; ÁLTHEIM, *Attila et les Huns* (Paris, 1952), p. 109.

<sup>10</sup>Ver las fuentes indicadas en nota 7 y también MC GOVERN, *op. cit.*, p. 376; THOMSON, *A History of Attila and the Huns* (Oxford, 1948), p. 32.

diciendo que, si quisiera podía conquistar fácilmente todas las tierras que caen hacia el oriente. El general romano, al mismo tiempo que continuaba las negociaciones con el rey, trató de ganarse a algunos de los jefes del ejército de los bárbaros, a los que sedujo prometiéndoles el dadivoso reconocimiento del Emperador; sus palabras surtieron efecto en medio de ese conglomerado sin ninguna cohesión, como no fuera el sentimiento de rapiña: muchos de los hombres de Uldis desertaron y él mismo sólo logró escapar cruzando con dificultad el Danubio<sup>11</sup>

Este relato ya nos destaca algunos rasgos característicos de las relaciones que se tendrán con los hunos; desde luego, el orgullo del bárbaro y el exceso de sus demandas, que harán prácticamente imposible la garantía de cualquier tratado; la deserción en el campo bárbaro, causa de enconadas recriminaciones, que alimentará disputas interminables con el Gobierno imperial; y tocando todos los puntos débiles del temperamento de los bárbaros, la diplomacia bizantina que irá desde las más penosas concesiones hasta los máximos atrevimientos.

Una embajada enviada el año 412 a un grupo de hunos, que dominaban en el norte del Mar Negro, embajada en la cual participó Olympiodoro, comprueba lo que acabamos de indicar: el rey a quien estaba dirigida era Donato, un bárbaro que había sido capaz de imponer su poder sobre los otros reyezuelos, realizando una de esas momentáneas agrupaciones, que, con todo, constituían un peligro para el Imperio y que, sin duda, perturbaban seriamente el comercio en esas regiones; los embajadores llevaban instrucciones de iniciar las negociaciones y comprobar cuál era el ánimo de Donato y si no encontraban buena disposición y seguridad de su parte —lo que era muy probable— intentar su muerte. Es indudable que una misión de esta naturaleza podía costar la vida a los embajadores; efectivamente, Charato, el reyezuelo que sucedió al asesinado Donato, quiso cobrar venganza del crimen cometido, pero pronto fue aplacado por los presentes, que, a nombre del Emperador Teodosio el Joven, le ofrecieron los embajadores<sup>12</sup>.

Aunque aparentemente los hunos dejarán de presentar un peligro para Bizancio en los próximos años, ya que sus correrías los orientaron en otras direcciones, el Gobierno, dirigido por el prefecto Anthemio, tuvo el tino de plantear toda una acertada obra de defensa de las ciudades de los Balkanes, de ampliación de la marina imperial encargada de la vigilancia del Danubio, y, sobre todo, de

<sup>11</sup>SOZOMENOS, *Historia ecclesiastica*, IX, 5; Cf. MC GOVERN, *op. cit.*, p. 382; THOMPSON, *op. cit.*, p. 29; ALTHEIM, *op. cit.*, p. 108.

<sup>12</sup>OLYMPIODORI, *Frag.* 18 (F.H.G., IV, p. 61); THOMPSON, *op. cit.*, p. 34.



fortificación de Constantinopla con la construcción de un nuevo muro —la muralla de Teodosio II— que amplió considerablemente el área de la Capital y le evitó un destino similar al que recientemente había sufrido Roma a manos de los visigodos<sup>13</sup>.

La tranquilidad de estas décadas, apenas turbadas por la suerte que corren los cristianos en Persia, se expresa también en la fundación, el año 425, de la Universidad de Constantinopla y donde iba a formarse la élite de los funcionarios de la administración imperial y, a no dudar, también muchos de los que posteriormente se destacarán como diplomáticos del Imperio<sup>14</sup>.

Hacia el año 430, los hunos vuelven a aparecer al sur del Danubio, dirigidos ahora por Rua, quien en los años anteriores ha impuesto su poder sobre pueblos de una extensa zona y ha obligado al Imperio Romano de Occidente a cederle las provincias de Valeria y de Panonia I, de manera que las posesiones del extremo noroccidental del Imperio de Oriente se encuentran casi cogidas por dos flancos: es el caso de Sirmium. Bizancio debe comprometerse a entregar a Rua cada año 350 libras de oro para asegurarse la tranquilidad de la frontera; muchos pensaban que se trataba ni más ni menos que de la *annona foederatica*, pero muchos sabían que, en realidad, era un verdadero tributo pagado para comprar la paz<sup>15</sup>.

Tres años después, Rua envía a uno de sus capitanes, Esla, a Constantinopla para hacer saber que rompería el pacto anterior si el Imperio no rechazaba a todos los tráfugas que huían de su poder, buscando refugio al sur del Danubio; eran tribus enteras —amilzuros, itimarus, tunsuros, boiscos— también hunos, que habían entrado a formar alianza con el Imperio, y Bizancio las acogía con mucho gusto para reforzar la defensa de la frontera danubiana, en momentos que tropas regulares habían sido retiradas para enviarlas al Africa para cletener a los vándalos<sup>16</sup>. Evidentemente Rua no podía ver con buenos ojos, tal como poco después Atila, que pueblos o individuos, a quienes consideraba naturalmente sus súbditos, pasasen a engrosar las filas del ejército imperial, debilitando

<sup>13</sup>SOCRATES, VII, I; ver VASILIEV, *History of the Byzantine Empire*, I, p. 103; TALBOT RICE, *Constantinople* (New York, 1965), p. 31; JONES, *The Later Roman Empire* (Norman, 1964), pp. 204 y 1109, nota 72.

<sup>14</sup>BREHIER, *Notes sur l'histoire de l'enseignement supérieur à Constantinople, Byzantion*, 1926, pp. 92-94; el artículo de ÁNDREADES, A., *Le recrutement des fonctionnaires et les Universités dans l'Empire Byzantin*, Oeuvres, I (Athènes, 1938), pp. 545-562, no estudia el período aquí considerado.

<sup>15</sup>PRISCUS, C.S.H.B., I, pp. 166-168; Cf. MC GOVERN, *op. cit.*, p. 383; LOT, *La fin du Monde Antique et le début du Moyen Age* (Paris, 1951), pp. 252 s.; ALTHEIM, *op. cit.*, p. 110.

<sup>16</sup>PRISCUS, *ibid.*, p. 167; ver ALTHEIM, *op. cit.*, p. 132.

sus propias fuerzas e impidiéndole realizar con éxito alguna de sus habituales correrías; el Imperio, por su parte, no podía entregar estos refuerzos sin, por lo menos, tentar convencer al rey de lo contrario; se imponía pues una embajada y formada por funcionarios que fuesen capaces de enfrentar las exigencias de Rua con dignidad y con habilidad: dos generales, que habían sido cónsules, Plintha, un bárbaro romanizado, y Dionisios, son despachados con especial acuerdo del Senado; en la embajada participaba también Epígenes, un famoso orador, en la confianza de que sería capaz de convencer a los hunos o, al menos, prolongar las conversaciones<sup>17</sup>.

Pero esta embajada no alcanzó a entrevistarse con Rua porque por ese mismo tiempo murió; Rua fue sucedido por sus sobrinos, Bleda y Atila, quienes recibieron a los legados en Margus, a orillas del Morava. La entrevista se realizó a caballo, ya que los hunos trataban todos los asuntos desde su montura y los embajadores no podían rebajarse a estar a pie frente a los bárbaros. Ante el perentorio ultimátum de los hunos, los embajadores debieron aceptar la entrega de los tráfugas, aun de los que ya hacía mucho tiempo que habían cruzado la frontera; en segundo lugar, la devolución de todos los prisioneros hechos a los hunos sin pago de rescate y también de los prisioneros hechos por los hunos y que se hubiesen escapado, a no ser que se pagase ocho *soidi* por cada uno; como además de este oro, esperaban contar con 700 libras, a título de tributo anual, se entiende que hayan insistido en obtener permiso para mantener comercio con los romanos en algunas ciudades de la frontera; recordemos que el comercio con los bárbaros se encontraba drásticamente impedido por la legislación imperial y esta prohibición había sido renovada el año 420, con el buen propósito de impedir por todos los medios la fortificación de los bárbaros y su adiestramiento en las técnicas y conocimientos romanos. Por último, el Imperio debía comprometerse a no hacer alianzas con bárbaros que estuviesen en guerra con los hunos, lo que significó una inaudita limitación a la soberanía de Bizancio. Como queda dicho el tributo fue alzado al doble, de acuerdo a la monarquía dual que se daba entre los hunos en esos momentos. Aceptadas todas estas exigencias, se acordó la paz, la que fue solemnemente jurada por los hunos de acuerdo a su *ritu patrio*<sup>18</sup>.

<sup>17</sup>PRISCUS, *ibid.*, pp. 167 y 214; Cf., THOMPSON, *op. cit.*, p. 74; ALTHEIM, *op. cit.*, 134.

<sup>18</sup>PRISCUS, *ibid.*, p. 168; ALTHEIM, *op. cit.*, pp. 135 ss y 145. Acerca del significado económico del dinero entregado a los bárbaros, ver ANDREADES, *De la monnaie et de la puissance d'achat ds métaux précieux dans l'Empire Byzantin*, Oeuvres, I, pp. 493 s. y 505 s. y THOMPSON, *op. cit.*, p. 74; Cf. VISMARA,

En los próximos años, habiendo obtenido suficientes ventajas con su amedrentamiento al Imperio, los hunos se dedican a extender y consolidar su poder en las regiones septentrionales, constituyendo así un inmenso imperio estepario; la oportunidad para aniquilarlos se había perdido, y cuando retornen más poderosos y con mayores exigencias frente a Bizancio ya será imposible aplacarlos y la coincidencia con uno de aquellos momentos en que Bizancio tuvo que hacer frente a una verdadera conflagración general de pueblos enemigos en sus distintas fronteras, explicará la política pacifista del Imperio —la única adecuada al momento— y aún más las humillaciones que tuvo que sufrir de Atila<sup>19</sup>.

Hacia el año 442, Atila depuso e hizo desaparecer a su hermano Bleda, quedando así como único rey de los hunos y ejerciendo su poder sobre pueblos que se extendían desde el Cáucaso hasta el Rhin y desde el Danubio hasta el Mar del Norte; las fronteras de este extenso imperio lo ponían en contacto con Persia, Bizancio y Roma, y sobre los tres Atila hizo caer sus amenazas y planeó sus conquistas<sup>20</sup>.

Atila inició su política de exigencias enviando una embajada al Emperador Teodosio u para pedir la entrega de nuevos trásfugas y el aumento del tributo, y lanzando una campaña en Tracia, dando como pretexto el sacrílego latrocinio del obispo de Margus en las tumbas de los reyes hunos<sup>21</sup>. Podríamos decir que éste será el estilo al que tendrá que habituarse el Gobierno bizantino en los próximos años: embajada tras embajada, todas presentando nuevas y mayores exigencias, alternadas por repentinas y devastadoras manifestaciones de violencia.

Frente a esta primera campaña, el Emperador tuvo que hacer retornar rápidamente la flota, que había sido despachada a Sicilia para defenderla de los vándalos, pero lo operación bizantina no tuvo éxito y Teodosio debió aceptar las condiciones impuestas por Atila a su legado, Anatolio. El tributo anual fue triplicado, elevándose a 2.100 libras de oro, uno de los más altos pagados por Bizancio

---

*Limitazioni al commercio internazionale nell'Impero Romano e nella comunità cristiana medioevale* (Milano, 1947), p. 449. Ver también PARADISI, *Storia del Diritto internazionale nel Medio Evo* (Milano, 1940), I, p. 209.

<sup>19</sup>PRISCUS, *ibid.*, p. 169; Cf. HODGKIN, *op. cit.*, n. 2 p. 48.

<sup>20</sup>MARCELLINUS COMES, *Chronica*, ad A. D. 445; “Bleda rex hunnorum Attilae fratris sui insidiis interimitur”; PRISCUS, *ibid.*, p. 199; ver THOMPSON, *op. cit.*, p. 75 s.; MC GOVERN, *op. cit.*, pp. 385-386; VETTERS, *Dacia Ripensis*, p. 42.

<sup>21</sup>MARCELLINUS COMES, *loc. cit.*; PRISCUS, *ibid.*, p. 140; THOMPSON, *op. cit.*, pp. 79 s.; ALTHEIM, *op. cit.*, p. 147; TROPLONG, E., *La Diplomatie d'Attila* (Revue d'Histoire Diplomatique, Paris, 1903), pp. 546 s.

en todo este período; la retirada al norte del Danubio fue comprada con 6.000 libras de oro, suma enorme sólo superada por las 11.000 libras pagadas por Justiniano al Gran Rey al concluir la paz del 532. El rescate de los prisioneros romanos también se elevaba de 8 a 12 *solidi* y se mantenía el compromiso de devolver a los prisioneros evadidos por los cuales no se hubiese pagado rescate, y, desde luego la devolución de todos los tróficos del campo huno<sup>22</sup>. Esta política de concesiones, que sólo servía para mantener una precaria paz, encontró entre muchos de los contemporáneos un franco repudio; el mismo Priscos no encubre su severa crítica al narrar estos acontecimientos: “Los romanos querían aparecer como consintiendo espontáneamente a las cláusulas de este tratado, pero, en realidad, obligados por la necesidad y el miedo que había invadido las mentes de los generales romanos, aceptaron estas duras e inicuas condiciones, pendientes de la preocupación suprema de conseguir la paz...”<sup>23</sup>. Es sobremanera interesante ver cómo se descubre la mentalidad romana en su íntimo conflicto consigo misma: el grandioso pasado aún está vivo; la crisis del presente, las circunstancias humillantes, la debilidad apenas encubierta por el despliegue fastuoso de la Corte, toda esta realidad adversa tiene mucho menos peso que el prestigio de gloriosas tradiciones ganadas en lucha contra los bárbaros. Se comprende entonces que las perentorias cláusulas de este tratado hayan sido “espontáneamente” aceptadas por el Imperio.

Los hunos, en cambio, sabiendo muy bien cuál era el estado real del Imperio, obligado a dispersar tropas por todas las fronteras y confiado sólo en su diplomacia y sus tesoros, lo seguirán acosando y enviando embajadas, que ofrecerán a los más importantes de los capitanes de Atila la oportunidad de enriquecerse con los regalos imperiales, ya que Bizancio no perdía ocasión para impresionar con su munificencia a los bárbaros, suponiendo que, a más de alguno, podría congraciarse y plegarlo a su política<sup>24</sup>. De entre estas múltiples embajadas, hay una a la cual hace especial referencia Priscus. Edecón, un distinguido guerrero, la preside; Orestes, un romano de Peonía y que sirve de secretario a Atila, viene como *asesor letrado*

<sup>22</sup>PRISCUS, *ibid.*, pp. 141-142; THEOPHANES, col. 263 y 266; ver LOT, *Les invasions germaniques* (París, 1935), pp. 101 s.; DIEHL-MARCAIS, *Le Monde Oriental de 395 à 1081*(París, 1944), pp. 15 s.; THOMPSON, *op. cit.*, pp. 217 s.; BLANCHET, A., *Les monnaies de la Guerre de Théodose II contre Atila, en 442*, *Revue historique du Sud-Est européen*, I, pp. 99 s.; ver también GIBBON, *History of the decline and fall of the Roman Empire*, IV, pp. 251-252.

<sup>23</sup>PRISCUS, *ibid.*, pp.142 s., 144 s. y 190 s.

<sup>24</sup>MARCELLINUS COMES, *Chronica ad A.C. 447*; PRISCUS, *ibid.*, p. 146; ver también p.203; Cf., THOMPSON, *op. Cit.*, pp. 87 y 90 s.; TROPLONG, *art. Cit.*, p. 542

del jefe de la misión, quien estaba encargado de presentar, además de las consabidas reclamaciones acerca de los tráfugas, una exigencia extraordinaria: los romanos deberían abandonar la zona comprendida entre Singidunum (Belgrado) y Novae (Sistowa) y retroceder la frontera imperial desde el Danubio hasta el pie de los Balkanes, aun las ferias que se celebraban a orillas del Danubio deberían concentrarse en Naissus (Nisch), ciudad que quedaba justamente en la nueva frontera. Se trataba pues de separar ambos mundos por medio de una extensa zona desierta, que dificultara los contactos de los bárbaros con el Imperio para evitar que fuesen presa de sus seducciones y se debilitara su ímpetu guerrero<sup>25</sup>.

Por este tiempo el personaje más importante de la corte imperial era el eunuco Crisaphius, *spatharius* del Emperador, quien concibió el audaz proyecto de eliminar a Atila, ganándose para ello a Edecón, bárbaro que le pareció especialmente sensible a los encantos de la Capital. El Emperador, una vez que oyó el parecer de Marcial, *magister officiorum* y, por lo tanto, encargado de todo lo que tenía que ver con las actividades diplomáticas, aprobó el plan, el que se mantuvo en el mayor secreto, hasta el punto que ni siquiera Maximiano, el embajador escogido para ir ante Atila, fue informado del proyecto<sup>26</sup>; tampoco lo fue Priscus, quien también formó parte de esta embajada por expresa petición de Maximiano, quien, sin duda, apreciaba las excepcionales cualidades de Priscus, que de modo tan acertado ha sabido captar Franz Altheim: “Se encuentra... a la cabeza de una larga serie de representantes de la política y de la historiografía bizantinas. Espíritus escépticos y penetrantes, hábiles y más que prudentes, no abandonando jamás el juego en medio de todas las dificultades, cuando las olas de la marea bárbara azotaban por todos lados, estos hombres salvaron el imperio... nunca faltos de medios, y con todo conscientes de la imposibilidad de encontrar una solución verdaderamente durable... creían firmemente en la eternidad del Imperio, de la capital, del Estado, y de la Iglesia, y, no obstante, al considerar las cosas desde el punto de vista de lo permanente, no podían engañarse y sabían que todo esfuerzo era en vano”<sup>27</sup>.

<sup>25</sup>PRISCUS, *ibid.*, pp. 146 s. y 171; ver LOT, *op. cit.*, pp. 101-102; HODGKIN, *op. cit.*, II, 2, pp. 56 s.

<sup>26</sup>PRISCUS, *ibid.*, pp. 147-148; acerca del *magister officiorum*, ver BOAK, A., *The Master of the Offices in the later Roman and Byzantine Empires* (New York, 1924), *passim*; BREHIER, L., *Le Monde Byzantin*, II, *Les institutions de l'Empire byzantin* (Paris, 1948), pp. 94, 107 y 120.

<sup>27</sup>ALTHEIM, *op. cit.*, pp. 143-144; PRISCUS, *ibid.*, p. 170; Cf. NIEBUHR, C.S.H.B., t. 11, p. XXVIII.

En las conversaciones con Edecón había participado, como intérprete, Bigilas, quien ya había estado entre los hunos acompañando al embajador Anatolio, y que ahora fue incorporado a esta embajada, que tuvo lugar en los años 448-449, con el mismo rango; Bigilas va a ser el agente encargado de tomar todos los contactos necesarios para llevar a cabo el asesinato de Atila<sup>28</sup>.

Atila había pedido anteriormente que los embajadores que se le enviasen fuesen de rango consular; en esta oportunidad, Maximiano debía indicar que no pidiese legados de mayor rango, puesto que era costumbre de los Emperadores despachar a los reyes “escitas” un simple soldado u otro mensajero cualquiera; y, a esta precisión, destinada a restablecer las relaciones de Bizancio con los hunos en el nivel del cual nunca deberían haber salido, Maximiano debía insistir en el respeto debido a los tratados vigentes, ya que, por parte del Imperio, se había devuelto a todos los tráfugas habidos (los últimos 17 que se habían encontrado se enviaban en esta ocasión), y por último que si quedaba algún punto pendiente enviase a Onegesio, el personaje más importante de la corte de Atila, a Constantinopla para tratarlo<sup>29</sup>.

El tono de las instrucciones dadas a Maximiano, tan en contradicción con la actitud anterior, revela la esperanza y entusiasmo del Emperador y sus consejeros, al pensar en la posibilidad de deshacerse pronto de Atila. Es muy posible que la razón oculta de los puntos que debía presentar Maximiano fuese que Atila efectivamente enviase a Onegesio a Bizancio y que no se extrañase mayormente, aunque reclamase, con el retorno de Bigilas como embajador de menor calidad, con lo cual se adelantaba en el crimen y se evitaba que Onegesio se hiciese cargo de la situación a la muerte de Atila.

La embajada, acompañada de los embajadores de Atila, emprendió el largo camino hasta el norte del Danubio, vía Sérđica y Naissus; cuando por fin llegaron al campo de Atila, y la embajada bizantina estaba a punto de levantar su tienda en una pequeña elevación del terreno, los hunos se lo impidieron porque la tienda de Atila estaba plantada en el llano. Seguramente estamos ante una de las expresiones más primarias del poder, aquella que se manifiesta en la altura, a partir de la cual se establece una diferencia de nivel, que para los hunos, pueblo de jinetes, decía mucho, porque ellos estaban acostumbrados a mirar siempre desde esa posición señorial a los despreciables pueblos agricultores; por supuesto, que los bizantinos tampoco eran ajenos al significado de este simbolismo y por eso

<sup>28</sup>PRISCUS, *ibid.*, pp. 149 y 175.

<sup>29</sup>PRISCUS, *ibid.*, pp. 169-170 y 187.

podemos suponer que no se debió al deseo de contar con mejor aire, la elección del lugar para plantar su tienda...

Otro problema se presentó a continuación: Atila, que en tanto había sido informado por Edecón de lo que se tramaba, envió a algunos de sus capitanes para que les fuesen declado los objetivos de la embajada, lo que estaba reñido con las normas acostumbradas en el trato de las embajadas y que los mismos hunos, al igual que los demás pueblos bárbaros, habían aceptado al entrar en contacto con el Imperio Romano. Maximiano hizo notar que él era embajador ante Atila y que, por lo tanto, no declararía a otro sino a Atila el contenido de su misión. La obstinación de ambas partes estuvo a punto de poner fin a la embajada antes que se hubiese alcanzado a cambiar los saludos oficiales; en ese momento, Priscos tomó la iniciativa y con múltiples argumentos, todos ellos muestra del más delicado tacto diplomático, convenció a Scotta, un hermano de Onegio, para que consiguiese una audiencia con Atila y así no malograr la embajada<sup>30</sup>.

Conseguida la audiencia, los miembros de la embajada son introducidos a la tienda de Atila; detenidos a corta distancia de donde se encontraba sentado. Atila, Maximiano se adelantó y le entregó las cartas credenciales, a la vez que le dirigía el saludo oficial: "Que el Emperador rogaba al cielo por la salud y prosperidad de él y los suyos"; ésta era la fórmula acostumbrada para estas recepciones y con las variantes que imponía la calidad del destinatario, pasó a ser la fórmula habitual de salutación.

Atila, con gran sorpresa de los embajadores, ya que pasaba por hospitalario y cortés, respondió: "Sea para los romanos como desean para mí" y al momento desató su ira contra Bigilas por el incumplimiento en la restitución de los tráfugas y como el intérprete se atreviese a contradecirlo, amenazó con hacerlo crucificar si no fuera por el respeto debido a la inviolabilidad de los embajadores y su comitiva. Hizo leer a continuación los nombres de muchos tráfugas que, según sus informaciones, aún permanecían en territorio romano, y ordenó a Bigilas que partiese inmediatamente para presentar en la Corte su exigencia y saber si estaban dispuestos a cumplir sus órdenes o a aceptar la guerra; además, como muestra suplementaria de su molestia, prohibió el rescate de cualquier prisionero romano, con lo cual Bigilas no podría justificar la elevada cantidad de oro que trajese a su regreso para pagar a los asesinos de Atila<sup>31</sup>.

<sup>30</sup>PRISCUS, *ibid.*, pp.174-177

<sup>31</sup>PRISCUS, *ibid.*, 179-181; GROUSSET, *L'Empire des Steppes* (Paris, 1952), p. 123, hace notar que había en Atila "un curieux juridisme, la recherche

En el entretanto, los embajadores tuvieron que ir siguiendo a Atila en sus viajes por sus dominios hasta llegar a su Capital; los embajadores aprovecharon este tiempo para irse ganando amistades haciendo buen uso de exóticos regalos; el mismo Onegesio llegó a mostrarse ampliamente favorable a los romanos.

Una vez más es recibido Maximiano por Atila, quien exigió que la próxima embajada estuviese presidida por Anatolio, Nomo o Senator, que poseían la dignidad que él estimaba correspondiente a su poder y que ya habían sido conocidos por haber presidido anteriores misiones; en caso contrario no sólo no recibiría la embajada sino que contestaría con la guerra. Posteriormente los embajadores fueron dos veces invitados a comer por Atila, y cuando se les entregó las cartas que debían llevar al Emperador, Atila con mucha afabilidad encargó a Maximiano que recordase al Emperador la promesa que había hecho a su secretario Constancio, en una de las tantas embajadas que había llegado a Bizancio; el Emperador había ofrecido a Constancio una novia joven y con rico dote, a cambio de sus buenos oficios para tratar de conservar la paz entre el Imperio y los hunos; pero Constancio seguía soltero y pobre.

Al ser despedidos los embajadores, los jefes hunos les ofrecieron regalos y Atila dispuso que fuesen acompañados por Berich, uno de sus principales capitanes, quien ya había estado en el Imperio<sup>32</sup>,

En la corte se decidió seguir con el complot contra Atila; Bigilas volvió con el oro necesario, pero al momento fue obligado a confesar todos los pormenores del plan. Puesto en prisión hasta que se satisficiera su elevado rescate, Atila despachó a Orestes y Esia a Bizancio para exigir el castigo de Crisaphius, el instigador, y con especial encargo de humillar a Teodosio II por la verdadera felonía en que —a su entender— había incurrido. Pero Crisaphius aún mantenía su prestigio en la Corte, y así se acordó aplacar a Atila enviándole justamente los embajadores de gran categoría que había pedido: Anatolius, *magíster militum praesentalis* y Nomo, *magíster officiorum*; estos embajadores debían congraciar a Atila por todos los medios; desde luego, llevaban el oro del Emperador, el oro del eunuco, el oro del rescate de Bigilas y un ventajoso ofrecimiento para Constancio, junto con las mejores palabras para conservar la paz<sup>33</sup>

---

procéduriere des prétextes diplomatiques, pour mettre, au moins en apparence, le droit de son côté”.

<sup>32</sup>PRISCUS, *ibid.*, pp. 185, 196, 202 y 207-210

<sup>33</sup>PRISCUS, *ibid.*, pp.150 y 203; Cf. HODGKIN, *op. Cit.*, II, 2, pp. 94-95; THOMPSON, *op.cit.*, p.121; FERDINANDY, MIGUEL DE, *Eb ego malleus orbis*, *Anales de Historia Antigua y Medieval* (Buenos Aires, 1952), p. 20.



La embajada de Anatolio y de Nomo, que tuvo lugar en los primeros meses del año 450, fue un éxito que deja bastante perplejo si se tiene en cuenta la situación anterior; difícilmente puede atribuirse —como generalmente se ha creído— a la abundancia de los regalos y a la persuasión de los embajadores, lossorprendentes resultados obtenidos. Atila decidió devolver al Imperio el territorio que había conquistado al sur del Danubio y prometió no molestar en el futuro acerca de los tráfugas, siempre que los romanos se abstuvieran de admitirlos, y juró conservar la paz de acuerdo con los tratados anteriores. Además como muestra de especial benevolencia para con los embajadores, libertó a muchos prisioneros sin exigir rescate, y, por supuesto, al momento de despedirlos los regaló magníficamente con caballos y pieles, de las mismas que acostumbraban llevar los reyes hunos.

Thompson cree que la nueva actitud de Atila obedece a su proyecto de atacar las regiones de occidente y que, en tal caso, quería tener asegurada su espalda; pero es posible que, además de este proyecto aún impreciso e indeterminado, por cierto, haya pesado en el espíritu de Atila el temor ante nuevas tentativas criminales del Imperio, ya que no podía escapar a su inteligencia que la adhesión de sus súbditos era muy relativa y la seducción del Imperio muy grande<sup>34</sup>.

La muerte de Teodosio II, en julio del mismo año 450, va a producir notorios cambios en las relaciones del Imperio con los hunos. El nuevo emperador, Marciano, decide acabar con la política de concesiones y, por de pronto, suspender la onerosa anualidad que Bizancio pagaba por mantener la paz. Atila creyó, en un primer momento, que tal como en oportunidades anteriores se trataba de un simple atraso, producto de la penuria del tesoro, y que con nuevas amenazas aún podría hacer pagar más cara la paz; su embajada, enviada a Constantinopla con tal objeto, es respondida por el envío de Apolonio, un *magister militum* solamente, y que, en consecuencia no fue recibido por el airado Atila por no tener el rango exigido para ser embajador ante su persona. A este primer problema, se sumó otro: Atila exigió que se le entregasen los regalos que el Emperador le había enviado; Apolonio se negó terminantemente hasta tanto no fuese recibido, y ni siquiera las amenazas de muerte lo hicieron desistir<sup>35</sup>. Sin duda la arrogante actitud de Apolonio corresponde a las indicaciones de Marciano, quien no estaba dispuesto

<sup>34</sup>PRISCUS, *ibid.*, pp.213-215; THOMPSON, *op.cit.*, p.130; ver también ALTHEIM, *op. cit.*, p.167.

<sup>35</sup>PRISCUS, *ibid.*, p.215; Cf. HODGKIN, *op. cit.*, II, 2, pp.97 s.; LOT, *op. cit.*, p.105; THOMPSON, *op.cit.*, p.137

a dejarse amedrentar por las amenazas del bárbaro y así, cuando se presenta una nueva embajada de Atila para exigir el tributo, es despedida sin él y con una clara manifestación de una nueva política, nueva respecto a la que había imperado en las décadas anteriores, pero totalmente en la línea tradicional de las relaciones del Imperio con los bárbaros; tal como Juliano había dicho a los árabes, “*imperatorem bellicosum et vigilantem ferrum habere, non aurum*”, ahora Marciano dijo a los hunos: ἡσυχάζοντι μὲν δῶρα δώσειν, πόλεμον δὲ ἀπειλοῦντι ὄπλα καὶ ἄνδρας ἐπάξειν τῆς αὐτοῦ μὴ λειπομένους δυνάμεως<sup>36</sup>. A partir de este momento, no le pudo caber duda alguna a Atila *que* el Imperio estaba decidido a rechazar con las armas, y seguramente con más potencia y más acierto que en ocasiones anteriores, sus pretensiones y a no aceptar más sus amenazas.

Evidentemente la larga política tributaria, a que Marciano puso fin, no puede considerarse sin más como una simple muestra de la debilidad o de la decadencia de la capacidad militar del Imperio; es probable que también se haya tomado en cuenta que, por gravoso que fueran los tributos, de todas maneras esta política resultaba más económica que costear una guerra que verdaderamente llegara a acabar con el peligro que representaban los hunos, lo que era casi imposible, dado el ilimitado campo de retirada con que contaban. Por otra parte, se sabía *que* una buena cantidad del dinero pagado a los bárbaros retornaba al Imperio por medio del comercio fronterizo y que las penurias de la guerra, que habrían azotado aún más fuerte a las clases más necesitadas, se evitaban con la contribución preferencial de la clase más acomodada del Imperio, sin que se hubiese llegado a un estado de agobio tributario insalvable, como lo demostrará el robustecimiento del tesoro imperial en pocos años más, si bien es cierto recurriendo a severaseconomías<sup>37</sup>. Con todo, estas sensatas consideraciones —si es que las hubo— no impedían el desprestigio del Imperio frente a los bárbaros, que se sentían más animados para aumentar sus exigencias e iniciar nuevas campañas. A este desprestigio fue al que Marciano quiso poner fin, afrontando la guerra si era necesario; pero, por entonces, Atila había decidido atacar la *pars occidentalis* del Imperio.

La campaña contra Occidente fue decidida no sólo a causa de la actitud enérgica de Marciano, de las posibles influencias de Genserico o de los deseos de Atila de intervenir entre los bárbaros de occidente para ampliar la zona de acción de su poder; también influyó un

<sup>36</sup>AMMIANUS, XXV, 6, 10; PRISCUS, *ibid.*, p. 152; Cf. JORDANIS ROMANA, 333 “*nam cum Parthis et Vandalis omnine infestantibus pacem instituit, Attilae minas conpescuit*”. Ver también nota 49 de la II Parte.

<sup>37</sup>THOMPSON, *op. Cit.*, pp. 195-196 y 200

pintoresco incidente que sin duda encendió la ambición del nómada: la princesa Honoria, hermana de Valentiniano III, había enviado su anillo a Atila para invitarlo a tomar su partido; Atila supuso que se trataba también de un ofrecimiento matrimonial y exigió a Valentino, junto con la mano de la princesa, la parte del Imperio que le correspondía en dote, según su entender. La respuesta del Emperador fue tajante: Honoria ya estaba desposada con otro y no había tal dote que reclamar porque el Imperio pertenecía a los hombres y no a las mujeres. Pero ya Atila estaba decidido a abrir campaña, y por supuesto, seguro de su victoria; una embajada, enviada tanto a Ravenna como a Constantinopla, es testimonio de la insolencia del bárbaro: ¡exigía que se le preparara adecuado recibimiento en los palacios imperiales!<sup>38</sup>.

La expedición a Occidente resultó bastante desastrosa y a su regreso, debilitados por el hambre y la peste, fueron también atacados por un ejército imperial enviado por Marciano y debieron prometer mantener la paz, retirándose a Pannonia. Desde allí, recuperadas sus fuerzas, Atila se volvió a sentir poderoso señor de las estepas y renovó sus exigencias frente a Bizancio, diciendo que si no se le tributaba de acuerdo al tratado convenido con Teodoasio II, tendría que sufrir las penas de la guerra. Parecía que iba a reeditarse toda la serie de pretensiosas embajadas, de amenazas, de invasiones... Pero, poco tiempo después, en el año 453, murió repentinamente Atila. Su muerte fue seguida ele la pronta desmembración de su reino; a las disputas entre sus hijos, se agregó la rebelión de tantos pueblos sometidos; de entre ellos, los ostrogodos jugarán un interesante papel durante las décadas siguientes en sus relaciones con el Imperio<sup>39</sup>.

“Numerosos grupos de los vencidos hunos se pusieron a disposición de los bizantinos, quienes gustosos los incorporaron al ejército. Dos parientes de los reyes hunos... fueron acogidos en la provincia

<sup>38</sup>PRISCUS, *ibid.*, p. 152; ver VILLARI, *Le invasioni barbariche in Italia* (Mila, no, 1928), p. 106; ROMANO-SOLMI, *Le Dominazioni Barbariche in Italia* (Milano, 1940), p. 100; GITTI, A., *Ricerche sui rapporti tra i Vandali e l'Impero Romano* (Bari, 1953), p. 51; THOMPSON, *op. cit.*, p. 131; ALTHEIM, *op. cit.*, pp. 170-174. Acerca de la princesa Honoria, ver PRISCUS, *ibid.*, pp. 151 y 153; HODGKIN, *op. cit.*, II, 2, pp. 46 s.; MARTROYE, *Genséric* (París, 1907), pp. 141 s.; TEETGEN, A. B., *The life and times of the Empress Pulcheria* (London, 1907), pp. 154-161, 211 s. y 276; BURY, J. B., *History of the Later Roman Empire* (1923), I, pp. 289-290; PARIBENI, R., *Da Diocleziano alla caduta dell'Impero d'Occidente* (Bologna, 1941), p. 269. Acerca de la embajada de Atila, JOH. MALALAE, *op. cit.*, p. 358; *Chronicon Paschale*, col. 807.

<sup>39</sup>PRISCUS, *ibid.*, p. 153; JORDANIS, *Getica*, XLIX y L; THEOPHANES, *op. cit.*, col. 275; HODGKIN, *op. cit.*, pp. 149-152; HOMEYER, H., *Attila der Hunnenkönig, von seiner Zeitgenossen dargestellt* (Berlin, 1951), pp. 176 s.

de la Dacia Ripensis, al sur del Danubio. Se le confió tres plazas fuertes; de esta manera llegaron a ser comandantes de destacamentos fronterizos, al servicio de Roma". También Ernac, uno de los hijos de Atila, estuvo durante algún tiempo al servicio de Bizancio en la misma frontera<sup>40</sup>. Desaparecido el gran peligro que era Atila y deshecho su reino, no por eso el emperador Marciano consideró que había que despreocuparse de los bárbaros; un rescripto que corresponde a los últimos años del gobierno de Marciano (455-457) prohíbe, bajo pena de confiscación de bienes y pena capital, la venta de cualquier tipo de armas a los bárbaros para evitar su fortalecimiento; y tiene mucho cuidado de indicar que tal venta o la de hierro queda también prohibida, dentro de todo el Imperio, a los embajadores bárbaros, que quisiesen aprovecharse de las franquicias diplomáticas para efectuar tal comercio<sup>41</sup>. Bien se sabía que las embajadas o los comerciantes muy a menudo efectuaban contrabando y, por eso, cuando hacia el año 468, se presenta una embajada de Erna y de Dengizej hijos de Atila, para solicitar que, en consideración del estado de paz, se autorice nuevamente la celebración de ferias comerciales a orillas del Danubio, el emperador León rechazó esta petición<sup>42</sup>. La penosa experiencia de los años pasados contribuye a confirmar la idea de que en todo bárbaro hay un enemigo en potencia.

Este mismo Dengizej, poco después, va a ser recibido por el emperador León dentro del Imperio, pero como intentará una sublevación será ajusticiado y su cabeza enviada a Constantinopla, donde fue expuesta públicamente para que todos conociesen la suerte que esperaba a quien se atreviese a desprestigiar la amistad imperial<sup>43</sup>. De entonces en adelante, el pueblo de los hunos de Atila parece esfumarse en las estepas sin fin y sólo su nombre, tinto en sangre, persistirá como el odioso recuerdo de una pesadilla. Su raza, en cambio, se mezclará ampliamente a otras estirpes y cuando, años después, los búlgaros y los ávaros comiencen a hostilizar el Imperio en las fronteras del norte, allí estará otra vez el espectro de la estepa encarnado en esos temibles bárbaros<sup>44</sup>.

<sup>40</sup>ALTHEIM, op.cit., pp.201 s.; Cf. LOT, op.cit., p.113

<sup>41</sup>C.J., IV, 41; ver VISMARA, art. Cit., p.449

<sup>42</sup>PRISCUS, ibid., pp.160 s; THOMPSON, op. cit., p.179

<sup>43</sup>PRISCUS, ibid., p.162; MARCELLINUS COMES, Chronica ad A.D. 469); THOMPSON, op. cit., p.157; Mc Govern, op. cit., p.395

<sup>44</sup>HALPHEN, L., A travers l'Histoire du Moyen Age (Paris, 1950), p.34; GRUSSET, op. cit., pp. 124-125

La expansión de los hunos en el centro de Europa en los primeros años del s. V, va a producir un movimiento de pueblos con carácter invasional, que afecta hasta las más remotas provincias occidentales del Imperio.

Los vándalos pasarán desde España a África en mayo del 429, cuyas provincias eran las únicas que habían quedado al margen de las invasiones bárbaras y que, por lo tanto, poseían una gran atracción, en comparación con otras regiones del Imperio terriblemente devastadas o permanentemente amenazadas por nuevas invasiones. A este factor general, deben sumarse las dificultades internas presentadas por la sublevación de Bonifacio, *comes Africae*, la personalidad del nuevo rey, Genserico, y, sobre todo, la posibilidad de contar con una flota<sup>45</sup>

El Imperio había tomado severas medidas para evitar que los bárbaros ampliaran su radio de acción contando con una flota y así pusieran también en peligro las comunicaciones marítimas del mundo romano. La flota va a permitir a Genserico no sólo conquistar África sino también emprender una política mediterránea y más vulgarmente realizar una permanente piratería, que significó una gran merma para la economía del Imperio en general<sup>46</sup>.

La conquista de las provincias del norte de África fue rápida; apenas algunas ciudades resistieron durante meses, y sólo quedó en manos de los romanos Cartago, plaza que permitía así mantener los contactos con el Imperio y recibir refuerzos, entre los cuales también se contaron los enviados por Bizancio; con todo, dichos contingentes no significaron una ayuda efectiva, que hiciera cambiar el curso de los acontecimientos, y, por ambas partes, se vio la conveniencia de llegar a un acuerdo. Roma despachó un embajador, quien, en base al *statu quo*, concertó un *foedus* con los vándalos, en febrero del 435; como garantía del compromiso, Genserico dio como rehén a su hijo Hunerico, el que fue devuelto poco después, dada la paz que se mantuvo en los años siguientes<sup>47</sup>.

<sup>45</sup>COURTOIS, Ch., *Les Vandales et l'Afrique* (Paris, 1955), pp. 55 y 149 s.; SCHMIDT, L., *Histoire des Vandales* (Paris, 1953), p. 76; también en C.M.H., I, p. 305; JONES, *op. cit.*, p. 190.

<sup>46</sup>Ver VISMARA, *art. cit.*, p. 448.

<sup>47</sup>PROCOPIUS, III, 4, 13-14; Cf. MARTROYE, *op. cit.*, p. 127; SCHMIDT, *op. cit.*, pp. 81 s.; GITTI, *Ricerche sui rapporti tra i Valldali e l'Impero Romano* (Bari, 1953), p.17; COURTOIS, *op. cit.*, p.169.

Las diferencias religiosas entre católicos y arrianos van a envenenar las relaciones y darán motivo a Genserico para extralimitar sus atribuciones y ejercer de hecho una autoridad sobre todos los habitantes de las provincias conquistadas, contrariamente al espíritu del *foedus*, que le reconocía autoridad sólo sobre su pueblo.

La política autoritaria y nacionalista de Genserico culminó con el desconocimiento del tratado del 435 y conquista de Cartago (octubre del 439); a partir de este momento, puede hablarse con propiedad de un reino vándalo y arriano establecido en las más ricas provincias del Imperio<sup>48</sup>.

La seguridad de su reino indujo a Genserico a crear dificultades al Imperio atacándolo en otras de sus fuentes de recursos y manteniéndolo en un estado de sorpresa permanente: de aquí las incursiones repetidas a Sicilia y Cerdeña. Bizancio mismo se inquietó con esta nueva amenaza de bárbaros que ya no sólo atacaban por tierra sino también podían aparecer sorpresivamente por mar, y decidió tomar medidas para reprimir esta piratería que venía a perturbar el tráfico del Mediterráneo después de siglos de control y paz romana. El emperador Teodosio II envió una gran flota a Sicilia —se dice que contaba 1.100 naves—, con la que consiguió ahuyentar a los bárbaros, pero que, en cambio, gravó pesadamente la economía de los sicilianos. La situación internacional que hacia esta fecha tomó un giro amenazador —persas y hunos— obligó el regreso de la flota y del ejército imperial a Oriente; es posible que esta demostración de poderío naval de Bizancio haya establecido un cierto equilibrio en el Mediterráneo, equilibrio que se expresó en un tratado de paz concluido entre el Imperio y los vándalos<sup>49</sup>. Este acuerdo prácticamente exigió que el Emperador Valentiniano III reconociese en un nuevo tratado suscrito al año siguiente, 442, la existencia legal del reino vándalo sobre las provincias más ricas de África.

Este tratado abre un nuevo capítulo en las relaciones del Imperio romano con los bárbaros, ya que por primera vez aparecen en pie de igualdad con el Imperio y se da un reconocimiento implícito del principio de territorialidad de la ley. Por supuesto, que el Imperio se reserva el derecho de hacer valer su autoridad sobre todos estos territorios cuando las circunstancias lo permitan; dentro de su concepción universalista y eterna, el reino vándalo es sólo una contingencia y un incidente, que no alcanza a alterar el sentido profundo de su curso. Un siglo después, Justiniano podrá restablecer

<sup>48</sup>MARCELLINUS COMES, *Chronica* ad A. D. 439; ver SCHMIDT, *op. cit.*, p. 84.

<sup>49</sup>*Chronicon Paschale*, col. 816; THEOPHANES, *op. cit.*, col. 263; MARCELLINUS COMES, *Chronica*, ad A. D. 441 y 442; ver SCHMIDT, *op. cit.*, p. 87; GITTI, *op. cit.*, pp. 39-40 y 70-71; GIUNTA, F., *Genserico e la Sicilia* (Palermo, 1910), p. 58

también el curso superficial de los acontecimientos, reincorporándolos al gran cauce del Imperio<sup>50</sup>

Pasados los años críticos, en que el mundo romano tuvo que soportar el ataque desenfrenado de Atila, y al que no parece ajeno la diplomacia de Genserico, deseoso de mantener alejado y acosados a sus posibles contendores, vuelve a surgir el peligro de los vándalos. Genserico aspiraba, al igual que otros bárbaros que conquistaron puesto de primer rango en la historia de estos decenios, vincularse a la familia imperial; el proyecto parecía viable, ya que su hijo Hunerico se había comprometido con Eudoxia, la joven hija de Valentiniano III; pero el asesinato del Emperador, en marzo del 455, interrumpió estos planes. Máximo, el nuevo emperador, comprometió a la joven princesa con su propio hijo. “El rey de los vándalos, al ver así arruinado su proyecto de alianza que lo aproximaba al trono imperial, decidió ir inmediatamente a Roma para buscar su nuera. Declaró caducos los tratados existentes, como consecuencia de la muerte de Valentiniano, y, acompañado de una poderosa flota que parecía estar pronta a la espera de los acontecimientos singló hacia Italia”<sup>51</sup>

El 2 de junio del 455 Genserico entraba en Roma como conquistador y podía regresar al África no sólo con la princesa para su hijo, sino también con la emperatriz viuda Eudoxia y con la princesa Placidia, quienes iban a ser valioso rehén en manos del hábil y poderoso Genserico.<sup>52</sup>

Avito, el nuevo Emperador de Occidente, comprendió que la única manera de vencer a los vándalos consistía en una acción conjunta con Bizancio; despacha pues una embajada a Marciano para concertar dicha acción *pro unanimitate imperii*; pero Marciano al parecer ligado por juramento de no agresión con Genserico o bien por temor al poderoso general Aspar, alano de origen y que era favorable a los vándalos, se limitó a protestar ante el rey vándalo por la captura de los miembros de la familia imperial, mediante sucesivas embajadas que no produjeron efecto, aunque una de estas fue encomendada a un obispo arriano, Bleda, con el evidente propósito de congraciarse así a Genserico. Avito, por su parte, sin posibilidad

<sup>50</sup>COURTOIS, *op. cit.*, p. 173; SCHMIDT, C.M.H., I, p. 307; GITTI, *op. cit.*, pp. 16-17.

<sup>51</sup>SCHMIDT, *Histoire des Vandales*, p. 97; MARTROYE, *op. cit.*, pp. 154 s.; COURTOIS, *op. cit.*, p. 196.

<sup>52</sup>PROCOPIUS, III, 4, 1-6; MARCELLINUS COMES, *Chronica*, ad A. D. 455; JOH. MALALAE, *op. cit.*, col. 546; ANASTASIUS Bibl., col. 1233; *Chronicon Paschale*, col. 818.

alguna de abrir campaña, concluyó un nuevo *foedus* con el rey vándalo y así Genserico se encontró todavía más fuerte y seguro<sup>53</sup>.

En los años siguientes, el radio de acción de las intermitentes correrías de los vándalos aumentó; también las costas de Grecia y del Illyricum fueron amenazadas. El personaje fuerte de la corte de Occidente, Ricimer, que había impuesto sucesivamente a los emperadores Mayoriano y Severo, encontró bien dispuesto al emperador de Bizancio, León, para reabrir las negociaciones diplomáticas con el objeto de inclinar al respeto de los tratados a Genserico y así acabar con las incursiones de los vándalos<sup>54</sup>. Varias embajadas se suceden ante Genserico, hasta que se obtuvo, a finales del 562, la entrega de la emperatriz viuda y de su hija Placidia; Eudoxia la joven, en tanto, había sido casada con Hunerico. Y Genserico ponía como condición para llegar a un acuerdo definitivo con Roma, que se le entregase a su nuera la parte de los bienes que le correspondía por herencia del difunto Valentiniano III, y que se designase al senador Olybrio, esposo de Placidia, y, por lo tanto, concuñado de Hunerico, como emperador de Occidente. Este último punto no podía aceptarlo Ricimer ni tampoco el emperador León, quien además no podía aparecer cediendo a todas las exigencias del Bárbaro; las incursiones, en consecuencia, fueron renovadas, sin que pudiera tomarse ninguna medida contra ellas; la crítica situación por la cual atravesaba occidente no lo permitía y la influencia de Aspar en Bizancio reducía las posibles medidas militares a simples reclamaciones diplomáticas, tal como la de Tatiana, nada menos que *praefectus urbi Constantinopolis*, que, con todo, no adelantó nada en estas negociaciones que para Bizancio cada día eran de más importancia, dado el poderío creciente de Genserico y el temor de que llegase a controlar la *pars occidentalis*, momento en el cual podría orientar todas sus fuerzas contra la *pars orientalis*<sup>55</sup>.

El año 467 el Emperador León pudo contrapesar la influencia de Aspar con los isaurios y así enfrentar a Genserico abiertamente; como primera medida impone como emperador de Occidente a Antemio, yerno del Emperador Marciano, con lo cual pensaba que podría con-

<sup>53</sup>HYDATIUS, *Chronica* (M.G.H., A.A., XI, 2, p. 28). "Per Avitum... legali ad Marcianum pro unanimitate mittuntur imperii", PRISCI, *Frag.* 24 (F.H.G., IV, pp. 101-102); PROCOPIUS, III, 4, 10-11; Cf. MARTROYE, *op. cit.*, pp. 167-168; SCHMIDT, *op. cit.*, p. 103; GITTI, *op. cit.*, pp. 60-61.

<sup>54</sup>PRISCI, *Frag.* 29 (pp. 103-104), MARTROYE, *op. cit.*, pp. 193-197; SCHMIDT, *op. cit.*, p. 107; ROMANO-SOLMI, *op. cit.*, pp. 107-110.

<sup>55</sup>PRISCI, *Frag.* 30 (p. 104) y 32 (pp. 105-106); *Chronicon Paschale*, col. 818-819; MARTROYE, *op. cit.*, pp. 205 s.; SCHMIDT, *op. cit.*, p. 109; COURTOIS, *op. cit.*, p. 200.



seguirse una estrecha colaboración entre ambas partes del Imperio; a continuación, hizo saber, por medio del embajador Phylarchos, a Genserico esta designación y que respondería con la guerra cualquiera nueva muestra de hostilidad. La oportunidad para demostrar que no se trataba de simples amenazas no tardó en presentarse, ya que Genserico, irritado por la postergación que se había hecho de Olybrio, desató una nueva serie de incursiones contra las provincias marítimas de Oriente y de Occidente<sup>56</sup>.

El Emperador León organizó entonces una gran expedición naval en la que se volcaron todos los recursos en hombres y finanzas del Imperio, desentendiéndose de todo otro problema internacional con el objeto de acabar con el reino de los vándalos. Esta formidable expedición de 1.100 naves fue confiada a Basilisco, un cuñado del Emperador, quien no actuó con la energía y destreza que era de esperar y aún más dio motivos para pensar en una traición; una tregua propuesta por Genserico y aceptada sin más, terminó en una sorpresa y derrota casi total a manos de los vándalos; es posible que tras esto estuviesen las maquinaciones de Aspar, quien no podía sufrir verse desplazado por el isaurio Tarasicodissa (el futuro emperador Zenón), ni aceptar la destrucción del reino vándalo<sup>57</sup>.

Después de esta desastrosa expedición, León tuvo que conceder la paz, tanto más que Genserico se había preocupado de buscar importantes alianzas en Oriente y en Occidente: Teodorico Triarii, jefe ostrogodo emparentado con Aspar, y que se estaba haciendo poderoso en los Balkanes, y Eurico, rey de los visigodos en las Galias, "ut in utramque rem publicam hostihus decernentihus ipse in Africa quietus regnaret"<sup>58</sup>,

A partir de comienzos del 472, los hechos se precipitan en Italia, sin que sea posible distinguir claramente todos los intereses que entran en juego; Olybrio, el candidato de Genserico al trono de Occidente, desembarca en la Península y es proclamado Emperador, aprovechando la discordia entre el Emperador Antemio y el poderoso Ricimer, quien, en tanto, había llegado a ser su yerno; es posible que el Emperador León haya apoyado esta expedición pensando que la mejor manera de deshacerse de Olybrio era lanzarlo a la guerra civil

<sup>56</sup>MARCELLINUS COMES, *Chronica*, ad A. D. 467; PRISCI, *Frag.* 40 (p. 109); PROCOPIUS, III, 6, 5-6; JOH. MALALAE, *op. cit.*, col. 550; ver SCHMIDT, *op. cit.*, p. 110; GIUNTA, *op. cit.*, p. 68.

<sup>57</sup>PRISCI, *Frag.* 42 (p. 110); PROCOPIUS, III, 6, 10-24; ver MARTROYE, *op. cit.*, p. 213; ROMANO-SOLMI, *op. cit.*, p. 111; SCHMIDT, *op. cit.*, pp. 111-113; COURTOIS, *op. cit.*, pp. 201-202; Cf. ANDREADES, *Les Finances Byzantines*, Oeuvres, I, p.433

<sup>58</sup>JORDANIS, *Getica*, XLVII; SCHMIDT, *op. cit.*, p. 114.

en Italia; de hecho, los tres protagonistas murieron con pocos meses de intervalo. Antes que el Emperador León designase un sucesor legítimo, los soldados bárbaros, dirigidos por un sobrino de Ricimer, proclamaron a un tal Glycerio (marzo del 473); el Emperador, por su parte, nombró a Julio Nepos, casado con una sobrina de la emperatriz Verina, mujer de León. Julio Nepos sólo pudo partir a reivindicar su cargo, después de la muerte de León (enero del 474), y en el curso del año pudo imponerse sobre Glycerio; en esos momentos, pareció que aún era posible una renovación del Imperio, a partir de las fuerzas tradicionales y sin tener que soportar la presión de algún general bárbaro, apenas romanizado<sup>59</sup>.

Genserico no podía aceptar sin más esta restauración del poder y de la unidad del Imperio Romano y, por eso, a la vez que reinicia las incursiones marítimas, incita a sus aliados contra el Imperio, que vive momentos apremiantes por el ambiente de traición y de sublevación que se afincaba en la misma Corte; en estas circunstancias, y posiblemente antes de la victoria efímera de Julio Nepos, el Emperador Zenón decidió negociar con Genserico. Escogió para esta misión a un senador de reconocida virtud, Severo, al que elevó a la dignidad de patricio para darle más importancia a la embajada. Se concertó un tratado de paz sin indicar el plazo de su vigencia —de hecho esta paz duró casi 60 años— y se sobreentendió la posesión de Africa por los vándalos, sin que haya indicación que se llegase a un acuerdo acerca de la posesión de las islas —Sicilia, Cerdeña y otras—, las que, al parecer, permanecieron “por el momento sin gobierno legítimo, ni romano, ni vándalo”, tal como en el subsiguiente tratado concluido entre Genserico y Oreste, quien desde agosto del 475 —habiendo de puesto a Julio Nepos—, gobierna a nombre de su hijo, Rómulo Augustulo<sup>60</sup>.

Genserico prometió también “conceder a los católicos de Cartago el derecho al libre ejercicio de su religión y autorizar el regreso de los miembros del clero expulsados del territorio. Pero no se le pudo convencer que permitiese que la sede episcopal de Cartago fuese ocupada de nuevo”. Por último, y como muestra de benevolencia para con Severo, libértó, sin exigir rescate, a los prisioneros que él y su

<sup>59</sup>JOH. MALALAE, *op. cit.*, col. 555-558; ANONYMUS VALENSIANUS, *Pars Posterior*, 7, 36; MARTROYE, *op. cit.*, pp. 246-249.

<sup>60</sup>MALCHI, *Frag. c* (F.H.C., IV, pp. 114-115); PROCOPIUS, III, 7, 26; ver GIUNTA, *op. cit.*, p. 71; “E soltanto lecito supporre che l'isola mediterranea, pur essendo penetrata, insieme con altre grandi isole occidentali, nell'orbita politica dei Vandali, s'ia sostanzialmente rimasta per il momento senza governo legittimo, nè romano nè vandalico. Forse Genserico mantenne qualche posizione strategica come Lilibeo, ma non ci sembra che abbia proceduto all'occupazione totale della Sicilia”; COURTOIS, *op. cit.*, p. 204.

familia habían obtenido por suerte y permitió al embajador redimir a los demás cautivos, previo consentimiento de cada dueño<sup>61</sup>.

En octubre del año 475, Basilisco se sublevó y expulsó de Bizancio a Zenón, quien debió refugiarse en las montañas de su natal Isauria, por casi dos años hasta que pudo recuperar el trono. Durante este tiempo, la ficción de gobierno imperial de la *pars occidentis* tuvo su colapso final: Orestes fue muerto por el jefe bárbaro Odoacro, quien el 4 de septiembre del 476, obligaba a abdicar al joven Rómulo Augustulo, sin que Bizancio ni el depuesto Julio Nepos pudieran hacer nada por restaurar el gobierno Imperial<sup>62</sup>.

Desaparecido el Imperio de Occidente y en crisis el de Oriente, el reino de los vándalos ya no corría peligro exterior y el viejo rey podía morir tranquilo (enero del 477). Pero el peligro podía venir de otra parte; efectivamente comenzó a insinuarse una decadencia interna en el reino, donde pareció perderse aquella acometividad que había hecho de los vándalos tan temibles, como inesperados enemigos<sup>63</sup>; habrá por lo tanto, una tendencia manifiesta a solucionar pacíficamente las dificultades que se presenten, como se vio cuando el emperador Zenón envió al administrador de los bienes de la princesa Placidia, Alejandro de nombre, para discutir con Hunerico el destino de los bienes de la princesa Eudoxia, quien se había separado de su marido y vivía retirada en Jerusalén. El rey vándalo se mostró extraordinariamente complaciente y, en aras de una estable paz, decidió abandonar todas sus pretensiones sobre los bienes de su mujer y aun olvidar las indemnizaciones que Bizancio debería haber pagado por la captura de algunos barcos de mercaderes cartagineses. Oficialmente justificó su benevolencia diciendo que era en señal de gratitud por la distinción con que el Emperador había acogido en la Corte a su cuñada Placidia; en verdad, era una clara muestra de la debilidad interna por la cual pasaba el reino de los vándalos.

Alejandro regresó acompañado de embajadores de Hunerico, encargados de certificar al Emperador los buenos deseos del rey; estos embajadores fueron recibidos espléndidamente y colmados de regalos a su despedida. El Emperador Zenón, por estos años (478-479), también tenía mucho interés en esta paz para enfrentar a los ostrogodos; en cuanto a Alejandro, fue nombrado *comes rerum priuatarum*<sup>64</sup>.

En los próximos años, el proselitismo arriano de los vándalos degeneró a menudo en violentas persecuciones de católicos, que exigie-

<sup>61</sup>SCHMIDT, *op. cit.*, p. 115; ver MALCHUS, *ibidem*.

<sup>62</sup>HODGKIN, *op. cit.*, II, 3, pp. 494 S.

<sup>63</sup>MALCHI, *Frag.* 13 (p. 121); ver también MARTROYE, *op. cit.*, pp. 261-262; SCHMIDT, *op. cit.*, p. 119; COURTOIS, *op. cit.*, p. 262.

<sup>64</sup>MALCHUS, *ibidem*.

ron la intervención diplomática de Bizancio, intervención ineficaz y aun contraproducente, ya que Hunerico sabía que el Imperio no estaba en condiciones de tomar represalias, aventurándose en una lejana expedición marítima, y, por otra parte, la comunidad religiosa de parte de sus súbditos con el Imperio los hacía sospechosos, ya que evidentemente disminuía la adhesión que pudiesen sentir hacia un gobierno vándalo y arriano. La violencia de la persecución disminuyó después de los primeros años del reinado de Guntamundo (485-496), posiblemente como consecuencia de levantamientos de tribus mauras, y volvió a dejarse sentir durante el reinado de Trasamundo (496-523), aunque con características muy diferentes, ya que este rey optó por una política más astuta para atraer a los católicos y para irlos privando paulatinamente de sus pastores<sup>65</sup>.

A partir del año 482, la política religiosa de Zenón y posteriormente de su sucesor Anastasio, que produjo la ruptura de la comunión con Roma, disminuyó la preocupación que Bizancio podía sentir por la suerte de los católicos de Africa; pero, en cambio, surgió otra fuente de importante inquietud con el crecimiento del podería de Teodorico en Italia y la hábil política de enlaces matrimoniales de miembros de su familia con los reyes de los reinos bárbaros de occidente, a tal punto que pudo pensarse en la reestructuración de un nuevo Imperio alrededor del rey ostrogodo; de acuerdo con esta política, Trasamundo recibió como esposa a una hermana de Teodorico, Amalafriada, y Teodorico supuso que así se conquistaba el apoyo de la flota vándala, pero había olvidado la efectividad de la diplomacia imperial. Difícilmente podía permanecer el Imperio impasible frente a la constitución de esta coalición de fuerzas bárbaras; por más de un medio debe haber intentado acercarse a los vándalos; por de pronto, se daba una situación bien particular: Teodorico, aunque arriano, estaba en buenas relaciones con los católicos y en relaciones cada vez más tensas con el Imperio, sobre todo a partir del año 504. En esta situación, es posible que el Imperio haya hecho notar el peligro que significaba para el reino de los vándalos el entendimiento de Teodorico con la iglesia de Roma, con lo cual las posibilidades de contar con apoyo entre los súbditos de Trasamundo se acrecentaban. Como sea, la verdad es que cuando Teodorico necesitó contar con la flota vándala para defender el sur de Italia de las incursiones bizantinas en el año 508, la flota de su cuñado no apareció por ninguna parte, a tal punto que “se podría casi creer en la existencia de un tratado secreto entre los dos soberanos (el Emperador

<sup>65</sup>VICTOR EP. TUNUNENSIS, *Chronicon*, col. 944-946; MARCELLINUS COMES, *Chronica*, ad A. D. 484; PROCOPIUS, III, 8, 6-7 y 9.

Anastasio y el rey Trasamundo) y dirigido contra el reino ostrogodo<sup>66</sup>.

La separación de la órbita de predominio ostrogodo, con todo, era geopolíticamente muy difícil para los vándalos, quienes ya habían perdido su calidad de protagonistas en los sucesos mediterráneos; prontamente debían retornar al papel de comparsas de Teodorico y más todavía después del restablecimiento de la comunión del Imperio con Roma, a partir del gobierno de Justino I (518), lo que renovó las esperanzas de los católicos perseguidos en el reino vándalo; efectivamente el Emperador envió en el curso del año 519 una embajada a Trasamundo con especial encargo de tratar este punto, lo que no podía sino volver a despertar las sospechas entre los consejeros del Rey, especialmente entre los prelados arrianos, que veían disminuir su influencia y peligrar la integridad del reino; es posible que la gran amistad que dice Procopio que existía entre Trasamundo y el emperador Anastasio ahora haya disminuido<sup>67</sup>.

El sucesor de Trasamundo fue Hilderico (523-530), hijo de Hunerico y de Eudoxia, en quien se mezclaban la sangre del Gran Teodosio y la de Genserico. Este rey, que llegó al trono de edad avanzada —seguramente de más de 60 años—, no tenía ninguna inclinación por la vida militar y desde el primer momento demostró su inclinación hacia el Imperio. “Las relaciones que entonces se anudaron se manifiestan de manera tangible con el hecho que Hilderico hizo acuñar monedas (de plata) con la efigie de Justino I “... “Lo que podía ser considerado como un reconocimiento indirecto pero demostrativo de la soberanía imperial, puesto que, desde Guntamundo a lo más, los reyes vándalos habían acuñado monedas únicamente con su propia efigie”<sup>68</sup>

Esta adhesión al Imperio suscitó el mayor malestar dentro del partido nacionalista arriano y partidario de la alianza con los ostrogodos. Seguro del apoyo del Imperio, Hilderico no dudó en tomar las más enérgicas medidas para reprimir este movimiento de repudio a su política; la misma reina viuda Amalafrida y su séquito de godos fueron perseguidos, la mayor parte muertos, y Amalafrida hecha prisionera hasta su muerte (525). La muerte de Teodorico, al año siguiente dejó sin venganza esta ofensa cometida contra la casa real

<sup>66</sup>SCHMIDT, *op. cit.*, p. 141; Cf. STEIN, *Histoire du Bas-Empire*, II, p. 153; acerca de la política matrimonial de Teodorico, ver JORDANIS, *Getica*, LVIII; Cf. PROCOPIUS, III, 8, 11-13; ver también, GANSHOF, *Le Moyen-Age*, en RENOUVIN, *Histoire des relations internationales*, I, p.10.

<sup>67</sup>PROCOPIUS, III, 8, 14; VASILIEV, *Justin the First*, p.339; SCHMIDT, *op. cit.*, p. 141

<sup>68</sup>SCHMIDT, *op. cit.*, p.146, y STEIN, *op. cit.*, II, p.253. Cf., VASILIEV, *op. cit.*, p. 330; BURY, *op.cit.*, II, pp. 125/126

ostrogoda y alejó para siempre el peligro de una absorción del reino vándalo por los godos, pero lo dejó preparado para ser reconquistado por Bizancio. El viejo Rey, que gozaba de la particular amistad de Justiniano, por esos años ya la verdadera autoridad tras su tío el Emperador Justino, parece haberse dado claramente cuenta de cuál sería la suerte de los reinos bárbaros en pocos años y deseoso de evitar una lucha cruel y que él ya veía decidida de antemano, posiblemente pensó en ceder su reino al Emperador; por lo menos si esto no era verdad, resultaba verosímil y fue la principal acusación que formuló Gelimer, un descendiente directo, pero lejano, de Genserico, que fue designado como el sucesor legal, al derrocar a Hilderico y apoderarse del trono con el apoyo del partido nacionalista (mayo del 530)<sup>69</sup>.

Justiniano, apenas se impuso de lo que había acontecido en el reino de los vándalos, se constituyó en el defensor de los derechos del depuesto Hilderico. Procopio nos ha conservado la interesante correspondencia cambiada entre el Emperador y Gelimer<sup>70</sup>. En una primera carta, Justiniano le hace ver cuán injustamente actúa al tener en prisión a “un anciano, pariente y rey de los vándalos” y lo aconseja para que sepa esperar el momento en que el reino llegue legalmente a sus manos, y “no cambie el nombre de rey por el título de tirano” y termina diciéndole que si así hace “tendrá al Todopoderoso propicio y a nosotros amigos”. Esta carta, que ya permite ver el pensamiento del Emperador, no tuvo respuesta. Gelimer se sentía respaldado por su pueblo y estaba dispuesto a afirmar su total independencia del Imperio; en tal caso bien podía prescindir de la *amicitia* imperial y no le importaba como lo llamarían los demás sino lo que efectivamente era en su reino.

La guerra con Persia impidió a Justiniano tomar medidas inmediatas para imponer su autoridad, como lo hubiese querido y que coincidían con sus planes de restablecimiento del Imperio en todas las provincias que se encontraban en manos de los bárbaros hasta tener de nuevo sus antiguas fronteras. Por ahora debe contentarse con enviar una segunda carta en la que le exige que envíe a Constantinopla a Hilderico y los suyos para darles un poco de consuelo por la pérdida del reino; en caso contrario, lo amenazaba con la guerra porque no podía quedar defraudada la esperanza que Hilderico había puesto en la amistad imperial y concluía declarando que esta-

<sup>69</sup>PROCOPIUS, III, 9, 3-5 y 8-9; ver SCHMIDT, *op. cit.*, p. 149.

<sup>70</sup>PROCOPIUS, III, 9, 10-26; JOH. MALALAE, *op. cit.*, col. 671; THEOPHANES, *op. cit.*, col. 431; ver STEIN, *op. cit.*, II, pp. 31 s.; HOLMES, *The Age of Justinian and Theodora* (London, 1912), II, pp. 500 s.; SCHMIDT, *op. cit.*, pp. 151/152.

ba presto a vengar la injusticia y, por lo mismo, seguro de no romper el tratado de paz que ligaba al Imperio con el reino de los vándalos.

La situación de Gelimer no podía ser más incómoda; obedecer habría significado aceptar la autoridad del Emperador, revestido de su dignidad de gran justiciero; entregar a Hilderico y familiares era poner en manos de Justiniano un recurso de primer orden para agitar una guerra legitimista por el trono vándalo; rechazar la petición equivalía a declarar la guerra, ya que el Emperador, en cuanto pudiese, enviaría sus ejércitos para eliminar al *tirano*, que había provocado la guerra con sus injusticias y con su contumacia.

Esta vez Gelimer respondió y su respuesta paradójicamente expresa la estrechez de miras de un rey bárbaro, ajeno a las grandes concepciones políticas supranacionales, como es el Imperio, y, a la vez, la intuición histórica de largo alcance del que aprecia el curso irreversible de los acontecimientos y sabe que el Imperio pertenece al pasado y que lo que cuenta es esta nueva realidad que son los reinos bárbaros. Después de justificar su situación, afirma categóricamente: “Bien actúa quien preocupado de administrar su reino no se mezcla en los negocios de otro; por lo tanto, no es justo que tú, teniendo tu reino, te distraigas en otras cosas”. La enunciación de este principio de independencia y de autonomía significaba negar el derecho de intervención que el Imperio se atribuía y que constituía uno de los fundamentos de su universalismo.

El error de Gelimer fue no contar con los planes de Justiniano, dispuesto justamente a torcerle el rumbo a la historia. Por de pronto, se preocupó de formar una coalición contra Gelimer: hizo escribir al rey de los ostrogodos, Atalarico, para que no prestase ninguna ayuda al *tirano* que se había apoderado del trono de los vándalos y consiguió la eficaz ayuda de la regente Amalasunta para hacer más fácil la expedición contra los vándalos; favoreció las sublevaciones que comenzaron a trizar el reino de los vándalos, así en Trípoli y en Cerdeña; tomó contactos con los comerciantes cartagineses, molestos por las restricciones que imponía la política nacionalista de Gelimer, y, sobre todo, presentó su expedición como una cruzada en defensa de los católicos, nuevamente amenazados por el arrianismo militante; en una palabra, el Emperador iniciaba la campaña para llevar “la paz y la libertad” al reino de los vándalos<sup>71</sup>.

En poco más de medio año, las fuerzas expedicionarias puestas bajo las órdenes de Belisario acabaron con la resistencia vándala; a fines de marzo del 534, Gelimer se vio obligado a rendirse, después

<sup>71</sup>PROCOPIUS, III, 14, 5; v, 3, 22; III, 10, 22-34; III, 20, 5; III, 16, 14; JOH. MALA-LAE op. cit., col.671; ver PACE, op. Cit., pp.59, 63/64; BURY, op. cit., II, p.123; SCHMIDT, op. cit., pp. 153 s.

que se le juró que sería respetada su vida y la de sus familiares. Llevado a Bizancio, fue obligado a participar en el excepcional triunfo que el Emperador concedió a Belisario: ἀφικόμεωω δέ αὐτόν κατά τό βασιλέωω βῆμα τῆς πορφυρίδα περιελόντες, πρηνῆ πεσόντα προσκυνεῖν Ἰουστινανόν Βασιλέα κατηγάκασαν.

A partir de la conquista del reino vándalo, Justiniano ya pudo dar por hecho su sueño de renovación del poder imperial; los próximos pasos no se veían difíciles después de esta feliz inauguración y el Emperador pudo proclamarse “Alamannicus Gothicus Francicus Germanicus Anticus Alanicus Wandalicus Africaus Pius Felix Inclitus Victor ac Triumphator semper Augustus”<sup>72</sup>.

#### 4.

##### EL PROBLEMA OSTROGODO

De la confusión que se produjo a la muerte de Atila entre los varios pueblos sometidos, se aprovecharon los ostrogodos para separarse de los hunos y empezar sus propias correrías sobre los territorios del Imperio. Pronto obtuvieron del Emperador Marciano, que estaba preocupado de fortificar las defensas de las fronteras imperiales, la calidad de *foederati*; por entonces estaban dirigidos por tres hermanos de la familia Amala: Walemir, Theodimir y Vidimir, de los cuales Walemir aparece designado como rex<sup>73</sup>. Pero bien sabemos que la estabilidad que podía asegurar semejante contrato era muy incierto; el respeto que los bárbaros concedían a sus pactos no primaba ante su espíritu aventurero y belicoso, y menos podía calmar las necesidades de un pueblo numeroso, radicado en lugares que, devastados por las vicisitudes de continuas invasiones, estrictamente darían para no dejar morir de hambre a sus más apegados y temerarios habitantes. Con toda seguridad en este complejo de razones económicas y psicológicas, que se repetirá una y otra vez en los años siguientes, está la explicación de la incursión que inician los ostrogodos hacia el año 456. El gobierno imperial se vio en la necesidad de enviarles una embajada, que, mediante el pago de 300 libras de oro anuales, los comprometió a observar la paz violada<sup>74</sup>. Aparentemente resulta difícil conciliar este procedimiento con la enérgica actitud

<sup>72</sup>PROCOPIUS, IV, 7, 8-12; 9, 1-14; ver STEIN, *op. cit.*, II, p. 318.

<sup>73</sup>JORDANIS, *Getica*, LI; HODGKIN, *Italy and her Invaders*, III, 4, p. 12; VILLARI, *Le Invasioni Barbariche in Italia*, p. 143; ENSSLIN, W., *Theoderich der Grosse* (München, 1947), p. II.

<sup>74</sup>PRISCI, *Frag.* 28 (p. 103); HODGKIN, *op. cit.*, III, 4, p. 17, nota 1; JONES, *op. cit.*, p. 221; GORDON, C. D., *The Age of Attila* (Ann Arbor, 1966), pp. 157/158.



que había caracterizado los inicios del gobierno del Emperador Marciano en sus relaciones con Atila, pero si se comparan las cifras, veremos que ésta es una suma insignificante frente a las 2.100 libras de oro pagadas al rey huno y que, por otra parte, es posible que en la Corte, en estos momentos, se dé nuevamente una política filogótica propiciada por el influyente general alano Aspar, quien, de hecho, impondrá al siguiente emperador, León (457-474).

Hacia el año 460, otro grupo importante de godos, dirigidos éstos por Teodorico, hijo de Triario, consiguió también recibir una suma anual (*annua sollemnia*) por los servicios prestados al Imperio; tal vez la confianza que ofrecen estos godos es mayor, tal vez la relación estrecha de su jefe con Aspar. Jos hacía más temibles, la verdad es que, por un momento, se pensó que con ellos se podría equilibrar las fuerzas de los ostrogodos de la casa Amala y se dejó de tributarles; cuando los ostrogodos se impusieron de esta situación, respondieron con una violenta incursión, y no se vio mejor manera de detenerla que enviándoles una embajada con las anualidades pendientes y la promesa de continuar regularmente estos pagos. Como garantía de la paz, Walamir entregó a su sobrino Teodorico, un niño de unos siete u ocho años, como rehén<sup>75</sup>

Mientras este niño crecía en la Corte, entre los años 462-471, su padre llegó a ser único rey de los ostrogodos y obtuvo varias victorias sobre pueblos bárbaros vecinos, conquistando así una posición destacada en el conjunto de reyezuelos bárbaros; cuando Theodimir volvió a entrar en contacto con Bizancio, hacia el año 471, recibió a su hijo Teodorico, ahora joven de unos dieciocho años, enviado, junto con numerosos regalos, por el Emperador León<sup>76</sup>. Llama la

<sup>75</sup>JORDANIS, *Getica*, LIII... "Post tempus ergo non multum rex Valamir elusque germani Thiudemir et Vidimir, consueta dum tardarent dona a príncipe Marciano, quae ad instar strenuae acciperent et pacis foedera custodirent, missa legatione ad imperatorem vident Theodoricum Triarii filium, et hunc genere Gothico, alia tamen stirpe, non Amala procreatum, omnino florentem cum suis, Romanorumque amicitia iunctum et annua sollemnia consequentem, et se tantum despici. Illico furore commoti arma arripiunt et Illyricum pene totum discurrerent in praede devastant. Sed statim imperator animo mutato ad pristinam recurrit amicitiam missaque legatione tam praeterita cum instantibus munera tribuit quam etiam de futuro sine aliqua controversia tribuere compromittit, pacisque obsidem ab eis, quem supra rettulimus, Theodoricum, infantulum Thiudimeris accipit; qui iam septem annorum incrementa conscendens octavum intraverat annum, quem dum pater conctatur dare, patruus Valamir extitit supplicator tantum, ut pax firma inter Romanos Gothosque maneret". JOH. MALALAE, *op. cit.*, col. 570; ANDREAS DANDULOS, *Chronica* (Rerum Italicarum Scriptores, XII, 1), p. 61; ver también ENSSLIN, *op. cit.*, p. 15; LAMMA, P., *Theodorico* (Brescia, 1950), pp. 17 s.

<sup>76</sup>JORDANIS, *Getica*, LIII y LV; ver ENSSLIN, *op. cit.* p. 35.

atención esta medida del gobierno bizantino, ya que precisamente ahora podía cumplir mejor su papel de rehén el hijo del poderoso rey ostrogodo, quien otra vez puede ser un peligro para la tranquilidad de las provincias fronterizas. ¿Consideró acaso la diplomacia imperial que era más conveniente para conseguir la amistad de los bárbaros dar esa muestra de magnanimidad y contar con un aliado en el seno de la casa real ostrogoda?

Posiblemente lo que más pesó en el pensamiento del Emperador fue la necesidad de contar con su apoyo para acabar de una vez por todas con el poderoso Aspar y para enfrentar a continuación a los godos de Teodorico Strabón, el hijo de Triario y emparentado con Aspar, que presumiblemente entrarían en rebelión al ver que perdían su protector en la Corte, como efectivamente sucedió apenas se conoció la noticia del asesinato de Aspar y de su hijo Ardaburio (fines del 471)<sup>77</sup>.

Pero la alianza prevista con los ostrogodos no resultó; la condición en que se encontraban en Panonia era bastante lastimera y pronto se hizo insoportable para un pueblo belicoso y confiado en su fuerza para conquistar lo que necesitaba y, sobre todo, al tanto de la situación del Imperio, al que se sabía apremiado por conflictos internos y externos; cuando comenzaron a escasear los alimentos, el pueblo en armas exigió a Theodimir abrir una campaña, puesto que no conocían otro medio para solucionar sus necesidades<sup>78</sup>.

En estas circunstancias, la posición de Teodorico Strabón, quien se encontraba con sus godos en Tracia, se hizo más amenazante. El Emperador León decidió negociar con ellos y envió al *silentarius* Telogio para hacerles saber su benevolencia y conocer sus exigencias; los godos enviaron a su vez a sus embajadores y, como estaban conscientes del papel importante que en esos momentos jugaban, pidieron que se les permitiese habitar en Tracia y que Teodorico Strabón, su jefe, recibiese toda la herencia de Aspar y fuese investido con el mismo grado que este último había tenido, *magister militum praesentalis*.

Conceder todo esto habría significado que la atrevida maniobra, que se había realizado para deshacerse del peligro representado por

<sup>77</sup>Ver BROOKS, *The Eastern Provinces from Arcadius to Anastasius* en C.M.H., I, p. 471; ENSSLIN, *op. cit.*, p. 37; LAMMA, *op. cit.*, pp. 19/20; BURY, *op. cit.*, I, p. 320.

<sup>78</sup>JORDANIS, *Getica*, LVI: "Minuentibus deinde hinc inde vicinarum gentium spoliis, coepit et Gothis victus vestitusque deesse et hominibus, quibus dudum bella alimonia praestitissent, pax coepit esse contraria, omnesque cum magno clamore ad regem Thiudimir accedentes Gothi orant, quacumque parte vellit ductaret exercitum".

Aspar y sus hombres, habría sido en vano, ya que se les habría reemplazado por otro grupo igualmente bárbaro y poderoso instalado a pocas jornadas de la capital; las negociaciones que siguieron tuvieron como objetivo impedir que estos godos quedaran en Tracia; los godos, por su parte, presionaron a su manera sitiando y conquistando ciudades; por último se llegó al siguiente acuerdo: Teodorico Strabón pasaría a ser *magister militum praesentalis* y la Corte lo consideraría *rex gothorum*; se les pagaría anualmente 2.000 libras de oro, a condición que abandonaran la zona conquistada y que estuviesen dispuestos a militar al lado del Imperio contra cualquiera de los enemigos, a excepción de los vándalos, en honor a la amistad que los ligaba con Aspar<sup>79</sup>. La elevada anualidad que se concede —casi del mismo monto que la pagada a Atila— demuestra el interés que tenía el Imperio en ganarse a estos godos para enfrentar a los ostrogodos, de acuerdo con los habituales principios de su diplomacia de lanzar a unos bárbaros contra otros aprovechándose de la casi total carencia de sentimiento de comunidad alguna existente entre los bárbaros<sup>80</sup>; y también aquí tenemos que la política bizantina sabe subrayar la mayor dignidad del Imperio aun en los momentos más críticos, ya que el reconocimiento del título de *rex* a Teodorico Strabón significaba, en verdad, su concesión y, por lo tanto, aceptar la competencia del Imperio para generar tales dignidades; además no deja de ser halagador también para el Imperio contar entre sus altos funcionarios a un *rex gothorum* y no a un simple jefe de banda<sup>81</sup>.

Al mismo tiempo que se solucionaba el problema presentado por Teodorico Strabón, hubo que enfrentar la ofensiva de Theodomir, que alcanzó hasta Tesalónica; para conseguir su retirada el gobierno imperial tuvo que permitirles habitar en seis ciudades de la Tracia y en una de la Mesia II, ciudades que, de hecho, ya habitaban; gracias a esta “espontánea” concesión, los ostrogodos se comprometieron a permanecer en paz y a servir como *foederati* en el ejército imperial<sup>82</sup>; la victoriosa campaña hacia el sur les había permitido

<sup>79</sup>MALCHI, *Frag.* 2 (p. 114); ver MARTROYE, *Genséric*, p. 226; ENSSLIN, *op. cit.*, pp. 39 s.

<sup>80</sup>ENSSLIN, *op. cit.* p. 40. “Es war ein alter und doch immer wieder wirksamer Kunstgriff der kaiserlichen Diplomatie, Germanen gegen Germanen auszuspielen”.

<sup>81</sup>BURY, *op. cit.*, I, P.413

<sup>82</sup>JORDANIS, *Getica*, LVI. “Thiudimer... Thessalonicam petiit, in qua Helarianus patricius a principe directus cum exercitu morabatur, qui dum videret vallo muniti Thessalonicam nec se eorum conatibus posse resistere, missa legatione ad Thiudimer regem muneribusque oblati ad excidione eum urbis retorquet initoque foedere Romanus ductor cum Gothis loca eis iam sponte, quae incolerent, tradidit... ubi Gothi cum rege suo armis depositis co mposita pace quiescunt”. Ver

conseguir tierras fértiles y menos condenadas a las intermitentes depredaciones de las hordas invasoras y podían estar tranquilos —ellos y el Imperio— hasta que, agotados los recursos de la región, el ciclo comenzase de nuevo...

Esta era la situación de los godos cuando murió el Emperador León, en febrero del 474. Zenón, el sucesor, se hizo impopular por su política en favor de los isaurios, grupo con el cual había sido desplazada la influencia de Aspar y sus godos. Basilisco, un cuñado del difunto Emperador León, el mismo que había estado a cargo de la desastrosa expedición naval contra los vándalos, intentó la conspiración, la que prendió rápidamente y fue afortunada *en* sus comienzos; el Emperador Zenón y su familia debieron buscar refugio en las inexpugnables montañas de Isauria, *en* medio de sus paisanos. En la conspiración, Basilisco había contado con el apoyo de Teodorico Strabón; en cambio, Teodorico Amalo, que había sucedido a su padre el rey Theodimir y que sin duda conocía bien a los protagonistas en esta lucha por el Imperio, con un chispazo de intuición, tomó el partido del Emperador depuesto<sup>83</sup>.

La ayuda de Teodorico Amalo fue una decisiva carta en la recuperación del trono por Zenón, y, como es natural, el agradecimiento del Emperador fue a parejas con el descrédito en que cayó Teodorico Strabón; por de pronto, se deshaució el tratado del 473 concluido entre el Emperador León y el jefe godo.

Teodorico Amalo, el antiguo rehén, fue recibido en cambio con toda la pompa que la Corte sabía desplegar para ocasiones semejantes, y el emperador le concedió el patriciado y lo hizo *magister militum*; la anualidad que se pagaba a Teodorico Strabón fue ahora asignada a los ostrogodos. Poco después fue adoptado como hijo por el Emperador, de acuerdo al ceremonial bárbaro, es decir, por las armas; el Emperador también le costeó un triunfo en la Capital. Con la concesión del patriciado, Teodorico automáticamente recibió también la ciudadanía romana<sup>84</sup>. A partir de este momento, Teodorico

---

también, ENSSLIN, *op. cit.*, pp. 38/40; HODGKIN, *op. cit.*, m, 4, p. 27; BROOKS, *op. cit.*, I, p.471.

<sup>83</sup>ANONYMUS VALESIANUS, *Pars Posterior*, 9, 40-42; PROCOPIUS, III, 7, 18-23; ver ENSSLIN, *op. cit.*, p. 359, nota 13.

<sup>84</sup>MALCHI, *Frag.* 13 (p. 129). JORDANIS, *Getica*, LVII, "Theodorico vero gentis suae regem audiens ordinato imperator Zeno grate eique evocaturia destinata ad se in urbe venire precepit, dignoque suscipiens honore inter proceres sui palatii collocavit, et post aliquod tempus ad ampliandum honorem eius in arma sihi eum filium adoptavit de suis stipendis triumphum in urbe donavit". Cf., JORDANIS, *Romana*, 348, "Theodoricus vero Zenonis Augusti humanitate plectus Constantinopolim venit, ubi magister militum praesentis effectus consulis ordinarii triumphum ex publico dono peregit". ANONYMUS VALESIANUS, *Pars Posterior*,

pasó a ser uno de los generales bárbaros que haya tenido más alta dignidad en el Imperio Bizantino y el curso de su historia va a corresponder a esta feliz inauguración de su vida política.

Teodorico Strabón, en tanto, rumiaba su infortunio y, memoroso de los buenos tiempos en que, juntamente con su pueblo, gozaba del favor imperial, decide enviar una embajada al Emperador para tratar de restablecer la amistad, puesto que, según decían los embajadores, todos sus deseos eran “llevar una vida tranquila y quieta y por ninguna razón molestar con sus armas al Imperio”. El relato que hace Maleo, a propósito de esta embajada, es del mayor interés porque nos permite conocer el proceso interno en la conducción de las relaciones exteriores del Imperio en esta segunda mitad del s. v.

Apenas recibida la embajada, el Emperador convocó al Senado y le pidió que emitiese su parecer sobre la proposición de Teodorico Strabón. Los senadores dijeron que el tesoro no daba para pagar a los dos Teodoricos a la vez, puesto que apenas alcanzaba para mantener al ejército imperial; en cuanto a la elección del preferido, eso quedaba entregado a la decisión del Emperador. El papel del Senado se reduce pues a una información de orden fiscal, aspecto que le tocaba de cerca por ser justamente la clase senatorial la cargada con el mayor peso en caso de ser necesario aumentar las contribuciones para hacer frente a las exigencias de los bárbaros<sup>85</sup>.

A continuación, el Emperador hace convocar el ejército y a las *scho-lae* para informar de la situación, subrayando los rasgos hostiles de Teodorico Strabón, lo que quiere decir que su decisión ya estaba tomada; seguramente después de la información del Senado, el Emperador reunió al Consistorio, donde participaba el *magíster of ficiorum*, el funcionario más directamente conectado con la política exterior del Imperio, y allí se vio todo el alcance de una u otra alianza. Así pues

---

11, 49; PROCOPIUS, v, 1, 9; ver HODGKIN, *op. cit.*, III, 4, pp. 80/81; ENSSLIN, *op. cit.*, p. 44; STEIN, *op. cit.*, II, p. 11; LAMMA, *op. cit.*, pp. 24/25; GAUDENZI, *Sui rapporti tra l'Italia e l'Impero d'Oriente fra gli anni 476 e 554 d. C.* (Bologna, 1886), pp. 14/17... “e di piú è certo che Zenone adottandolo per figlio aveva fatto di lui quasi un colléga... Se pero questa non era che una finzioni di linguaggio, una regola piú importante era quella che la unità dell'impero avesse la sua espresione nello appartenere i due imperatori ad una stessa famiglia, e possihilmente nello stare essi in un rapporto di paternità e filiazioni l'uno all'altro... Non altrimenti a nostro avviso va considerata l'adozioni di Teodorico fatta da Zenone”. Contra LOT, *La fin du Monde Antique*, p. 281. Cf., GASQUET, *L'Empire byzantin et la monarchie franque*, p.158.

<sup>85</sup>MALCHI, *Frag. II* (pp.119/120). Ver LECRIVAIN, CH., *Le Sénat Romain depuis Diocletien à Rome et à Constantinople* (Paris, 1888), p.222; BREHIER, *Le Monde Byzantin*, II, p.182

al ejército sólo cabe aclamar lo ya decidido por el Emperador: Teodorico Strabón es declarado enemigo público, así como todos los que hiciesen causa común con él. Esta fue la respuesta que se dio a los embajadores, pero no de inmediato, porque antes se tomaron todas las medidas de defensa que la situación aconsejaba<sup>86</sup>.

El Emperador, el Senado y, para qué decirlo, el ejército sabía que si rechazaban la embajada de Teodorico Strabón, de hecho desataban la guerra. La disyuntiva se presenta bajo aspectos diferentes, pero con el mismo resultado, según quien la considere. Para el Senado, se trata de tributación o guerra, sin hacer cuestión sobre el contendor; la verdad es que se prefiere la guerra porque la experiencia dice que una paz comprada es frágil e invita a mayores exigencias. Si bien, como podemos ir viendo, no siempre la política bizantina fue pacifista (y una política bien fundamentada y orientada no tiene porque serlo siempre), falta saber si el *demos* compartía y alcanzaba a comprender estos problemas. En estos momentos, nos inclinamos a creer que sí, porque, sin duda, estaba vivo aún el sentimiento antigodo, que se había manifestado tan violentamente contra Aspar y sus hombres; además porque en los godos se veía también a los herejes y sobre todo porque el Gobierno imperial tenía eficientes medios de propaganda para imponer sus decisiones.

Apenas comunicada esta decisión, el Gobierno imperial cayó en la cuenta que el peligro real era mayor que el previsto, ya que el poderío de Teodorico Amalo crecía amenazadoramente; la situación era pues la siguiente: un enemigo peligroso y un aliado nada de seguro. En vista de esto, y ya que Teodorico Strabón quería tranquilidad, se le ofreció que, en calidad de particular, habitase en los territorios que había arrebatado al Imperio, donde podría llevar una vida sosegada en la seguridad de no ser molestado; en garantía, se le pidió que enviase a uno de sus hijos como rehén. Teodorico Strabón rechazó el ofrecimiento imperial; ya no podía contentarse con una "vida privada", un pueblo en armas se había congregado a su alrededor confiado en que él los mantendría; ahora sólo la guerra podía decidir<sup>87</sup>.

Al mismo tiempo que el Emperador iniciaba los preparativos belicosos contra los godos de Teodorico Strabón, trató de comprometer a Teodorico Amalo en la campaña, compromiso que éste no podía eludir, pero que le produjo más de alguna inquietud, y por eso, exigió el juramento del Emperador y del Senado de que nunca volverían a concertarse con su homónimo; el juramento le fue con-

<sup>86</sup>MALCHUS, *ibidem*; ver BOAK, A. E. R., *The Master of the Offices in the Later Roman and Byzantine Empires* (New York, 1924), pp. 35 y 92.

<sup>87</sup>MALCHI, *Frag.* 14 (p. 121); ver LAMMA, *op. cit.*, p. 27.

cedido siempre que Teodorico Amalo no transgrediese primero el pacto. Después se dispuso un plan de operaciones en conjunto que no fue cumplido por los ejércitos imperiales y Teodorico se encontró con su ejército en una posición desfavorecida frente Teodorico Strabón, que estaba bien defendido en el inaccesible monte Sondis. Junto con escaramuzas cotidianas, el hijo de Triario comenzó a minar la moral de los ostrogodos con encendidas arengas, en las que sostiene que Teodorico Amalo es un niño, un perjuro y un traidor a su stirpe; que se deja engañar por los romanos, que quieren destruir a los godos lanzándolos en esta lucha fratricida. Sus palabras obtuvieron el efecto deseadado: los ostrogodos insistieron ante Teodorico para que hiciera la paz con los godos de Teodorico Strabón; a orillas de un río, corriente de por medio, ambos jefes juraron la paz y decidieron actuar de consuno contra el Imperio<sup>88</sup>.

Sendas embajadas fueron despachadas a Constantinopla para exigir cada una, apoyada en la otra, aquello que les parecía impostergable: Teodorico Strabón pide ser restablecido en la situación que había conquistado en tiempo del Emperador León, el pago de todas las anualidades atrasadas y la liberación de todos sus familiares. Teodorico Amalo comenzaba disculpando su actuación, a la que se había visto impulsado por el incumplimiento del acuerdo con el Imperio, y pedía que se le concediese un territorio en qué aposentarse con su pueblo y, en tanto llegaba las cosechas, el trigo necesario para alimentarlo; para esto era indispensable que el Emperador enviase inmediatamente sus *domestici* para que legalizasen estas forzosas contribuciones; de no hacerlo así, Teodorico indicaba que no estaba en su poder contener a su pueblo en las rapiñas a que se entregaría.

El Emperador Zenón desestimó las peticiones de Teodorico Strabón y después de vituperar la conducta del Amalo, pasó a ofrecerle nuevamente la alianza contra su homónimo, prometiéndole, en caso de vencerlo, 1.000 libras de oro, 40.000 libras de plata y una renta anual de 10.000 *solidi*. Se le proponía además el matrimonio con la princesa imperial Anicia Juliana, hija de Olybrio y de Placidia la joven, descendiente, por lo tanto de Teodosio el Grande, o con cualquiera otra de las más ilustres damas de la Corte. Estos ofrecimientos no lograron conmover a Teodorico Amalo y los embajadores que envió el Emperador no consiguieron del rey ostrogodo ningún cam-

<sup>88</sup>MALCHI, *Frag.* 15 (pp. 121/123); ver LAMMA, *op. cit.*, pp. 28/29. “Ma l’Amalo, pur conoscendo il giuoco di Zenone, capisce che solo inserendosi nell’intimo della vita bizantina, i Goti potevano avere possibilita di successo superiori a temporanee vittorie da predoni. Questo disegno non era facilmente comprensibile alla mentalità barbarica spiunta dai bisogni, e Teodorico è costretto dai suoi ad accettare di unirsi a Strabone contro Bisanzio...”.

bio<sup>89</sup>. En verdad, la suma ofrecida era elevada —alrededor de 3.800 libras de oro en total— y le habría permitido alimentar a su pueblo durante un año, pero, en cambio la anualidad prometida era sólo de unas 140 libras de oro y tampoco se decía nada acerca de la ubicación más favorable que su pueblo necesitaba. Posiblemente la Corte apreciaba la inclinación que se daba en Teodorico Amalo hacia las formas de la *civilitas* y pensó que con el matrimonio propuesto lo podía conquistar de una vez para siempre y evidentemente en ese caso la anualidad correspondía a un personaje importante, pero no a un conductor de un pueblo y responsable de su existencia; Teodorico evidentemente sentía esa inclinación, pero también era fuerte en él la responsabilidad que lo ligaba con su pueblo; a lo largo de toda su vida tendrá que debatirse entre ambas fuerzas polares y su grandeza reside, en gran parte, en la composición que supo hacer con ellas.

Sin resultado las negociaciones con Teodorico Amalo, fue necesario tomar contacto nuevamente con Teodorico Strabón para concertar la paz como fuera, porque seguramente se había visto la imposibilidad de hacer frente a ambos a la vez, aun contando con el apoyo popular, del cual en estos momentos se dudaba, ya que se temía el estallido de una de las tantas rebeliones que ensangrentaron el imperio de Zenón; además las degradaciones en Tracia ya habían comenzado y era imprescindible ponerle un dique. El acuerdo a que se llegó con Teodorico Strabón, quien fácilmente olvidó todos sus ideales góticos frente a la liberalidad de las ofertas imperiales, consultaba la formación de un ejército de 13.000 godos, seleccionados por el mismo Teodorico Strabón, pagado totalmente por el Imperio, la restitución del cargo de *magister militum praesentalis* y de las dignidades que había alcanzado el godo en tiempo de la insurrección de Basiliscus, además de la comandancia de dos *scholae* de las siete que formaban la guardia imperial en la Capital. Concluido el acuerdo, se degradó simbólicamente al Amalo y Teodorico Strabón asumió sus funciones y comenzó la distribución del dinero correspondiente a los godos reclutados en el ejército imperial<sup>90</sup>.

Teodorico Amalo y sus ostrogodos montaron en cólera al imponerse de la nueva situación e iniciaron nuevamente una incursión hacia el sur, que los llevó otra vez hasta Tesalónica, la cual tuvo que sufrir un nuevo sitio; otras ciudades, como Stobi y Heraclea, fueron saqueadas y casi arrasadas en esta campaña en que la ira y el hambre eran acicate fiero<sup>91</sup>.

<sup>89</sup>MALCHI, *Frag.* 16 (p. 123); HODGKIN, *op. cit.*, III, 4, pp. 88/89; ENSSLIN, *op. cit.*, pp. 48/49; STEIN, *op. cit.*, II, p. 12.

<sup>90</sup>MALCHI, *Frag.* 17 (p. 124); Cf., BROOKS, *C.M.H.*, I, p. 475.

<sup>91</sup>MALCHI, *Frag.* 18 (p. 125).



Aunque el Imperio contaba en estos momentos con las nuevas fuerzas del contingente godo, optó por solucionar el conflicto con los ostrogodos por la vía de la diplomacia y de los compromisos; de seguro la garantía de fidelidad que daban los hombres de Teodorico Strabón era bien débil y por eso se temió enviarlos contra el Amalo por temor de una posible colusión. El Emperador Zenón envió al *magister militum* Artemido y a Focas ante Teodorico Amalo para recordarle las distinciones con que el gobierno imperial lo había honrado, para imputarle la ruptura de la paz y para indicarle que enviara una embajada al buen Emperador para solucionar los problemas pendientes. Teodorico acogió esta sugerencia y envió a Bizancio a algunos de sus hombres; en tanto, prohibió a su tropa quemar o matar, pero no pudo impedirle que, urgidos por la necesidad, se apoderaran de lo necesario para vivir.

Los legados de Teodorico Amalo pidieron al Emperador que enviase un embajador plenipotenciario para que las negociaciones pudiesen llevarse rápidamente a buen término sin dilatarse en mayores consultas. Zenón escogió al patricio Adamantio, antiguo *praefectus urbi* y honrado con la dignidad consular, quien fue autorizado para ofrecer la Pautalia; este emplazamiento, en la provincia de Dardania, dejaría a los ostrogodos entre los ejércitos de Illiria y de Tracia y, por lo tanto, se estimaba que sería mucho más fácil controlar sus movimientos. Llevaba también Adamantio 200 libras de oro para comprar alimentos para los ostrogodos, ya que se sabía de las penurias que estaban pasando, las cuales no se solucionarían con la instalación en Pautalia, por lo menos hasta la próxima cosecha. Esto también lo sabía Teodorico y, en consecuencia, poco o nada le atraía este ofrecimiento, y, en cambio, con gusto habría recibido el Epiro, región que, a diferencia de otras de los Balkanes, no había sufrido las desoladoras incursiones de los bárbaros ni las campañas de los ejércitos imperiales; posiblemente el proyecto de hacerse firme en este territorio y de presionar por la fuerza de los hechos, explica la ofensiva hacia el poniente, que llevó victoriosamente sus tropas hasta Dyrrachium (Durazzo) en la costa del Adriático; y esto en momentos en que se reanudaban las negociaciones con el Imperio<sup>92</sup>.

Adamantio, que estaba en Tesalónica, envió a Teodorico un mensajero para recordarle la tregua en que se encontraban, pedida por él mismo, y consecuentemente, que cesara en su ofensiva y le enviara a un hombre que le diese seguridad en la prosecución de la embajada. En tanto, Adamantio avanzó hasta Edesa para hacer más rápida las

<sup>92</sup>MALCHI, *Frag.* 18 (pp. 126/127); HODGKIN, *op. cit.*, III, 4, p. 95; BURY, *op. cit.* (1923), I, pp. 416/417; STEIN, *op. cit.*, II, p. 14.

negociaciones. Allí se encontró con Sabiniano, el *magister militum per Illyricum*, quien iba a ser un obstáculo en la pronta concertación de las negociaciones, como veremos a continuación.

Teodorico, por intermedio de un sacerdote arriano, dio al embajador la seguridad solicitada, y Adamantio, junto con Sabiniano y su ejército, avanzaron entonces hasta Lychnidum (Ochrida), desde donde nuevamente se puso en comunicación con Teodorico para pedirle que viniera con su escolta hasta las proximidades de Lychnidum, o, si prefería, él seguiría hasta Dyrrachium; pero en este caso, pedía que enviase a los generales Soam y Dagistheum, para que, guardados como rehenes, garantizaran la inviolabilidad del embajador. Teodorico aceptó siempre que Sabiniano jurase que, al regreso de Adamantio, devolvería también sanos y salvos a los rehenes. Y aquí surgió la gran dificultad: Sabiniano se negó obstinadamente a prestar juramento, alegando que nunca antes lo había hecho y que ahora no iba a ser el momento de romper esta costumbre; no hubo razonamiento que pudiera convencerlo en contrario.

Así, pues, no quedó al decidido e intrépido embajador más que aventurarse por atajos desconocidos con una escolta de 200 hombres hasta alcanzar a Dyrrachium. Allí iba a celebrarse una teatral entrevista entre el rey ostrogodo y el embajador imperial: llegados a orillas de una profunda quebrada, en cuyo fondo corría un torrente, y dejadas las escoltas a prudente distancia, los dos personajes iniciaron un diálogo, del cual Maleo nos ha conservado lo que podemos considerar una fundamentada recreación histórica-literaria. Teodorico presentó las quejas que tenía contra el Gobierno imperial, y los motivos que le habían obligado a pactar con Teodorico Strabón; Adamantio rememoró los honores que Teodorico había recibido del Emperador, para hacerle ver lo mucho que debía a Zenón, y le echó en cara que hubiese invadido y ocupado una parte del Imperio, en momentos en que se estaba negociando un tratado. El Gobierno imperial no podía permitir que continuase en posesión de las grandes ciudades del Epiro —justamente en la importante ruta de comunicaciones con occidente— pero, en cambio, le ofrecía una amplia, fértil y poco poblada región de la Dardania, que podría responder generosamente al trabajo agrícola de todo su ejército. Teodorico contestó que, por su parte, aceptaba, pero estaba el problema siempre presente e impostergable de su pueblo, que, en las actuales circunstancias —cansado y en invierno— no querría emprender este viaje sino hasta la primavera siguiente; proponía pues, permanecer mientras tanto en el Epiro sin tentar nuevas conquistas y ofrecía entregar a su madre y a su hermano como rehenes mientras él, con seis mil de sus mejores guerreros, marcharía a Tracia para, en conjunto con los ejércitos

imperiales, acabar con los godos y entonces obtener de nuevo su dignidad de *magister militum* —en lugar de Teodorico Strabón— y poder radicarse en Constantinopla para vivir al modo romano; o bien, si el Emperador así lo ordenase, estaba pronto para ir a Dalmacia y prestar ayuda al depuesto Emperador Julio Nepos para que recuperase el trono de Occidente<sup>93</sup>.

Frente a esta proposición, Adamantio no pudo pronunciarse porque tocaba un punto que estaba fuera de su competencia —la autorización para una permanencia temporal en el Epiro— correspondiente a una situación que se había producido después de recibir las instrucciones imperiales; detenida pues la conversación en este punto y dejando abierta la negociación, retornó a Lychnidum, donde se impuso de la sorpresa y derrota de la retaguardia del ejército ostrogodo, comandado por Theudenumundo, hermano de Teodorico; Sabiniano había hecho más de 5.000 prisioneros de los cuales se guardó a los más nobles para exigir rescate y se repartió a los restantes entre los soldados vencedores. Desde Lychnidum, el embajador, parcialmente fracasado, y el general, totalmente vencedor, informaron por separado al Emperador y de acuerdo a la particular apreciación que tenían de la situación. Sabiniano aconsejaba no pactar con los bárbaros, ya que había esperanzas de expulsarlos por la fuerza del Epiro o de someterlos. El Emperador aprobó este informe y ordenó a Adamantio cortar las conversaciones y comunicar al ejército imperial sus órdenes de guerra; el embajador cumplió pronunciando una patriótica alocución<sup>94</sup>.

El Emperador no trepida en despreciar el trabajo de su embajador, quien ya había logrado resultados positivos porque sabe que producirá una mayor impresión de poderío y de majestuosidad no sólo desconociendo los ofrecimientos de los bárbaros, sino aún más, aniquilándolos por las armas; su decisión no es producto tan sólo de la reciente victoria sobre los ostrogodos, toda la ideología imperial de superioridad y dominio universal la impone y respalda. Esta conciencia de superioridad también informa a sus funcionarios, especialmente a aquellos que están educados para ver la grandeza en el poder; así se explica que Sabiniano, un hombre probo y austero, no tuvo ningún problema de conciencia al sorprender a los ostrogodos en los momentos mismos en que estaban abiertas las negociaciones; de hecho, despreció al bárbaro y dio muestras de su prepotencia; estaba seguro de contar con el respaldo del Emperador *siempre victorioso*.

Esta autoridad del Emperador se transparenta también en las pala-

<sup>93</sup>MALCHI, *Frag.* 18 (pp. 127/129); HODGKIN, *op. cit.*, III, 4, pp. 101/106; ENSSLIN, *op. cit.*, p. 54.

<sup>94</sup>MALCHI, *Frag.* 18 (p. 129/130); LAMMA, *op. cit.*, p. 32.

bras del propio Teodorico, quien estima conveniente disculpar su conducta y ofrece sus servicios, dando la garantía de preciados rehenes.

Una sedición que estalla hacia el 481, ofreció pretexto a Teodorico Strabón para aproximarse a la Capital con un gran ejército, y como todos comprendieron que su intención no era —como lo proclamaba— defender al Emperador sino pescar en río revuelto, fue conminado a retirarse por no haber necesidad de sus servicios, haciéndole ver que la presencia de los godos causaría conmoción en Constantinopla. Teodorico Strabón contestó que él obedecía al Emperador, pero no podía responder de sus hombres; y continuó su avance hasta llegar a cuatro millas de la Capital. Frente a esta grave amenaza, el Emperador recurrió al medio más socorrido para ganarse la voluntad de los bárbaros: envió a un funcionario —tal vez el mismo Telogio, el *silentarius* que ya había cumplido similar misión ante Teodorico Strabón años antes— con cantidad de riquezas para ofrecer al jefe godo y para repartir entre sus soldados, y con la promesa de mucha más si obedecían las órdenes del Emperador; así se consiguió evitar el asalto de la Capital<sup>95</sup>.

Pero como Teodorico Strabón continuase con una actitud dudosa frente a la política imperial, fue nuevamente declarado enemigo público y destituido de su cargo de *magister militum praesentalis* y de las otras dignidades de que gozaba. A partir de este momento, nuevamente ambos Teodoricos estarían proscritos y era muy natural que formaran una nueva coalición contra el Imperio, la cual fue su postrera alianza. Para hacerle frente, el Emperador Zenón recurrió a un pueblo desconocido, seguramente uno de los tantos movilizados por la invasión de los hunos: los búlgaros; pero estos nuevos bárbaros fueron batidos por ambos Teodoricos, siendo ésta la última victoria que ganara Teodorico Strabón antes de morir<sup>96</sup>.

Ahora Teodorico Amalo pasaría a ser indiscutidamente el único jefe de los godos, siendo en adelante conocido como *Theodoricus rex gothorum*. Pero, si bien acrecentó sus fuerzas, aumentaron también sus responsabilidades; era todo el pueblo de Teodorico Strabón el que esperaba de su nuevo jefe la solución de sus necesidades más urgentes; en primer lugar su pan. Esta multitud hambrienta y belicosa presionará para exigir una nueva campaña —hacia el 482— que avanzará por Macedonia y parte de Tesalia, llegando a saquear a Larisa<sup>97</sup>.

Por entonces, una nueva conspiración —de una de las tantas que

<sup>95</sup>MALCHI, *Frag.* 19 (p. 131); MARRCELLINUS COMES, *Chronica* ad. a. C. 481.

<sup>96</sup>JOHANNES ANTIOCHENUS, *Frag.* 211, 4 (F.H.G., IV, p. 619); ver HODGKIN, *op. cit.* III, pp. 111 s.; STEIN, *op. cit.*, II, pp. 16/17.

<sup>97</sup>MARCELLINUS COMES, *Chronica* ad. a. C. 482.

llenaron el imperio de Zenón— stalló en Asia Menor; la dirigía el general Illus. El Emperador, recordando que, cuando tuvo que hacer frente a la rebelión de Basiliscus, Teodorico había sido una carta decisiva para su restauración, comenzó a ganarse la voluntad del poderoso rey bárbaro, enviándole repetidas pruebas de su munificencia, hasta que, por último, consiguió hacerlo comparecer en Bizancio, donde recibió de nuevo su grado de *magíster militum praesentalis* y fue honrado con el consulado para el año 484; para su pueblo, recibió tierras en la Dacia Ripensis y en la Moesia Inferior. Teodorico podía dar por colmadas sus más caras aspiraciones; el halago imperial llegó hasta permitir que se le erigiese una estatua ecuestre frente al Palacio; pero todos estos honores y las satisfacciones que le deparaba la vida en la Capital, no alcanzaban a su pueblo, el cual vivía seguramente en la penuria a orillas del Danubio. Otra vez vuelve a adquirir todo su dramatismo la tensión que vive el alma de Teodorico entre su adhesión a las formas de vida romana y su responsabilidad frente a la suerte de su pueblo; de aquí el juicio peyorativo de un cronista de la generación siguiente, quien lo describe como un rey “nunca hartado con los beneficios del Emperador Zenón”<sup>98</sup>.

Hacia el año 487, la situación se hizo insostenible a orillas del Danubio y un gran ejército de godos irrumpió en la Tracia y llegó hasta las afueras de Constantinopla, dejando la desolación a su paso. Durante varios días la presencia de los bárbaros fue una amenaza formidable para la Capital; pero allí estaba la fortuna y la habilidad diplomática del Imperio: una hermana de Teodorico, —Amalafrida—, que pertenecía a la casa de la emperatriz, portadora de valiosos regalos, fue enviada ante su hermano, comprometiéndolo a levantar el sitio y retornar con su hombres a los territorios de Dacia y Moesia<sup>99</sup>. ¿Hasta cuándo duraría la tranquilidad tan caramente comprada? ¿Qué garantía había de que en cuanto se agotasen los alimentos y se acabase el tributo no estarían otra vez los bárbaros a las puertas de la capital? ¿Expulsarlos al norte del Danubio, aniquilarlos? Imposible. ¿Qué hacer con ellos entonces? Los veintitantos años de correrías no habían disminuido en nada su acometividad, ni los había plegado a la vida sedentaria, ni los había capacitado para una vida urbana; los os-

<sup>98</sup>CANDIDI ISAURI, *Frag.* 1 (p. 136); MARCELLINUS COMES, *Chronica* ad a. C. 483 y 487; EUSTATHII EPIPHANIENSIS, *Frag.* 4 (F.H.G., IV, p. 140); IORDANIS, *Getica*, LVII...“factusque consul ordinarius, quod summum bonum primumque in mundo decus edicitur; nec tantum hoc, sed etiam et equestrem statuam ad famam tanti viri ante regiam palati conlocavit; inter haec ergo Theodoricus Zenonis imperio foedere sociatus...”; PAULUS, *Historia Romana*, xv, 13; Cf., VETTERS, *Dacia Ripensis*, p. 44; MARCELLINUS COMES, *Chronica* ad a. C.487.

<sup>99</sup>MARCELLINUS COMES, *Chronica* ad. A. C.487; JOH MALALAE, *op.cit.*, col.570; STEIN, *op. cit.*, II, p.39

trogodos aparecían tan dados a la aventura, tan volubles, tan exigentes y tan necesitados como en el primer día. La solución iba a estar en entusiasmarlo en una gran aventura que les garantizase la satisfacción de todas sus necesidades. Pero antes de tratar este punto, conviene recordar cual era la situación de Occidente en estos años, ya que allí se iría a realizar el sueño de los ostrogodos.

Las dificultades internas que tuvo que superar el Emperador Zenón, en los inicios de su gobierno, le impidieron prestar ayuda a Julio Nepos, —el último Emperador designado por Bizancio para la *pars occidentalis*— quien en agosto del 475 fue depuesto por Orestes. Orestes pudo mantenerse durante un año, gobernando a nombre de su hijo Rómulo Augustulo y a su vez fue asesinado por Odoacro, quien confinó en un pueblecito cercano a Nápoles al joven Rómulo Augustulo (sept. del 476)<sup>100</sup>.

Odoacro tenía conciencia de sus limitaciones y, por eso, igual que muchos otros generales bárbaros antes que él, no intentó apropiarse del título imperial, y ni siquiera de desconocer la lejana autoridad del Emperador de Constantinopla, quien —desde el momento que en Occidente no había otro Emperador oficialmente reconocido— pasaba a ser el único detentor de la plenitud de la soberanía, desde el punto de vista legal<sup>101</sup>.

Después que se supo en Italia que Zenón había recuperado el trono, Odoacro obligó al Senado a enviar una embajada al Emperador, la que se decía ser también portadora de la voluntad de Rómulo Augustulo. Esta embajada debía justamente subrayar la idea de la unidad imperial centrada alrededor del Emperador de Constantinopla, quien podía velar por ambas partes; y debía solicitar para Odoacro, a quien “el Senado había elegido para gobernar la parte de occidente”, la dignidad de patricio y el cargo de *magíster militum praesentalis*, con el cual podría ejercer cumplidamente el gobierno, en representación del Emperador. Y como testimonio irrefutable de la honestidad de su pensamiento, Odoacro hizo enviar a Zenón “omnia ornamenta palatii”<sup>102</sup>.

La embajada de Roma coincidió con una enviada por Julio Nepos desde Dalmacia, encargada de felicitar al Emperador por la recupera-

<sup>100</sup>PROCOPIUS, V, 1, 1; ver GAUDENZI, *op. cit.*, p. 6; ROMANO-SOLMI, *Le Dominationi Barbariche in Italia*, pp. 113/115.

<sup>101</sup>GAUDENZI, *op.cit.*, p.7; GASQUET, *L'Empire byzantin et la monarchie franque* (Paris, 1888), p. VI, “Le régime de l'unanimité fut détruit, mais au profit de l'unité de l'Empire”

<sup>102</sup>MALCHI, *Frag.* 10 (p.179). ANONYMUS VALENSIANUS, *Pars Posterior*, 12, 64 “(Anastasius) Omnia ornamenta palatii, quae Odoacar Constantinopolim transmisserat, remittit.”; ROMANO-SOLMI, *op. cit.*, pp.118-123; JONES, *The Later Roman Empire*, p. 245.

ción del trono, y al mismo tiempo de solicitar auxilio —fuese de dinero o de hombres— para recuperar el Imperio de Occidente; se pensaba que la triste experiencia que acababa de vivir Zenón lo haría más comprensivo para con la situación en que se encontraba el depuesto Emperador de Occidente.

La forma en que Zenón va a solucionar esta delicada situación es una buena muestra del tino y habilidad que caracterizaban la diplomacia bizantina. Por de pronto, no se podía despreciar la aparentemente humilde petición de Odoacro, pero, en verdad, poderosamente respaldada por el ejército de bárbaros; ni tampoco se podía adoptarla de pleno porque eso habría significado dar un reconocimiento oficial a la nueva situación imperante en Italia, reconocimiento que generalmente el Imperio posponía para conservar su libertad de acción, llegado el momento adecuado. No se podía desconocer tampoco la legalidad que asistía a Julio Nepos y la justicia que respaldaba su petición de ayuda para recuperar el trono de Occidente. No había que desechár siquiera la posible realidad que se expresaba en las palabras de los embajadores del Senado romano: bastaba con un sólo emperador y ése era Zenón.

Zenón distinguió entre el título honorífico de patricio, que concedió sin dificultad a Orestes, y la función de *magister militum praesentalis*, que generalmente incluía la dignidad de patricio, haciendo notar que esta última tenía que ser concedida por el Emperador Julio Nepos, a quien debían recurrir, pues, para obtener esa designación. Pero el reconocimiento de las prerrogativas del depuesto Emperador quedó en la letra porque no se tomó ninguna medida efectiva para apoyarlo, y, de hecho, Odoacro gobernó como rex bárbaro en Italia, sin ninguna sanción jurídica oficial de parte de Bizancio, que se limitó a tolerarlo<sup>103</sup>.

La situación de Odoacro se afianzó en los años siguientes gracias a la concertación de un tratado con Genserico, el cual dejó en manos de Odoacro la isla de Sicilia a cambio de un tributo anual, con lo cual se aseguraba importante parte de la alimentación de Italia. La muerte

<sup>103</sup>MALCHI, *Frag.* 10 (p. 119): καὶ Βασιλείον γράμμα περὶ ὧν ἠβούλετο πέμπων τῷ Ὀδοάκρῳ, πατρικίον ἐν τούτῳ τῷ γράμματι ἐπωνόμασε. ROMANO-SOLMI, *op. cit.*, pp. 120/123. “Rex, in sostanza, detto di Odoacre, esprime soltando il supremo grado principesco a cui i barbari l’hanno innalzato, senz’alcuna determinazioni di popolo e di paese, e senz’alcun riguardo alla posizione che egli assume di fronte all’Italia e all’Impero d’Oriente... Il suo potere rimase un potere di fatto, privo d’ogni sanzione giuridica. La corte bizantina non gli dette mai l’investitura del patriziato, essa lo considero sempre come un usurpatore, e, dopo averlo tollerato e tenuto a bada per qualche tempo, venuto il momento opportuno, apertamente lo combattè”. Cf., PICOTTI, *Odoacro* en Enciclopedia Italiana, xxv, 178/179. Ver también GAUDENZI, *op. cit.*, pp. 9/10.

de Julio Nepos en el 480 contribuyó también a aclarar la situación a favor del Rey bárbaro; y la publicación del *Henotikon*, por Zenón, contribuyó a restarle apoyo al Imperio e indirectamente a afirmar a Odoacro<sup>104</sup>.

En el 486, el Emperador, preocupado por la presencia de Odoacro en Dalmacia y por sus posibles conexiones con el general Illus, incitó contra él al pueblo de los rugios; pero Odoacro los derrotó y, como muestra de que no quería romper con el Imperio, separó parte del botín y lo envió a Zenón, dando a entender que seguía militando bajo las órdenes del Emperador; al año siguiente, los rugios vuelven a ser derrotados y el joven príncipe Federico tuvo que buscar refugio junto a Teodorico Amalo<sup>105</sup>.

Llegamos al momento en que el Gobierno imperial se vio enfrentado al insoluble problema de los godos en los Balkanes: tratados, dignidades, tributos, campañas, concesiones de tierras, todo se había probado y todo había resultado ineficaz para impedir la repetición de periódicas incursiones, cada vez igualmente devastadoras, porque —como hemos dicho— parecía que la belicosidad de estos bárbaros no se había debilitado en contacto con la civilización del Imperio; ni se había aumentado la capacidad de éstos para solucionar por vía pacífica y laboriosa sus necesidades, incrementadas, en cambio, por las relaciones con el Imperio. Este momento correspondió a la peligrosa ampliación de la política de Odoacro en los Balkanes. ¿Qué podría pasar si los dos reyes bárbaros unieran sus fuerzas contra el Imperio? Por el momento, esta alianza no parecía probable, pero de ningún modo era imposible. Es natural pues que en estas circunstancias apremiantes, la diplomacia bizantina se haya movilizado para encontrar una solución definitiva al problema que presentaba la presencia de los godos en los Balkanes y su permanente amenaza para la Capital. El resultado fue —como se sabe— la invasión de Italia por los ostrogodos de Teodorico, el fin del régimen de Odoacro y, lo que era más importante para Bizancio, el alivio que experimentó la presión que durante tantos años habían ejercido los godos sobre las provincias de la península de los Balkanes.

Frente a este hecho —la invasión de Italia por los ostrogodos— nos interesa saber cuál fue la parte que correspondió a la diplomacia imperial, ya que si podemos asignarle la iniciativa y comprobar que la invasión se realizó condicionada por la política imperial, tendremos

<sup>104</sup>PACE, *I Barbari ed i Bizantini in Sicilia*, pp. 53/54; GIUNTA, *Genserico e la Sicilia*, p. 72; ROMANO-SOLMI, *op. cit.*, pp. 130-131; STEIN, *op. cit.*, II, pp. 47/48; BARDY, en H.E., IV, pp. 296 s.

<sup>105</sup>JOHANES ANTIOCHENUS, *Frag.* 214, 7 (p. 621); ver también ROMANO-SOLMI, *op. cit.*, p. 135; STEIN, *op. cit.*, II, p. 53; HODGKIN, *op. cit.*, III, 4, pp. 148 s.



que concluir que, en este caso, como en otros, el Imperio fue capaz de superar el cerco bárbaro con la habilidad de su juego diplomático. Por supuesto que este problema ha sido tratado muchas veces por los historiadores que han estudiado estos acontecimientos, pero sin que se haya llegado a dar una solución definitiva; nuestro propósito es proporcionar un nuevo punto de vista para apreciar el curso de estas negociaciones.

El análisis de las fuentes que se refieren a este punto demuestra que hay dos tradiciones respecto a la iniciativa de la invasión de Italia; una, que podemos llamar imperial y que está representada por Procopius y el Anónimo Valesiano, y otra, que podemos llamar gótica y que está representada por Jordanes y Paulo Diácono. Evagrius, en su *Historia Ecclesiastica*, ya recoge una doble tradición: por una parte, un fragmento de Eustathius, que posiblemente data de los primeros años del s. VI, y que atribuye el proyecto de la incursión contra Odoacro a Teodorico, quien lo habría pensado como medida preventiva frente a la peligrosa situación que podía creársele de un momento a otro, si el Emperador decidía eliminarlo; por otra, habría sido el Emperador, quien, deseoso de deshacerse de Teodorico y su pueblo, convenció al rey ostrogodo de las ventajas que le proporcionaría esta incursión a Italia<sup>106</sup>.

<sup>106</sup>Ver, p. ej., BACH, E., *Théodoric, romain ou barbare?* Bizantion, 1955/1957, p. 416... "Les sources ne sont pas d'accord pour qu'on puisse savoir si ce fut Théodoric lui même qui eut l'idée de la campagne d'Italie ou l'Empereur Zénon qui en fut l'auteur". LAMMA, *op. cit.*, pp. 35/40, présente et commente ces sources. PROCOPIUS, v, 1, 10: Ζήνων δὲ βασιλεύς, τὰ παρόντα εὖ τίθεσθαι ἐπιστάμενος, Θευδεσίχῳ πασῆναι ἐς Ἰταλίαν ποσεύεσθαι.

ANONYMUS VALENSIANUS, II, 49. "Zeno itaque recompensans beneficiis Theodoricum, quem fecit patricium et consulem, donans ei multum et mittens eum ad Italiam". JORDANIS, *Getica*, LVII, "...dum (Theodoricus) in urbe omnibus bonis frueretur gentemque suam in Illyrico, ut diximus, residentem nom omnino idoneam aut refertam audiret, elegit potius solito more gentis suae labore querere victum quam ipse otiose frui regni Romani bona et gentem suam mediocriter. vicitare, secum deliberans ad principem ait: "quamvis nihil deest nobis imperio vestro famulantibus, tamen, si dignum ducit pietas vestra, desiderium mei cordis libenter aexaudiat". cumque ei, ut solebat, familiareter facultas fuisset loquendi concessa: "Hesperia", inquit, "plaga, dudum decessorum prodecessorumque vestrorum regimini gubernata est, et urbs illa caput orbis et domina quare nunc sub regis Thorcingorum Rogorumque tyrannide fluctuantur? dirige me cum gente mea, si praecepis, ut et hic expensarum pondere careas et ibi, si adiutus a domino vicero, fama vestra pietatis inradiet. expedit namque, ut ego, qui sum servus vester et filius, si vicero, vobis donantibus regnum illud possideam: haud ille, quem non nostis, tyrannico iugo senatum vestrum partemque rei publicae captivitatis servitio premat. ego enim si vicero, vestro dono vestroque munere possedebo; si victus fuero, vestra pietas nihil amittit, immo, ut diximus, lucratur expensas. quo audito quamvis agrae ferret imperator discessum eius,

Es necesario también ver cuál es el espíritu que animó el tratado que se concluyó entre el Emperador Zenón y Teodorico para establecer las condiciones en que se realizaría la reconquista de Italia. La dependencia y subordinación de Teodorico a Zenón resulta clara en la narración que entrega Jordanes, quien hace decir al mismo Teodorico: “dirige me cum gente mea, si praecepis, ut et hic expensarum pondere careas et ibi, si adiutus a domino vicero, fama vestra pietatis inradiet. Expediit namque, ut ego, qui sum servus vester et filius, si vicero, vobis donantibus regnum illud possedeam...”<sup>107</sup>. Y el Anónimo Valesiano precisa: “Cui (Zeno) Theodoricus pactuatus est, ut, si victus fuisset Odoacar, pro merito laborum suorum loco eius, dum adveniret, tantum praeregneret”<sup>108</sup>. Por último, agreguemos que el Emperador “magnisque ditatum muneribus dimisit a se, senatum populumque ei (Theodorico) commendans Romanum”<sup>109</sup>.

Para apreciar debidamente el espíritu de este tratado debe tenerse en cuenta que si el Emperador propuso a Teodorico la campaña de Italia y consiguió que éste la aceptara, evidentemente tuvo que concederle mayores garantías para su posterior gobierno en Italia y entusiasmarlo con más ventajas y regalos, que si Teodorico hubiese decidido por su cuenta esta campaña; desde esta perspectiva, parecería que es

nolens tamen eum constrictare annuit qui posebat, magnisque ditatum muneribus dimisit a se, senatum populumque ei commendans Romanum”. Sin embargo, en la *Historia Romana*, pp. 348/349, el mismo JORDANES atribuye al Emperador la iniciativa de la conquista de Italia. “...Theodoricus vero Zenonis Augusti humanitate plectus Constantinopolim venit, ubi magister militum praesentis effectus consulis ordinari triumphum ex publico dono peregit. Sed quia tunc, ut diximus, Odoacer regnum Italiae occupasset, Zenon imperator cernens iam gentes illam patriam possidere, maluit Theodorico ac si proprio iam clienti eam committi quam illi quem nec noverat. secumque ita deliberans, ad partes eum Italiae mandans, Romanum illi populum senatumque commendat. obansque rex gentium et consul Romanus Theodoricus Italiam petiit”. PAULUS, *Historia Romana*, xv, 14, “Zeno... eius petitionibus adniit Italiamque ei per pragmaticum tribuens... senatum illi populumque Romanum commendans abire permisit”. EUSTATHIUS EPHIPHANIENSIS, *Frag.* 4 (pp. 140/141): και οτι γε ο Θεωδέριχος της επιβουλης Ζήνωνος αισθόμενος, επί την πρεσβυτέραν Ῥώμην αναχωρεί. τινές δέ φασιν ως και ύποθήκη Ζήνωνος. Και Ὀδόαχρον μάχη κρατήσας, ύφέαυτόν την Ῥώμην ποιείται, ρήγα προσονομάσας έαυτόν

A propósito de MALCHI, *Frag.* 18 (p. 129): έτοιμος δέ, ει προστάξειε Βασιλεύς, και εις Δαλματιαν άπελθειω, ως Νέπωτα κατάξων,

STEIN, *op. cit.*, II, p. 15, afirma que esto “prouve que Théodoric pensa de ce moment a une entreprise qu’il réaliserá dix ans plus tard sous une autre forme”. Pero también se podría pensar que con la adopción, el emperador Zenón ya había concebido la idea de enviar a Teodorico contra Odoacro; GAUDENZI, *op. cit.*, p. 15; ver supra nota 84; ver también RUBIN, *Theodorich und Justinian*, (München, 1953), p. 12, LATOUCHE, R., *Les Grandes Invasions* (París, 1946), p. 135 s.

<sup>107</sup>JORDANIS, *Getica*, LVII, ver nota anterior.

<sup>108</sup>ANONYMUS VALESIANUS, II, 49.

<sup>109</sup>JORDANIS, *ibidem*

el Gobierno imperial el que propone la reconquista de Italia al rey ostrogodo; a no ser que, gozoso con la proposición de Teodorico, hubiese colaborado abierta y generosamente para hacer pronta realidad dicho plan.

Por supuesto que en la misión dada a Teodorico no debemos ver únicamente una medida desesperada de Bizancio para deshacerse de un odioso problema; podemos afirmar que esta medida estaba informada también por el espíritu de hegemonía universal y, por lo tanto, relacionada con los planes de dominio efectivo de los territorios de la *pars occidentalis*, momentáneamente en manos de los bárbaros. El Emperador no hacía otra cosa que enviar a uno de sus generales para que, una vez vencido el tirano Odoacro, gobernase Italia como funcionario imperial, para lo cual estaba Teodorico especialmente calificado por la adopción que lo ligaba tan estrechamente a la persona del Emperador<sup>110</sup>.

También debemos tener presente la penosa situación que se había creado en la península de los Balkanes para comprender el tenso ambiente en que se mueven los ostrogodos y en que planea la diplomacia imperial: pobladas desubicadas e indisciplinadas, poco hechas a convenciones y tratados, con impostergables necesidades y en incipiente estado de agricultura; penuria y desaliento entre los antiguos habitantes, que no encuentran ningún aliciente para aumentar la débil producción que esforzadamente mantienen, con lo cual la escasez de alimentos llega a ser uno de los más graves problemas de estos decenios; temor insistentemente mantenido de nuevas invasiones, que azotarían a todos por igual.

Resumiendo, podríamos concluir haciendo nuestras las sensatas palabras de Villari, “todo induce a creer que uno quería partir y que el otro quería enviarlo; comunes intereses los impulsaban hacia la misma meta”<sup>111</sup>. Pero el estudio de todas las relaciones que ha tenido

<sup>110</sup>GAUDENZI, *op. cit.*, p. 12 /13...” a dir vero chi conosce la politica bizantina di quell'epoca non credera mai che Zenone, facendo a Teodorico un dono come era quello dell'Italia, non cercasse di ottenere altro vantaggio che di liberar si da un vicino incomodo, e di guadagnarci le spese”. ROMANO-SOLMI, *op. cit.*, p. 145: “Pare infatti quasi impossibile che la corte bizantina, concedendo agli Ostrogoti di marciare contro Odoacre, non avesse cercato di prendere le sue precauzioni per assicurarsi almeno l'alta sovranita su quella importante parte dell'Impero ...”; Cf. también LEMERLE, *Invasions et migrations dans les Balkans*, R. H., 1954, p. 280. Ver MÜLLER, W., *Die Herrschaft Theodorichs des Grossen vor seinen Zuge nach Italien* (Greifswald, 1892), p. 68.

<sup>111</sup>VILLARI, *op. cit.*, p. 146. LAMMA, *op. cit.*, p. 39... “In realtà a noi sembra che Teodorico abbia ripreso inconsiderazione la via dell'occidente, che deve esser stata sempre presente al suo spirito, dopo aver visto l'impossibilità immediata di una sua decisa affermazione nella politica bizantina. Non ha senso discutire se l'iniziativa sia partita ufficialmente da lui o da Zenone. Probabilmente è

el Imperio con los godos, especialmente las habidas a partir del Gobierno de Zenón y en las que siempre ha estado comprometido Teodorico, nos hacen pensar que la participación que cupo al Gobierno imperial en la campaña de Italia, desde la misma iniciativa, fue mayor que la que corresponde a Teodorico y que, por lo tanto, debemos asignar a la diplomacia imperial la solución del problema que presentaban los godos en los Balkanes.

Creemos que la adecuada solución de este problema hay que buscarla dentro del conjunto de estas relaciones y, para eso, proponemos ordenarlas, teniendo en cuenta los siguientes puntos: en toda negociación diplomática tendiente a formar una alianza ofensiva-defensiva hay un director de dicha política, persona o gobierno que toma la iniciativa y orienta el proceso y que ubicaremos bajo (A); consecuentemente hay uno o varios individuos o pueblos, que participan en esa negociación y que son convencidos y dirigidos y que ubicaremos bajo (B); la alianza así concertada se deja sentir sobre un tercero, individuo o pueblo, que ubicaremos bajo (C).

Si ordenamos las negociaciones en que participan el Emperador Zenón, Teodorico Amalo, Teodorico Strabón y otros, de acuerdo con la puntualización anterior, resulta el siguiente cuadro:

Año	(A)	(B)	(C)
477	Zenón	Teodorico	Basiliscus
478	Zenón	Teodorico	T. Strabón
478	T. Strabón	Teodorico	Zenón
479	Zenón	T. Strabón	Teodorico
479	Teodorico	(a)	T. Strabón
481	(b)	—	Zenón
484	Zenón	Teodorico	Illus
	Zenón 4	—	2
	Teodorico 1	4	1

(a) Embajada de Adamantio; la proposición de Teodorico Amalo no se consideró; en este caso, no se puede decir que el Emperador fue dirigido.

(b) No se sabe cuál de los dos Teodoricos propuso la alianza, si es que efectivamente la hubo, pues bien pueden haber atacado al Imperio cada uno por su cuenta.

stato un incontro di due diversi punti di vista cha hanno cercato di conciliar si in una formula abbastanza ampia per consentire il giuoco di diverse interpretazioni". ROMANO-SOLMI, *op. cit.*, p. 144... "una cosa si puo asserire con tutta certezza, perche risulta chiaramente dalle fonti contemporanee, ed é che la causa vera e profonda della marcia degli Ostrogoti verso l'Italia risiede nel disagio sociale e nelle angustie economiche di quel popolo, che l'obbligano a cambiare per la quarta volta, in poco più di trant'anni, il suo domicilio, in cerca di sedi più stabili e più sicura". Cf. VASILIEV, *Justin the First*, pp. 355-356; JONES *op. cit.*, p. 1039.

Fácilmente se puede concluir que, a lo largo de estos años, la diplomacia imperial es la que ejerce el papel director; en cuatro de los siete casos considerados la encontramos organizando la política de acuerdo con sus principios y necesidades; y si en dos oportunidades está en la situación de ser la parte atacada, nunca se encuentra en la situación subordinada de ser parte dirigida.

En cambio, la constante de Teodorico Amalo es el estar en la condición de dirigido, y generalmente, de ser dirigido por la diplomacia imperial, lo que equivale a decir que lo es de acuerdo a los propósitos particulares de la política del Imperio, por el cual siente —repitámoslo una vez más— una verdadera adhesión y admiración.

Por lo tanto, podemos concluir que hubo una efectiva dependencia de los ostrogodos con respecto al Imperio, en gran parte debida a su situación económica precaria, y expresada en la aceptación de las directrices políticas de Bizancio; en consecuencia, creemos que disponemos de un nuevo y decisivo antecedente para inclinar el testimonio de las fuentes hacia la mayor participación que cupo al Gobierno imperial, en cuanto a iniciativa, indicaciones y condiciones de la conquista de Italia por Teodorico y sus ostrogodos.

No corresponde a nuestro tema el tratar la campaña de Teodorico en Italia hasta cercar a Odoacro en Ravenna; pero sí debe preocuparnos el empeño que puso desde ese momento para precisar su situación respecto al Imperio.

En el entendimiento de que era ya sólo cuestión de tiempo el proclamar oficialmente el éxito de la empresa que le había sido encomendada por el Emperador, Teodorico envió al presidente del senado romano, Festus, como embajador ante Zenón para informarle de las victorias obtenidas y para solicitarle la concesión de la investidura real<sup>112</sup>. El significado de esta petición de Teodorico, —tan escuetamente atestiguada y sólo por el Anónimo Valesiano—, presenta un problema: ¿de qué dignidad real se trata? No puede tratarse de la que le corresponde con respeto a su propio pueblo, puesto que Teodorico, heredero de una estirpe real, era *rex gothorum* indiscutiblemente desde la muerte de Teodorico Strabón, cuando ya no tuvo competidor de categoría en la dirección de su pueblo; tampoco creemos que se refiera a los *ornamenta palatii*, enviados años antes a Constantinopla por Odoacro, y que le habrían conferido una suerte de colegialidad imperial, ya que Teodorico bien conocía los principios de la ideología imperial y esta inaudita petición habría ido contra todo lo

<sup>112</sup>ÁNONYMUS VALESIANUS, 11, 53. “Et mittens legationem Theodericus, Festum, caput senati, ad Zenonem imperatorem, et ab eodem sperans vestem se induere regiam”.

estipulado en el acuerdo concertado con el Emperador Zenón<sup>113</sup>. En consecuencia, lo que Teodorico tiene que haber solicitado es la confirmación oficial de su calidad de rey de Italia, al modo de los otros reyes bárbaros de Occidente, que ejercían su poder tanto sobre su pueblo como sobre los anteriores habitantes de las provincias conquistadas; por supuesto que, en el caso de Teodorico, por haber sido realizada la conquista en cumplimiento de un tratado, se esperaba que la relación de dependencia sería más real que en otros casos en que la soberanía del Imperio era cada vez más teórica; y, al parecer, el mismo Teodorico aceptaba y quería esta dependencia —de allí su solicitud por obtener dicha confirmación— porque estaba convencido de que únicamente el Emperador tenía autoridad suficiente para conferir el poder a los reyes, haciéndole llegar los símbolos de la realeza<sup>114</sup>.

Es indudable que el temor que había en Bizancio respecto de la fidelidad de Teodorico y el deseo de conocer el curso que irían tomando los acontecimientos en Italia, explican el que Zenón no se haya apurado en dar una respuesta definitiva a la petición del rey de los ostrogodos, quien podía, en tanto, seguir ejerciendo el gobierno de Italia como *magíster militum praesentalis* y como delegado del Emperador. Poco después, en abril del 491, murió el emperador Zenón y fue sucedido por Anastasio; una nueva embajada presidida por el senador Faustus, fue enviada a Bizancio para felicitar al nuevo Emperador y para presentarle la petición de la confirmación de Teodorico como rey de Italia; pero, en tanto que la embajada estaba en Bizancio, Teodorico entró triunfalmente en Ravenna y poco después dio muerte a Odoacro; sus ostrogodos sin esperar el asentimiento del Emperador, lo “confirmaron” rey<sup>115</sup>. Es indudable que con esta

<sup>113</sup>MÜLLER, *op. cit.*, pp. 54 s.; GAUDENZI, *op. cit.*, p. 20, piensa que se trata del título de “re dei Gothi”; contra JONES, *The constitutional position of Odoacer and Theoderic* (The Journal of Roman Studies, 1962), p. 128, “As Theoderic had long been king of the Ostrogoths, the kingship in question was presumably (as Jordanes states) over the Romans”. Ver LAMMA, *op. cit.*, p. 55, ...”Ora a noi sembra che Teodorico, figlio, patrizio, console, “Zenonis imperio foedera sociatus”, come si esprime Giordani, richiedesse la restituzione delle insigne, col significati di una piena autorità sopra Romani e Goti, sia pure nei limiti ampi dei patti coll’Oriente”. ROMANO-SOLMI, *op. cit.*, p. 154. ...”Come poteva ora l’imperatore concedergli un titolo di sovranità che lo avrebbe reso affatto indipendente. Se questo fosse avvenuto, è chiaro che tutti i frutti della politica bizantina sarebbero andati perduti, e l’Italia, sottratta alla dominazione degli Eruli, sarebbe caduta sotto quella degli Ostrogoti”.

<sup>114</sup>Ver GASQUET, *op. cit.*, pp. 44 y 158.

<sup>115</sup>NONYMUS VALESIANUS, 12, 57. “Theodericus enim in legationem direxerat Faustum Nigrum ad Zenonem. At ubi cognita morte eius antequam legatio reverteretur, ut ingressus est Ravennam, et occidit Odoacrem, Gothi sibi confirma-

aclamación se quería significar que, habiendo cumplido Teodorico con su parte al hacer desaparecer a Odoacro, se podía dar por hecho el cumplimiento de lo prometido por el Emperador y, por lo tanto, esta aclamación era sólo una anticipación de la que habría en el momento de saberse la confirmación oficial por parte de Anastasio.

Pero Anastasio tampocoapuró una declaración oficial acerca de las relaciones con Teodorico ni sobre la autoridad que tendría en el gobierno de Italia; el deseo de imponer el *Henotikon* en occidente y restablecer la comunión con la iglesia de Roma lo hizo pensar en la posibilidad de utilizar a Teodorico con este propósito; pero no contaba con la fuerte personalidad del Papa Gelasio (492-496) —el famoso Papa que enunció la teoría de las dos espadas para simbolizar el poder y la relación que corresponden a la Iglesia y al Imperio en el gobierno del mundo— quien no estaba dispuesto a hacer ningún tipo de concesiones a Constantinopla; ni tampoco con la prudencia de Teodorico, quien no quiso mezclarse en problemas religiosos para poder gobernar equitativamente sobre todos los habitantes de Italia, católicos o arrianos, romanos o bárbaros; efectivamente Teodorico, asesorado de buenos consejeros —Cassiodoro, en primer lugar—, comenzó a gobernar como un verdadero rey con tal acierto y dignidad, que, como dice Procopius, aunque no llevó el atuendo ni usó el nombre de Emperador, con sus bellas cualidades fue de hecho un Emperador<sup>116</sup>. En los años que corren desde la aclamación de Teodorico como rey de Italia por sus tropas (marzo del 493) hasta la ratificación concedida por el emperador Anastasio (498), las relaciones tuvieron altibajos que pueden apreciarse en la designación y reconocimiento por el Emperador de los cónsules propuestos por Teodorico. En tanto, Teodorico comenzó a tejer una imponente red de relaciones con los demás reinos bárbaros de occidente, mediante vinculaciones matrimoniales, a tal punto que hubo un momento en que la Corte de Ravena no tuvo nada que envidiar a la Corte de Constantinopla en cuanto a contactos e influencias, que hacían de una y de otra verdaderos centros de política internacional, muy conscientes de su papel directivo<sup>117</sup>.

verunt Theodericum regem, non exspectantes iussionem novi principis". Cf., GAUDENZI, *op. cit.*, p. 20; ENSSLIN, *op. cit.*, p. 79. Ver también VETTER, G., *Die Ostgoten und Theoderich* (Stuttgart, 1938), pp. 52-62; MÜLLER, *op. cit.*, pp. 21 s.

<sup>116</sup>PROCOPIUS, v, 1, 26: καὶ βασιλέως μὲν τοῦ Ῥωμαίων οὔτε τοῦ σχήματος οὔτε τοῦ ὀνόματος ἐπιβατεῦσαι ἠξίωσεν, ἀλλὰ καὶ ὅψις διεβίου καλοῦμένου... τῶν μὲντοι κατηρόων τῶν αὐτοῦ προὔστη ξύμταντα περιβαλλόμενος ὅσα τῷ φύσει βασιλεῖ ἤρμοστοι. Cf., HODGKIN, *op. cit.*, III, 4, pp. 390 s.; STEIN, *op. cit.*, II, p. 112.

<sup>117</sup>ANONYMUS VALESIANUS, 12, 63, 68 y 70 IORDANIS, *Getica*, LVIII; ver ENSSLIN, *op. cit.*, pp.86 s.; LEVILLAIN, *La crise des années 507-508 et les rivalités d'influence en Gaule de 508 à 514*, Melanges Iorga, 1933, pp. 538-539. "Aussi malgré

Por cierto que las noticias acerca del buen gobierno de Teodorico y de su prestigio, junto con la disposición condescendiente del nuevo Pontífice, Anastasio II —elegido a fines del 496— tienen que haber inclinado al Emperador Anastasio para acoger favorablemente la petición —una vez más formulada— de ratificar el gobierno del rey de Italia. Nuevamente fue enviado Festus y esta vez su misión concluyó en un tratado acerca de la *praesumptione regni*, en el cual el Emperador Anastasio precisó las condiciones bajo las cuales concedía a Teodorico el gobierno del reino de Italia y procedió a enviar *omnia ornamenta palatii*; el Anónimo Valesiano indica que se trata de los mismos ornamentos que había enviado años antes Odoacro a Constantinopla<sup>118</sup>, pero evidentemente no pueden haber sido los correspondientes a un Emperador sino sólo los que convenían a un rey, que, por supuesto está muy por sobre cualquiera de los reyes tribuales; en efecto, Teodorico portaba desde hacía años los atributos propios de su calidad de *rex gothorum*; ahora se trataba de nuevas insignias que deberían subrayar su nueva calidad.

Gaudenzi, quien ha estudiado en detalle estas relaciones, estima que las condiciones que el emperador Anastasio puso para confirmar a Teodorico, pueden haber sido las siguientes: “1<sup>a</sup> La conservación de todas las instituciones romanas. 2<sup>a</sup> La concesión de magistraturas solamente a romanos. 3<sup>a</sup> La tolerancia o, mejor dicho, el reconocimiento del culto católico. 4<sup>a</sup> La renuncia a promulgar leyes. 5<sup>a</sup> La obligación de hacer confirmar por el Emperador de Oriente los cónsules occidentales”<sup>119</sup>. Estas condiciones —respetadas por Teodorico—

---

la déference qu'il ne cesse de témoigner au Basileus, il n'arrive pas a dissiper l'inquiétude qui règne à Constantinople au sujet de cette puissance ostrogothique en fait indépendante: quand il déclare qu'il suit empereur d'aussi loin qu'il précède les autres nations (“...qui tantum vos sequimur, tantum gentes alias antemus”, CASSIODORE, *V ariae*, I, 1), c'est moins cette marque d'humilité de convenance diplomatique envers l'Empire qui peut retenir l'attention d'Anastase et de ses conseillers que l'affirmation orgueilleuse de la supériorité très réelle du roi des Ostrogoths sur les autres princes barbares”. Cf. BURY, *op. cit.* (1923), I, pp. 460-461.

<sup>118</sup>ANONYMUS VALESIANUS, 12, 64. “Facta pace cum Anastasio imperatore per Festum de praesumptione regni, et omnia ornamenta palatii, quae Odoacar Constantinopolim transmiserat, remittit”. STEIN, *op. cit.*, II, p. 115 y LAMMA, *op. cit.*, pp. 57-58 y *Recenti Studi su Teodorico* (Convivium, 1950), pp. 307-308, sostiene que por *ornamenta palatii* debe entenderse la púrpura y las insignias imperiales de Occidente. LAMMA, *Teodorico*, p. 58, “Che con la *vestis regia* si volesse intendere quella imperiale, resta, a nostro avviso, dimostrato da due passi delle *Varie* (1, 2)... La veste di Teodorico viene qui chiamata purpurea” (VI, 7). Pero, “la ‘poupre était portée aussi par un grand nombre de dignitaires et de fonctionnaires’ del Imperio; cf. EBERSOLT, J., *Mélanges d'Histoire et d'Archéologie Byzantines* (París, 1917), pp. 54 y 57.

<sup>119</sup>GAUDENZI, *op. cit.*, p. 29.



demuestran claramente, a pesar de la gran independencia de que gozó Teodorico en Italia, la posición subordinada de dicho reino respecto al Imperio, realidad que se debe en gran parte a la adhesión de Teodorico a las estructuras mentales y forma de vida romana y en mayor parte aun a la majestad imperial capaz de convencer teóricamente al bárbaro que vencía realmente.

Pero dos problemas subsistían; el primero era la confesión religiosa de Teodorico, participada por todo su pueblo; el arrianismo de los godos aparecía como aceptable en Italia en tanto se mantuviese el cisma entre Roma y Bizancio, pero, en cuanto éste se superase, era indudable que la situación de Teodorico se vería debilitada. El segundo, era que Teodorico sabía que, dentro del Imperio o en sus fronteras, había muchos otros pueblos bárbaros, buscando tierras, al igual que ellos lo habían hecho durante años, y amenazando con el pillaje al territorio imperial; e igualmente sabía que el gobierno imperial, para deshacerse de tal peligro, podría interesar a esos bárbaros en la conquista de Italia, tal como él había caído sobre Odoacro. Una política previsora exigía pues, tomar medidas de antemano y lo más aconsejable era controlar las avanzadas estratégicas frente a los bárbaros, además de la confederación de reinos bárbaros, a que ya nos hemos referido.

El territorio del reino de Teodorico se extendía también a la Retia y a la Nórica; y la ocupación de Sirmium (504), privilegiado atalaya para observar los movimientos de los pueblos bárbaros del norte del Danubio, que, en esos momentos estaba en manos de los gépidos, dejó a Teodorico nuevamente instalado en los Balkanes. La tregua del 504, que suspendió la guerra con Persia, dejó al Imperio fuerzas disponibles para fortalecer su situación en los Balkanes, donde la tensión creció hasta degenerar en abiertas hostilidades. Una embajada de Teodorico al Emperador en el 506 no produjo ningún resultado positivo, evidentemente porque la diplomacia bizantina esperaba concertar una alianza con Clovis, el rey de los francos, y dejar de ese modo al reino de Teodorico, amenazado también por el noroeste; la conversión de Clovis al catolicismo le dio inmediatamente posibilidades que no tenía ningún otro rey bárbaro para ordenar las fuerzas de Occidente a su favor, y su política de expansión lo proponía no sólo como el adecuado contrapeso de Teodorico en Occidente sino aun más como su posible antagonista: es natural entonces que Bizancio intentase incorporar al rey franco dentro de su órbita, tal como posiblemente había logrado hacerlo con el rey vándalo, con lo cual desarmaba definitivamente a Teodorico y lo reducía a su papel de rey de Italia, cortándole sus pretensiones a un poder más extenso en Occidente; éste comprobaría que Bizancio no quería evocar en la *pars occidentalis* la forma

imperial por intermedio de Teodorico, y que si nuevamente hubiese de haber Imperio efectivo tendría que ser a partir de la Nueva Roma, que había demostrado ser digna heredera de la Antigua Roma; en una palabra, la política frente a Teodorico prelude las campañas conquistadoras de los generales de Justiniano, que harán realidad el Imperio Romano nuevamente, pero centrado en la ciudad de Constantino.

Los embajadores del emperador Anastasio encontraron a Clovis en Tours, cuando el rey franco regresaba victorioso después de haber derrotado a los visigodos en Vouillé; esta derrota demostró que Teodorico había perdido su capacidad de dirigir la política de los reinos de occidente de acuerdo a su conveniencia. Los embajadores entregaron a Clovis el diploma por el cual se le conferió la dignidad de *ex cónsul* y de patricio<sup>120</sup>. Con estas dignidades, el Gobierno imperial reconocía a Clovis como rey de los territorios conquistados en las Galias, pero “habría que ver también en ello una delegación de poderes en vista a la consecución de una obra común, cuál sería la lucha contra el poderío ostrogodo. Los embajadores de Anastasio seguramente solicitaron —a nombre de su soberano— la ayuda de Clovis contra el rey de los ostrogodos que es ahora el enemigo común; y el Emperador arma —frente a Teodorico— a un adversario al que comiere poderes por lo menos equivalente a los que Teodorico mismo había recibido; y, así como en 483 Zenón había otorgado a aquel los títulos de *magister limitum* y de *patricio*, Anastasio hacía entregar al rey franco, junto con el diploma *de consulatu*, la túnica púrpura, la clámide y la diadema que eran las insignias del patriciado”<sup>121</sup>.

Pero la alianza franco-bizantina no dio el resultado esperado; las fuerzas de los ostrogodos fueron lo suficientemente poderosas para mantener a los francos fuera de la Provenza, y la flota bizantina no eran tan poderosas para causar un serio peligro en Italia. Por otra parte, Teodorico y su ministro y consejero —el prudente Cassiodoro— supieron llevar las relaciones con el Imperio con un tino admirable, teniendo buen cuidado de no herir en ningún aspecto el pensamiento de dominio universal que animaba a la Corte de Constantinopla. En el año 510, una embajada de Teodorico, portadora de una carta que

<sup>120</sup>GRECORIUS TURONENSIS, *Historia Francorum*, II, 38. Ver GASQUET, *op. cit.*, pp. 129 y 150-151; BURY, *op. cit.* (1923), I, pp. 463-464; STEIN, *op. cit.*, II, pp. 145-150; ENSSLIN, W., *Nochmals zu der Ehrung Chlodowechs durch Kaiser Anastasius*, *Historische Jahrbuch*, 1936, pp. 499-507; SCHMIDT, L., *Aus den Anfängen des salfränkischen Königtums*, *Klio*, 1942, pp. 320-321. COURTOIS, *Exconsul. Observations sur l'histoire du Consulat à l'époque byzantine (Bizantion, XIX, 1949)*, p.46; MUSSET, L., *Les invasions: Les Vagues Germaniques* (París, 1965), pp. 303-304. Cf. EBERSOLT, *op. cit.*, pp. 56-57.

<sup>121</sup>LEVIALLAIN, *art. cit.*, p. 547.

es un ejemplo de estilo diplomático y destinada a subrayar el espíritu de adhesión y de dependencia frente a la dignidad singular del Imperio, consiguió llegar a un acuerdo a propósito de la conquista de Sirmium: la provincia de Pannonia II se dividió entre el Imperio y el reino de Teodorico, con lo cual desapareció esta causa de discordia<sup>122</sup>.

La muerte del emperador Anastasio (julio del 518) y la entronización de su sucesor, Justino —un fervoroso adherente a la ortodoxia expresada por el concilio de Calcedonia— va a traducirse en inmediatas medidas para la restauración de la comunión con Roma: por de pronto, se cambian epístolas notificadorias de la elección imperial y gratulatorias de parte del Pontífice; se envía a Gratus, *comes sacri consistori*, para finiquitar la unión de las Iglesias y con encargo de visitar también al rey Teodorico en Ravenna para que preste su apoyo a la nueva política eclesiástica del emperador Justino<sup>123</sup>.

Teodorico estaba deseoso de reforzar las relaciones con el Imperio, para obtener el reconocimiento de su yerno, Eutarico, como heredero en el reino de Italia y, de esa manera, asegurar la continuidad de su dinastía. Mientras se continuaban en Constantinopla las negociaciones y se tomaban las medidas tendientes a restaurar la unidad de la Iglesia, Eutarico fue adoptado *por la armas* por el Emperador y designado cónsul, juntamente con el emperador Justino, en el año 519<sup>124</sup>.

“El año 519, año del consulado de Eutarico, constituyó el clímax de la carrera política de Teodorico. La llegada de un embajador especial de Bizancio, Symmachus, y las magníficas festividades en Roma y en Ravenna parecían asegurar definitivamente la paz entre Italia y el Oriente y garantizar a la monarquía Ostrogótica un largo período de prosperidad y de seguridad. El restablecimiento de buenas relaciones con el Oriente fue un gran éxito conseguido por el rey godo, aparentemente secundado por un grupo de capaces y sagaces diplomáticos. Pero este promisor nuevo período del reinado de Teodorico fue de corta duración. Eutarico... murió en el curso del año 522”<sup>125</sup>. En este mismo año hubo todavía una muestra más de la cordialidad exist-

<sup>122</sup>CASSIADORUS, *Variae*, I, 1: “...vos enim estis regnorum omnium pulcherrimum decus, vos totius orbis salutare praesidium... Regnum nostrum imitatio vestra est... quia pati vos non credimus inter utrasque res publicas, quarum semper unum corpus sub antiquis principibus fuisse declaratur, aliquid discordiae permanere... Romani regni unum velle, una semper opinio sit...”; Cf. también II, 6. Ver LAMMA, *Teodorico*, pp. 89-93; HODGKIN, *op. cit.*, III, 4, p. 400; STEIN, *op. cit.*, II, p. 156, nota 3.

<sup>123</sup>VASILIEV, *Justin the First*, pp.160 y s.

<sup>124</sup>GAUDENZI, *op.cit.*, pp.60-61; ROMANO-SOLMI, *op. cit.*, p.195; LAMMA *op.cit.*, pp.97-98; ENSSLIN, *op.cit.*, p.306; STEIN, *op.cit.*, II, pp.226; VASILIEV, *op.cit.*, p.323

<sup>125</sup>VASILIEV, *op.cit.*, p.325. Ver también GAUDENZI, *op. cit.*, p.65

tente entre las Cortes de Constantinopla y de Ravenna; el Emperador Justino designó cónsules a dos *occidentales*, a dos hijos del prestigioso senador romano Boecio. Parecía que todas las fuerzas que podían entrar en juego en estos momentos en Italia —el Senado, la Iglesia, el Reino y el Imperio— habían llegado a un entendimiento fundado en el reconocimiento de sus respectivos valores, pero, sin embargo, la ortodoxia militante del Imperio iba a provocar el rompimiento de este equilibrio.

La persecución contra los herejes alcanzó también a los arrianos, a partir del 523; Teodorico no podía permanecer indiferente frente a las penurias que comenzaron a afligir a sus correligionarios en Oriente, tanto más cuanto que temía que en Italia pudiese producirse un movimiento antiarriano, dado que ahora la unidad religiosa podía permitir tomar medidas conjuntas al Imperio con el sector romano y católico de su reino.

Teodorico decidió tomar parte en el conflicto y hacerlo de manera sorprendente: para presentar su posición ante el Emperador, es decir, para pedir el cese de la persecución contra los arrianos, escogió nada menos que al mismo Pontífice; seguramente pensaba que el Papa podía dar fe de la gran tolerancia que había caracterizado al reino de Teodorico y podía igualmente prever las graves represalias que tomaría el Rey si se le obligaba a la persecución; además, enviar al Pontífice con toda una imponente comitiva de obispos y senadores, en calidad de embajador, destacaba la importancia de Teodorico que podía disponer del Papa como un sumiso y fiel funcionario. El Papa encargado de esta misión fue Juan I (523-526) y el tenor de la embajada era muy breve: que se devolviese a los arrianos las iglesias que les habían sido confiscadas y se les permitiese continuar ejerciendo libremente su culto, o toda Italia tendría que sufrir las represalias<sup>126</sup>

Pero si bien es cierto que esta embajada consiguió que se estableciese una relativa tolerancia respecto a los godos arrianos y, por lo tanto, que se accediese a lo solicitado por Teodorico, no lo es menos que también contribuyó a estrechar las relaciones entre el Imperio y el Pontificado. El Papa fue recibido con el mayor cariño y veneración por el Emperador y la Corte, y Justino quiso ser coronado de nuevo de manos del Pontífice; es indudable que —como opina Vasiliev— en estas cordiales relaciones podemos ya suponer, además de su evidente significado religioso, una intención de crear una

<sup>126</sup>LIBER PONTIFICALIS, *Vita Johannis I*; ANONYMUS VALESIANUS, *Pars Posterior*, pp. 15, 88-91; MARCELLINUS COMES, *Chronica*, ad A. D. 525. Ver GAUDENZI, *op. cit.*, pp. 70-72; ROMANO-SOLMI, *op. cit.*, pp. 216-217; HODGKIN, *op. cit.*, III, 4, pp.460 s.; VASILIEV, *op. cit.*, p.213

sólida base para el desarrollo de los planes de reconquista de Italia y del Occidente que acariciaba Justiniano, el poderoso sobrino del Emperador<sup>127</sup>.

Ya hemos visto como por estos mismos años, la diplomacia imperial estableció fuertes vínculos con el reino de los vándalos, cuya flota era un factor importante en cualquiera campaña que se pensase emprender en occidente; el rey Hilderico demostró claramente que tomaba partido por el Imperio y que estaba dispuesto a romper con Teodorico; el asesinato de los ostrogodos que formaban parte del séquito de la reina viuda Amalafrida, hermana de Teodorico, y la misma prisión de la reina eran motivo más que suficiente para iniciar la guerra; pero, en agosto de 526, Teodorico murió<sup>128</sup>.

Poco antes de morir, Teodorico había instituido como rey a su nieto Atalarico, un niño de ocho o diez años, hijo de Amalasantha y de Eutarico; al mismo tiempo, había exhortado a los nobles godos reunidos para recibir al nuevo rey, a que lo honrasen, a que amasen al Senado y al pueblo romano y a que tuviesen siempre grato y propicio al Emperador, posponiéndolo sólo a Dios<sup>129</sup>. Es indudable que estos postreros consejos dados por el viejo rey evidencian, además de su larga experiencia política, su innegable inclinación hacia las formas de vida y hacia el espíritu romano. Bien comprendía Teodorico que aquella laboriosamente estructurada confederación de pueblos bárbaros de occidente había entrado en crisis y que el Imperio de Oriente esperaba una oportunidad para pasar de la ofensiva diplomática a la ofensiva militar; y que, en consecuencia, no era el momento de propiciar una política agresiva y ni siquiera excesivamente gótica: la conservación del reino en manos de su dinastía requería contar con la benevolencia imperial que pudiese ser indiscutible garantía para el joven rey.

Así lo comprendió también la regente Amalasantha quién —entre los primeros actos de su gobierno—, cuidó de hacer llegar al Emperador testimonio de su dependencia del favor imperial, mediante una carta escrita a nombre de Atalarico. En ella se recuerda al Emperador que el nuevo rey, que tan ardientemente ansía la paz y la gracia imperial como su mayor timbre de gloria, no es un extraño, sino que le está ligado por la adopción de su padre Eutarico; si

<sup>127</sup>VASILIEV, *op.cit.*, p.327; Cf. STEIN, *op.cit.*, II, pp.260 s.; ENSSLIN, *op.cit.*, pp.323 s. y Papst Johannes I. als Gesandter Theoderichs des Grossen bei Kaiser Justinus I. (B.Z., 1951), pp.127-134

<sup>128</sup>SCHMIDT, *Histoire des Vandales*, pp. 146-149; VASILIEV, *op. cit.*, pp. 330 s.

<sup>129</sup>IORDANIS, *Getica*, LIX, “eisque in mandatis ac si testamentali voce denuntians, ut regem colerent, senatum populumque Romanum amarent principemque Orientalem placatum semper propitiumque haberent post deum”.

motivos de discordia ha habido, “claudantur odia cum sepultis”, y el envío de una próxima embajada renovará los pactos de amistad con que los anteriores emperadores habían honrado a su abuelo<sup>130</sup>.

Desde el punto de vista jurídico bizantino, podía entenderse que la muerte de Teodorico ponía fin al acuerdo concluido el 498 con el Emperador Anastasia; y, por lo tanto, Justino podía reivindicar sus derechos de soberanía sobre Italia; es posible que algunos hayan esperado en Italia la restauración imperial y que Bizancio haya pensado en hacerla efectiva, pero la guerra con el Imperio Persa que se reinicia por este mismo tiempo y que se prolongará hasta el 532 obligará a posponer toda medida bélica directa; de esta manera, la regencia de Amalasantha contó con la paz oficial del Imperio, pero el reino tuvo que enfrentar un peligro aún más grave cual fue la quiebra de su unidad: por un lado, un partido apegado a las viejas tradiciones nacionales que se sentía postergado y veía en peligro las situaciones logradas después de la derrota de Odoacro; por otro lado, un partido conciliador que predicaba la conveniencia de identificarse con los romanos y, en consecuencia, no veía mayor dificultad en subrayar una efectiva dependencia del Imperio<sup>131</sup>.

La situación de la Regente se hizo más delicada cuando Teodato, un sobrino de Teodorico, comenzó a comportarse como un verdadero gran señor independiente en la Toscana; llegó un momento en que Amalasantha consideró perdido su partido y pidió secretamente al Emperador Justiniano ser recibida en Dyrrachium (Durazzo) y gozar allí de la protección imperial junto con su hijo, resignando en manos del Emperador de Bizancio el poder sobre el reino de Italia. El curso de los acontecimientos en Oriente y en el reino vándalo demostraba claramente cuál sería el futuro de los demás reinos bárbaros de occidente y hace comprensible el proyecto de Amalasantha<sup>132</sup>.

Una embajada de Justiniano, presidida por el senador Alejandro y formada por los obispos Demetrio e Hypatio, llegó a Ravenna portadora de una carta del Emperador con quejas contra el gobierno ostrogodo; pero, en el fondo, con el objeto de aclarar la posición de la Regente y para tomar contacto con Teodato, quien, en esos

<sup>130</sup>CASSIODORUS, *Variae*, VIII, 1; ver GAUDENZI, *op. cit.*, pp.81-82; KOHL, H., *Zehn Jahre ostgotischer Geschichte* (526-536), (Leipzig, 1877), pp. 10-12; VASILIEV, *op. cit.*, p. 334.

<sup>131</sup>GAUDENZI, *op.cit.*, pp.81-83; HODGKIN, *op.cit.*, III, 4, pp. 629 s.

<sup>132</sup>GAUDENZI, *op. cit.*, p. 93, “...rigorosamente parlando, Amalasantha poteva rassegnare nelle maní di Giustiniano il potere che da lui aveva ricevuto, senza tradire il suo popolo, che sarebbe rimasto federato dell'impero come prima”. KOHL, *op. cit.*, pp. 39 s.; BURY, *op. cit.* (1923), II, p. 162.

momentos, parecía también fácil de conciliar. Las quejas se referían a diez hunos que habían desertado del ejército enviado contra los vándalos y que se habían refugiado en Italia; a las hostilidades que había sufrido la ciudad de Gratiana en una de las campañas de los ostrogodos contra los gópidos y a la tardanza en la entrega de la fortaleza de Lilibeo, en Sicilia. Esta fortaleza formaba parte de la dote que Teodorico había dado a su hermana Amalafriada al casarla con el rey vándalo Trasamundo; ahora que Amalafriada estaba muerta los godos estimaban que Lilibeo les pertenecía de nuevo y de hecho mantenían en sus manos la fortaleza; por su parte, el Imperio, vencedor del reino de los vándalos, sostenía que la fortaleza había entrado *ipso facto* en su dominio. Públicamente la regente estaba obligada a defender los derechos de su pueblo y a negarse a las exigencias de Justiniano, pero confidencialmente confirmó su decisión de poner el reino en manos del Emperador<sup>133</sup>.

La muerte de Atalarico en octubre de 343 complicó toda la situación. Amalasantha no podía seguir detentando el poder como regente ni como reina, y para solucionar esta dificultad decide asociar al trono a su primo Teodato, con el compromiso de que éste ejerciera el poder nominalmente y, agradecido, no le complicara más la vida. Ambos reyes anunciaron al emperador su acuerdo y su firme propósito de marchar en perfecta armonía entre sí y con el Emperador. Sin embargo, bien pronto se vio lo difícil que resultaba mantener en la práctica el acuerdo que había parecido tan viable en teoría. Teodato se encontró prontamente respaldado por el partido gótico y deseó detentar por sí solo el poder. Amalasantha fue depuesta y confinada a una isleta del lago Bolsena.

Una embajada fue enviada a Constantinopla, encargada de comunicar estos acontecimientos, asegurando al Emperador que la reina había sido depuesta por conspirar contra Teodato, pero que sería respetada su vida. Un indicio de la contradicción en que se vivía en Italia lo dieron estos embajadores, los senadores Liberio y Opilio, quienes no supieron o no quisieron ponerse de acuerdo y entregaron versiones diferentes acerca de lo acaecido. Justiniano ya estaba informado de lo que había ocurrido por una carta de su embajador —el patricio Pedro— quién había encontrado a los embajadores de Teodato en el camino y había quedado a la espera de las indicaciones del Emperador. Los acontecimientos de Italia ofrecían a Justiniano un excelente motivo de intervención y, en consecuencia, encargó a su embajador que apoyase la causa de Amalasantha; pero cuando Pedro llegó a Ravenna la depuesta reina ya había sido asesinada

<sup>133</sup>PROCOPIUS, V, 3, 1130; IV, 5, 11-25.

(mayo o junio del 535) y al embajador sólo restó hacer el anuncio oficial de la declaración de guerra<sup>134</sup>

La guerra gótica comenzaba y, con ella, parecía que se hacía más cercano el momento en que Justiniano pudiese gozarse de haber reconstruido el Imperio Romano, estableciendo otra vez sobre el mundo mediterráneo la autoridad eminente e indiscutible del Imperio. Las primeras victorias logradas por el general Mundus en Dalmacia y por Belisario en Italia, y la entrada de éste en Roma que, después de sesenta años vuelve a ser ciudad imperial, todo anuncia una pronta y definitiva victoria; pero los ostrogodos resistirán desesperadamente y, una y otra vez, por largos años se enfrentarán a las fuerzas bizantinas, o mejor dicho, a la férrea voluntad del Emperador que estaba dispuesto a ser efectivamente de nuevo un verdadero Emperador Romano, sobre un mundo unificado y pacificado, pero que, bajo esa dorada apariencia, tendía a ser cada vez más un Imperio confinado y reducido en su *pars orientalis* y un conjunto de reinos bárbaros superpuestos en la antigua *pars occidentalis*.

<sup>134</sup>CASSIODORUS, *Variae*, x, 1, 2; KOHL, *op. cit.*, pp. 47-49; LEUTHOLD, *Untersuchungen zur ostgotischen Geschichte der Jahre 535-537* (Iena, 1908), pp. 9 y 14-28; BURY, *op. cit.* (1923), II, pp. 163-166; STEIN, *op. cit.*, II, p. 338; ROMANOSOLMI, *op. cit.*, pp. 225-226.



## CONCLUSION

Toda historia se debate entre la realidad cotidiana, a menudo penosa y generalmente trivial, y los anhelos de realizaciones grandiosas, plenos de promesas y, en el fondo, ideales. El valor de estos ideales reside en la fuerza estimulante que prestan a los pueblos para enfrentar y vencer la adversidad y avanzar un poco en el proceso de revelación de su propia historia.

Bizancio, como todas las grandes creaciones políticas de la humanidad, sentía que estaba íntimamente ligada a designios sobrenaturales, que participaban un sentido providencial a su historia. Su espíritu imperialista no difiere sino formalmente del que caracteriza a los grandes imperios de la Antigüedad y de todos los tiempos; y es este espíritu que anima y orienta la realidad, el que la transforma también en un objeto de especulación permanente. No obstante, sería un gran error no reconocer en la historia de Bizancio una ponderación que da claro testimonio de su sentido político y de su experiencia forjada en la confrontación continua e intensa con su realidad particular.

De la adecuación de la teoría política a la realidad cotidiana, surge la planificación. Esta planificación proporciona la mejor prueba de la grandeza de una historia que avanza sin precipitaciones ni extravagancias; por el contrario, progresa conscientemente en la dirección que se ha propuesto, aunque deba echar mano a muchos medios en su curso.

La historia de Bizancio, durante el período estudiado, nos parece que corresponde a la imagen que acabamos de exponer. La teoría del Imperio Universal, fundada sobre una concepción mística del mundo y de la historia, la inspira y orienta; la realidad la frena y condiciona; y la planificación se expresa también en la política exterior, donde, dada la presencia inquietante de los bárbaros, podría haberse incurrido en numerosas medidas insensatas.

En esta perspectiva, los tratados concluidos con los bárbaros no son claudicaciones; el pago de tributos no es señal de debilidad; las contradicciones no son perjurios; las guerras no son manifestaciones de apetito por el botín; las deficiencias humanas y los errores no son irreparables... ya que todo representa un paso más en el proceso de edificación del Imperio que posee su modelo perfecto en el Reino de los Cielos.

En esta visión audaz y sensata a la vez de la acción histórica, Bizancio mostró que reconocía en la historia un ritmo que no se puede alterar arbitrariamente sin provocar funestas consecuencias;

por el contrario, se puede y se debe esperar el momento propicio, es decir el signo que revele el designio de la Providencia. Lo contingente no seduce ni las circunstancias adversas abaten cuando se posee la garantía de poder disponer de todo el porvenir; pues bien, los bizantinos sabían con la certeza que da la fe que su porvenir estaba asegurado; de esta manera, su acción podía alcanzar una serenidad que constituye un atributo más de su grandeza frente a la barbarie tumultuosa e insensata.

Podemos descubrir en las diversas decisiones y actitudes del Gobierno imperial el reconocimiento de los aspectos ingratos de la realidad, su aceptación en ciertos casos y su utilización para la mejor edificación de la visión ideal. En una palabra, es la demostración de una *política planificada* que explica ese carácter de flexibilidad y de adaptación que hemos señalado como el justo contrapeso de la teoría ideal del poder imperial en el ejercicio de la política internacional<sup>1</sup>.

La adopción de Teodorico Amalo por el Emperador Zenón no se debe únicamente al deseo de resolver un problema inmediato, sino también al deseo de disponer en el momento oportuno de un general que, estrechamente ligado a la persona del Emperador por su calidad de *filius*, realizase la reconquista de Italia y gobernase allí como delegado y representante imperial<sup>2</sup>.

La política del Emperador Anastasio ofrece más de un ejemplo en este mismo aspecto; recordemos el rechazo por el Emperador al ofrecimiento de un reyzeulo huno de venderle uno de los raros e importantes desfiladeros del Cáucaso. El Emperador Anastasio no se dejó tentar por este ofrecimiento que habría permitido al Imperio disponer de un puesto de avanzada de un valor estratégico innegable en territorio enemigo, desde donde se habría podido controlar los movimientos de los pueblos del norte del Cáucaso. Las razones dadas fueron de lo más *realistas* y demuestran que la pretensión a la universalidad consultaba las condiciones necesarias para su realización<sup>3</sup>, tal como lo muestra la estabilización de la frontera Oriental, que permanece prácticamente invariable durante casi todo este período.

Igualmente reveladora es la actitud del mismo Emperador Anastasio hacia los monofisitas perseguidos en el Imperio y refugiados entre los árabes dependientes del Imperio persa; cuando el Imperio vio la posibilidad de servirse de ellos para ampliar la política de influencia entre los árabes y para ganarse el apoyo del Negus para

<sup>1</sup>Ver bibliografía citada en nota 70 de la Primera Parte.

<sup>2</sup>Ver fuentes y bibliografía en notas 84 y 106 de la Tercera Parte.

<sup>3</sup>PROCOPIUS, I, 10, 9-12; Cf. Segunda Parte, p. 98.

sus planes de expansión comercial en el sur, no titubeó en garantizarles la tranquilidad en el exilio, a la vez que suavizaba las medidas de represión en el interior del Imperio<sup>4</sup>. En una consideración superficial, podría creerse que estamos frente a una crisis que afecta la ideología universalista, fundada en la fe en un mismo Dios y expresada en la pertenencia a un mismo Imperio, ya que se impone una actitud mucho más política, que acepta la coexistencia, juega con las influencias y favorece las alianzas; pero, ya hemos dicho, que no debemos dejarnos engañar por el recurso a estos medios que no alteran el curso profundo de la historia imperial.

Del mismo modo, es interesante recordar cómo se esforzó Justiniano por eliminar de los tratados de paz el plazo de validez —treinta años, por ejemplo— dejándolos sin plazo alguno; esta política generalmente ha sido entendida como la conclusión de acuerdos de *paz eterna* y, en realidad, es todo lo contrario: estos tratados podían ser revocados en cualquier momento<sup>5</sup>. El Emperador deseaba tener las manos jurídicamente libres para revisar la situación creada por el tratado, que se considera sólo como una situación transitoria impuesta por la fuerza de las circunstancias y que no debe hacer olvidar el destino universal del Imperio.

Con Justiniano se acentúa también el carácter defensivo del *limes*, pensado cada vez más como una barrera que separa realmente el Imperio del resto del mundo, en desmedro del antiguo *limes* abierto y fecundo<sup>6</sup>; las obras de fortificaciones en las fronteras vinieron a subrayar esta tendencia. En realidad, el Imperio sabe, con la experiencia que proporciona una historia secular, cual territorio es capaz de gobernar, controlar y defender; por éste, dará batallas y se esforzará por mantenerlo efectivamente bajo su autoridad. Inmediatamente más allá se extienden los diferentes reinos bárbaros, más o menos vasallos, que reciben influencias imperiales, misioneros cristianos, y que son etapas en las rutas comerciales, que forman su corona, su defensa y atalayas. En efecto, el prestigio del Imperio, en gran parte, puede medirse por el número y adhesión de estos reinos fronterizos, situados en regiones de importancia estratégica o establecidos en los territorios de la *Pars occidentalis*. A menudo, estos reinos son, además, punto de partida para la realización de una política de control a larga distancia. De esta manera, los reinos bárbaros dependientes y las zonas de influencia cumplen una im-

<sup>4</sup>Ver bibliografía citada en nota 106 de la Segunda Parte.

<sup>5</sup>Véase HIGGINS, M., *International Relations at the Close of the Sixth Century* (The Catholic Historical Review, 1941), p. 286.

<sup>6</sup>Sobre el concepto de *limes*, véase bibliografía citada en nota 3 de la Primera Parte.

portante función internacional en la política del Imperio y contrarrestan la tendencia a replegarse para afianzar la *consolidación* interna del Imperio, tarea que preocupaba seriamente a los hombres de estado.

Un rasgo interesante de la política exterior bizantina, durante el período estudiado, es el gran despliegue de la actividad diplomática, en comparación con las campañas militares emprendidas, las que no alcanzan importancia y eficacia sino en la época de Justiniano<sup>7</sup>. En realidad, durante el s. v, Bizancio se ha esforzado por sobre todo en mantener su patrimonio, es decir, sus territorios, sus recursos, su prestigio, mediante su actividad diplomática. La actitud enérgica de Marciano o la famosa expedición naval contra los vándalos en el 468 constituyen la excepción.

Pero, aunque no se haya propiciado una política de oposición decidida contra los pueblos bárbaros que se aproximaban o se instalaban en el territorio imperial, en cambio, a menudo se tomaron medidas severísimas contra la presencia creciente de los bárbaros al servicio del Imperio. Nos parece que el hecho de tomar estas medidas significa que existía una clara conciencia del peligro de la influencia masiva de los godos, especialmente, en el ejército y en la administración imperial.

Esta actitud de oposición frente a los bárbaros no impidió la búsqueda de una colaboración ocasional, pero la distinción neta entre el mundo romano y el mundo bárbaro se mantiene durante este período; su acentuación presta un renovado ardor a los momentos de violencia desencadenada, durante los cuales el Imperio se venga de las humillaciones que ha debido sufrir de la prepotencia bárbara<sup>8</sup>. Se quería hacer desaparecer el temor, jamás disipado del todo y, por lo mismo, angustioso, de una posible coalición entre estos bárbaros y los de allende las fronteras; la suerte de los poderosos generales Gainas y Aspar, a setenta años de intervalo, es bastante significativa al respecto.

Revelador también es el duro juicio de Malchus a propósito de la visita de Amorkesos —el aventurero árabe que se había apoderado de una parte de la Arabia Pétrea y de la isla de Jotabe— a la Capital, invitado por el Emperador León, hacia el 473; el Emperador no debería ser tan familiar con los bárbaros para mantener entre ellos el temor que su solo nombre debía inspirar<sup>9</sup>. Como se ve, los bárbaros continúan siendo considerados como extraños al Imperio o,

<sup>7</sup>Véase LOT F., *L'art militaire et les armées au Moyen Age en France et dans le Proche Orient* (Paris, 1946), I, pp. 27-29.

<sup>8</sup>Cf. VASILIEV, A. A., *Historia del Imperio Bizantino*, I, p. 115.

<sup>9</sup>MALCHUS, *Frag.* 1 (F.H.G., IV, pp. 112-113); Cf., Segunda Parte, p. 88.

en el mejor de los casos, como súbditos de condición inferior, indignos de ser recibidos en la Capital y de gozar de la contemplación de la Majestad Imperial. Además, había que tener presente el peligro que era que los bárbaros recorriesen las provincias, descubriendo los puntos débiles del Imperio.

Las relaciones con los dos Teodorico mostraron suficientemente, nos parece, la gama del juego diplomático del Imperio, y revelaron también la motivación profunda de la presión bárbara<sup>10</sup>. El Imperio creía que podía resolver los problemas tratando con los jefes y para ellos desplegaba todos sus medios de seducción: regalos, honores, matrimonios políticos, etc. Pero quedaba sin resolver el gran problema del pueblo bárbaro, que nada sabe de todo esto, o que sabiéndolo no obtiene ningún provecho. Se agregará pues la concesión de tierras y de subsidios, ambas medidas insuficientes, la primera en razón del agotamiento de las tierras y de la incapacidad agrícola de los bárbaros, por lo menos en los momentos iniciales de su establecimiento, y la segunda en razón de su imposibilidad para resolver los verdaderos problemas. Pues el problema subsiste: un pueblo hambriento, sin otro medio para mejorar su situación que la guerra, presiona sobre sus jefes, los cuales, colocados en la alternativa de mantener la fidelidad al Imperio y el goce de sus prebendas, o la fidelidad a su pueblo y a sus promesas, se sentían generalmente más comprometidos por sus lazos ancestrales, a pesar de todo lo que el Imperio haya hecho por ellos y ofrezca hacer. Es comprensible, en estas condiciones, que estos jefes bárbaros aparezcan ante los ojos de sus contemporáneos como perjuros insaciables; pero la verdad es que la diplomacia no tocaba el problema de fondo, y es por esto que no podía aportar una verdadera solución a la crisis de las invasiones. La solución residía en la instalación de estos pueblos en territorios que pudiesen recibirlos y permitirles vivir durante un cierto tiempo, hasta que adquiriesen nuevos hábitos de vida, para integrarlos entonces a las formas sedentarias y mediterráneas de la cultura. Bizancio no podía menos que intuir esta solución, y es por eso que quiso darle realidad en más de una oportunidad, pero a costa de occidente. Sin embargo, la solución total sería obra de la Historia más que de la diplomacia.

La actividad diplomática se esfuerza por dar una forma oficial a las relaciones entre los pueblos mediante un tratado que contenga todos los requisitos jurídicos y religiosos necesarios para garantizar su aplicación y duración. Pero, de todas maneras, como el respeto de los tratados por los bárbaros no era seguro, se trataba de reforzar su

<sup>10</sup>Véase Tercera Parte, pp. 126 s.

fidelidad y adhesión al Imperio recurriendo a diversos expedientes. El más habitual de estos expedientes, pero también el menos eficaz era el oro, que el Imperio distribuye a manos llenas en esta época, consiguiendo con eso sólo acrecentar el apetito de los bárbaros. A veces, se recibía rehenes de alto rango, pero generalmente éstos eran cambiados o bien restituidos una vez que las negociaciones diplomáticas estaban a punto de concluir. Una medida particularmente interesante es la adopción de reyes bárbaros por el Emperador: se entendía entonces que el rey bárbaro entraba en la familia imperial y adquiría, por ese concepto, un derecho para ejercer el gobierno sobre una parte del Imperio —su reino— en calidad de *colega* de menor rango<sup>11</sup>. Esta ficción de parentesco servía pues para anudar lazos de dependencia política, de acuerdo a los principios vigentes, que tendían a considerar cada vez más al Imperio como patrimonio personal del Emperador, principio inspirado por la visión paternalista y doméstica del Imperio.

Pero, al mismo tiempo que algunos pueblos adquirían esta relación privilegiada con el Imperio, llegando a ser parte de él, en este espíritu de confederación, del cual hemos hablado, la mayoría de los que se encontraban en la frontera misma o más allá, fueron designados con un término que muestra cuán secundarios eran para Bizancio las relaciones *creadoras* con los bárbaros, aunque este aspecto estaba implícito en el espíritu del *foedus* clásico; simplemente se les denominaba *socii* (σύμμαχος), es decir *combatientes*. No obstante, el término *foederati*, totalmente desprovisto de su acepción anterior, permanece en uso para designar a los soldados bárbaros incorporados en el ejército bizantino y mandados por generales romanos<sup>12</sup>; sin duda, con esta designación se quería significar que los bárbaros, antaño aliados poderosos del Imperio, estaban ahora reducidos a la categoría de meros súbditos.

La actividad diplomática debe, en primer lugar, aportar una solución a problemas inmediatos y sobre todo urgentes, como, por ejemplo, poner fin a una guerra, concluir una alianza que garantice un apoyo en una situación difícil, obtener alguna ventaja territorial o comercial... Pero hay otros aspectos que confieren a las relaciones internacionales un valor que se sitúa a un nivel muy superior. Se trata de los esfuerzos por construir una sociedad establecida sobre principios aceptables para todos; entre éstos, tiene una especial im-

<sup>11</sup>GAUDENZI, *Sui rapporti tra l'Italia e l'Impero d'Oriente fra gli anni 476 e 554 d. C.* (Bologna, 1886), pp. 14-17; véase Tercera Parte, nota 84.

<sup>12</sup>Cf., MASPERO, J., Φοιδερχῆτοι et Στρατιῶται *dan l'armée byzantine au VIe siècle*, B.Z., 1912, pp. 97 y 109; ver también OBOLENSKY, D., *The principles and methods of the bizantine Diplomacy*, Actes du XIIIe C.E.B., I, pp. 57-58.

portancia la *amicitia* que el Emperador ofrece a los reyes bárbaros o al Gran Rey de Persia, y que crea un vínculo entre todos los *amici*, los que llegan, de esta manera, a formar una verdadera conjuración frente a las fuerzas adversas<sup>13</sup>.

Por cierto que esta *amicitia* alcanza todo su significado en relación con el Emperador; se podría decir que es una auténtica *fons amicitiae*; en efecto, el Emperador es la fuente que irriga y alimenta a todos los pueblos que están en contacto con él para hacerlos fructificar pacíficamente. Pues, no lo olvidemos, el contenido más admirable de toda la política imperial, su meta y su origen, es la paz.

Parece que desde antes de la época de Justiniano se había arraigado profundamente en la conciencia romano-bizantina el sentimiento de que el Imperio es una organización supranacional, y que constituye una verdadera confederación, cuyo centro es evidentemente Constantinopla. Una prueba al respecto se puede encontrar en el cuidado por presentar un motivo jurídico y moralmente válido para justificar la declaración de guerra contra los bárbaros de occidente, teóricamente vasallos del Emperador. La campaña emprendida debe ser un *iustum bellum* y esto aun contando con la concepción de que “todas las guerras del basileus se consideraban como legítimas, justas y santas”<sup>14</sup>. En varias ocasiones, la razón oficial de las guerras imperiales consistió en el ejercicio del papel de gran justiciero que se atribuye el Emperador en los conflictos internos de los reinos bárbaros o de ellos entre sí.

De hecho, Justiniano insistirá que sus guerras tendían a poner fin a la injusticia y devolver la libertad a sus súbditos. En una palabra, el Emperador actúa movido por su amor a sus súbditos, a los que desea hacer partícipes de los tesoros de la verdadera paz.

El fundamento de esta *confederación* debe buscarse en la confesión religiosa, que ofrece el mismo ideal y que crea una comunidad de vida y de acción. De esta manera, se abre un campo inmenso a la actividad misionera de la Iglesia que, al predicar el Evangelio, efectúa también una innegable expansión de la cultura bizantina y que difícilmente podía eximirse de un compromiso más o menos estrecho con la política imperial. Con razón el Gobierno imperial vio siempre en los misioneros un medio más y de particular impor-

<sup>13</sup>Sobre la “amicitia”, recuérdese el estudio fundamental de PARADISI, *L’amicitia” internazionale nell’alto Medio Evo*, Scritti in onore di Contardo Ferrini, II, pp. 178-225.

<sup>14</sup>DE TAUBE, *L’apport de Byzance au développement du Droit international occidental*, p. 320.

tancia para promover más allá de las fronteras sentimientos de adhesión mucho más sólidas que las alianzas puramente políticas<sup>15</sup>.

Así, cuando el reino de Lázica retornó a la suzeranía bizantina, el 522, fue por el bautismo de su rey Tzath. Ante las quejas del Gran Rey, ofendido y alarmado por la deserción de uno de sus súbditos, el Emperador Justino se limitó a reconocer la conversión y bautismo de Tzath<sup>16</sup>; le parecía evidente que esto correspondía a un derecho inalienable de la persona, y que como tal no podía ser discutido. Semejante acto acarrearba automáticamente una adhesión casi natural al Imperio, en cuanto expresión temporal de la Iglesia; la incorporación de Tzath y de su reino a la órbita imperial venía a ser así del todo natural.

Se comprende entonces la sospecha con la cual fueron siempre mirados los cristianos en Persia cuando estaban en comunión con la Iglesia oficial del Imperio e igualmente la preocupación de la Iglesia persa por diferenciarse de la Iglesia imperial para evitar la acusación más o menos fundada de traición.

Más que los bárbaros, la verdadera y digna adversaria del Imperio fue la Persia sasánida, a la cual debió reconocerle una paridad difícil de conciliar con la teoría del dominio universal. Contra Persia ya no se intentará una campaña conquistadora en el estilo de la proyectada e iniciada por Juliano; y el mismo Justiniano no podrá dar más realidad a sus pretensiones imperialistas en Oriente que con la erección de su gran estatua ecuestre en el Augusteon, en la que el Emperador aparecía cara al este, pronto, al parecer, a iniciar la conquista de Persia<sup>17</sup>.

La presencia de los bárbaros de las estepas septentrionales que, más de una vez, amenazaron simultáneamente a Bizancio y a Persia, pero que, mucho más a menudo, fueron utilizados por uno u otro de los adversarios con el fin de acrecentar los problemas del vecino, no alcanzó a producir una alianza efectiva para encarar unánimemente este insoluble problema. Es cierto que a veces se tuvo conciencia de la situación singular en que se encontraban ambos Imperios frente a las fuerzas del mundo de los bárbaros; esta conciencia llegó a expresarse en alguna metáfora o en fórmulas protocolares, pero sin alcanzar jamás a concretarse en una alianza real, principalmente porque Bizancio no tenía mayor interés en terminar con el

<sup>15</sup>Cf. BECK, H. G., *Byzanz — er Weg zu seinen geschichtlichen Verstandnis*, Saeculum, 1954, pp. 94 s.; SINOOWITZ, *Die Begriffe Reich, Macht und Herrschaft im byzantinischen Kulturbereich*, Saeculum, 1953, p. 450; LECHNER, K., *Byzanz und die Barbaren*, Saeculum, 1955, pp. 293 y 299.

<sup>16</sup>Véase fuentes citadas en nota 103 de la Segunda Parte.

<sup>17</sup>PROCOPIUS, *De Aedificiis*, I,2,10



problema bárbaro en el Cáucaso y menos en la frontera noreste de Persia. En efecto, Bizancio se dio cuenta que podía maniobrar estos bárbaros, tal como lo hacía Persia, cada vez que los problemas de la frontera del Eufrates se intensificaban, obligando de esta manera a Persia a defenderse en dos frentes.

Hemos visto la insistencia de Persia por obtener la colaboración bizantina para la defensa de los desfiladeros del Cáucaso. Bizancio, al comienzo, aceptó esta colaboración porque las incursiones de los bárbaros que alcanzaban Asia Menor y Siria, al mismo tiempo que los godos inundaban los Balkanes, habían provocado un pánico indescriptible. Pero, a medida que la realidad de la barbarie se hizo cotidiana y perdió su capacidad de espantar, el Imperio comprobó que podía detener a los bárbaros y aun dirigirlos gracias a su habilidad diplomática.

Por otra parte, el problema de los bárbaros en los Balkanes y en occidente, en general, se daba totalmente al margen de la situación de Persia, y, por consiguiente, no había ninguna reciprocidad en la defensa contra los bárbaros; muy al contrario, Bizancio, más de una vez, temió que se formase una coalición entre los bárbaros de occidente y los persas.

\* \* \*

Entre los diferentes medios que hacen posible contactos internacionales durante el período estudiado, las misiones diplomáticas se destacan de manera evidente por su carácter oficial, la importancia de los asuntos tratados y también por el mayor número de testimonios que han quedado. Intentaremos ahora esbozar los rasgos característicos del embajador bizantino, según aparece en las diversas embajadas que hemos estudiado.

En numerosos casos, es posible que haya habido una verdadera tradición familiar, como, por ejemplo, en la familia de Nonnosus<sup>18</sup>, sobre todo cuando se trataba de las relaciones con pueblos que exigían un cabal conocimiento de su lengua, una comprensión de su idiosincrasia, y aun una capacidad física para resistir climas inhóspitos.

En medio de estas familias, se adquiriría evidentemente elementos preciosos para la formación del futuro diplomático, pero esta formación exigía también requisitos importantes, que, en parte, se cumplían frecuentando la Universidad de Constantinopla o alguna de las célebres Escuelas de Derecho del Imperio. En la Universidad imperial, destinada precisamente a formar el contingente más importante de funcionarios del Estado, el joven se ejercitaba en la retó-

<sup>18</sup>NONNOSI, *Fragmenta* (F.H.G., IV, p. 179).

rica que desarrollaba en él las facultades de discusión y persuasión, tan decisivas en la argumentación diplomática y que distinguían a los bizantinos siempre tan *subtilissimos* en estas artes<sup>19</sup>. La lectura y memorización de los clásicos —poetas e historiadores— le proporcionaba hasta una visión geográfica del mundo y, por cierto, el conocimiento profundo de los principios jurídicos le permitía llegar a los fundamentos mismos del Estado y de su acción.

Adquirida su formación teórica, el joven candidato se iniciaba en los servicios dependientes del *Magister officiorum*, donde entraba en contacto con el conjunto de actividades diplomáticas del Imperio. En efecto, del *Magister officiorum* dependían los funcionarios encargados de los archivos, en que se guardaban los informes de las diversas misiones enviadas al exterior, así como los tratados y otros documentos similares; de él dependían también los secretarios que redactaban todos los documentos oficiales que se precisaban para las negociaciones diplomáticas, los oficiales encargados de vigilar el escrupuloso cumplimiento del protocolo en las recepciones de las embajadas extranjeras, y el cuerpo de intérpretes, tan importantes en las relaciones con pueblos tan diversos. Dependían igualmente del *Magister officiorum* los agentes enviados a las provincias para dar cuenta exacta del funcionamiento del correo imperial, y, después del 443, los agentes encargados de controlar el estado de los ejércitos y defensas de la frontera oriental, además de muchos otros funcionarios<sup>20</sup>.

En este ambiente, el joven candidato completaba su formación, destacándose cuando podía entre los novicios impacientes y los funcionarios experimentados, conociendo a los embajadores extranjeros, informándose de los planes, éxitos y fracasos de la política palatina, poniéndose al tanto de las intrigas, impregnándose de la ideología imperial, discutiendo con los militares que preconizaban medidas violentas para encarar los problemas internacionales, participando piadosamente en las magníficas ceremonias eclesiásticas en que se imploraba la intercesión de los santos y las luces de la

<sup>19</sup>Cf., CASSIODORUS, *Variae*, II, 6: "Sed licet omnis legatio virum sapientem requirat, cui provinciarum utilitas totiusque regni status committitur vindicandus, nunc tamen necesse est prudentissimum eligere, qui possit contra subtilissimos disputare et in conventu doctorum sic agere, ne susceptam causam tot erudita possint ingenia superare. magna ars est contra artifices loqui et apud illos aliquid agere qui se putant omnia praevidere".

<sup>20</sup>Véase *Notitia Dignitatum*, Or. XI, *Magister Officiorum*, 3, 14, 15, 16, 17, 50, 51 y 52; ver también BOAK, A.E.R., *The Master of the Offices in the Later Roman and Byzantine Empires* (New York, 1924), p.38 y *passim*; HELM, R. *Untersuchung über den auswärtigen diplomatischen Verkehr des römischen Reiches im Zeitalter der Spätantike*, *Archiv für Urkundenforschung*, 1932, pp. 422-426

Divinidad, e intentando por todos los medios hacerse notar de los ministros, de los favoritos, del Emperador o de la Emperatriz.

Dada la frecuente actividad diplomática del Imperio, no tardaba en presentarse la ocasión para que el joven funcionario pudiese participar en alguna de las numerosas embajadas enviadas por Bizancio, como miembro de la comitiva, más o menos importante según el rango del embajador designado. Comenzaba entonces la etapa más decisiva de la carrera, aquélla que le permitiría enriquecer su formación por la experiencia directa. Tendría ahora la posibilidad de aplicar sus conocimientos teóricos, de acrisolar su carácter, de temperar su audacia, de asombrarse ante las sutilezas de que eran también capaces los bárbaros, de dar prueba de su entereza en los momentos difíciles propios de cada embajada que, a menudo, se internaba por territorios desconocidos, contando solamente con la garantía de inviolabilidad, generalmente reconocida por los bárbaros<sup>21</sup>.

La embajada de Adamantius a Teodorico Amalo es un buen ejemplo de la consagración de un funcionario a su tarea; nada le impide cumplirla porque sabe cómo superar todas las dificultades que se presentan.

El éxito de la misión confería notoriedad a sus miembros y el Emperador no escatimaba su reconocimiento: ascensos en la jerarquía palatina, honores, incluso el consulado... Por el contrario, el fracaso de la misión se traducía, en ciertos casos, en una degradación jerárquica y aun en procesos y castigos.

Junto a estos funcionarios que podemos llamar diplomáticos de carrera, aparecen siempre, y generalmente encargados de embajadas muy importantes, altos jefes militares, *magistri militum*, por ejemplo; dignatarios civiles, como los *praefecti urbis*, *cónsules* o hasta los mismos *magistri officiorum*, y también eclesiásticos, sobre todo obispos<sup>22</sup>. La razón de estas designaciones correspondía al rango del destinatario de la embajada o a sus exigencias, como cuando se trataba de los Grandes Reyes de Persia o de satisfacer el orgullo de Atila; otras veces dependía de la necesidad de encomendar poderes especiales —es el caso del plenipotenciario— para acelerar y concluir negociaciones; también la petición de cortesanos deseosos de adquirir prestigio o de recibir suntuosos regalos, especialmente cuando eran enviados a Persia; o, por último de la naturaleza de las negociaciones como cuando tocaban asuntos religiosos.

<sup>21</sup>Acerca de la inviolabilidad, ver HELM, *op. cit.*, pp. 408-409; DE TAUBE, *op. cit.*, p. 163.

<sup>22</sup>Cf., HELM, *op. cit.*, pp. 397-403.

Los bárbaros, los bárbaros... Realidad poderosa, pero también obsesión alucinante, muy comprensible por lo demás; con razón se ha podido hablar de una "psicosis del bloqueo", más o menos persistente en el ánimo bizantino<sup>23</sup>. El Imperio evidentemente tenía una visión de conjunto de la situación que sufría, y de allí a imaginar una conexión entre las diferentes amenazas fronterizas, no había más que un paso. Pero esta misma visión favorecía, por otra parte, una acción política de largo alcance y gran habilidad entre los bárbaros, de la que estos últimos eran incapaces.

Procopio, en su *Bellum Persicum*, expresa el sentimiento de decepción que produce una diplomacia diestra y sensata cuando se ejerce con pueblos que apenas han pasado el umbral de la historia. Se trata de la amplia y rica experiencia de un hombre que vivió intensamente los acontecimientos de la primera mitad del s. VI, y que poseía, al mismo tiempo, una formación histórica excepcional para apreciar las relaciones del Imperio con los bárbaros en una vasta perspectiva. El historiador, recordando las medidas tomadas por Diocleciano en Egipto para pacificar las tribus de bárbaros nómades, señala que el Emperador, después de haberlos reducido al estado sedentario y haberles concedido una cantidad anual de oro para impedir que saqueasen el territorio imperial, no obtuvo con esto ningún resultado, pues cada vez que los bárbaros podían renovaban sus pillajes habituales. Y Procopio concluye: "Por eso me parece que no hay otro medio para obligar a todos los bárbaros a respetar la fe jurada a los romanos que el temor inspirado por los soldados que los controlan<sup>24</sup>. Lo mismo o casi lo mismo puede decirse de los árabes, igualmente indómitos y dados al pillaje, así como de los bárbaros del norte, de quienes se podía pensar lo que el Conde Marcelino afirmaba a propósito de Teodorico Amalo, "nunquam beneficiis satiatus".

En una palabra, de los bárbaros no es conveniente fiarse, y lo que Synésios había proclamado a fines del s. IV mantiene su vigencia en el s. VI: los bárbaros son como los lobos, a los cuales no se puede confiar la defensa del rebaño, pensando que pueden ser identificados con los perros guardianes<sup>25</sup>; pero, por otra parte, no se puede pasar sin ellos. Los bárbaros paradójicamente son necesarios desde el momento que hay bárbaros que combatir, y el Imperio no puede des-

<sup>23</sup>Cf. LAMMA, P., *Recenti studi su Teodorico*, Convivium, 1950, pp.304/305.

<sup>24</sup>PROCOPIUS, I, 19, 33

<sup>25</sup>PROCOPIUS, VIII, 19, 10/14; Cf., también SYNESIOS, *Le Discours sur la Royauté*, 21

preciar su presencia obsesionante, ni eliminarlos ni vencerlos. No queda pues más que conseguir que se enfrenten entre sí para intentar debilitarlos, y éste será el gran tema de la actividad diplomática clásica del Imperio, tal como la encontramos claramente expuesta en la obra clave y confidencial que fue el tratado *De administrando impero*. La otra posibilidad habría sido absorberlos. Occidente, lo hemos dicho, se vio obligado a aceptar esta solución, impuesta por la fuerza de las invasiones desde los primeros años del s. v; Bizancio, la *pars orientalis*, se esforzará por remontar esta marea bárbara, confiado en su destino providencial.

Conquistas, persuasión, concesión, marcan las etapas sucesivas y declinantes de la visión triunfal de la historia del Imperio Romano. Los sasánidas primero, los bárbaros después, obligaron al Imperio a reprimir sus pretensiones universales y a recurrir a una diplomacia *defensiva*, que, desde el gobierno del Emperador Justino, torna a *ofensiva*, preparando el terreno para la política reconquistadora de Justiniano. Se sabe, en efecto, de los sueños imperialistas de Justiniano y de las guerras que desató para restaurar el Imperio en su grandeza y esplendor antiguo.

La estatua ecuestre de este Emperador —a que hemos hecho alusión— según la descripción dada por Procopio, “sostenía en su mano izquierda un globo significando con esto que toda la tierra y el mar le estaban sometidos, aunque no blandía espada, lanza ni arma alguna. Pero una cruz que se encuentra sobre el globo representa el emblema gracias al cual ha ganado el Imperio y sus victorias. Con su mano derecha extendida hacia el oriente y con sus dedos abiertos, ordena a los bárbaros detenerse”<sup>26</sup>.

En fin, la construcción de Santa Sofía será la manifestación más elocuente de la grandeza y universalidad del Imperio restaurado; de acuerdo con el sistema cosmológico vigente, Santa Sofía con sus cuatro inmensos pilares en las cuatro esquinas del gran cuadrado central de la planta de la iglesia, sobre los cuales descansa y se eleva la majestuosa cúpula, con su decoración musiva brillante, es la representación misma del cosmos que tiene su centro en la capital del Imperio, desde donde se ordena y se ilumina el mundo<sup>27</sup>.

<sup>26</sup>PROCOPIUS, *De Aedificiis*, I, 2, 11/12; Cf., BARKER, J. W., *Justinian and the Later Roman Empire* (Madison, 1966), pp. 290-292.

<sup>27</sup>Cf., PROCOPIUS, *De Aedificiis*, I, 1, 22/78; ver DOWNEY, G., *Constantinople in the age of Justinian* (Norman, 1960), pp. 101-102; véase también LINDSAY, J., *Byzantium into Europe* (London, 1952), pp. 270-276; DE CHAMPEAUX, G. STERCKX, S., *Introduction au Monde des Symboles* (La Pierre-qui-Vire, 1966), pp. 128-129.



## Bibliografía

## PRESENTACION DE LA BIBLIOGRAFIA

### A. FUENTES

La obra de dos historiadores de verdadero mérito, ÁMMIANO MARCELLINO y PROCOPIO, enmarca el período estudiado, a la vez que fragmentos de la obra de PRISCO y de MALCO narran importantes acontecimientos de las décadas intermedias. El hecho que estos historiadores hayan vivido intensamente los acontecimientos que narran, tomando parte en campañas y participando en misiones diplomáticas, confiere un mérito indiscutible a estas fuentes; por esta razón, para algunos acontecimientos, nos encontramos frente a relatos que entregan un testimonio directo y, en más de una oportunidad, con alguna interesante reflexión que nos permite calar en la opinión de ciertos sectores de la sociedad contemporánea. Cuando recordamos además que para algunos acontecimientos son la fuente única, comprendemos que alcancen un lugar de primer orden entre las fuentes de este período.

Los fragmentos de PRISCO y de MALCO, así como de muchos otros autores, entre los cuales son también de especial interés para nuestro período los de PEDRO el PATRICIO y de OLYMPIODORO, se encuentran recogidos en la obra denominada *Excerpta de Legationibus*, debida a la actividad erudita del Emperador Constantino VII Porphyrogénito, quien comprendió cuánto provecho podía obtenerse para la formación del futuro diplomático al ponerlo en contacto con los más valiosos informes de avisados funcionarios de antaño.

Otro grupo lo forman los llamados historiadores eclesiásticos y cronistas, que escribieron más al margen o más alejados de los acontecimientos y en cuyas obras el relato comienza a cobrar una dimensión legendaria y en las cuales se descubren numerosos clichés; citemos a SOCRATES, a IORDANES, al CHRONICON PASCHALE, entre otros.

También aportan elementos interesantes los historiadores armenios y los cronistas orientales; entre los últimos, destaca JOSUÉ EL ESTILITA, testigo de muchos de los acontecimientos que narra y que trae infinidad de detalles valiosos y pintorescos.

La visión persa de las relaciones con el Imperio ha quedado conservada en los grandes historiadores árabes, TABARI en primer lugar, los cuales dispusieron posiblemente de los archivos de los Sasánidas, conocieron historias anteriores y recogieron tradiciones al respecto, pero que deben ser cuidadosamente controlados.

La *Notitia Dignitatum*, algunas disposiciones imperiales, especialmente sobre comercio internacional, el tratado *De Magistratibus* de



JUAN LYDUS, también proporcionan algunos detalles de índole oficial.

No debe olvidarse que las abundantes representaciones de que era objeto el Emperador en el arte bizantino son de gran valor para la comprensión del espíritu imperial y del tono victorioso que comunica a las relaciones exteriores.

Por último, no estará demás recordar que la consulta de MORAVCSIK, *Byzantinoturcica, I*, es fundamental para el conocimiento de ediciones, traducciones, comentarios, etc., de la gran mayoría de las fuentes para la Historia Bizantina. Para períodos más reducidos y con especial relación al nuestro, puede consultarse ÜSTROGORSKY, *History of the Byzantine State*, pp. 20 a 25 y VASILIEV, *Justin the First*, pp. 9 a 42.

Se puede seguir, pues, el curso de los acontecimientos con relativa precisión y de entre ellos esbozar el juego diplomático del Imperio, pero si bien “podemos ver la máquina en acción, poco es lo que conocemos acerca de su construcción o de funcionamiento” (ENSSLIN, en BAYNES-MOSS, *Byzantium*, p. 306). Efectivamente, para este período menos que para otros, se encuentra una obra que nos presente la diplomacia del Imperio desde el punto de vista de su organización administrativa o de su ideología; todo lo que podemos saber acerca de la *técnica* diplomática proviene de alusiones, deducciones o interpretaciones de las fuentes narrativas y de uno que otro texto legislativo. Tal vez por esto mismo es que todos estos estudios sobre la diplomacia bizantina, en su aspecto orgánico, dicen tan poco sobre este período; casi todos entran en una generalización fundada en obras correspondientes a períodos posteriores —sobre todo los tratados de Constantino VII Porphyrogénito *De administrando Imperio* y *De Ceremoniis*— o se limitan a algún simple detalle, como sucede con el tomo I de *L'Histoire des relations internationales*, dirigida por RENOUVIN y redactado por GANSHOF.

Pero aún en la exposición *événementielle* nos encontramos con ciertos hiatos historiográficos, que dejan sujeta la narración a un margen de presunción y no más; por ej., las relaciones con Alarico en los Balkanes, en gran parte deben seguirse mediante la interpretación de la obra de un poeta cortesano, CLAUDIANO; o la precisión de las relaciones de Bizancio con Teodorico Amalo, que en ninguna de las fuentes alcanza suficiente claridad.

#### B. OBRAS CONSULTADAS

La bibliografía que puede consultarse a continuación, toda revisada y utilizada en alguna proporción para el presente trabajo, nos parece que tiene además el mérito de reunir —quizás por primera vez—

obras y artículos que se refieren a la diplomacia bizantina como preocupación general de la política imperial y de un modo particular como actividad importante del período estudiado, junto con trabajos que presenten el marco geográfico, los fundamentos tradicionales, la ideología imperial, las manifestaciones de relaciones internacionales gracias a la actividad religiosa así como a las corrientes comerciales, y la historia interna del Imperio; conscientemente hemos dejado al margen prácticamente todo el importante capítulo de las relaciones artísticas, que habría exigido además de un conocimiento especial, una ampliación impresionante de esta bibliografía, que, por el contrario, hemos tratado de reducir; así podrá también encontrarse en alguna nota, referencia a obras que no hemos podido consultar, pero que hemos considerado útil señalar, o a trabajos altamente especializados y que tocan sólo incidentalmente a nuestra investigación.

Bien se sabe que la historia de los siglos que se acostumbra llamar del Bajo Imperio ha sido escrita varias veces —y algunas magistralmente— en las últimas décadas; a los nombres de BURY y de STEIN, se agregan los más recientes de LOT, ALTHEIM, JONES y VOGT.

Algunos momentos o figuras de este período han merecido especial atención de los historiadores; sin referirnos a la copiosa bibliografía surgida alrededor de Constantino, recordemos a PIGANIOL, *L'Empire Chrétien (325-295)*, a DEMOUGEOT, *De l'unité à la division de l'Empire Romain (395-410)*, a ENSSLIN, *Theoderich der Grosse*, a VASILIEV, *Justin the First* y a RUBIN, *Das Zeitalter Justinians*, obra que, sin duda, marcará una etapa en la historiografía bizantina de este período, tal como aconteció con *Justinien et la civilization byzantine au VI siecle*, de CHARLES DIEHL, a comienzos de siglo.

Insensiblemente, pues, la historiografía del Bajo Imperio nos conduce de la historia romana propiamente tal a la historia del Imperio bizantino, que ha encontrado sus grandes expositores en el presente siglo en VASILIEV, OSTROGORSKY y BREHIER. La voluminosa obra de BREHIER, *Le Monde Byzantin*, constituye una verdadera *Summa* de la historia bizantina en todas sus diversas manifestaciones. En dimensión muchísimo más reducida, encontramos también valiosas presentaciones de la civilización bizantina en más de una obra de DIEHL, en GELZER, en RUNCIMAN y en HAUSSIG como también en la obra colectiva dirigida por BAYNES y MOSS.

En todas estas obras se encuentran algunas páginas o algún capítulo dedicado a las distintas manifestaciones de las relaciones internacionales y en particular a la diplomacia bizantina, que, a veces son de extraordinario interés por la problemática que plantean, el material que trabajan, la ordenación que proponen y la exposición

que realizan. No siempre puede decirse lo mismo de las historias generales de la diplomacia o de las relaciones internacionales, donde a veces no hay sino simples alusiones respecto al período que estudiamos, desprovistas prácticamente de valor.

Por supuesto que en esta bibliografía tiene que haber obras de distinta categoría: las hay de valor permanente por la rica intuición o por el conocimiento exhaustivo de las fuentes, hay otras que necesitan una revisión importante, hay también artículos altamente especializados y otros de divulgación, etc; largo sería en verdad pasar revista detallada a tan amplia bibliografía; por lo demás, se encuentran interesantes revisiones bibliográficas en LATOUCHE, *Les Grandes Invasions et la crise de l'Occident au V<sup>o</sup> Siècle*, pp. 299-322; VASILIFV, *History of the Byzantine Empire*, I, pp. 3-42; OSTROGORSKY, *op. cit.*, pp. 1-20; DOLGER-SCHNEIDER, *Byzantium*, passim; BARKER, *Justinian an the Later Roman Empire*, pp. 298-304, entre otros. Un amplísimo repertorio bibliográfico puede consultarse en C. M. H., IV, I (Ed. 1966), pp. 803-1041.

Punto aparte merecen los trabajos en los cuales se expone la historia de los pueblos vecinos del Imperio, con los cuales éste mantuvo distinto tipo de relaciones; en muchos de estos trabajos se encuentran importantísimos aportes para el conocimiento de dichas relaciones: así, las obras de HODCKIN, ALTHEIM, COURTOIS, ENSSLIN, LAMMA, SCHMIDT, GROUSSET y los importantes artículos de SHAHJD y las investigaciones de TOUMANOFF.

También los estudios acerca de la expansión misional de la Iglesia o de la constitución de cristiandades más allá de las fronteras imperiales pueden consultarse con provecho: recordemos los trabajos de ZEILLER, de LABOURT, de LABRIOLLE, de THOMPSON, por ejemplo.

Otro punto importante se refiere al conocimiento de la realidad geográfica del Imperio, en especial de sus zonas fronterizas y sobre todo del *limes* oriental, de trazado singularmente difícil; las investigaciones de POIDEBARD, HONIGMANN y DILLEMANN han completado la magistral visión que ofreció CHAPOT, *La frontière de l'Euphrate*, a comienzos de siglo, y que ha tenido una reciente y novedosa exposición en un trabajo de FREYA STARK.

Intimamente relacionada con las posibilidades geográficas y creando también efectivos lazos, que el gobierno imperial no podía menos que vigilar y favorecer, está la actividad comercial del Imperio y de los pueblos vecinos; señalemos, entre otros, los estudios de CHARLESWORTH, de HUDSON o de LÓPEZ, para ilustrar la amplitud y las conexiones de este aspecto de las relaciones internacionales.

Pero, sin duda son las obras referentes a la ideología imperial y a la actividad diplomática que de ella se deduce y gracias a ella se

explica, las que forman el núcleo más importante de la presente bibliografía.

Trabajos fundamentales para comprender este aspecto son los artículos de ÔSTROGORSKY y los de DÔLGER reunidos estos últimos en un volumen que lleva por título *Byzanz und die europaische Staatenwelt*, la investigación de GRABAR que llama la atención sobre la importancia de *L'Empereur dans l'art byzantin* y de TREITINGER que estudia la expresión de dicha ideología en el ceremonial palatino; la reciente obra de DVORNIK, *Early Christian and Byzantine Political Philosophy*, que reúne un material impresionante, que supera ampliamente su título, junto con interesantes y sugestivos artículos de BAYNES y de GAGE, proporcionan el marco indispensable para comprender la ideología imperial. También nos han sido de mucho valor varios estudios de PARADISI que aportan importantes puntos de vista sobre el estilo de las relaciones internacionales en el período estudiado. Por último, una reciente obra de LEMOSSE sobre *Le régime des relations internationales dans le Haut Empire romain*, así como la investigación de ZIEGLER sobre *Die Beziehungen zwischen Rom und dem Partherreich*, constituyen valiosos antecedentes para nuestro trabajo.

Que esta rápida revisión sirva para dejar constancia de la ayuda inapreciable que hemos obtenido de todo este esfuerzo de generaciones por ahondar y ampliar el conocimiento de la historia del Imperio Bizantino; difícilmente podría encontrarse algo de valioso en nuestra investigación sin todo este fundamento de erudición y de pensamiento de más de un siglo de duración y si ese algo apareciese es sin duda el desarrollo o el estímulo de uno de los tantos trabajos anotados en la siguiente bibliografía, y en ese caso nos honramos en considerarnos deudores y continuadores.

## BIBLIOGRAFIA

### ABREVIATURAS USADAS

- B.Z. *Bizantinische Zeitschrift*, München.
- C.E.B. *Actes des Congres internationaux des Etudes Byzantines*.
- C.M.H. *The Cambridge Mediaeval History*. Cambridge, at the University Press. I (1911), 1924; II, 1913; IV, I, 1966; IV, 2, 1967.
- C.S.H.B. *Corpus Scriptorum Historiae Byzantinae*. Bonn, 1828-1843.
- C.S.C.O. *Corpus Scriptorum Christianorum Orientalium*. Louvain.
- F.H.G. *Framenta Historicorum Graecorum*. K. MÜLLER, IV (París, 1851).
- H.E. *Histoire de l'Eglise*. FLICHE, A. et MARTIN, V. (París, 1935 y sigs.).
- M.G.H. *Monumenta Germaniae Historica*.
- P.G. *Patrología Cursus Completus. Series Graeca*. J. P. MIGNE (París, 1857-1866).
- P.L. *Patrología Cursus Completus. Series Latina*. J. P. MIGNE (París, 1844-1855).
- R.H. *Revue Historique*. París.

### FUENTES CONSULTADAS

#### AMMIANUS MARCELLINUS.

*Rerum Gestarum libri qui supersunt.*

3 vols. with an English translation by JOHN C. ROLFE. (The Loeb Classical Library, London, 1958-1964).

#### ANONYMUS VALESIANUS.

*Par Prior: Origo Constantini Imperatoris.*

*Pars Posterior: Chronica Theodericiana.*

in AMMIANUS MARCELLINUS (The Loeb Classical Library, London, 1964) III, pp. 506-569. *Pars Posterior* in M.G.H., AA. AA., IX, I, pp. 306-328.

#### ANASTASIUS BIBLIOTHECARIUS.

*Historia Ecclesiastica ex Nicephoros Patriarcha, Georgios Sincello et Theophanes contracta*, p.G. t CVIII, col. 1187-1428.

ANDREAS DANDULOS.

*Chronica per extensum descripta, aa. 46-1280 d. c.*

Rerum Italicarum Scriptores, XII, I (Citta di Castello, Bologna, 1938).

BAR-HEBRAEUS.

*The Chronography of Gregory Abul Faraj, commonly know as Bar-hebraeus.*

Translated from the Syriac by ERNEST A. WALLIS BUDGE. (Oxford Univ. Press, London, 1932). Vol. I.

*Chronicon Ecclesiasticum.*

Ed. et trad., J. B. ABBELOOS et TH. J. LAMY.

(Louvain, 1872) t. I.

CANDIDUS ISAURUS.

*Fragmenta.*

F. H. G., IV, pp. 135-137; in C. S. H. B., t. II, p. 472-477.

CASSIODORUS SENADOR.

*Variae Epistolae.*

M. G. H., AA. AA., XII, pp. 1-385; P. L. t. LXIX, col. 501 s.

(Anonymi auctoris).

*Chronica Ecclesia Arbelensis.*

Vertit F. ZORELI, (Orientalia Christiana, VIII, 4. Pp. 143-204, Roma, 1927); voir aussi SACHAU, E., *Die Chronik von Arbela*. Berlin, 1915, pp. 41-92.

(Anonymi auctoris).

*Chronicum anonymum ad annum Christi 1234 pertinens.*

Interpretatus est J. B. CHABOT. C.S.C.O. Scriptorum Syri. Series tertia, XIV (Louvain, 1937), Vol. I.

(Anonymi auctoris).

*Chronicon Pascale, a mundo condito ad Heraclie Imp. annum XX.*

C. S. H. B., t. XVI et XVII; P. G., t. XCII, col. 9-1160.

(Incerti auctoris).

*Chronicon Pseudo-Dionysianum vulgo dictum.*

Interpretatus est J. B. CHABOT. C.S.C.O. Scriptorum Syri. Serie tertia, I (Louvain, 1949). Vol. I.

(Anonymi auctoris).

*Chronique de Séert.*

(voir *Histoire Nestorienne*).

CLAUDIANUS.

*Opera omnia.*

Traduction avec notice et notes par V. CREPIN, 2 vols. (Garnier, Paris).

CYRILLE DE SCYTHOPOLIS.

*Vie de Saint Euthyme.*

in *Les Moines d'Orient*, III, 1; trad. de A. J. FESTUGIERE (Paris, 1962) pp. 55-140; voir SCHWARTZ, E. *Kyrillos von Skythopolis. Texte und Untersuchungen zur Geschichte der altchristlichen Literatur*. 49/2. (Leipzig, 1939).

EUNAPIUS SARDIANUS.

*Fragmenta.*

F. H. G. IV, pp. 7-56; in C. S. H. B., t. 11, *Excerpta de Legationibus*, pp. 41-54.  
*de Sententiis*, pp. 55-99, *Fragmenta*, pp. 99-118.

EUSEBIUS.

*De Vita Constantini.*

P. G., t. XX, col. 905-1316.

EUSTATHIOS EPIPHANIENSIS.

*Fragmenta.*

F. H. G., IV, pp. 138-142.

EVAGRIUS.

*Historia ecclesiastica.*

P. G., t. LXXXVI, II, col. 2405-2906, Ed. J. BIDEZ et L. PARMENTIER; English translation by E. WALFORD, *History of the Church in six Books, from A. D. 431 to A. D. 594* (London, 1854).

FAUSTUS DE BYZANCE.

*Bibliothèque historique en quatre livres.*

Trad. par J. B. EMINE; in LANGLOIS, V., *Collection des historiens anciens et modernes de l'Arménie*, t. I (Paris, 1867) pp. 203-310.

FIRDOUSI.

*Le Livre des Rois.*

Trad. et commenté par JULES MOHL, t. V et VI (Paris, 1877).

GREGORIUS TURONENSIS.

*Historia Francorum.*

M. G. H., Ser. Ref. Merov., I; P. L., t. LXXI, col. 162 s.

(Anonymi auctoris).

*Histoire de la Géorgie depuis l'Antiquité jusqu'au X<sup>e</sup> Siècle.*

Trad. du géorgien par M. BROSSET. I, *Histoire ancienne*. (St. Pétersbourg, 1849-1850).

(Anonymi auctoris).

*Histoire Nestorienne. (Chronique de Séert).*

Trad. par P. DM et A. SCHER; in *Patrología Orientalis*, v, 2 (Paris, 1910) pp. 219-344; VII, 2 (Paris, 1911) pp. 97-203.

HYDATIUS.

*Chronica.*

M. G. H., AA. AA., T. XI, pp. 13-36

ISIDORUS HISPALENSIS.

*Historia Gothorum, Wandalorum et Sueborum.*

M. G. H. AA. AA., IX, 2, pp. 267-300.

IORDANES.

*Romana et Getica.*

M. G. H., AA. AA., V, 1, pp. 1-138.

JEAN DE NIKIOU.

*Chronique.*

Puiblié et trad. par H. ZOTENBERG (Paris, 1883)

- JOHANNES ÁNTIOCHENUS,  
*Fragmenta.*  
 F. H. G., IV, pp. 535-622.
- JOHANNES EPHESINUS vel ASIAE.  
*Historiae Ecclesiasticae Pars Tertia.*  
 Interpretatus est E. W. BROOKS; C.S.C.O. Scriptores Syri. Series tertia, III (Louvain, 1936).
- JOHANNES EPIPHANIENSIS.  
*Fragmenta.*  
 F. H. G., IV, pp. 272-276.
- JOHANNES MALALAS.  
*Chronographia.*  
 C.S.H. B., t. XV; P. G., t. XCVII, col. 65-718.
- JOSUE LE STYLITE.  
*Chronique.*  
 Texte et trad. par P. MARTIN (Leipzig, 1876).
- LAZARE DE PHARBE.  
*Histoire d'Arménie.*  
 Trad. par S. GHESARIAN; in LANGLOIS, V., *Collection cit.*, t. II (Paris, 1869) pp. 255-368).
- LIBER PONTIFICALIS  
 Pars Prior.  
 M. G. H., Gesta Pont. Rom. I.
- LYDUS, JOANNES.  
*De magistratibus.*  
 C. S. H. B., t. XIX, pp. 119-272.
- MACOUDI.  
*Les Prairies d'Or.*  
 Texte et trad. par BARBIER DE MEYNARD et PAVET DE COURTEILLE (Paris, 1914).  
 t. II.
- MALCHUS RHETOR PHILADELPHENSIS.  
*Fragmenta.*  
 F. H. C., IV, pp. 11-132; in C. S. H. B., t. II, *Excerpta de Legationibus*, pp. 231-278.
- MAQDISÍ.  
*Le Livre de la Création et de l'Histoire.*  
 Publiée et trad. par CLEMENT HUART, (Paris, 1903) t. III.
- MARCELLINUS COMES,  
*Chronicon.*  
 M. G. H., AA. AA., t. XI, 2, pp. 60-104.
- MENANDER PROTECTOR.  
*Fragmenta*  
 F. H. C, IV, pp. 200-269; in C. S. H. B., t. II, *Excerpta de Legationibus*, pp. 281-444.



MICHEL LE SYRIEN.

*Chronique.*

Ed. et trad. par J. B. CHABOT, (Paris, 1901-1904) t. II; ver también *Chronique*, trad. sur la version arméniene par V. LANGLOIS (Venise, 1868).

MOISES DE KHORENE.

*Histoire d'Arménie.*

Trad. par V. LANGLOIS, in LANGLOIS, *Collection cit.* t. II (Paris, 1869) pp. 47-175.

MOUSES DASXURANCI

*The History of the Caucasian Albanians.*

Translate by C. J. F. DOWSETT, (London, 1961).

(Anonymi auctoris).

*La Narratio de Rebus Armeniae.*

Ed. critique et commentaire par G. GARITTE. C.S.C.O. Vol. 132, Subsidia 4 (Louvain, 1952).

NONNOSUS

*Fragmenta.*

F. H. G., IV, pp. 178-180; in C. S. H. B., t. II, *Excerpta de Legationibus*, pp. 478-482.

NOTITIA DIGNITATUM.

*In partibus Orientis et Occidentis.*

Ed. OTTO SEECK (Berlin, 1876).

OLYMPIODORUS THEBAEUS.

*Fragmenta.*

F. H. G., IV, pp. 57-68; in C. S. H. B., t. II, *Excerpta de Legationibus*, pp. 447-471.

OROSIUS, PAULUS.

*Adversus Paganos Historiarum libri VII.*

P. L., t. XXXI, col. 635 s. Trad. by I. WOODWORTH RAYMOND (Columbia Univ. Press, 1936).

PAULUS.

*Historia romana.*

M. G. H., AA. AA., t. II, p. 185-224.

PETRUS PATRICIUS.

*Fragmenta.*

F. H. G., IV, pp. 181-190; in C. S. H. B., t. II, *Excerpta de Legationibus*, pp. 121-136.

PHILOSTORGIUS

*Historia ecclesiastica.*

P. G., t. LXV, col. 455-638; Translate by E. WALFORD, in Bohn's Ecclesiastical Library (London, 1855) pp. 427-528.

PROCOPIUS,

*Opera Omnia.*

C. S. H. B., t. XVIII, XIX et XX; with an english translation by H. B. DEWING, *History of the Wars*, 5 vols.; *The Anecdota*, 1 vol. and *Buildings*, 1 vol. (The Loeb Classical Library, London, 1961).

PRISCUS PANITES.

Fragmenta.

F. H. G., IV, pp. 70-110; in C. S. H. B., t. 11, *Excerpta de Legationibus*, pp. 139-228; P. G., t. CXII, col. 677-756.

SCRIPTORES HISTORIAE AUGUSTAE.

With an English translation by D. MAGIE. 3 vols. (The Loeb Classical Library, London, 1960-1967).

SOCRATES SCHOLASTICUS.

Historia Ecclesiastica.

P. G., t. LXVII, col. 30-842; también Ed. R. HUSSEY, 3 vol. (Oxford, 1853).

SOZOMENOS

Historia Ecclesiastica.

P. G. T. LXVII, col. 843-1630, Ed. par J. BIDEZ (Die griechischen christlichen Schriftsteller der ersten Jahrhunderte, 50, Berlin, 1960).

SYNESIOS DE CYRENE.

*Discours sur la Royauté a ll empereur Arcadius.*

Trad. avec introd., notes et commentaires par CH. LACOMBRADÉ (Paris, 1951); P. G., t. LXVI, col. 1053-1108.

SYNODICON ORIENTALE.

*ou Recueil de Synodes Nestoriens.*

Publié, traduit et anoté par J. B. CHABOT, (Paris, 1902).

TABARI.

Chronique.

Trad. par H. ZOTENBERG (Paris, 1869) t. II; ver *Geschichte der Perser und Araber zur Zeit der Sassaniden*. Aus der arabischen *Chronik* des TABARI. Übersetzt von TH. NOELDECKE, (Leyden, 1879).

THAÁLIBÍ.

*Histoire des Rois des Perses.*

Puhlié et trad. par H. ZOTENBERG, (Paris, 1900).

THEODORET.

Historia Ecclesiastica.

P. G., t. LXXXII, col. 881-1280; Ed. por L. PARMENTIER (Die griechischen christlichen Schriftsteller, 19, Leipzig, 1911); trad. in Bohn's Ecclesiastical Library (London, 1854).

THEOPHANES.

Chronographia.

P. G., t. CVIII, col. 55-1010; C. S. H. B., t. XL et XLI.

VÍCTOR TUNUNENSIS.

*Chronicon.*

M. G. H., AA. AA., t. XI, pp. 184-206; P. L., t. LXVIII, col. 937 s.

ZACHARIAS RHETOR.

Historia Ecclesiastica.

Interpretatus est E. W. BROOKS., C. S. C. O. Series tertia, v, 1 et 2 (Louvain, 1924); Translated by F. J. HAMILTON and E. W. BROOKS (London, 1899); übersetzt von K. AHRENS und G. KRUGER (Leipzig, 1899).

ZOSIMUS. *Historia nova.*

C.S. H. R., t. 32; Ed. L. MENDELSON (Leipzig, 1887).

ABEL, F. M.

*L'île de Jotabe.*

Revue Biblique (Paris, 1938), pp. 510-538.

ALTHEIM, FRANZ.

*Niedergang der Alten Welt. Eine Untersuchung der Ursachen.*

2 Bândes (Frankfurt am Main, 1952) (Trad. par André Coeury, Payot, Paris, 1953).

*Attila et les Huns.*

(Trad. par Jacques Marty, Payot, Paris, 1952).

ALTHEIM, FRANZ y colaboradores.

*Geschichte der Hunnen.*

5 Bândes. (Walter de Gruyter & Co. Berlin, 1959/1962).

ANFRAY, FRANCIS.

*Les fouilles archéologiques dévoilent l'histoire de l'Ethiopie ancienne.*

Archéologie, 19 (Paris, 1967) pp. 64-70.

ANDREADES, ANDRE M.

*Histoire économique et financière de la Grèce.*

Oeuvres, 1, (Faculté de Droit de l'Université d'Athènes, Athènes, 1938).

ASDOURIAN, PASCAL.

Die politischen Beziehungen zwischen Armenien und Rom von 190 v. Chr. bis 428 n. Chr.

(Diss. Freiburg i. d. Schweiz. Mechitari'stenbuchdruckerei, Venedig, 1911).

ASLAN, KEVORK.

*Etudes Historiques sur le Peuple Arménien.*

(Lib. Orientaliste Paul Geuthner, Paris, 1928).

BACH, E.

*Théodoric, romain ou barbare?*

Byzantion, t. XXV/XXVII (1955/1957) pp. 413-420.

BAKHROUCHINE, S. et KOSMINSKI, E.

*Les Etats Barbares et Byzance.*

in POTIEMKINE, *Histoire de la Diplomatie*, I, III, chap. 1, (Trad. par Xenia Pamphilova et M. Eristov. Lib. de Médicis, Paris, 1946),

BANG, MARTIN.

*Expansion of the Teutons.*

C. M. H., I, chap. VII, pp. 183-216.

BARDY, G.

*Les Eglises de Perses et d'Arménie au Ve siècle.*

H. E., IV, pp.321-336.

BARDY, G. et BREHIER, L.

*L'Expansion Chrétienne aux IV e et Ve siècles.*

H. E., IV, pp. 513-529.

BARKER, JOHN W.

*Justinian and the Later Roman Empire.*  
(The Univ. of Wisconsin Press, Madison, 1966).

BAYNES, NORMAN

*The Dynasty of Valentinian and Theodosius the Great.*  
C.M.H., I, chap. VIII, pp. 218-248.  
*Byzantine Studies and Other Essays.*  
(The Athlone Press, London, 1955).

BAYNES, N. H. et MOSS, H. ST. L. B.

*Byzantium. An Introduction to East Roman Civilization.*  
(Clarendon Press, Oxford, 1949 [1962]).

BECK, HANS-GEORG

*Byzanz — Der Weg zu seinen geschichtlichen Verstiändnis.*  
Saeculum, 1954, pp. 87-103.

BELLINI, V.

Foedus et Sponsio dans l'évolution du droit international romain.  
Revue historique de Droit franais et étranger. 40ème année. (Sirey, Paris, 1962), pp. 509-539.

BERTOLINI, OTTORINO

*Roma di fronte a Bisanzio e ai Longobardi.*  
Storia di Roma, IX. (Licino Cappelli. Ed., Bologna, 1941).  
*Gothia e Romanía.*  
Atti delle Settimane di Studio sull'Alto Medioevo. (Spoleto, 1956), pp. 13-33.

BLANCHET, A.

*Les monnaies de la Guerre de Théodose II contre Attila, en 442.*  
Revue historique du Sud-Est européen, I, pp. 99 s.

BOAK, ARTHUR E. R.

*The Master of the Offices in the Later Roman and Byzantine Empires.*  
en BOAK and DUNLOP, *Two Studies in Roman and Byzantine Administration.*  
Univ. of Michigan Studies, vol. XIV. (The Macmillan Co., New York, 1924).

BÖLING, A.

*Armenien und Byzanz.*  
Byzantinischen Arbeit der Deutschen Demokratischen Republik, I. (Berlin, 1957), pp.176-187.

BOGNETTI, GIAN PIERO

*I rapporti etico-politici fra Oriente e Occidente dal sec. V al sec. VIII.*  
X Congresso Internazionale di Scienze Storiche, 1955. (Sansoni, Firenze), III., pp. 3-65.

BREHIER, LOUIS

*L'origine des titres impériaux à Byzance.*  
B.Z., XV, 1906, pp. 160-178.  
*Notes sur l'histoire de l'enseignement supérieur à Constantinople.*  
Byzantion, 3, Paris, 1926, pp. 73-94.  
*La crise de l'Empire Romain en 457.*  
v v  
Mélanges Sisc. (Zagreb, 1929), pp. 85-96.  
*Le Monde Byzantin.*

3 vols. in BERR, *L'Evolution de l'Humanité* (Albin Michel, Paris, 1948/1950).  
*Justin et le Rétablissement de l'orthodoxie en Orient.*  
H.E., IV, pp. 423-436.

BREHIER, L. et BATIFFOL, P.

*Les Survivances du culte impérial romain.*  
(Aug. Picard, éd., Paris, 1920).

BROOKS, E. W.

*The Eastern Provinces from Arcadius to Anastasius.*  
C.M.H., I, chap. XVI, pp. 457-486.

BURY, J. B.

*A History of the Later Roman Empire from Arcadius to Irene (395-800 A.D.).*  
2 vols. (MacMillan and Co., London, 1889).  
*History of the Later Roman Empire from the death of Theodosius I to the death of Justinian (395-565 A.D.).*  
2 vols. (MacMillan and Co., London, 1923).

BUSSELL, F. W.

*The Roman Empire: essays on the constitutional history from 81-1081.*  
2 vols. (London, 1910).

CAMUS, PIERRE-MARIE

*Ammien Marcellin. Témoin des courants culturels et religieux a la fin du IV e siècle.*  
(Les Belles Lettres, Paris, 1967).

CERFAUX, L. et TONDRIAU, J.

*Le culte des Souverain dans la civilisation Gréco-romaine.*  
(Tournai, 1957).

CHAMICH, MICHAEL

*History of Armenia. From B. C. 2247 to the year of Christ 1780, or 1229 of armenian era.*  
2 vols. (Trad. par Johannes Avdall, Calcutta, 1827).

CHAPOT, VICTOR

*Les destinées de l'hellénisme au dela de l'Euphrate.*  
Mémoires de la Société Nationale des Antiquaires de France. Septième Série.  
Tome III (C. Klincksieck, Paris, 1904), pp. 207-296.  
*La frontière de l'Euphrate de Pompée a la conquête arabe.*  
Bibliothèque des Ecoles Françaises d'Athènes et de Rome. Fascicule 99.  
(Albert Fontemoing, éd. Paris, 1907).

CHARLESWORTH, M. P.

*Les routes et le trafic commercial dans l'Empire romain.*  
(Trad. par G. Blumberg et P. Grimal. Ed. de Cluny, Paris, 1939).

CHRISTENSEN, ARTHUR

*L'Empire des Sassanides. Le Peuple, l'Etat, la Cour.*  
(Bianco Lunos Bogtrykkeri, Kobenhavn, 1909).  
*Le règne du roi Kawâdh I et le communisme mazdakite.*  
(Bianco Lunos Bogtrykkeri, Kobenhavn, 1925).  
*L'Iran sous les Sassanides.*  
(Levin et Munksgaard, Kobenhavn, 1936).

COGNASSO, FRANCESCO

*Relazione Religiose e Politiche fra Roma e Bizanzio.*  
(mimeog.) (S. Gheroní Editore, Torino, 1947).

COLLINET, PAUL

Une "ville neuve" byzantine en 507: la fondation de Dara (Anastasiopolis) en Mésopotamie.  
Mélanges offerts à M. Gustave Schlumherger. (Librairie Orientaliste Paul Geuthner, Paris, 1924) I, pp. 55-60.

COLONNA, MARÍA ELISABETTA

*Gli Storici Bizantini dal IV al XV Secolo. I, Storici Profani.*  
(Armami, Napoli, 1956).

COUDY, JULIEN

*La chute de l'Empire Romain.*  
(Juillard, Paris, 1967).

COURCELLE, PIERRE

*Histoire Littéraire des Grandes Invasions Germaniques.*  
(Etudes Agustiniennes, Paris, 1964; Troisième édition augmentée).

COURTOIS, CHRISTIAN

*Les politiques navales de l'Empire Romain.*  
R.H., 1939, pp. 225-259.  
*Exconsul. Observations sur l'histoire du Consulat à l'époque byzantine.*  
Byzantion, XIX (1949), pp. 36-58.  
*Les Vandales et l'Afrique.*  
(Arts et Métiers Graphiques, Paris, 1955).

DAHAN, FÉLIX

*Historia primitiva de los pueblos germánicos y romanos. Historia Universal*  
dirigida por G. ONCKEN, IV (Trad. par N. Fernández. Montaner y Simón,  
Barcelona, 1890).

DEANESLY, MARGARET

*A History of Early Medieval Europe from 476 to 911.*  
(Methuen Co., London, 1963).

DEMOUGEOT, EMILIE

*A propos des partages de l'Illyricum en 380-395.*  
Actes du Vle C.E.B., I, Paris, 1950, pp. 87-92.  
*Note sur la politique orientale de Stilicon, de 405 à 407.*  
Byzantion, XX (1950), pp. 27-37.  
*De l'Unité à la division de l'Empire romain 395-410. Essai sur le Gouvernement Impérial.*  
(Lib. A. Maisonneuve, Paris, 1951).

DE TAUBE, MICHEL LE BARON

*L'Apport de Byzance au développement du Droit international occidental.*  
Académie de Droit International. Recueil des Cours. 1939, I, Tome 67 (Lib.  
du Recueil Sirey, Paris), pp. 233-339.

DEVRESSE, ROBERT

*Arabes-Perses et Arabes-Romains. Lakhmides et Ghassanides*  
Vivre et Penser (Lib. Lecoffre, Paris, 1942), pp. 263-307.

DIEHL, CHARLES

*Justinien et la civilisation byzantine au VI<sup>e</sup> siècle.*

(Leroux, Paris, 1901).

*Etudes Byzantines.*

(Paris, 1905. Reprint, Burt Franklin, N. York, 1963).

*Histoire de l'Empire Byzantin.*

(Auguste Picard, éd., Paris, 1924).

*Grandeza y servidumbre de Bizancio.*

(Trad. por Augusto Lorenzana, Espasa Calpe, S. A., Madrid, 1943). (Trad. inglesa por N. Walford, Rutgers Univ. Press, New Brunswick, 1957).

*Les Grands Problemes de l'Histoire Byzantine.*

(A. Colin, Paris, 1947, 2e éd.).

*Figures Byzantines.*

2 vol. (A. Colin, Paris, 1948).

*Justinien. The Imperial restoration in the West.*

C.M.H., II, chap. I, pp. 1-25.

DIEHL, CH.-MARCAIS, GEORG

*Le Monde Oriental de 395-1081.*

in GLOTZ, *Histoire Générale*, III (Paris, 1944).

DILLEMANN, LOUIS

*Haute Mésopotamie Orientale et Pays Adjacents. Contribution à la géographie historique de la Région du V<sup>e</sup> e S. avant l'ère chrétienne au VI<sup>e</sup> S. de cette ère.*  
(Lib. Orientaliste P. Geuthner, Paris, 1962).

DÖLGER, FRANZ

*Byzanz und die europäische Staatenwelt.*

(Buch-Kunstverlag, Ettal, 1953).

DÖLGER, F., SCHNEIDER, A. M.

*Byzanz.*

Wissenschaftliche Forschungsberichte. Band 5.

(A. Francke, Bern, 1952).

DOISE, J.

*Le partage de l'Arménie sous Théodose I<sup>er</sup>.*

Revue des études anciennes, 47 (Bordeaux, 1945), pp. 274-277.

DORESSE, JEAN

*Au pays de la Reine de Saba. L'Ethiopie antique et moderne.*

(Guillot. Paris, 1956).

*L'empire du Préte-Jean. I. L'Ethiopie Antique.*

(Plon, Paris, 1957).

DOWNEY, GLANVILLE

*Constantinople in the Age of Justinian.*

(U. of Oklahoma Press, Norman, 1960).

DUICHEV, IVÁN.

*Una particularidad de los primeros tratados de paz de Bizancio.*  
Visantiiskii Vremennik, xv (Moscú, 1959), pp. 64-70 (en ruso).

DUSSAUD, RENÉ

*La Pénétration des Arabes en Syrie avant l'Islam.*  
(Lib. Orientaliste Paul Geuthner, Paris, [1907] 1955).

DUVAL, RUBENS

Histoire politique, religieuse et littéraire d'Edesse jusqu'à la Première Croisade.  
(Imprimerie Nationale, Paris, 1892).

DVORNIK, FRANCIS

*Early Christian and Byzantine Political Philosophy. Origins and Background.*  
2 vols. (Dumharton Oaks Studies, Washington, D. C., 1966).

EBERSOLT, JEAN

Mélanges d'Histoire et d'Archéologie Byzantines.  
Extrait de la Revue de l'Histoire des Religions, LXXVI (Leroux, éd. Paris, 1917).

ENSSLIN, WILHELM

*Die Weltgeschichtliche Bedeutung der Kiämpfe zwischen Rom und Persien.*  
Neue Jahrbücher für Wissenschaft und Jugendbildung, 4, 1928 (B. G. Teubner, Leipzig-Berlin), pp. 399-415.

*Nochmals zu der Ehrung Chlodowechs durch Kaiser Anastasius.*

Hist. Jahrbuch 56 (1936); pp. 499-507.

*Der erste bekannte Erlass des Königs Theoderich.*

Rheinisches Museum für Philologie, XCII (Frankfurt a. M., 1944), pp. 266-280.

*Theoderich der Grosse.*

(Münchener Verlag, München, 1947).

*The government and administration of the Byzantine Empire.*

C.M.H., IV, 2 (1967), pp. 1-54.

FERDINANDY, MIGUEL DE

En ego malleus orbis. Formas y destino de una idea imperial en el norte eurasiático.

Anales de Historia Antigua y Medieval, I/II (Buenos Aires, 1952), pp. 744.

FRYE, RICHARD N.

*The Heritage of Persia.*

(Mentor, New York, (1963) 1966).

GAGE, JEAN

*La Théologie de la Victoire Impériale.*

R.H., 1933, pp.1-44.

Ἐσταυρὸς νικητοῦ. La Victoire Impériale dans l'Empire Chrétien.

Revue d'histoire et de philosophie religieuses. XIII (Strasbourg, 1933), pp. 370-400.



GAGE, JEAN

*L'Empereur Romain et les Rois. Politique et Protocole.*

R.H., 1959, pp. 221-260.

*La Montée des Sassanides et l'heure de Palmyre.*

Le Mémorial des Siècles. III<sup>e</sup> siècle.

(Ed. Albin Michel, Paris, 1946).

GALAHAD, SIR

*Byzance.*

(Payot, Paris, 1949).

GANSHOF, FRANCOIS L.

*Le Moyen Age.*

in RENOUVIN. P., *Histoire des relations internationales*, I (Hachette, Paris, 1953).

GASQUET, A.

*L'Empire byzantin et la monarchie franque.*

(Hachette, Paris, 1888).

GAUDENZI, AUGUSTO

*Sui rapporti tra l'Italia e l'Impero d'Oriente fra gli anni 476 e 554 d. C.*

(Tipografia Militare, Bologna, 1886).

GELZER, HEINRICH K. G.

*Byzantinische Kulturgeschichte.*

(Verlag von J.C.B. Mohr; Tübingen, 1909).

GHIRSHMAN, ROMAN

*Iran, Parthes et Sassanides.*

(Gallimard, Paris, 1962).

GIBBON, EDWARD

*History of the decline and fall of the Roman Empire.*

8 vols. (Longman, Brown, Green and Longmans, London, 1848).

GIGLI, GUIDO

*La flotta e la difesa del Basso Impero.*

Atti della Accademia Nazionale dei Lincei. Classe di Scienze morali, storiche e filologiche. Serie VIII. Vol. I. Fase. 1 (Roma, 1946).

GITTI, ALBERTO

*Ricerche sui rapporti tra i Vandali e l'Impero Romano.*

(Adriatica Editrice, Bari, 1953).

GIUNTA, FRANCESCO

*Genserico e la Sicilia.*

(Manfredi Editore, Palermo, 1958).

GORDON, C. D.

*The Age of Attila. Fifth-Century Byzantium and the Barbarians.*

(Ann Arbor, 1966).

G OUBERT, P.

*Le Problème Ghassanide à la veille de l'Islam.*  
Actes VIe C.E.B., I (Paris, 1950), pp.103-118.

G RABAR, ANDRÉ

L'Empereur dans l'art byzantin. Recherches sur l'art officiel de l'Empire d'Orient.  
(Les Belles Lettres, Paris, 1936).

G ROUSSET, RENÉ

*Histoire de l'Arménie des Origines à 1071.*  
(Payot, Paris, 1947).  
*L'Empire du Levant. Histoire de la question d'Orient.*  
(Payot, Paris, 1949).  
*L'Empires des Steppes. Attila, Gengis-Khan, Tamerlan.*  
(Payot, Paris, 1952).

G RUMEL, V.

*Illyricum de la mort de Valentinien Ier (375) à la mort de Stilicon (408).*  
Revue des Etudes Byzantines, Paris, 1952, pp. 5-46.  
*La Chronologie.*  
Traité d'étude de byzantines, I; Bibliothèque Byzantine. (P.U.F., Paris, 1958).

G UILLAND, RODOLPHE

*La fin de l'Empire romain universel en Orient. 395-632.*  
in Histoire Universelle, I, Encyclopédie de la Pleiade (Paris, 1957), pp. 1123-1229.

G ULDENPENNING, ÁLBERT

Geschichte des oströmischen Reiches unter den Kaisern Arcadius und Theodosius II.  
(Max Niemeyer, Halle, 1885).

G UTERBOCK, KARL

Byzanz und Persien in ihren diplomatisch-völkerrechtlichen Beziehungen im Zeitalter Justinians. Ein Beitrag zur Geschichte des Völkerrechts.  
(J. Guttentag, Verlagsbuchhandlung, Berlin, 1906).

H ALPHEN, LOUIS

*Les Barbares. Des Grandes Invasions aux Conquêtes Turques du XIe siècle.*  
in HALPHEN-SAGNAC, *Histoire Générale*, v (Paris, 1948).  
*A travers l'Histoire du Moyen Age.*  
(P.U.F., Paris, 1950).

H ANNESTAD, K.

*Les relations de Byzance avec la Transcaucasie et l'Asie Centrale aux Ve et VIe siècles.*  
Byzantion, 1957, pp.421-456.

H AURY, J.

*Compte rendu de Sauerbrei, P.: König Jazdegards der Sünder, der Vormund des byzantinischen Kaisers Theodosius der Kleinen.*  
B.Z., xv, 1906, pp.291-294.

HAUSSIC, HANS-WILHELM

*Kulturgeschichte von Byzanz.*  
(Alfred Kroner Verlag, Stuttgart, 1959).

HEISENBERG, AUGUST

*Staat und Gesellschaft des byzantinischen Reiches.*  
Die Kultur der Gegenwart. Teil II, Abt. IV, 1 (B.G. Teubner, Leipzig-Berlin, 1923), pp. 364-414.

HELM, RUDOLPH

Untersuchung über den auswärtigen diplomatischen Verkehr des römischen Reiches im Zeitalter der Spätantike.  
Archiv für Urkundenforschung, XII, Berlin, 1932, pp. 375-436.

HERRERA C., HÉCTOR

*Las relaciones internacionales del Imperio Bizantino.*  
Primera Semana Bizantina (U. Católica de Valparaíso, Chile, 1958), pp. 21-38.  
*Synésios de Cyrene, un crítico del Imperio.*  
Bizantion Nea Hellas, I (Santiago de Chile, 1970), pp. 108-123.

HERSHEY, AMOS S.

*The History of International Relations during Antiquity and the Middle Ages.*  
The American Journal of International Law. Vol. 5, 1911, New York, pp. 901-933.

HIGGINS, M.

International Relations at the Close of the Sixth Century.  
The Catholic Historical Review, 27 (Washington, 1941), pp. 279-315.

HILL, DAVID JAYNE

*A History of Diplomacy in the International Development of Europe.* Vol. I.  
*The Struggle for Universal Empire.*  
(Longmans, Green and Co., New York, 1905).

HODCKIN, THOMAS

*Italy and her Invaders.*  
3 vols. (Oxford, At the Clarendon Press, 1892-1896).

HOFMANN, KARL

*Zur Kritik der byzantinischen Quellen für die Romerkriege Kobad's I.*  
(Schweinfurt, 1877).

HOLMES, WILLIAM GORDON

*The Age of Justinian and Theodora. A History of the Sixth Century A. D.*  
2 vol. (2 éd. G. Bell and Sons, London, 1912).

HOMEYER, H.

*Attila der Hunnerkönig, von seiner Zeitgenossen dargestellt.*  
(Walter de Gruyter & Co., Berlin, 1951).

HOMO, LEÓN

*La Civilisation Romaine.*

(Payot, Paris, 1930).

HONIGMANN, ERNST

*Neue Forschungen über den syrisches Limes. (Zu Musils Reisen 1908-1915).*  
Klio. xxv, 1932, pp. 132-140.

*Die Ostgrenze des byzantinischen Reiches von 363 bis 1071.*

(Ed. de l'Institut de Philologie et d'Histoire Orientales, Bruxelles, 1935).

HUART, CLEMENT

*La Perse ancienne et la Civilisation Iranienne.*

in BERR, *L'Evolution de l'Humanité* (Paris, 1925). (Trad. par Dr. Elias Serra.

Ed. Cervantes, Barcelona, 1930).

HUDSON, G. F.

*Europe and China. A Survey of their Relations from the earliest times to 1800.*

(Beacon Press, Boston (1931) 1961).

HUSSEY, J. M.

*The Byzantine World.*

(New York, 1961) (Trad. par F. Vandou, Payot, Paris, 1958).

IORGA, N.

*Relations entre l'Orient et l'Occident.*

Conférences faites à la Sorbonne (J. Gamber, Paris, 1923).

JANIN

*Origines chrétiennes de la Georgie.*

Echos d'Orient, 1912, pp. 289-299.

JONES, A. H. M.

*The Constitutional position of Odoacer and Theoderic.*

The Journl of Roman Studies, Vol. m, London, 1962, pp. 126-130.

The Later Roman Empire. 284-602. A Social Economic and Administrative Survey.

2 vol. (Univ. of Oklahoma Press, Norman, 1964).

KALOMENOPOULUS, N.

*La diplomacia del Imperio Griego de Bizancio.*

(Atenas, 1938). En griego.

KARAYANKOPOULOS, JOH.

*Das Finanzwesen des frühbyzantinischer Staates.*

Südosteuropäische Arbeiten, 52 (R. Oldenbourg, München, 1958).

KAWAR, IRFAN

(ver SHAHID, Irfan).

KOHL, HORST

*Zehn Jahre ostgotischer Geschichte, vom Tode Teoderich's des Grossen bis zur Erhebung des Vitigs (526-536).*

(Inag. Diss. z. Leipzig, 1877).

KOLIAS, GEORGES

*La diplomacia bizantina.*

Politike Epitheioresis, 3 (Atenas, 1946), pp. 59-68, en griego.

KRUSE, HELMUT

*Studien zur offiziellen Geltung des Kaiserbildes im römischen Reiche.*

Studien zur Geschichte und Kultur des Altertums. Band XIX, 3 Hefte (Verlag F. Schöningh, Paderborn, 1934).

LABOURT, J.

*Le Christianisme dans l'Empire Perse sous la Dynastie Sassanide (224-632).*

(Lib. V. Lecoffre, Paris, 1904).

LABRIOLLE, P. DE

*L'Eglise et les Barbares.*

H.E., IV, pp. 353-397.

LAMMA, PAOLO

*La politica del l'imperatore Anastasio I(491-518).*

Rivista Storica Italiana. Serie VI, Vol. V, 1940. Milano, pp. 167-191.

*Ricerche sulla Storia e la Cultura del VI Secolo.*

(Scuola Tipografica Brescia, 1950).

*Recenti studi su Teodorico.*

Convivium. Rivista di Lettere, Filosofia e Storia, 1950, pp. 296-311.

*Teodorico.*

(La Scuola Ed. Brescia, 1950).

LANG, DAVID MARSHALL

*The Georgians.*

(Frederick A. Praeger, New York, 1966).

LATOUCHE, ROBERT

*Les Grandes Invasions et la Crise de l'Occident au Ve siècle.*

(Aubier, Paris, 1946).

LAURENT, JOSEPH

*L'Arménie entre Byzance et l'Islam, depuis la conquête arabe jusqu'en 886.*

(Ed. Fontemoing, Paris, 1919).

LECHNER, KILIAN

Hellenen und Barbaren im Weltbild der Byzantiner; die alten Bezeichnungen als Ausdruck eines neuen Kulturbewusstsein..

(Diss. München, 1954).

*Byzanz und die Barbaren.*

Saeculum, 1955, pp. 292-306.

LECRIVAIN, CHARLES

*Le Sénat Romain depuis Diocletien à Rome et à Constantinople.*

(E. Thorin, Ed. Paris, 1888),

LEMERLE, PAUL

*Le Style Byzantin.*

(Larousse, Paris, 1943).

*Philippes et la Macédonie Orientale à l'époque chrétienne et byzantine. Recherches d'histoire et d'archéologie.*

(E. de Boccard, Paris, 1945).

Invasions et Migrations dans les Balkans depuis la fin de l'époque romaine jusqu'au VIII<sup>e</sup> siècle.

R.H., 1954, pp. 265-308.

LEMOSSÉ, MAXIME

*Le Régime des relations internationales dans le haut-empire romain.*

Publications de l'Institut de Droit romain de l'Univ. de Paris, Tome XXIII

(Lib. Sirey, Paris, 1967).

LEUTHOLD, LIEINRICH

*Untersuchung zur ostgotischen Geschichte der Jahre 535-537.*

(Inag. Diss. z. Jena, 1908).

LEVEAU, PHILIPPE

*L'idéologie politique de l'empereur Julien II l'Apostat.*

(Mémoire de diplôme d'Etudes Supérieures, Bordeaux. s. d. mecanograf.).

LEVILLAIN, L.

*La crise des années 507-508 et les rivalités d'influence en Gaule de 508-514.*

(Mélanges Iorga, Paris, 1933, pp. 537-567).

LEVTCHENKO, M. V.

*Byzance. Des origins à 1453.*

(Trad. par Pierre Mabille; Payot, Paris, 1949).

LHERITIER, MICHEL.

*L'histoire byzantine dans l'histoire générale.*

Mélanges Ch. Diehl, I, I., pp. 201-216.

LICHTHEIM, MIRIAM

*Autonomy versus Unity in the Christian East.*

in *The Transformation of the Roman World* (Univ. of California Press, Berkeley and Los Angeles, 1966) pp. 119-146.

LÖHREN, ÁLFBED.

*Beitrag zur Geschichte des gesandtschaftlichen Verkehrs im Mittelalter. I Die Zeit vom vierten bis zum Ende des neunten Jahrhunderts.*

Inag. Diss. zu Heidelberg (Marburg, 1884).

LÒPEZ, ROBERT.

*Silk Industry in the Byzantine Empire.*

Epeculum, XX, 1945. pp. 1-42.

LOT, FERDINAND.

Les invasions germaniques. La pénétration mutuelle du Monde Barbare et du Monde Romain.

(Payot, Paris, 1935).

*La "Notitia dignitatum utriusque imperii".*

Revue des Etudes Anciennes, 38 (Bordeaux, 1936) pp. 285-334.

*La fin du Monde Antique et le début du Moyen Age.*  
(París, 1951).

MAC MULLEN, RAMSAY.

*Barbarian Enclaves in the Northern Roman Empire.*  
L'Antiquité Classique, XXXII (Bruxelles, 1963) pp. 552-561.

MALLEROS, FOTIOS.

*El Imperio Bizantino. Historia, Cultural, Derecho.*  
(Ed. Jurídica de Chile, Santiago, 1951).

MANITIUS, M.

*The Teutonic Migrations.*  
C.M.H., I, Chap. IX. pp. 250-275.

MANSION, JOSEPH.

*Les origines du christianisme chez les Gots.*  
Analecta Bollandiana, Tome XXXIII (Bruxelles, 1914). pp. 5-30.

MANVELICHVILI, ALEXANDRE.

*Histoire de Géorgie.*  
(Nouvelles Editions de la Toison d'Or, Paris, 1951).

MARQUART, JOSEF.

Era-nšàhr nach der Geographie des Ps. Moses Xorenac'i. Mit historisch-kritischem Kommentar und historischen und topographischen Excursen.  
(Berlin, 1901).

Die Bekehrung Iberiens und die beiden ältesten Dokumente der iberischen Kirche.

Caucasia, Fase. 7 (Leipzig, 1931). pp.111-167.

MARROU, HENRI-IRENEE.

*Desde el Concilio de Nicea hasta la muerte de San Gregorio Magno.*  
in *Nueva Historia de la Iglesia*, I (Madrid, 1964).

MARTROYE, F.

*L'Occident à l'époque byzantine. Goth et Vandales.*  
(Hachette, Paris, 1904).

Genséric. La conquête vandale en Afrique et la destruction de l'Empire d'Occident.

(Hachette, Paris, 1907).

MASI, ANTONIO.

*Foedus.*  
in *Novissimo Digesto Italiano*, VII (Torino, 1961) pp. 420/1.

MASPERO, JEAN.

Φοιδεράτοι et Στρατιῶται dans l'armée byzantine au VI<sup>e</sup> siècle.  
B.Z., XXI, 1912. pp. 97-109.

MAYER, ROBERT.

*Byzantion. Konstantinupolis. Istanbul. Eine genetische Stadtgeographie.*  
(Hölden-Pichler-Tempsky, Wein & Leipzig, 1943).

MAZZARINO, SANTO.

*Stilicone. La Crisi imperiale dopo Teodosio.*  
(Angelo Signorelli, Roma, 1942).

MC GOVERN, WILLIAM MONTGOMERY.

*The Early Empires of Central Asia. A Study of the Scythians and the Huns and the part they played in world history, with special reference to the Chinese sources.*  
(The Univ. of N. Carolina Press, Chapel Hill, 1939).

MECERIAN, JEAN S. J.

*Histoire et institutions de l'Eglise arménienne. Evolution nationale et doctrinale. Spiritualité. Monachisme.*  
(Imprimerie Catholique, Beyrouth, 1965).

MERTEN, ERICH.

*De bello persico ab Anastasio gesto.*  
Fasc. II, vol. VII, Commentationum phil. Ien., pp. 141-201. (B.G. Teubner, Leipzig, 1905).

MILLET, G.

*Sur les sceaux des commerciaux byzantins.*  
Mélanges G. Schlumberger, Paris, 1924, II, pp. 303-327.

MOMMSEN, THEODOR.

*Le Droit Public Romain.*  
(Trad. por Pul F. Girard. Ernest Thorin, éd. Paris, 1891).  
*Ostgothische Studien.*  
Neues Archiv der Gesellschaft für ältere deutsche Geschichtsurkunde, 14, 1889.  
Gesammelte Schriften, VI Band. Historische Schriften, III Band. (Weidmannsche Buchhandlung, Berlin, 1910). pp. 362-484.

MORAVCSIK, GYULA.

*Byzantinoturcica I. Die byzantinischen Quellen der Geschichte der Türkvolker.*  
(2e éd. rev. Akademie Verlag, Berlin, 1958).  
Sobre el informe de ÖBOLENSKY, Actes du XIII<sup>e</sup> C. E. B., I (Beograd, 1963).  
pp. 301-311.

MOSS, H. ST L. B.

*The Formation of the East Roman Empire, 330-717.*  
C.M.H. IV, I. (1966) pp. 1-41.

MÜLLER, WILLI.

*Die Herrschaft Theodorichs des Grossen vor seinem Zuge nach Italien.*  
(Inag. Diss., Greifswald, 1892).

MUSSET, LUCIEN.

*Les Invasions: Les Vagues Germaniques.*  
Nouvelle Clio, (P.U.F., Paris, 1965).

NAU, F.

*Etude sur les parties inédites de la Chronique ecclésiastique attribuée à Denys de Tellmahré (t 845).*  
Revue de l'Orient Chrétien, Paris, 1897, pp. 41-68; voir aussi, pp. 455-493.



NÖLDEKE, THEODOR.

*Die Ghassànischen Fürsten aus dem Hause Gafna's.*

(Berlin, 1887).

*Geschichte des Reichs der Sassaiden in Aufsätze zur persischen Geschichte.*

(T.O. Weigel, Leipzig, 1887).

*Etudes historiques sur la Perse Ancienne.*

(Trad. par Oswald Wirth. Ernest Leroux, éd. Paris, 1896).

OBOLENSKY, DIMITRI.

*The principles and methods of byzantine Diplomacy.*

Actes du XIII. CE.B., I (Beograd, 1963). pp. 45-61.

OSTROGORSKY, GEORG.

*Die byzantinische Staatenhierarchie.*

Seminarium Kondakovianum VIII (PHAHA, 1936) pp. 41-61.

*Geschichte des byzantinischen Staates.*

(C.H. Beck'sche Verlagsbuchhandlung, München, 1952). (Trad. anglaise par Joan Hussey, Rutgers University Press, New Brunswick, 1957)

*The Byzantine Emperor and the Hierarchical World Order.*

Slavonic and East European Review. London, XXXV, 1956-57, pp. 1-14.

PACE, BIAGIO.

I Barbari ed i Byzantini in Sicilia.

Archivio Storico Siciliano. Nuova Serie. Anno XXXV. Palermo, 1910-11. pp. 33-80; 293-324.

PALANQUE, J. R.

*Collégialité et partage dans l'Empire Romain aux IV. et Ve siècles.*

Revue des Etudes Anciennes, 46 (Bordeaux, 1944) pp. 47-64; 280-298.

PARADISI, BRUNO.

*Storia del Diritto internazionale nel Medio Evo I*

(Dott. A. Giuffrè, éd., Milano, 1940).

*L' "amicitia" internazionale nell'Alto Medio Evo.*

Scritti in onore di Contardo Ferrini. Vol. II (Milano, 1947) pp. 178-225.

*L'amicitia internazionale. Les phases critiques de son ancienne histoire.*

Académie de Droit International de La Haye. Recueil des Cours. 1951. 1. Tome 78 de la Collection. (Lib. du Recueil Sirey, Paris, 1952). pp. 329-378.

Dai "Foedera iniqua" alle "Crisobulle" bizantine.

Studia et Documenta Historiae et Iuris. Pontificium Institutum Utriusque Iuris. XX, 1954. Romae. pp. 1-126.

PARIBENI, ROBERTO.

*Da Diocleziano alla caduta dell'Impero d'Occidente.*

Storia de Roma, VIII (L. Capelli Ed., Bologna, 1941).

PASDERMADJIAN, H.

*Histoire de l'Arménie depuis les origines jusqu'au Traité de Lausanne.*

(Lib. Orientale H. Samuelian, Paris, 1949).

PEETERS, PAUL.

*Les débuts du christianisme en Géorgie d'après les sources hagiographiques.*

Analecta Bollandiana, Tome I.. pp. 5-58.

PERTUSI, AGOSTINO

*Bisanzio e l'irradiazione della sua civiltà in Occidente nell' alto medioevo.*  
Atti delle Settimane di Studio sull'Alto Medioevo (Spoleto, 1964), pp. 75-133.

PHILIPPSON, ALFRED.

*Das byzantinische Reich als geographische Erscheinung.*  
(E. J. Brill, Leiden, 1939).

PICARD, GILBERT CHARLES.

*Les Trophées romain. Contribution à l'Histoire de la Religion et l'Art triomphal de Rome.*  
(E. de Boccard, Paris, 1957).

PICANIOL, ANDRE.

*L'Empire Chrétien (325-395).*  
Histoire Générale. Hist. Romaine, IV, 2. (P.U.F., Paris, 1947).  
*Le sac de Rome.*  
Le Mémorial des Siècles, Ve siècle (Albin Michel, Paris, 1964).

POIDEBARD, A.

*La Trace de Rome dans le Désert de Syrie. Le Limes. De Trajan à la Conquête Arabe. Recherches aériennes (1925-1932).*  
(Lib. Orientaliste P. Geuthner, Paris, 1934).

PREISER, WOLFGANG.

*Volkerrechtsgeschichte.. Altertum, Mittelalter, Neuzeit bis zum Westfälischen Frieden.*  
in *Wörterbuch des Volkerrechts*, K. STRUPP. H.J. SCHLOCHAUER, III, pp. 680-703.  
(Verlag W. de Gruyter & Co., Berlin, 1962).

RAMBAUD, ALFRED,

*Etudes sur l'Histoire Byzantine.*  
(Lib. A. Colin, Paris, 1912).

RAMSAY, W. M.

*The Historical Geography of Asia Minor.*  
(John Murray, London, 1890).

REINAUD, JOSEPH T.

Relations politiques et commerciales de l'Empire Romain avec l'Asie Orientale (L'Hyrcanie, l'Inde, la Bactriane et la Chine) pendant les cinq premiers siècles de l'ère chrétienne...  
(Imprimerie Impériale, Paris, 1863).

REMONDON, ROGER

La crise de l'Empire Romain de Marc-Aurèle à Anastase.  
Nouvelle Clío, II. (P.U.F., 1964).

RENOUVIN, PIERRE-DUROSELLE, J. B.

Introduction à l'Histoire des Relations Internationales.  
(Lib. A. Colin, Paris, 1964).

ROMANO, GIACINTO-SOLMI, ARRIGO.

*Le Dominazioni Barbariche in Italia. (395-888).*  
Storia Política d'Italia. IV; 3e éd. rev.(Ed. Feo. Vallardi, Milano, 1940).

- ROOIJEN, JOHAN WILLEM VAN.  
*De Theodosii II moribus ac rebus politicis.*  
 Diss. Lugduno-Batava. 1912.
- ROUSSEL, P.  
*Un monument d'Hiéropolis-Bambyke relatif à la paix "perpétuelle" de 532 ap. J.C.*  
 Mélanges René Dussaud, I, pp. 367-372. (Paris, 1939).
- RUBIN, BERTHOLD.  
*Theoderich und Justinian. Zwei Prinzipien der Mittelmeerpolitik.*  
 (Isar Verlg. München, 1953).  
*Das Zeitalter Justinians.*  
 1 Band. (W. de Gruyter, Berlin, 1960).
- RUNCIMAN, STEVEN.  
*La Civilisation Byzantine. 330-1453.*  
 (Payot, Paris, 1952. Trad. par E. J. Lévy).  
*Byzantine Trade and Industry.*  
 The Cambridge Economic History of Europe. Vol. II Chap. m. pp. 86-118.  
 (Cambridge Univ. Press, 1952).
- SCHMIDT, LUDWIG  
*The Sueves, Alans and Vandals in Spain. The Vandal Dominion in Africa.*  
 C.M.H., 1, Chap. XI, pp. 304-321.  
*Attila.*  
 C.M.H., 1, Chap. XII, pp. 360-365.  
*Histoire des Vandales.*  
 (Trad. par H.E. del Médico. Payot, Paris, 1953).  
*Aus den Anfingen des salfriinkischen Kónigtums.*  
 Klio, XXXIV, 1942, pp. 306-327.
- SEECK, OTTO.  
*Geschichte des Untergangs der antiken Welt.*  
 (J. B. Metzlersche, Stuttgart, 1920-21).
- SELIGMAN, C. G.  
*The Roman Orient and the Far East.*  
 Antiquity, 1937, Vol. XI, pp. 5-30.
- SESTON, W.  
*Le roi Sassanide Narses, les Arabes et le Manichéisme.*  
 Mélanges René Dussaud, I, pp. 227-234. (Paris, 1939).
- SHAHID (KAWAR), IRFAN.  
*Ghassán and Byzantium: A New terminus a quo.*  
 Der Islam, Band 33, Heft 3. pp. 232-255.  
*Procopius on the Ghassánids.*  
 Journal of the American Oriental Society. Vol. 77, 2. pp. 79-87.1957.  
*The Book of the Himyarites. Authorship and authenticity.*  
 Le Muséon, LXXVI, 1963. pp. 349-362.

*Byzantino-Arabica: The Conference of Ramla, A.D. 524.*  
Journal of Near Eastern Studies, XXIII, 1964, pp. 115-131.  
*Ghassán.*

Encyclopédie de l'Islam, Nouvelle Edition, II (Leyden-Paris, 1965) pp. 1044-1045.

SINOLOWITZ, BERNHARD.

*Die Begriff Reich, Macht und Herrschaft im byzantinischen Kulturbereich.*  
Saeculum, 1953. pp. 450-455.

SINOR, DENIS.

*Los Bárbaros.*  
Diógenes, v, 18. (1957), p. 53-68.

SOLARI, ARTURO.

*Il non intervento nel Conflitto tra la Persia e Valente.*

Klio, XXVII, 1933. pp. 114-120.

*La politica estera orientale durante l'imperio di Giustino.*

Atti della Accademia Nazionale dei Lincei. Rendiconti. Classe di Scienze morali, storiche e filologiche. Vol. III. Roma. 1948. pp. 350-359.

*L'Impero antisociale di Giustino e di Giustiniano.*

Atti della Accademia Nazionale dei Lincei. Rendiconti. Vol. v. Roma. 1950. pp. 60-78.

STARK, FREYA.

*Rome on the Euphrates. The Story of a Frontier.*  
(Harcourt, Brace & World, New York, 1967).

STAUFFENBERG, ÁLEXANDER SCHENK VON.

*Theoderich der Grosse und seine romische Sendung.*

Würzburger Studien zur Altertumswissenschaften, XIII. (Verlag v. W. Kohlhammer, Stuttgart, 1938).

*Das Imperium und die Volkerwanderung.*

(Hermann Rinn, München, s. d.).

STEIN, ERNEST.

*Untersuchung zur spätromischen Verwaltungsgeschichte.*

Rheinisches Museum für Philologie. Band. 74; 1925. pp. 347-394. (J. D. Sauerlanders Verlag, Franckfurt am Main, 1925).

*Geschichte des spätromischen Reiches, I: Vom romischen zum byzantinischen Staate (284-476 a. d.).*

(L. W. Seidel & Sohn, München, 1928). (Ed. Fram.; par J. R. Palanque, Desclée de Brouwer, Bruges, 1959).

*Histoire du Bas-Empire, II: De la disparition de l'Empire d'Occident à la mort de Justinien (476-565).*

(Publié par J. R. Palanque, Desclée de Brouwer, 1949).

*Introduction à l'histoire et aux Institutions byzantines.*

Traditio. Studies in Ancient and Medieval history, thought and religion. Vol. VII; (Fordham Univ. Press. New York, 1949-1951), pp. 95-168.

STRAUB, JOHANNES.

*Pares Principum. Stilichos Reichspolitik und das Testament des Kaisers Theodosius.*

La nouvelle Clio. (Bruxelles, 1952). pp. 94-115.

TALBOT RICE, DAVID.

*Constantinople. From Byzantium to Istanbul.*  
(Photos Win Swaan) (Stein & Day, New York, 1965).

TAMASSIA, GIOVANNI.

*L'AffrateUamento* (Ἀδελφοποιΐα) *Studio storico-giuridico.*  
(Bocea éd., Torino, 1886).

TEETGEN, ADA B.

*The life and times of the Empress Pulcheria* (A.D. 399-452).  
(Swan Sonnenschein & Co., London, 1907).

TER-MIKELIAN, ARSAK.

*Die armenische Kirche in ihren Beziehungen zur byzantinischen (vom IV bis zum XIII Jahrhundert).*  
(Gustav Fock, Leipzig, 1892).

THIERRY, M. AMEEDÉ.

*Histoire d'Attila et de ses successeurs jusqu'à l'établissement des hongrois en Europe.*  
2 vol. (4e éd., Paris, 1872).

THOMPSON, E. A.

*A History of Attila and the Huns.*  
(Clarendon Press, Oxford, 1948).  
*The Visigoths in the time of Ulfila.*  
(Clarendon Press, Oxford, 1966).

THOUMIN, R.

*Histoire de Syrie.*  
(Desclée de Brouwer, Lille, 1929. 2e éd.).

TISSERANT, EUGÈNE, CARDINAL.

*L'Eglise nestorienne.*  
Recueil Cardinal Eugene Tisserant. Tome I. Louvain, 1955. pp. 139-317.

TORRES, MANUEL.

*Las Invasiones y los reinos germánicos de España.*  
in *Historia de España*, RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL, III, pp. 1-14C. (Espasa-Calpe, Madrid, 1940).

TOUMANOFF, CYRIL.

*Iberia on the Eve of Bagratid Rule. An Inquiry into the political history of Eastern Georgia between the VIth and IXth Century.*  
Le Muséon. LXV, (Louvain, 1952) pp. 17-49.  
*Christian Caucasia between Byzantium and Iran. New light from old sources.*  
Traditio. (Fordham Univ. Press, New York, 1954). Vol. x, pp. 109-189.  
*Armenia and Georgia.*  
C.M.H., IV, 1 (1966) pp. 593-637.  
*Studies in Christian Caucasian History.*  
(Georgetown Univ. Press Washington D. C. 1963).

TOURBENIZE, FR.

*Histoire politique et religieuse de l'Arménie.*  
(Lib. Alphonse Picard & fils, Paris, 1900).

TOYNBEE, ARNOLD

*Causas de las irrupciones ocasionales de los nómades fuera de sus dominios de las estepas en los dominios contiguos de las sociedades que los rodeaban.* Estudio de la Historia, III, pp. 416-459. (Trad. par Vic. Fatone, Emecé, Buenos Aires, 1953).

*Hannibal's Legacy*, I.  
(London, 1965), pp. 398-401.

TREITINGER, OTTO

Die oströmische Kaiser— und Reichsidee nach ihrer Gestaltung im höfischen Zeremoniell. Vom Oströmischen Staats— und Reichsgedanken.  
(Hermann Geutner Verlag, Darmstadt, 1956), pp. 249-274.

TROPLONG, EDOUARD

*La Diplomatie d'Attila.*  
Revue d'Histoire Diplomatique. XXII, pp. 540-568. (Lib. Pion, Paris, 1908).

VACCARI, PIETRO

Dall'unità romana al mondo barbarico.  
Miscellanea Giovanni Galbiati, II.,. Fontes Ambrosiani XXVI (U. Hoepli, éd. Milano, 1951), pp. 134-156.

VAILHE, S.

*Formation de l'Eglise de Perse.*  
Echos d'Orient, 1910, pp. 269-276.  
*Formation de l'Eglise Arménienne.*  
Echos d'Orient, 1913, pp. 193 s.

VASILIEV, A. A.

History of the Byzantine Empire (224-1453).  
(The Univ. of Wisconsin Press, Madison and Milwaukee, 1964, reprint of the second english edition, 1952). 2 vols. (Trad. par Juan G. de Luaces; Iberia-Gil, éd. S. A., Barcelona, 1946).  
*The Goths in the Crimea.*  
The Medieval Academy of America. Cambridge, Mass., 1936.  
*Justin the First, an Introduction to the Epoch of Justinian the Great.*  
(Harvard Univ. Press, Cambridge, Mass., 1950).

VERNADSKY, GEORGE

*Der sarmatische Hintergrund der germanischen Volkerwanderung.*  
Saeculum, 1951, pp. 340-392.

VETTEB., GERHABD

Die Ostgoten und Theoderich.  
Forschungen zur Kirchen-und Geistesgeschichte. xv Band. (Verlag von W. Kohlhammer, Stuttgart, 1938).

VETTERS, HERMANN

*Dacia Ripensis.*

Österreichische Akademie der Wissenschaften. Schriften der Balkankommission. Antiquarische Abteilung. XI/1 (Wien, 1950).

VILLARI, PASCUALE

*Le invasioni barbariche in Italia.*

(Ulrico Hoepli, Milano, 1928).

VISMARA, GIULIO

*Limitazioni al commercio internazionale nell'Impero Romano e nella Comunità cristiana medioevale.*

Scritti in onore di Contardo Ferrini, I (Milano, 1947), pp. 443-470.

*El "Edictum Theodorici".*

Estudios Visigóticos, I, pp. 49-89. Cuadernos del Instituto Jurídico Español, 5 (Roma-Madrid, 1956).

VOGT, JOSEPH

*La decadencia de Roma.*

(Guadarrama, Madrid, 1968).

WOODWARD, ERNEST L.

*Christianity and nationalism in the Later Roman Empire.*

(Longmans, Green, and Co. London, 1916).

ZAKYTHINOS, DENIS

Sobre el informe de OBOLENSKY, *ibídem*, pp. 314-319.

ZEILLER, JACQUES

*Les origines chrétiennes dans les provinces danubiennes de l'Empire Romain.*  
(E. de Boccard, Paris, 1918).

*L'expansion chrétienne de la fin du IIe au début du IVe siècle.*  
in Fliche-Martin: *Histoire de l'Eglise*, Tome II (Paris, 1948).

ZIEGLER, KARL-HEINZ

Die Beziehungen zwischen Rom und dem Partherreich. Ein Beitrag zur Geschichte des Völkerrechts.

Franz Steiner Verlag, Wiesbaden, 1964).

## LISTAS CRONOLÓGICAS DE EMPERADORES Y REYES<sup>1</sup>

### A . E M P E R A D O R E S B I Z A N T I N O S

DIOCLECIANO	285-305	MARCIANO	450-457
CONSTANTINO I	306-337	LEÓN I	457-474
CONSTANCIO II	337-361	LEÓN II	474-
JULIANO	361-363	ZENÓN	474-475
JOVIANO	363-364	BASILISCO	475-476
VALENTE	364-379	ZENÓN (restaurado)	476-491
TEODOSIO I	379-395	ANASTASIO I	491-518
ARCADIO	395-408	JUSTINO I	518-527
TEODOSIO III	408-450	JUSTINIANO I	527-565

### B . R E Y E S S A S S A N I D A S D E P E R S I A

ARDASHIR I	226-241	SHAPUR III	383-388
SHAPUR I	241-272	BAHRAM IV	388-399
HURMIZD I	272-273	YAZDIGIRD I	399-420
BAHRAM I	273-276	BAHRAM V	420-438
BAHRAM II	276-293	YAZDIGIRD II	438-457
BAHRAM III	293-	HURMIZD III	457-459
NARSAI	293-303	FMUZ	459-484
HURMIZD II	303-310	BALASH	484-488
ADHARNARSAI	310-	KAWADH I	488-531
SHAPUR II	310-379	KHUSRAW I	531-579
ARDASHIR II	379-383		

### C . R E Y E S V A N D A L O S D E A F R I C A

GENSERICO	428-477	TRASAMUNDO	496-523
HUNERICO	477-484	HILDERICO	523-530
GONTAMUNDO	484-496	GELIMER	530-533

### D . R E Y E S O S T R O G O D O S D E I T A L I A

TEODORICO	493-526	AMALASUNTA con TEODATO	534-535
ATALARICO	526-534	TEODATO	535-536
AMALASUNTA (regente)	526-534	VITIGES	536-540

<sup>1</sup>GRUMEL, V., *La Chronologie, Traité d'études byzantines*, I (Paris, 1958), pp. 375 s.





*Lámina 1.* El Emperador Justiniano. Detalle del mosaico del muro norte del ábside de San Vitale, Ravenna; anterior al 547, año de la consagración de San Vitale. Ver láminas y comentario en GRABAR, A., *La Peinture Byzantine* (Genève, 1953), pp. 62-68; también BOVINI, G., *Chiese di Ravenna* (Novara, 1957), pp. 136-139; VOLBACH-HIRMER, *Frühchristliche Kunst. Die Kunst der Spätantike in West- und Ostrom* (München, 1958), lám. 166 y p. 76.



Lámina 2. La Emperatriz Ariadna; hoja de un díptico conservado en el Museo del Bargello, Florencia. “L’impératrice porte sur sa robe ce que l’on présume être un panneau brodé sur lequel est représenté un prince ou empereur dans ses attributions de Consul... Selon Delbruck, l’impératrice serait Ariane, fille de Leon I (457-474), qui avait épousé Zeno (474-491), puis Anastase I (491-518). Elle mourut en 515, et notre auteur situe le diptyque vers l’an 500”. TALBOT RICE D., *Art Byzantin* (Bruxelles, 1959), lám. 21 y nota en pp. 273-274; véase también, GRABAR, *La Edad de Oro de Justiniano*, lám. 318. Cf. KRUSE, H.,

*Studien zur offiziellen Geltung des Kaiserbildes im römischen Reiches* (Paderborn, 1934), p. 111, donde se indican dos ejemplos más de dípticos con la efigie imperial en la clámide, reproducidos por Delbrueck (Cf. texto p. 102).

*Frontispicio.* Hoja de un díptico conocido como el “Marfil Barberini”, Museo del Louvre. El Emperador triunfante es presumiblemente Anastasio I (491--518) y el marfil sería obra de un artista de la Capital, aproximadamente de los primeros años del s. VI. El “Marfil Barberini” ilustra magistralmente importantes aspectos de la ideología romano-cristiana acerca de la victoria imperial; Grabar señala que “el relieve representa a un triunfador de los bárbaros; un escita sostiene su lanza, unos escitas y unos indios le traen tributo, en tanto que un general romano le rinde homenaje presentándole la estatuilla de la Victoria. La Tierra, que aparece en el relieve personificada, sostiene el pie del héroe, para demostrar que el poder de éste se extiende a la tierra entera, y el propio Cristo, desde lo alto de los Cielos, bendice a su fiel lugarteniente”. *La Edad de Oro de Justiniano. Desde la muerte de Teodosio hasta el Islam* (Madrid, 1966), p. 278. Véase también las interesantes precisiones dadas por TALBOT RICE D., en *Constantinople. From Byzantium to Istanbul* (New York, 1965), pp. 38-41; así mismo VOLBACH, W. F. HIRMER, M. *op cit.*, lám. 219 y comentario en p. 87.

## REFERENCIAS PARA LOS MAPAS

Los mapas han sido trazados tomando como base la Carte de L'Europe et de l'Afrique au 1/5.000.000 (1941/1951), publicada por el Instituto Geográfico Nacional, dependiente del Ministerio de Obras Públicas y Transportes de Francia.

Hemos señalado especialmente los detalles de las zonas fronterizas, en relación más estrecha con nuestro estudio; para no complicar innecesariamente el trazado, no entregamos la división administrativa del Imperio, la que puede consultarse en las obras de Stein, Bréhier o Jones, por ejemplo.

El conocimiento de los mapas históricos y el estudio del texto de las siguientes obras ha sido de gran utilidad para el diseño y precisiones de nuestros mapas:

### MAPA 1 (en negro)

#### *Cuadro geográfico del Imperio Romano de Oriente*

BREHIER, L., *Vie et Mort de Byzance* (1948); STEIN, E., *Histoire du Bas-Empire*, II (mapas diseñados por J. R. PALANQUE), (1949); JONES, *The Later Roman Empire* (1964); REMONDON, *La crise de l'Empire Romain de Marc-Aurèle à Anastase* (1964).

### MAPA 2 (en rojo)

#### *Las relaciones del Imperio Romano de Oriente (IV-VI)*

a) Balkanes: BURY, *History of the Later Roman Empire* (1923); LEMERLE, *Invasions et Migrations dans les Balkans depuis la fin de l'époque romaine jusqu'au VIIIe siècle* (1954); REMONDON, *op. cit.*

b) Oriente: POIDEBARD, *La Trace de Rome dans le Désert de Syrie* (1934); STEIN, *op. cit.*; DILLEMANN, *Haute Mésopotamie Orientale et Pays adjacents* (1962); STARK, *Rome on the Euphrates* (1967); LANG, *The Georgians* (1966); REMONDON, *op. cit.*